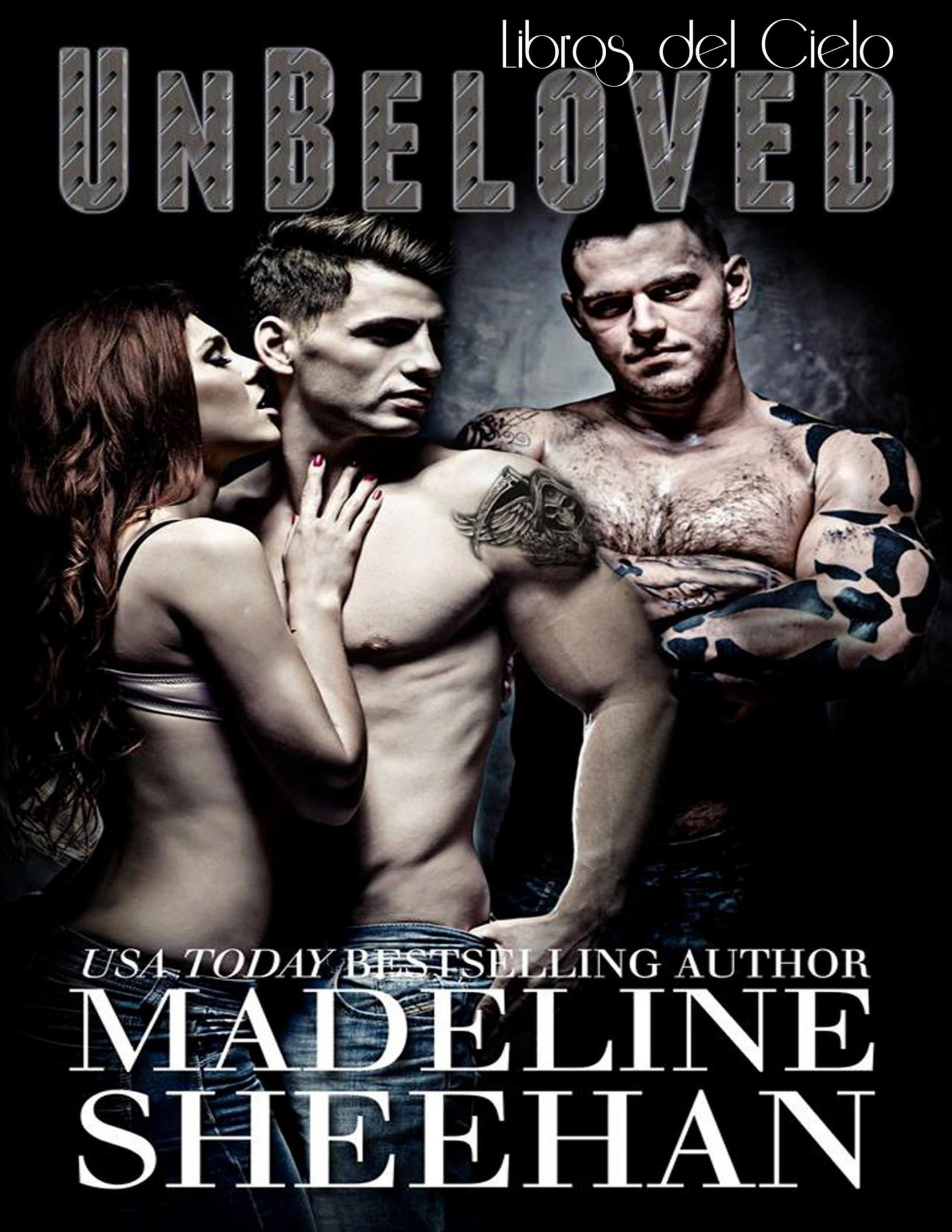
Libros del Cielo

UNBELOVED



USA TODAY BESTSELLING AUTHOR

MADELINE SHEEHAN

Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

Esta traducción fue hecha sin fines de lucro.

Es una traducción de fans para fans.

Si el libro llega a tu país, apoya al escritor comprando su libro. También puedes apoyar al autor con una reseña, siguiéndolo en redes sociales y ayudándolo a promocionar su libro.

¡Disfruta la lectura!



Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

Staff

Moderadora
CrisCras

Traductoras
Ivy Walker
Eli Hart
Jules
Annabelle
~ Vero ~
Mary Haynes
LucindaMaddox
evanescita
Katherine
Spring
Alessandra
Wilde
Josmary
CamShaaw
Vani
aa.tesares
NnancyC
MaJo Villa
vals <3
Aimetz Volkov
anita_mnl3012
Alex Phai
Prim
Fany Keaton
Sandry
Mary
Mire
Anty
CrisCras
Miry GPE
florbarbero
Jasiel Odair
Dannygonzal
Ann Ferris
Val_17
Lauu LR
Cris_Eire
Beatrix

Correctoras
Paltonika
Aimetz Volkov
itxi
NnancyC
Ampaяo
Victoria
Amélie.
Eli Hart
Andreina F
Val_17
Laurita PI
Dannygonzal
AriannysG
-Valeriia<3
GypsyPochi
LucindaMaddox
Miry GPE
Vane hearts
Daniela Agrafojo
Anakaren
Marie.Ang
SammyD
Jasiel Odair
florbarbero
Ann Ferris
Lizzy Avett'

Lectura Final
Jules

Diseño
Fany Keaton



Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

Índice

Sinopsis
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Epílogo
Undeserving



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

Sinopsis

Dorothy Kelley es una romántica en busca de su príncipe. En cambio se encuentra embarazada a los quince y en un matrimonio sin amor a la tierna edad de dieciocho.

Luego la esperanza entra en su vida sobre una motocicleta y en cuestión de semanas, Jason “Jace” Brady, un miembro del Club de Motoristas Jinetes del Infierno, la enamora completamente.

Pero nada es nunca sencillo para Dorothy. Jace está casado y tiene niños. Y mientras Dorothy espera pacientemente a que Jase le dé el felices para siempre con el que ha estado soñando, James “Hawk” Young, un miembro de los Jinetes del Infierno con sus propios secretos, ve una oportunidad para entrar en la vida de Dorothy y la toma.

Tener dos aventuras secretas no es tarea fácil. Mientras Dorothy intenta arreglárselas para salir del desastre que ha creado, cubriendo un error con otro, la tragedia golpea, casi costándole la vida a Dorothy y a su hijo por nacer.

Lo que sigue es un largo y doloroso viaje de autodescubrimiento y perdón, mientras Dorothy llega a darse cuenta de que el hogar estaba exactamente donde ella lo dejó, y que el amor que siempre anheló siempre estuvo a su alcance.

Esta es la historia de Dorothy, Jase y Hawk.

Todos nacemos puros; es nuestro viaje el que nos agobia y nos lleva por el mal camino. Nuestros errores los que nos derriban y nos cubren de culpabilidad y vergüenza, enterrándonos un poquito más con cada dificultad. Depende de nosotros mismos desenterrarnos, llegar a un acuerdo con nuestros defectos, abrazar no solo nuestras imperfecciones, sino las de esos a los que amamos, para encontrar de nuevo el camino del que nos alejamos.

Undeniable #4



Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

Prólogo

Traducido por Ivy Walker

Corregido por Paltonika

Fue la desdicha la que removió su color, alejándola de su camino y descarriándola. Así que deambulaba por la vida, ignorante e insegura, hasta que se dio cuenta de que su camino siempre había estado allí mismo, delante de ella. Oculto en las sombras de la desesperación, encontró el camino, el color, dentro de los latidos de su rojo y maravillosamente brillante corazón. No siempre estuve rota; todos nacemos puros. Es nuestro viaje el que nos agobia y nos descarría. Nuestros errores que nos doblegan y nos cubren en culpa y vergüenza, enterrándonos un poco más con cada sucesiva dificultad. Depende de nosotros el salir, para llegar a un acuerdo con nuestros defectos, para aceptar no solo nuestras imperfecciones, sino las de los que amamos, y para encontrar de nuevo el camino del cual nos alejamos.

Había sido una chica sencilla. Crecí en un pueblito de Montana, rodeada de gente humilde, con los pies en la tierra y con pequeños sueños sencillos. Amaba a mis padres y mi hermana con todo mi corazón. Amaba los libros con finales felices y las películas románticas, y no podía esperar a enamorarme.

A diferencia de mi ambiciosa hermana mayor, fui una romántica de nacimiento. Me encontré enamorada de la idea del amor por tanto tiempo como podía recordar, llena de caprichosas y suaves nociones de lo que era la felicidad. Y para mí, la felicidad solo podía encontrarse en los brazos de un hombre... un hombre que me amaba.

Quería mariposas, tomarnos las manos, besos robados en el asiento trasero de un automóvil, llamadas telefónicas nocturnas, todo eso. La ansiedad, la desesperación, ese hermoso dolor agonizante llamado *amor*. Y entonces, fantaseé todo.

No tenía aspiraciones, ni grandes sueños. No existía algo para lo que me estuviera esforzando, sin grandes metas ni logros. En lugar de la universidad, soñaba con el matrimonio; en lugar de una carrera, anhelaba hijos.

Visiones de bodas tradicionales de blanco y bebés bailaban en mi cabeza. Quería tres bebés, un niño y dos niñas, una casa bonita con una cerca blanca, un gato y un perro. Para el momento que tenía catorce años, lo tenía todo planeado. El corte de los vestidos de mis damas de honor, el



Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

acomodo de los asientos de mi boda, el color de las cortinas de la sala, la decoración de los dormitorios de mis hijos... ningún detalle se escapó de mi atención. Quería vivir el cuento de hadas, convertirme en el todo y nada de alguien, ser su princesa.

Quería mis felices para siempre.

Solo existía un problema.

En lugar de encontrar a mi príncipe, encontré un lío de problemas. A la edad de quince años, me encontraba embarazada; para los dieciocho, estaba casada con un hombre que no amaba; y a la edad de veinte años, le colocaba los cuernos a mi marido con un hombre casado.

Luego, a los veinticuatro, le di mi corazón a otro hombre, un error que una vez más cambiaría drásticamente el curso de mi vida.

Mis debilidades, mis elecciones y mis decisiones, las que tomé yo y las que no; todas me llevaron por un camino rocoso repleto de pesar, angustia y dolor. Y con el tiempo, casi me matan.

¿Cambiaría las cosas si pudiera? ¿Regresaría el tiempo y haría las cosas de manera diferente?

Nunca.

Esta no es solo mi historia, la historia de una mujer rota que perdió su camino. Es también la historia de mis hijos, los hombres que amé, y los amigos que eran más familia para mí que mi propia familia.

Es la historia de todos nosotros, con nuestros destinos entrelazados. Y por esa razón, que se jodan el dolor y la muerte; no cambiaría nada.



Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

1

Traducido por Eli Hart & florbarbero

Corregido por Aimetz Volkov

Era un día hermoso. Montana se encontraba en plena floración, con nada más que verde hasta donde alcanzaba la vista. El sol brillaba, los niños jugaban, y las risas eran abundantes. En resumen, era otra típica barbacoa de verano en el compuesto de motociclistas de los Jinetes del Infierno que, como siempre, todos disfrutaban a fondo.

Todos menos yo.

Para mí, el sol era demasiado brillante, los niños eran un doloroso recordatorio de que mi propia hija no estaba presente, y la risa era muy fuerte. Me sentía sofocada por todo, deseando estar en cualquier otro lugar y ser cualquier otra persona… cualquiera menos yo.

—¿Dorothy?

—¿Mmm?

Levanté la mirada al grupito de amigos rodeándome: Kami, Mick, su esposa, Adrianna, y Eva, que me miraba con curiosidad. Esos ojos suyos, tan grandes y sorprendentemente grises, parecían ver a través de mí; sin importar con cuánta desesperación intentara esconder mis sentimientos, siempre era capaz de distinguirlos. Aunque supuse que eso venía con su trabajo.

Casada con Deuce West, el presidente de Jinetes del infierno, uno de los deberes no establecidos de Eva era mantener a las mujeres a raya, asegurándose de que cualquier problema emocional que pudieran tener, no interfiriera con los hombres y sus negocios.

Aun así, era lo más cercano que tenía a una mejor amiga, incluso si yo no era la suya.

Kami, su amiga de la infancia y esposa de otro miembro del club, tenía ese preciado derecho. No me encontraba celosa; sino solo feliz de ser incluida en el círculo interno. No siempre fue de esa forma. Antes de que Deuce trajera a Eva a casa, la vida era muy diferente dentro del club para aquellos que no éramos lo bastante afortunados para estar casadas con uno de los chicos.

Mujeres como yo; algunas veces llamadas piezas laterales, conejitos silenciadores o calentadoras de asiento, éramos esencialmente zorras del



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

club. Incluso yo tenía una posición un tanto elevada dentro del club como madre sustituta, por así decirlo, y me pagaban por cocinar y limpiar, aun así seguía siendo considerada ciudadana de segunda clase: prescindible y reemplazable.

Eva cambió todo eso. Cambió mucho la forma en que funcionaban las cosas, y durante todo eso se convirtió más en una hermana para mí que la propia.

—Me encuentro bien —mentí, intentando sonreír—. La pequeña está pateando, es todo.

Con ocho meses de embarazo era fácil culpar por mi humor al bebé, pero Eva estaba lejos de ser crédula. Con ojos llenos de lástima, asintió y se giró. Hice lo mismo; mi mirada buscó las razones de que me encontrara aquí, parada entre un club lleno de criminales y sus familias.

Ya mirando en mi dirección, los ojos sonrientes de Jase encontraron los míos. Cuando su mirada cayó a mi estómago hinchado, su sonrisa se volvió en una risa malévola.

Incluso después de diecisiete años juntos, continuaba siendo dolorosamente evidente cómo Jason "Jase" Brady, un hombre casado con hijos, fue capaz de convencer a la obediente esposa y madre que fui una vez de convertirse en su "zorra de club". Tanto que todo lo que tenía que hacer era cerrar los ojos y podía escuchar otra vez las campanas sonando en la puerta, sentir el piso de madera crujir bajo mis pies, escuchar mi propia voz gritar como fue ese día hace tantos años…

***

—Buenos días, Joey —grité al entrar en la tienda de conveniencia del vecindario.

Desde atrás del mostrador, Joe Weaver, un antiguo compañero de clase, levantó la vista de su revista *Playboy* y me mostró una boca llena de dientes amarillos y torcidos. —Buenos días, miniatura —dijo de forma animada—. ¿Trajiste algún pastelito hoy?

—Lo siento —dije sobre el hombro mientras me dirigía al pasillo de las medicinas—. Ted tiene gripe. El pobrecito ha estado vomitando todo el día.

Agarrando lo que necesitaba, me dirigí al mostrador y comencé a sacar el dinero del bolsillo.

—¿Pete está en casa con ella? —preguntó Joey.

Negué con la cabeza. —Está en la carretera otra vez, ahora por un mes.



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

—¿A quién está transportando ahora?

—No estoy segura —dije, encogiéndome de hombros.

Mi matrimonio no era uno típico. Somos más como compañeros de cuarto que cualquier otra cosa, compañeros que no podían estar molestos con el otro.

Su trabajo de transportar mercancía por todo el país nos dio el lujo de vivir separados del otro además de seguir apaciguando los deseos de nuestros padres: criar juntos a nuestra hija.

Pero Pete normalmente no me decía lo que hacía ni a dónde iba a menos que me concerniera directamente, y no me importaba lo suficiente para preguntar.

—Sigue con la compañía pequeña —añadí—. Transportando papel, creo.

Levanté mis compras y Joey asintió discretamente. —Entonces, ¿tus viejos tienen a Teg?

Bufé suavemente. La idea de mis padres dispuestos a ayudarme era risible. En un buen día me consideraban una vergüenza, pero la mayoría de los días, un fracaso con el que no querían nada que ver.

—Está con Mary.

Ante la mención de mi hermana mayor, Joey hizo una mueca, y mis labios se torcieron mientras luchaba con la urgencia de reír. Mary no era una de sus personas favoritas. Como la mayoría de las personas en Miles City, era religiosa y muy conservadora, pero ella lo llevaba a otro nivel, hablando mal de las personas que no compartían su punto de vista, y sermoneando incesantemente a cualquiera que escuchara, e incluso a los que no. No hacía fala decir, que no era señorita popularidad, pero era la única agente de bines raíces real en el pueblo y entonces, les gustara o no, la gente se encontraba forzada a interactuar con ella.

—Pobre niña —murmuró Joey, extendiéndome el cambio—. Enferma y forzada a pasar tiempo con su tía, y Mary, más bien lo contrario.

—Me diste mal el cambio —dije, extendiéndole de regreso el recibo—. Todavía me debes tres dólares, mira…

La campana de la tienda sonó fuerte, y miré sobre el hombro medio esperando ver a Marty, el borracho del pueblo, entrar tambaleándose para mendigar regalos.

En su lugar, un joven vestido con uniforme militar entró a la tienda. Cargando una bolsa de lona verde, paró y se quitó la gorra de la cabeza mientras hacía un barrido de la tienda con la vista. Cuando su mirada encontró la mía, mi respiración se atoró en mi garganta.



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

Era precioso. Sus ojos eran de una profunda sombra azul brillante, su cabello rubio oscuro se encontraba corto en su cabeza y sus facciones eran severas y cinceladas, bronceadas de un perfecto matiz dorado. Su figura se ahusaba, de buena manera, desde sus anchos hombros a sus delgadas caderas. El hombre era hermoso, y me dejó pasmada.

Además, no lo reconocí, y esto era Miles City, Montana, un pueblo pequeño donde todos nos conocíamos entre sí. Hasta dónde yo sabía, no teníamos nuevas llegadas.

—¿Baño? —Levantó las cejas.

En respuesta, Joey señaló hacia la puerta trasera de la tienda, y los dos miramos al tiempo en que se colgaba en el hombro la bolsa de lona y caminaba por la tienda.

—Deja de babear, D —bromeó la voz de Joey, aunque intentaba no reír—. Te ves como un duende de ojos saltones. Y no te sienta bien.

Con las mejillas ardientes, sacudí la cabeza. —Solo me preguntaba quién era, es todo.

—Es uno de los de Deuce. Viene de los Jinetes de Wyoming, o algo así escuché. Se llama Jason Brady, y de acuerdo con algunos de los chicos de Deuce, que trabajan en la tienda automotriz del pueblo, está en las reservas de la marina.

Chicos de Deuce.

Deuce, el presidente del club de motociclistas local, uno de los más aterradores y aun así, intrigantes hombres que he conocido. Y usé muy a la ligera el término “conocer”; ya que tuve muy poco contacto con el líder de Jinetes del Infierno; solo encuentros menores aquí y allá en el pueblo. Deuce era una persona muy privada, pero hasta donde lo conocía, era un hombre bastante decente.

Al contrario de su padre, La Parca, el antiguo presidente del club, Deuce se hizo cargo de Miles City. Tomó control de muchos negocios en crisis del pueblo y los trajo de la bancarrota, donaba constantemente dinero a las escuelas públicas y librería, y hace uno años, cuando el vecino de mis padres perdió a su esposa por cáncer y estaba a punto de perder la granja debido a cuentas médicas exorbitantes, fue Deuce quien pagó la deuda.

Incluso así, había rumores de que Deuce se encontraba envuelto con negocios que bailaban en torno a la ley, pero Deuce y sus chicos eran buenos con nosotros, así que además de los rumores y la charla frívola entre los chismosos, usualmente nadie lo pensaba dos veces.

—¿Venden cigarros aquí?

Jason Brady salió del baño sin parecer ya un héroe americano. Vestido con botas de cuero, pantalón de cuero, una camisa negra ajustada



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

y su chaqueta de cuero de los Jinetes del Infierno, ahora lucía como uno de los chicos de Deuce. Pero indiscutiblemente el motociclista más limpio que había visto. Y también parecía oler bien.

Pero era pura suposición de mi parte. O tal vez, ilusiones. Porque por alguna razón, en serio quería acercarme a él y olerlo.

—Soy Brady —dijo, sonriendo sobre mi cabeza en dirección a Joey—. Jase Brady.

—Joe Weaver. —Señalándome, Joey dijo—: Y esta es Dorothy Kelley Matthews, la pequeña pelirroja.

La mirada amistosa de Jase cayó a donde estaba parada y me miró; una lectura vergonzosamente lenta y minuciosa de todo el metro cincuenta insignificante en mí, de pies a cabeza y de regreso.

Sentí mi rostro calentarse. No era solo por mis vaqueros agujerados y mi camiseta, que cubrían una mañana completa de limpieza, sino por mi cabello apilado en la cina de mi cabeza en un moño desordenado, y el sudor en mi cuerpo por el calor del medio día.

—Un gusto conocerte, cariño —dijo, curvando sus labios. La punta de su lengua apareció y la pasó deliberadamente por su labio inferior.

Entonces ya no era solo mi cara calentándose, sino todo mi cuerpo. Sintiéndome de pronto drogada y con pensamientos confundidos, presioné mi mano sobre mi estómago y tragué rápidamente.

—Igual…mente —susurré.

—¿Tienes un apodo, Dorothy Kelly Matthews? —preguntó—. Porque es mucho para sacar de la boca.

Mi aliento salió de mis pulmones en pequeñas ráfagas de aire. ¿Qué andaba mal conmigo? ¿Por qué no podía hablar? ¿Ni moverme?

Los labios de Jase se dividieron en una sonrisa. —No es que me importe un bocado de una chica linda…

Oh querido Dios. ¿Cómo se responde a *eso?*

Detrás de mí, Joey dejó salir una tos ruidosa y divertida, trayéndome de regreso a la realidad. A Jase y su sonrisa cómplice, completamente consciente del efecto que tenía en mí.

—Disculpa —murmuré. Arrebatando mis compras del mostrador, me apresuré hacia la puerta y pasé ciegamente por ella.

¿Qué me pasaba? ¡Estuve coqueteando! ¡Y con un total extraño!

Y peor, me encontraba casada. Tal vez no sea un matrimonio por amor el mío con Pete, y tal vez esté en la carretera más que en casa, pero teníamos una hija juntos, y él se ocupaba de nosotras financieramente. Debía respetar eso, y aún aquí, actuaba como una adolescente enamorada,



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

considerando ideas que no tenía sentido pensar. Negué con la cabeza y solté un largo suspiro reprimido que no hizo nada para calmar el rápido latir de mi corazón.

Llegando a mi camionera, metí mis compras por la ventana abierta, y me encontraba a punto de abrir la puerta cuando sentí un toque en mi brazo izquierdo. Sobresaltada, giré y quedé cara a cara con… Jason Brady.

—Olvidaste tu cambio —dijo.

Cuando aparté la vista de su sonrisa y miré su mano estirada, vi tres billetes de un dólar arrugados. Pero mi enfoque no estaba en el cambo, sino en el hombre parado frente a mí. Se hallaba tan cerca y, me miraba tan intensamente que no me sentía nada cómoda.

Y sí, demonios. Olía bien. Un sutil, y suave toque de especias flotaba en su piel, y junto con eso, el ligero olor a sudor y el fresco aroma a cuero.

Tragando, y con un ligero temblor en la mano, alcancé mi dinero y cuando lo hice, su mano libre salió desde abajo, atrapando la mía con las dos suyas y congelándome con su toque.

—Deberías pasar por el club a verme alguna vez —dijo, con ojos perezosos, y la sonrisa llena de intenciones pocos honorables. Una sonrisa que tenía a mi estómago dando vueltas.

Me aclaré la garganta y logré decir—: Yo… estoy casada.

La sonrisa de Jase nunca vaciló. —Bebé, no intento casarme contigo.

Liberándome, mantuvo arriba su mano izquierda y movió su anillo de un lado al otro. Su alianza, una delgada banda de platino, brillando amenazadoramente bajo la luz del sol. —Tengo también las cicatrices de guerra para probarlo.

Lo miré mientras extraños pensamientos se filtraban en mi cerebro, pensamientos de él y yo desnudos, sudorosos, nuestros cuerpos unidos. Vi besos calientes, toques furiosos y…

Al instante asqueada, más conmigo misma que con su audacia, me di la vuelta y abrí la puerta del lado del conductor. Cerrándola detrás de mí, metí la llave en la ignición, puse la camioneta en reversa y aceleré. En tanto salía rápidamente del estacionamiento, pude verlo en mi retrovisor, aún parado donde lo dejé.

Riendo.

Qué imbécil.

Qué imbécil absoluta y perfectamente esculpido, que huele hermoso.

***



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

Como era joven y mi matrimonio era infeliz, a Jase solo le hizo falta perseguirme por un par meses antes de que sucumbiera, y aún menos tiempo para que me enamorara completamente de él. Fue un amor que elegí por encima de todo: mi matrimonio se terminó y me alejé de mi familia, viviendo como adúltera.

Sacrifiqué mi dignidad.

¿Y para qué? ¿Para ser una puta del club?

Podría estar fuera de los límites para los otros chicos, solo le pertenecía a Jase, pero la dolorosa verdad era que él nunca sería mío. Habían pasado años, y él continuaba casado, armado con una letanía de excusas de por qué no podía dejar a su esposa, prometiendo que algún día lo haría.

Era una promesa en la que recientemente dejé de creer.

Podía aceptar mi destino de no ser jamás su esposa, sino siempre la puta del Club de Jase, solo esperando las migajas que me lanzara; o podía dejarlo.

Pero ¿cómo iba a dejarlo? Después de todo a lo que renuncié, todo lo que sacrifiqué por él, de lo lejos que fui para asegurarme de que algún día sería la primera y única, ¿cómo podía simplemente alejarme?

La verdad era que no podía.

Dejarlo significaría perder la seguridad que me proporcionaba. Perdería el apartamento, ya que es quién lo pagaba, y mi única fuente de ingresos: mi posición en la casa club.

Aunque disfrutaba de las barbacoas, no tenía interés en asistir a esta en particular, teniendo que fingir una expresión feliz, con la esperanza de que pareciera genuina, y que a diferencia de Eva, él no viera a través de mi fachada.

No debía preocuparme. Como de costumbre, Jase no era consciente de mis deseos y necesidades, ya que solo se focalizaba en los suyos. Tanto era así que todavía no tenía conocimiento de mi mayor secreto.

El secreto que llevaba dentro de mi vientre.

Nadie sabía, ni Jase ni cualquier otra persona, que la vida que crecía dentro de mí no era un producto de mi relación con Jase. Era el resultado de una aventura con otro miembro de los Jinetes del Infierno. Comenzó como un desliz borracho, una noche en la que obtuve el consuelo que tanto necesitaba en los brazos de otro, pero con el tiempo se convirtió en algo completamente distinto. Incluso años después, era algo que nunca logré procesar ni comprender verdaderamente, pero al mismo tiempo... por último empecé a depender de esa relación. Incluso a necesitarla.



Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

El otro hombre me proporcionaba una salida permitida en mi vida. Cuando me encontraba con él, jamás me consumían los sentimientos de inadecuación, ni sentía temor de que cada movimiento que hiciera fuera comparado con el de otra mujer. Con él, me sentía casi libre.

Alejándome de Jase, cerré los ojos, imaginándolo fácilmente, con una cerveza en una mano y un cigarrillo en la otra, estoico y silencioso como siempre.

A diferencia de la piel clara de Jase, la piel de James "Hawk" Young destacaba por su tono moreno, sus rasgos eran sorprendentes, casi de otro mundo. Incluso sin la altura adicional de su Mohawk, era más alto que Jase, más grande, con músculos voluminosos y con su estatura podría ser muy fácilmente considerado intimidante.

Al principio, también me sentía intimidada por Hawk. Después de nuestra primera noche juntos, él regresó a mí, buscando más. Cuando me negué, amenazó con contarle a Jase lo que hicimos. Aterrorizada de perder el único hombre que había amado, acordé hacerlo.

Y al final, me encontraba lejos de ser intimidada.

Al final… terminé enamorada de dos hombres.

Otro error que cometí.

Pero incluso cuando pensaba esas palabras, podía escuchar a Hawk, su voz inusualmente profunda, su expresión siempre firme cuando me miró y dijo—: No existen los errores, Dorothy. Solo hay mierda que sucede y mierda que no.

Tragué un sollozo, parpadeando con furia para alejar las lágrimas que se reunían rápidamente. No importaba lo que pensaba Hawk, sabía en mi corazón que lo que hice era malo. Hawk traicionó los vínculos de la hermandad, y yo traicioné a Jase, al permitir que otro hombre entrara en mi cama. Peor aún, le permití a Jase creer que el bebé dentro de mí era suyo.

Pero, ¿qué otra opción tenía? Si admitía mis pecados, perdería todo. Cómo estaban las cosas, ya había perdido a Hawk.

Todavía podía verlo, la expresión alegre en su rostro cuando le dije que me encontraba embarazada. Y luego, el dolor que destrozó su alegría cuando le dije que el bebé no era suyo.

Hawk percibió mi admisión por lo que era; una mentira descarada alimentada por el miedo en la mente enfermiza de una mujer confundida. Pero aun sabiendo esto, no dio batalla. En lugar de ello, se fue.

No lo culpaba por dejarme, por elegir seguir su vida como un nómada antes que seguir viviendo una vida llena de mentiras y secretos. No imaginaba cuán drásticamente cambiaría mi vida con su ausencia. No



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

me había dado cuenta de lo mucho que llegué a depender de él, y a su vez, cuánto lo extrañaría.

Por Dios, ¿qué pasaba conmigo? Tenía casi treinta y siete años, una hija mayor y ahora me encontraba embarazada de otro niño, pero, sin embargo, en muchos aspectos yo misma todavía era una niña. No tenía metas, siempre me sentía insegura de mí misma y de mis sentimientos, amando tan fácilmente como respiraba, mientras avanzaba sin rumbo en la vida... si podrías incluso llamar delirante a esta farsa que creé en torno a mi vida.

El ligero toque de una mano en mi estómago alejó mi atención de las reflexiones deprimentes, volviéndose a la joven que se acercó a mi lado. Rubia, hermosa, y con hoyuelos, como todos los hijos de Deuce, Danielle "Danny" West me sonrió amablemente.

Tomando aire para que mi voz no temblara, cubrí su mano con la mía y le di a sus dedos un ligero apretón. —Solo unas pocas semanas más —dije—. No puedo esperar para que nazca este bebé. Soy demasiado vieja para estar embarazada.

La sonrisa de Danny se volvió simpática, pero lo que fuera que me iba a responder fue interrumpido en seco por el hombre que se acercó detrás de ella. ZZ, su novio, deslizó el brazo alrededor de su cintura y la atrajo con fuerza hacia él.

—Hola, bebé —murmuró.

Danny giró en sus brazos, abrazándolo, y dándole un beso en el pecho. Era estimulante volver a verla feliz. No hacía mucho tiempo, estaba deprimida, constantemente melancólica, y con una conducta destructiva que contrastaba con su habitual personalidad extrovertida y optimista.

ZZ la sacó de su depresión y la trajo de vuelta a la tierra de los vivos. Al principio, Deuce no se emocionó con la pareja, pero ni siquiera él podía negar el cambio significativo en su hija, ni podía refutar lo buen hombre que era ZZ. Inteligente, dulce y leal, él era el complemento perfecto para la hija del presidente.

Pero aunque me sentía muy emocionada por Danny, no pude dejar de recordar a mi propia hija, Tegen.

No mucho más joven que Danny, Tegen se hallaba en la universidad en San Francisco. Sus llamadas telefónicas eran mínimas y sus visitas a casa prácticamente inexistentes. Si bien nunca se preocupó mucho por Miles City, y siempre deseó algo más grande, algo mejor, jamás dejé de pensar que fue su decepción por mí y mis opciones de vida las que apuraron su partida y fuera renuente a visitarme.

—¡Oh, Dios mío! —chilló Kami—. Oh mi puto Dios, ¡va a proponerle matrimonio!



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

Sorprendida en medio de mis reflexiones, levanté la vista, buscando la causa de la explosión de Kami. Me hallaba tan perdida en mis propios pensamientos que ni siquiera me di cuenta que el patio se quedó en silencio, o que la pareja que había estado de pie justo a mi lado hace unos minutos ahora se encontraba en el centro del patio, y toda la atención se centraba en ellos.

Apoyado en una rodilla, ZZ sostenía una cajita negra, ofreciéndosela a Danny. Ella permaneció de pie frente a él, mirándolo fijamente, en tanto sus hermosos rasgos se retorcieron por la conmoción.

Mi garganta convulsionó, repentinamente seca y áspera, por lo que tragué varias veces, en un intento de humedecerla y tratando de mantener la compostura.

Esa nunca sería yo. *Esa nunca sería yo.*

—Voy a llorar —susurró Adriana, y se tapó la boca con la mano. Rodando los ojos, pero sonriendo, Mick le rodeó los hombros con el brazo y la atrajo hacia él.

Hasta Kami, tan cínica como era, siempre discutiendo con su propio marido, tenía los ojos llorosos.

—¡Niña!

Mi mirada viajó a donde se encontraban Deuce y Eva. De pie uno al lado del otro, sonriendo alegremente en dirección de Danny.

—Di la maldita palabra —gritó Deuce—, ¡y golpearé a ese idiota! ¡Ya sea que digas sí o no, voy a golpearlo hasta la muerte!

Eva empujó juguetonamente a Deuce en el abdomen y en respuesta él la capturó por el cuello, tirando de ella contra su cuerpo en un abrazo amoroso.

Dios mío, me encontraba rodeada. Había tanto amor y afecto. Tantas parejas felices, ya sean relaciones maduras o que recién empezaban. El amor literalmente estaba en todas partes, excepto dónde yo más lo quería y necesitaba.

No podía dejar de llorar, esta vez no. Me encontraba embarazada, y las emociones que sentía eran demasiado grandes. Muy a menudo, en la casa club, durante las fiestas de cumpleaños o barbacoas, cuando me veía obligada a ver a Jase interactuando con su esposa e hijos, mientras moría internamente de a poco, en el otro lado de la habitación o el patio, hallaría a Hawk. Nuestros ojos se reunirían, y ya no sentiría que caía a pedazos, sino que me centraría en el deseo que Hawk sentía por mí, calentándome, fortaleciéndome. Una y otra vez, con una sola mirada, me salvaría de mí misma.

Necesitaba eso ahora, su fuerza, a él.



Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

Cuando mis lágrimas comenzaron a caer, me apresuré a alejarme de mis amigos, buscando la forma más adecuada de regresar a la soledad y la seguridad emocional de la casa club.

Ahí fue cuando la vi.

De pie en el borde más alejado del césped, justo fuera del círculo de personas reunidas, se encontraba la esposa de Jase, Chrissy.

Mis lágrimas se secaron al instante en tanto mi respiración se detenía y mi estómago se hundía. No se encontraba aquí para asistir a la fiesta.

No fueron las lágrimas que corrían por su cara bonita, o su pelo despeinado ni la ropa arrugada. Ni siquiera fue la mirada salvaje en sus ojos. Fue el simple hecho de su mirada reuniéndose con la mía, real y verdaderamente viéndome por primera vez. Ella nunca antes me miró, solo me daba miradas ocasionales, sin prestarme atención.

Lo sabía. Sabía todo.

Después de todos estos años encontrándonos, viviendo en la misma ciudad, asistiendo a los mismos lugares, amando al mismo hombre, aún no lo sabía.

Ya no más.

Su mirada cayó a mi vientre hinchado. En una reacción instintiva y sin sentido, alcé las manos para cubrirlo. Para proteger de alguna manera la vida dentro de mí de lo que sabía se encontraba a punto de ocurrir, para proteger su inocencia de los secretos feos que iban a ser arrancados de la oscuridad y ser enviados, gritando y sangrando, hacia la luz.

Tentativamente, di un paso hacia atrás y cuando iba a dar otro, un movimiento a su lado llamó mi atención.

Un destello de luz.

Un destello de metal.

Gritando, me giré para correr, pero por encima de mi clamor, oí un crujido. Como si me hubieran dado un puñetazo, mi cabeza cayó hacia atrás, tirándome.

Caí y la gente gritaba. Había tantos gritos, eran todo lo que podía oír, y sin embargo, sonaban lejanos.

—¡Dorothy!

Las voces hacían eco a mi alrededor.

Algunas manos me agarraron.

Un rostro se cernía directamente sobre el mío.

Conocía la cara, la conocía, ella era mi… era…



Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

Las lágrimas corrían por sus mejillas y su boca se movía, pero no podía oír lo que decía. No podía escuchar nada. ¿Por qué no podía oír nada?

Traté de preguntarle por qué no podía oír, pero mi boca no funcionaba.

Otra cara, un hombre con los ojos azules, apareció junto a la mujer, sacudiendo la cabeza violentamente hacia atrás y adelante. Lo conocía. No podía recordar quién era o cómo lo conocía, solo sabía que lo conocía.

Como la mujer, también lloraba, y sus labios se movían, pero todavía no escuchaba ningún sonido. Traté de levantar el brazo, para alcanzarlo, a...

Mi visión comenzó a desdibujarse, distorsionando y deformando los rostros a mi alrededor. Parpadeé furiosamente, tratando de ver, tratando de entender.

Sucedía algo horrible, lo sabía. Y estas personas, fueran quienes fueran, quería ayudarlos.

Pero no podía moverme, no podía oír, y algunas manchas negras flotaban sobre mí, agrandándose rápidamente, llevándose mi visión.

Me encontraba cansada. Tan cansada.

Solo tenía que... cerrar los ojos... solo por un segundo...

La oscuridad me envolvió.

Y entonces, no había nada.

Ni siquiera oscuridad.



Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

2

Traducido por Jules & Annabelle

Corregido por Itxi

Siete años más tarde…

Echaba de menos la nieve. En Montana, siempre nevaba en navidad.

En San Francisco, en su lugar llovía. Y llovía. Y llovía.

Acurrucada en mi sillón de la sala, con una taza de café en una mano y mi celular en la otra, miré el agua de la lluvia, mientras ésta se deslizaba por el cristal en ríos abundantes, distorsionando y mezclando todos los colores del mundo exterior en una masa gris.

Una especie de simbolismo en relación con mi vida, una vida muy colorida, reflexioné, torciendo los labios sardónicamente. Una vida que comenzó ingenua, llena de rosas y azules, pero a medida que fui creciendo se llenó de rojos y amarillos brillantes, y más tarde, de grises tormentosos y cargados de tristeza.

Desde mi recuperación, hice lo que pude para limpiar más de ese color, dejando atrás mi vida caótica en Miles City, Montana, y empezar de nuevo en San Francisco, California.

Un paso necesario para desprenderme y renunciar a la brillantez de los colores más suaves, y tonos neutros y relajantes. Porque cuando uno pasa por una situación cercana a la muerte, se aprende a apreciar los colores discretos y más tranquilos de la vida.

Dejando el celular en mi regazo, levanté la mano para empujar hacia atrás mi melena abundante de pelo rojo ondulado para tocar la cicatriz larga y delgada que corría a lo largo de mi cráneo.

La bala solitaria que tenía la intención de matarnos a mí y al niño que llevaba en mi vientre, falló. Mi hijo, Christopher, y yo sobrevivimos por suerte. Christopher salió ileso, pero el trauma me dejó con la posibilidad de empezar desde cero. Durante mucho tiempo, no tuve conocimiento de mi vida, de quienes eran mis hijos y ni siquiera de mi propio nombre.

Gracias a mis buenos médicos, terapia y una fuerte dosis de suerte, por fin recuperé la memoria que perdí. Y cuando ocurrió, deseé no haberlo hecho.



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

Dicen que lo que no te mata te hace más fuerte, y si bien eso puede ser cierto para algunos, para mí tuvo el efecto contrario. Al principio no podía enfrentarme a lo que hice, al dolor que le causé a tantos, y mucho menos a la gente a la que mis acciones le impactaron directamente.

Por dispararme, Chrissy fue sentenciada por intento de asesinato premeditado y fue condenada a prisión. Y Jase, en medio del sufrimiento, casi se quitó la vida. Sus tres hijas, posteriormente, se quedaron sin su madre, con un padre incapaz, y obligadas a convertirse en adultas por su propia cuenta.

Y Hawk, después de descubrir que recibí un disparo, pasó por un ataque muy público de ira que arrojó luz sobre la verdadera paternidad de Christopher. Cuando la deslealtad a su hermano quedó expuesta, Hawk se cerró aún más en sí mismo y sus visitas al hogar de Montana se hicieron menos frecuentes.

Incapaz de enfrentar la abrumadora tristeza y la culpa paralizante que sentía y sin poder encontrar el modo de seguir adelante, simplemente me escondí, yendo tan lejos como para fingir ignorancia, incluso después de que recuperé mis recuerdos.

Tuvo que ocurrir otra tragedia cercana, esta vez con Tegen, para que pudiera ver por fin más allá de mi propia nariz y darme cuenta de que había pasado toda mi vida en la clandestinidad. Escondiéndome de mi pasado, de mi presente y cualquier tipo de futuro al que podría aspirar a tener algún día.

Negándome a permitir que la historia se repitiera y cansada de la clandestinidad, me mudé con mi hijo a San Francisco, no solo para ver a mi hija pasar por un momento difícil, sino para empezar de nuevo.

Mi deseo era que los tres nos convirtiéramos en la familia fuerte y sólida que siempre deberíamos haber sido, para vivir de tal manera que no causara ningún dolor a nadie y por la oportunidad de crear nuevos recuerdos para todos nosotros, esta vez, los que fueran dignos de recordar.

Tomó algún tiempo, pero por fin se cumplió mi deseo.

Desde entonces, Tegen se trasladó nuevamente a Miles City, y se encontraba felizmente casada con el hijo de Deuce, Cage. Y Christopher, vivía la vida en paz y sin preocupaciones de un niño de siete años. A pesar de los resentimientos que permanecían entre Hawk y yo, él era un habitual en la vida de Christopher, y eso era lo único que importaba.

Nuestro hijo tenía ese efecto en nosotros, sin importar lo tensa que fuera nuestra relación, Christopher era nuestro Suiza, un espacio de tierra pura y cubierta de flores silvestres que se extendía entre dos ciudades derruidas.



Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

Mis dos hijos se encontraban a salvo, rodeados de aquellos que los amaban y eran felices. En realidad, no había mucho más que una madre podía pedir.

Pero al igual que un vaso que se hizo añicos, aunque puedas unirlo con pegamento, nunca más volvería a ser lo que era antes.

Yo era un vaso roto, unido con pegamento. Y mis hijos, aunque sus heridas se curaron, habían sido cortados por mis bordes ásperos.

Suspirando, retiré mi atención de la ventana, llevándola de nuevo al celular en mi regazo.

Era la mañana de navidad. Christopher se despertaría pronto y aún no había llegado Hawk. El último mensaje que recibí de él fue días atrás, informándome que estaría aquí para la víspera de navidad. No hubo nada desde entonces, y todas las llamadas que le hice quedaron sin respuesta.

Independientemente de lo tensa que era nuestra relación con el otro, Hawk nunca ignoró mis llamadas, y sin duda nunca perdía la oportunidad de pasar tiempo con su hijo.

Algo andaba mal.

Dejando mi café en el alféizar de la ventana, rápidamente escribí un mensaje en mi teléfono.

Estoy preocupada. Por favor, llámame.

Al presionar "enviar", sostuve el teléfono en mi mano y esperé. Y esperé.

Pasaron diez minutos y todavía no tenía respuesta.

Eché un vistazo al reloj de la pared, lo cual era una tontería ya que mi teléfono me decía exactamente la hora, pero los viejos hábitos son difíciles de matar y había estado revisando los relojes mucho antes de que hubiera tenido un celular para decirme la hora.

Las seis y media de la mañana. Lo que significaba que en Montana eran las siete y media. Deuce y Eva tenían dos hijos pequeños, y teniendo en cuenta que era la mañana de navidad, ya podrían estar despiertos.

Escribí otro mensaje, esta vez al celular de Eva.

¿Has oído de Hawk? No está aquí. No ha respondido a mis llamadas y me preocupa.

Entonces esperé, agarrando mi celular y mirando con tanta atención a la pantalla iluminada que cuando se iluminó más, destellando "llamada desconocida", seguido por el sonido ridículamente fuerte y desagradable que aún no descubría la manera de cambiar, me llevé un susto de muerte.

—¿Hola?



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

—Dorothy. —La voz profunda y retumbante de Deuce llenó mi oído—. Sabes bien que no debes mandar mensajes de mierda como esos a una línea insegura.

—Feliz navidad a ti también —dije secamente, sin preocuparme por los protocolos de mensajes de texto de Deuce—. Ahora, ¿dónde está Hawk? ¿Por qué no ha respondido a ninguna de mis llamadas?

—¿Qué quieres decir con que no ha respondido a tus llamadas?

Para un hombre tan inteligente, a veces Deuce podría ser muy estúpido.

—Me refiero *justamente a eso*. No ha respondido a ninguna de mis llamadas ni mensajes. No desde antes de ayer.

El silencio siguió a mis palabras, lo que solo sirvió para empeorar la sensación de hundimiento en mi estómago.

—¿Deuce?

—Sigo aquí. Estoy pensando... —Siguió otra larga pausa, luego—: Tengo que irme, haré que Eva te llame si tengo noticias.

—¡Espera! —lloré, pero era demasiado tarde. Colgó—. ¡Maldita sea! —grité, apretando el teléfono en la mano con frustración.

¿Por qué siquiera me molesté en llamar? Los Jinetes del Infierno y sus negocios de mala muerte nunca fueron algo de lo que estaba al tanto. Y conseguir cualquier tipo de información de Deuce era el equivalente a exigirle respuestas a una pared de ladrillo. Absolutamente imposible.

—¿Mamá?

Mi mirada fue al otro lado del cuarto. Apoyándose pesadamente contra la puerta de entrada de la sala, Christopher me miraba con ojos de sueño y una sonrisa torcida.

Echando a un lado mi teléfono, me levanté de un salto del sofá. —Feliz navidad, bebé —dije en voz baja. Sonriendo, hice un gesto hacia el árbol y los regalos envueltos en papel brillante que apilé por debajo de él.

Su carita, todavía inexpresiva por el sueño, se iluminó al instante. Sus ojos verdes se abrieron y luego cruzó a toda velocidad por el piso de madera. Justo cuando pensé que iba a correr más allá de mí, él patinó hasta detenerse, se dio la vuelta y se lanzó hacia mí.

Apenas logré alcanzarlo. Solo tenía siete años, pero su fuerza y estructura corporal era la de un bebé oso. Al igual que Tegen, el color de sus ojos y cabello era lo único en lo que se parecía a mí. Él era en todo su esplendor hijo de su padre.

—Feliz navidad, mami —dijo, apretando mi cintura. Como respuesta, mi corazón se saltó un latido. No me había llamado mami en años.



Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

Puede que no haya recordado estar embarazada cuando me lo presentaron como un bebé, pero eso no impidió que lo amara al instante.

A pesar de toda mi confusión, el dolor de la herida en mi cabeza, la cirugía resultante, y mi cesárea de emergencia, en el momento en que posé mi mirada sobre él, sentí una conexión instantánea, al saber que era mío.

Aunque todo lo demás a mi alrededor se sentía extraño y nuevo, mientras mi familia y amigos intentaban desesperadamente obligarme a recordar, Christopher era la excepción. Él era tan nuevo al mundo como yo, y no esperaba nada más que amor de mi parte.

Agradecida por eso, y por él, le devolví el sentimiento con creces.

—Feliz navidad —murmuré, introduciendo mis manos entre la indomable masa de largo cabello rojo que con vehemencia insistía en dejarse crecer.

Llevando la cabeza hacia atrás, me devolvió la sonrisa. —¿Dónde está papá?

Manteniendo mi sonrisa firmemente intacta, aparté unos mechones de sus ojos. —Está en camino —mentí—. Dijo que no lo esperaras.

—Pero vendrá, ¿no es cierto?

Sin saber cómo contestarle, cambié de tema. —Tu hermana te envió esa enorme caja que está allí. —Soltándolo, le di un empujoncito hacia el árbol y señalé al ridículamente enorme regalo que Tegen y Cage enviaron hace unas semanas.

Con un grito emocionado, y la ausencia de su padre temporalmente olvidada, Christopher salió corriendo. Tomó el gran lazo rojo de la cima del regalo de Tegen y lo lanzó sobre su cabeza para luego comenzar a arrancar el papel de regalo de colores brillantes. Conociéndolos a ambos, temí lo peor. Un juego de baterías, una moto de motocross, cualquier cosa que sin duda haría extático a Christopher y miserable a mí.

—¡Mamá! ¡Mira!

Era incluso peor de lo que me temía. Como un faro en una noche nublada, las palabras “Set Tamaño Mega de Pistolas de Paintball Táctico” me fulminó ominosamente. Le devolví la mirada, prometiendo en silencio retribución en contra de mi hija y su esposo. Algún día tendrán un hijo y yo seré la abuela consentidora, y le compraré a mi nieto regalos que seguramente dejarán a sus padres igual de horrorizados como yo me sentía en este momento.

Dejando el set de pistolas de paintball a un lado, Christopher comenzó a arrancarle el papel a sus regalos con feliz abandono. Tomando mi café, tomé asiento en el sofá para mirarlo, sonriendo cuando sonreía, y asintiendo emocionada cada vez que me mostraba algún regalo recién abierto.



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

Pero mi corazón no estaba allí. A cada minuto revisaba mi teléfono, con la esperanza de encontrar un mensaje de Hawk, o de Deuce, pero sin suerte.

Me había acostumbrado tanto a nuestra vida tranquila, a las rutinas dependientes, que esta súbita irregularidad, este cambio tan inesperado, era mucho más que inquietante.

De hecho, era mucho peor que eso, la ansiedad y la preocupación que corrían dentro de mí… se sentían demasiado familiar.

—Este es para ti, mamá. —Apareció Christopher delante de mí, con una cajita forrada en su mano—. De mi parte —dijo con orgullo.

El café amargo removiéndose en mi estómago se heló en una dura bola de pavor. Un regalo de Christopher significaba un regalo de Hawk, lo más probable era que fuese algo que ambos compraron durante su última visita.

Colocando la taza sobre la mesa, tomé con una mano temblorosa la cajita de Christopher. Mientras la giraba, noté el desordenado trabajo de envoltura, y mis labios comenzaron a curvarse en una sonrisa genuina.

—Gracias —dije con suavidad mientras hacía lo que podía para quitar el papel de regalo sin romperlo. Eran las pequeñas cosas, como el trabajo de mala calidad que hizo mi hijo al envolverlo, que quería saborear y recordar para siempre. Algo que nunca hice con Tegen.

Había estado demasiado distraída conmigo misma, desesperada por ser amada e incapaz de ver más allá de las cosas que no tenía; lo que provocaba que lo que sí tenía —Tegen y todo su amor— me pasaran desapercibidos.

Ahora guardaba cada dibujo, cada nota, cada detallito o regalo; todos guardados a salvo dentro de un cobre debajo de mi cama.

En muchas formas, Christopher representaba mi redención como madre, pero incluso más como persona. Sin él, sin las circunstancias que su concepción me habían traído, puede que nunca me hubiese dado cuenta del grado de mis errores, y por lo tanto, nunca hubiese tenido la oportunidad de hacer las cosas bien.

Con el papel de regalo afuera, me quedé mirando hacia una cajita de terciopelo. Sorprendida, subí la mirada al rostro sonriente de Christopher.

—¿Joyería? —pregunté, confundida. Mi uso de accesorios se reducía a un pequeño par de argollas de oro que alguna vez pertenecieron a mi abuela. Siempre fui sencilla en ese sentido, nunca me importó mucho la ropa llamativa o los adornos.

Christopher se encogió de hombros. —Papá dijo que te gustaría.



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

Tentativamente, levanté la sedosa y suave tapa, y al ver el contenido, sentí como mis ojos se llenaban de lágrimas.

Por supuesto, Hawk sabía que me gustaría. Siempre me conoció mejor que nadie. Me vio en mi mejor momento, en el peor, y en todos de por medio.

Mientras que ningún otro hombre, ni mi ex esposo, ni siquiera Jase, se tomaron el tiempo para de verdad prestarle atención a las pequeñeces, Hawk siempre estuvo observando. Aún si estuviésemos escondidos en las sombras, acostados junto al otro en la cama, o incluso cuando no nos encontrábamos juntos, desde el otro lado de la habitación siempre tenía la mirada enfocada por completo en mí.

Usando la punta de mi dedo índice, acaricié con gentileza la delicada cadena de plata, hasta alcanzar el pequeño corazón que colgaba de ella. La palabra "Mamá" había sido engravada delicadamente en el centro del dije con letras arremolinadas. Era hermoso, y al mismo tiempo simple. Era perfecto.

—¿Te gusta? —preguntó Christopher.

Aclarando mi garganta, coloqué la caja en mis piernas y estiré los brazos, jalando a mi hijo en un abrazo. —Me encanta —susurré con voz ronca.

Como era típico a su edad, nuestro abrazo fue muy corto, y después de solo segundos se separó de mí, con su atención de vuelta en sus regalos.

Sentándome sobre mis piernas, me incliné cómodamente contra el gran cojín a mi lado, por el momento contenta de simplemente sentarme a observarlo disfrutar su navidad.

Puede que no lo apreciara ahora, pero algún día mirará hacia atrás y recordará que su mamá siempre estuvo allí para él, siempre armada de un abrazo y una sonrisa. Recordará esos momentos y en respuesta, sonreirá.

Tegen no tuvo eso de niña, y después de decepcionar a mis padres constantemente, tampoco yo. Pero Christopher siempre lo tendrá. Me cercioraré de eso.

Mirando hacia el teléfono tendido a mi lado, sentí como mi pecho se apretaba incómodamente mientras regresaba mi ansiedad. Solo esperaba que pudiera recordar lo mismo de su padre.

Santo Dios, ¿por qué nadie me decía qué pasaba?

***



Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

Era temprano en la tarde cuando mi teléfono sonó finalmente, y en la pantalla señalaba que me llamaba Tegen.

—Mamá —dijo con suavidad, con demasiada suavidad. Mi hija no hablaba suave, no al menos que algo anduviera mal.

Apretando el teléfono con fuerza, tragué la ola de miedo. —¿Qué sucede? —susurré—. ¿Dónde está Hawk?

—Mamá —repitió—. Esta línea no es segura. Tienes que venir a casa.



Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

3

*Traducido por *~ Vero ~* & Mary Haynes*

Corregido por NnancyC

Dos días antes…

Con la carretera extendiéndose delante y detrás de él, James "Hawk" Young por fin pudo respirar de nuevo.

Sea cual sea la ciudad de mierda en la que estuvo escondido por casi un mes, pronto empezó a cansarle. Así que cuando Deuce le llamó y le dijo que fuera a Las Vegas, le puso más que feliz hacerlo y dejar atrás a la camarera obscenamente pegajosa de la que trataba de liberarse desde el primer maldito día. Joven y caliente no hace necesariamente la compañera ideal, y después de unas cuantas rondas de sexo, había terminado con ella.

Pero por fin se liberó de ella, por fin regresó a la carretera, el único lugar en el que alguna vez sintió que podía simplemente... respirar.

No, eso era una mentira. Hubo otro lugar, o más bien una persona, que le había dado la misma sensación. Quién le quitaba el vacío asfixiante con una simple puta sonrisa.

Ya no era el caso, pero hace mucho tiempo, cuando aún tenía la mujer que amaba a su alcance, esa maldita sonrisa... era jodidamente mágica.

Por lo general, cuando iba por la carretera tan tarde en la noche, casi vacía aparte de él y algún coche de vez en cuando, pensaba en esa sonrisa, en esos ojos, en esa diminuta naricita cubierta de pecas. Y por un momento, el vacío comenzaba a ceder.

Pensaría en su recuerdo favorito, la única e inigualable mañana en que fue capaz de despertarse al lado de ella...

***

—Buenos días —había dicho Dorothy, estirando su cuerpo.



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

Hawk ya se encontraba despierto, siempre se levantaba con el sol, y había pasado las dos últimas horas solo mirando hacia abajo, al cuerpo desnudo de ella, mirándola dormir.

Era la primera vez que pasaban la noche juntos. Entre cuidar a su hija y su relación ridícula con Jase, pasar tiempo juntos no era una tarea fácil para Dorothy. Pero por una vez, eran solo ellos dos; la casa de club se encontraba vacía. Por primera vez lo que sentía por ella, lo jodidamente profundos que eran esos sentimientos, se sintieron reales.

—¿Me escuchaste? —Ella se echó a reír y a él le encantó. Escuchar su risa. Malditamente lo amó—. Dije buenos días.

En lugar de responderle, la empujó para ponerla sobre su espalda, mirando su pequeño cuerpo apretado cubierto de toda esa piel suave y de porcelana. Dorothy trató de cubrirse de inmediato, pero él le sujetó los brazos hacia abajo y rodó rápidamente encima de ella.

Entonces le hizo cosquillas.

Y mientras ella se retorcía debajo, aullando de risa, él le susurró—: Buenos días.

***

Acercándose a su destino, Hawk puso la luz intermitente y giró en la salida que dirigía a la ciudad de Las Vegas. El recuerdo se evaporó y con la misma rapidez, volvió el vacío.

Quince minutos más tarde, se detuvo detrás de un almacén viejo abandonado. Apagó el motor y miró con ansiedad a su antigua tierra. No era que no le gustaba venir a Las Vegas; sino todo lo contrario. Siempre que Deuce necesitaba que uno de los chicos fuera a la Ciudad del Pecado, él se ofrecía. Podría tener un aspecto muy diferente al chico que una vez fue, y sonar diferente, pero Las Vegas siempre se sentiría como un hogar.

Porque técnicamente Las Vegas *era* un hogar, y él realmente no era quién había pasado las últimas dos décadas y media pretendiendo ser.

Sí, era un motero. Solo otro parche en un tótem lleno de moteros con parches, que usaban cuero y que vivían como criminales, no por el dinero o incluso para el disfrute, sino porque eso era todo lo que conocían. Era cómo sobrevivían, cómo pagaban sus cuentas y cuidaban de sus familias. No se trataba de la codicia o el exceso, se trataba de vivir de cierta manera, ser un cierto tipo de hombre que no tenía que inclinarse ante las leyes y el gobierno que las hacía cumplir. Era una hermandad, una camaradería. Se trataba realmente de vivir tu vida de la manera que querías vivirla.

Se trataba de...



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

Libertad.

Pero Hawk no tenía esa misma libertad. No era lo mismo para él. Y nunca lo sería.

Al igual que muchos de sus hermanos, Hawk no era más que otro pedazo de mierda que Deuce sacó de la cuneta. Pero a diferencia de Cox o Sucio, Hawk no tuvo una vida dura viviendo en las calles. Al menos, no al principio. Pero tampoco su crianza se asemejaba a la de Ripper, que vivió una vida buena y sólida, el sueño americano, hasta que perdió a sus padres a los diecisiete años.

No, Hawk nació como un hijo mimado y privilegiado de una puta; su madre era una bailarina burlesque adicta a la cocaína, que murió de sobredosis cuando él solo tenía tres años; su padre un miembro infame de la Bratva, un jefe de la mafia rusa, el inimitable Avgust Polachev del cartel Polachev.

Durante dieciocho años él fue un imbécil goloso, disfrutando de una vida de excesos, seducción y pecado. Malcriado era decir poco. Tenía más dinero de lo que podría haber gastado en diez vidas, así como coches, drogas, alcohol y mujeres, todo a su disposición autodestructiva. Lo tuvo todo.

Hasta que lo perdió todo.

El verano que cumplió dieciocho años, su padre fue asesinado a tiros dentro de su propia casa durante una redada del FBI. Su padre se había vuelto codicioso y esa avaricia lo volvió descuidado, y ese descuido terminó con un agente federal encubierto en su personal. En realidad, eran varios agentes.

Después de que el FBI, equipados con chalecos antibalas y armados hasta los dientes, derribaron su puerta e invadieron su casa, le informaron al padre de Hawk de la pila de pruebas que tenían en su contra. Le dijeron que nunca volvería a ver la luz del día y que una inyección letal sería su último recuerdo de la vida.

Hawk nunca olvidaría lo que sucedió después. Su padre, su única familia, se giró hacia él y gesticuló una sola palabra.

Begi.

Corre.

Volviéndose de nuevo a los agentes, su padre tomó su arma, al igual que cualquier otro hombre en la habitación. Una ráfaga de balas irrumpió el aire, y Hawk no esperó para ver lo que iba a ocurrir a continuación. Después de sacar su propia pistola, huyó de la casa tan rápido como pudo.

Corrió, y porque era un hombre buscado, ninguno de los ex socios de su padre lo acogería. Era un peso muerto. Su imagen aparecía en todas las noticias y le pusieron precio a su cabeza. Por lo que siguió huyendo,



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

viviendo en las sombras durante dos años hasta que Deuce lo encontró escondido y buscando su cena dentro del contenedor de basura de un casino.

Hawk reconoció a Deuce y viceversa, después de haberse reunido varias veces en el pasado. El presidente del club de motociclistas Los Jinetes del Infierno no había sido amigo de su padre, pero sí un comprador leal, y porque Deuce sabía lo que ocurrió como consecuencia de la avaricia de su padre, se apiadó de Hawk y lo tomó bajo su ala.

Las conexiones de Deuce le consiguieron a Hawk un certificado de nacimiento falso y licencia de conducir, dándole una nueva identidad. Se convirtió en James Alexander Young, un nativo de Nueva York, que para todos los efectos era un grande y gordo don nadie. Deuce le quemó las huellas dactilares, le dio una Harley y un corte de pelo, lo apodaron "Hawk", entonces lo llevó a la casa de Miles City, Montana, donde comenzó el segundo capítulo de su vida.

Su acento ruso fue lo primero que tuvo que desaparecer. Por suerte, era leve en comparación con las entonaciones eslavas pesadas de su padre y sus amigos, desarrollado solo porque creció en ese entorno. Pero aun así, su transición de príncipe de la mafia a estafador sin hogar había sido fácil en comparación con su transición de estafador sin hogar a motero.

Lo más difícil no fue aprender a montar una moto; la transformación más difícil fue aprender a vivir y a respirar el cuero y el cromo, hablar y caminar como ellos. Los Jinetes del Infierno, mientras que aún eran una organización criminal altamente rentable, eran la parte más vulnerable del mundo del que Hawk había venido. Mientras que su padre había estado en la cima de la cadena alimentaria y los hombres como Deuce y sus chicos eran considerados una "basura necesaria", Hawk se encontraba ahora a merced de ellos. Era curioso cómo funcionaba la vida a veces.

Como un novato de los Jinetes del Infierno mantuvo la cabeza baja, se quedó tranquilo, e hizo lo que se le dijo. Esa diligencia e intenso instinto de supervivencia le aseguró aclimatarse rápidamente, ganó amigos leales entre sus hermanos, y fue votado por unanimidad como un Jinete de pleno derecho.

Nadie más que Deuce sabía quién era en realidad, algo que le dijo era para su propia protección de otras Secciones Principales que buscaran hacer dinero rápido o debilitar otro club. Por tanto, a nadie, ni siquiera a los mejores chicos de Deuce, se le reveló el secreto. Lo cual le parecía muy bien a Hawk, ya que incluso el más leal de los hermanos podría volverse contra ti.

Era la razón por la que fue a Las Vegas.



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

Esta misma mañana, Deuce obtuvo una pista sobre el paradero de ZZ, un antiguo hermano de los Jinetes del Infierno que, si Deuce se salía con la suya, no pasaría mucho más tiempo en este mundo.

En el último año ZZ había sido visto en varias ocasiones en todo el país, parte del circuito de lucha clandestina. Peleó un par de veces en Las Vegas, pero para cuando la información era transmitida por línea, las peleas terminaban y ZZ se esfumaría hace rato.

Esta vez no.

Dejando escapar un largo suspiro, Hawk bajó el pie de apoyo y desmontó su moto. No quería ser el hermano que encontrara a Z, no quería ser el hombre que tuviera que acabar con el chico. Tan jodido como era que éste le hubiera disparado al hijo de Deuce, Cage admitió que ZZ no había disparado primero, e incluso habló en su defensa.

Pero Deuce no cambiaría de opinión. El chico le disparó a su hijo a quemarropa en el pecho. Dos veces. Luego se esfumó, dándole la espalda por completo a lo que había hecho y al club. Ahora no solo era buscado por la ley, sino por Deuce. El presidente de los Jinetes buscaba sangre, y cuando fijaba su mente en algo, no se lo cuestionaba. Uno hacía lo que te dijera o terminarías en la misma situación sangrienta que ZZ. Untado con tu propia maldita sangre.

La sangre que Hawk iba a tener que derramar. Feliz jodida navidad para él. El único punto positivo era que después de esto se dirigía a San Francisco para las vacaciones, para ver a su hijo… y a Dorothy.

Como si fuera una señal, sintió que su celular vibraba contra su pecho. Alcanzando dentro de su chaleco, sacó el teléfono y encontró un mensaje de texto de Dorothy.

Christopher está preguntando cuando estarás aquí.

A pesar de que a estas alturas debería estar acostumbrado a esto, la negativa de Dorothy a reconocer que una vez compartieron algo más que su hijo, lo hizo fruncir el ceño.

Todos sus mensajes de textos, todas sus conversaciones telefónicas, incluso sus momentos cara a cara, se trataban solo acerca de Christopher. Incluso después de que pasara todo este tiempo, ella seguía haciendo todo lo posible para asegurarse de que él no tuviera la idea equivocada.

Lo que daría por envolverle su puta garganta con la mano y darle un bonito y efusivo sacudón. A pesar de lo que ella pensaba, él no era un maldito idiota aferrándose a la esperanza infantil de que algún día se daría cuenta que todavía tenía sentimientos por él. Tal vez hace mucho, cuando lo buscaba desesperada por algo que Jase nunca podría darle. Libertad. La libertad de dejarse llevar de una manera que nunca pudo con Jase, porque con él no trataba de ganar un premio, no tenía los mismos sentimientos de



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

insuficiencia, la inminente amenaza constante de que si no era tan buena como Chrissy, tan bella, tan amorosa, Jase la dejaría.

Toda esa miseria acumulada, toda esa desesperación, toda esa ira y resentimiento oculto albergado, le hizo recibir la peor parte de todo. Una vez que Dorothy se dio cuenta de que él era su lugar seguro, nunca contuvo el llanto y los gritos, y descargó todo sobre él… y sobre su polla.

Pero eso fue entonces y esto era ahora, y las cosas no eran lo mismo. Ni siquiera cerca.

Como un mensaje alto y claro le demostró a quién quería, el día que le dijo que el bebé en su vientre era de Jase, a pesar de que ambos sabían que era una maldita mentirosa.

Sí, él arruinó todo. Tomando lo que no había sido suyo, forzando su voluntad, básicamente chantajeándola para meterla en su cama; nada fue del modo adecuado para cortejar a una mujer que quería. Pero incluso ahora, más viejo y más sabio, todavía no podía resignarse a lamentar ni un maldito segundo de eso. No cuando dio como resultado el nacimiento de su hijo. Al oír cómo ese niñito lo llamaba papá, al ver esos ojos grandes admirándolo por… todo. De ninguna manera se iba a arrepentir jamás de un solo momento de lo que condujo a Christopher. No existía una maldita oportunidad.

Sin embargo, siempre mantuvo sus sentimientos, sus anhelos y sus decepciones para sí mismo. Bueno, aparte de anunciar a los cuatro vientos que Christopher era sin duda suyo. Después de descubrir que Dorothy había recibido un disparo, sin saber si iba a vivir o morir, no había manera en el infierno de que fuera a dejar que un mentiroso y tramposo pedazo de mierda como Jase Brady criara a *su* hijo.

Algo bueno, también, debido a que desde entonces Jase parecía no hacer nada que no fuera levantar una botella a su boca.

Voy a estar allí mañana.

Al escribir el mensaje, sintió que su adusto humor comenzaba a aligerarse. Todo lo malo podría estar en éxtasis permanente entre él y la mujer que amaba, pero eso no quería decir que no agradecía el tiempo que llegaba a pasar con ellos en algo parecido a una familia. Cuando vivías en la carretera, aprendías a apreciar las pequeñas cosas.

—Hermano.

Hawk reconoció la voz de Hammer antes de que el hombre saliera de las sombras. Hammer era presidente de la sección de Las Vegas del club de motociclistas de los Jinetes del Infierno. Con la cabeza afeitada, barba larga, y construido como un tanque, él era una bestia de aspecto temible. Consiguió su apodo después de golpear a un hombre hasta convertirlo en una sangrienta pulpa irreconocible, con nada más que sus propios puños.



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

Si Hawk no hubiera estado seguro de sus propios reflejos, en saber que su dedo en el gatillo era tan firme como una roca y que acertaba a matar cada maldita vez, podría haberle temido al hombre.

—Te ves horrible —dijo Hammer, acercándose—. ¿Largo viaje?

Deslizando el teléfono nuevamente en su chaleco, Hawk sacudió la cabeza. —Larga jodida vida, hermano. Larga puta vida.

Hammer resopló. —Lo comprendo. Mi mujer ha estado haciéndome pasar por un infierno. Dejé embarazada a una puta del club, y la perra está demandando dinero… Estoy a punto de largarme de aquí.

—He estado en la carretera por mucho tiempo —dijo Hawk, bajando la mirada a sus bolsas. Dentro tenía su rockero Miles City, el parche al que había renunciado cuando se convirtió en nómada—. Esta mierda está empezando a agotarme.

La expresión de Hammer se ensombreció. —Te entiendo, hermano. Me gusta quejarme, pero no hay lugar en el que prefiera estar más que aquí con mis muchachos. ¿Haces este trabajo y vas a casa?

Hawk se encogió de hombros. No tenía un hogar, no en realidad. Por mucho aprecio que le tuviera a Deuce y al club, después de todo lo que había sucedido, no era capaz de quedarse en un solo lugar por mucho tiempo. Comenzaba a ver las innumerables cosas que no podría cambiar nunca, deseando cosas que no podía tener. La carretera era un lugar mejor. Realizar trabajos en todo el país lo mantenía ocupado, demasiado ocupado para sentarse y pensar en cuán jodida era su vida. Pero Hawk nunca hablaba de sus problemas, o peor aún, de sus sentimientos, con nadie. Y no iba a empezar ahora, menos con un imbécil como Hammer.

—¿Entonces esta mierda es de verdad? —preguntó, señalando con la barbilla hacia el almacén destartalado—. ¿Z está dentro?

—Sí —respondió Hammer—. Lo he visto con mis propios ojos. Está flanqueado, tengo dos chicos delante de él. Ahora le podríamos dejar unos cincuenta agujeros. —Su expresión se ensombreció—. Quisiera hacerlo. El hombre tiene que pagar el precio de lo que ha hecho.

Hawk deseó que lo hubiera hecho, deseaba que la deuda estuviera ya cobrada, y hecha por nadie más que Hammer. Pero ZZ fue uno de los mejores chicos de Deuce. Debido a eso, tenía que ser uno de los suyos quien lo pusiera bajo tierra. Eran las reglas de la carretera y un código por el que todos juraron vivir.

Sacando los cigarrillos de su chaqueta de cuero, Hawk encendió uno y contempló el almacén. —¿Cuántas salidas? —preguntó.

—Todo el maldito lugar está lleno de malditos agujeros y listo para desmoronarse.

—Mierda —murmuró Hawk.



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

—Sí. Tengo tres de mis chicos conmigo, cada uno esperando en una salida. Pero este hijo de puta es un bastardo escurridizo. ¿Cuántas veces ha sido localizado y escapó?

—Demasiadas —dijo Hawk, serio. Una intensa ola de agotamiento se apoderó de él, instalándose profundamente en sus músculos. Le dio otra calada a su cigarrillo, esperando que la nicotina pudiera despertarlo un poco. Después de todo el día en la carretera, se sentía más que cansado. Se encontraba malditamente cerca de estar comatoso.

Soplando una bocanada de humo, Hawk tiró su cigarrillo. —Vamos a hacer esto —dijo, y juntos, se dirigieron a la parte delantera del edificio. A medida que se acercaban, el estruendo de ruido que se oía desde fuera se hizo más fuerte, más discernible como unos gritos emocionados.

Atravesando la puerta de acero rota y doblada, encontró la gran habitación vacía, con excepción de algunas piezas de maquinaria oxidada y basura dispersa que podrían apenas ser vistas. Como sospechaba, el ruido venía de debajo de sus pies, desde el sótano del edificio, poniéndolo aún más cauteloso de lo que se aproximaba.

En silencio, los dos hombres continuaron lentamente hacia la escalera, el ruido era cada vez más fuerte con cada paso que daban, hasta que llegaron al final, donde se convirtió en algo casi ensordecedor.

Después de intercambiar una mirada con Hammer, que a juzgar por la expresión del hombre, se hallaba más que listo para poner a ZZ a dos metros bajo tierra, Hawk agarró al borde de la puerta parcialmente abierta y la abrió por completo. El cuarto de depósito poco iluminado y lleno de humo, se encontraba atestado de pared a pared con cuerpos, tanto de hombres como de mujeres, presionados unos contra otros, en tanto todos gritaban al tope de sus pulmones.

Esta no era la primera lucha en jaula a puño limpio en la que Hawk había estado. El circuito de lucha clandestino era infame en Las Vegas, y en su juventud formó parte en su porción justa de las apuestas ilegales en almacenes abandonados muy similares a este.

Pero mientras Hawk se abría paso por los espectadores, su audición comenzó a ajustarse, y los gritos de la multitud empezaron a sonar menos emocionados y mucho más parecidos a gritos de guerra sedientos de sangre.

—¡Mata! ¡Mata! ¡Mata! —cantaban esa sola palabra una y otra vez, al unísono y disonante.

La comprensión lo golpeó como un tren de carga desbocado. Esta no era una pelea de jaula común; se trataba de un maldito combate a muerte. A su alrededor, los cuerpos se presionaban entre sí, con los brazos alzados en el aire, sosteniendo arriba su dinero en tanto continuaban pisoteándose



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

unos a otros, en un intento de obtener una mejor visión del espectáculo sangriento.

Sintiendo más temor, Hawk echó un vistazo sobre el hombro, viendo por encima de las cabezas de la multitud, en busca de Hammer. Debido a la gran cantidad de personas reunidas dentro de la habitación, el hombre se había quedado muy detrás de él. Solo debido al tamaño de Hammer, pudo encontrarlo, apartando violentamente de su camino a la gente en tanto se dirigía hacia él.

Cuando Hammer lo alcanzó, los dos permanecieron codo a codo y se lanzaron al frente. El tamaño de sus estaturas combinadas creó un ariete humano que les permitió atravesar fácilmente a las personas restantes, abriendo un camino hacia el frente de la multitud.

Una jaula de acero de pared a suelo se había erigido en el centro de la habitación; el piso tenía manchas marrones de la sangre de las luchas pasadas, y actualmente parecía resbaladizo con las manchas de la sangre fresca de la batalla que bramaba en su interior.

—¡Ahí está! —gritó Hammer, señalando con la barbilla en dirección a ZZ.

Al menos se le parecía; si ZZ y Terminator hubieran tenido una orgía que hubiera dado como resultado un hijo llamado “Belicista”, mantenido en una constante dieta que consiste solo de huevos crudos y esteroides.

El hombre era un conjunto de músculos mortales, ceño fruncido y puños volando con un solo propósito. Matar.

Uno, dos, izquierda, derecha, izquierda. Observó cómo ZZ golpeaba con sus puños sangrientos e hinchados en el estómago, pecho y cara de su oponente en ese preciso orden, mandando a volar sangre y dientes con cada golpe rompe-huesos.

Como si fuera una máquina, él ni una sola vez hizo una pausa para recuperar el aliento, ni una sola vez falló. Yendo una y otra vez, golpeando al otro hombre hasta dejarlo sin sentido, y evitando hábilmente todos los golpes dirigidos en su dirección.

Al verlo, Hawk sintió que se elevaban los vellos de su nuca. Pero no observaba a ZZ; esto no era él, ni siquiera era un hombre. Hawk miraba a un trozo de carne cubierto de piel, un cadáver caminante, hablador y que aún respiraba.

Pero no tuvo tiempo para pensar en ello. ZZ acorraló a su oponente contra la pared de la jaula y en una rápida maniobra, agarró un puñado de cabello del otro hombre, forzándolo a bajar la cabeza y doblar el cuerpo. Entonces alzando su propia rodilla, ZZ la estrelló en la cara del hombre, lanzando hacia atrás su cabeza y rompiéndole el cuello.



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

Cuando el hombre se desplomó en el suelo, con los ojos sin vida y muy abiertos, la multitud estalló en una explosión de gritos eufóricos y aullidos. Solo Hawk y Hammer se mantuvieron congelados en medio del caos.

¿Qué mierda había presenciado?

El ver a su antiguo hermano de esa manera, un hombre que una vez fue tan malditamente tranquilo, siempre con una sonrisa en su rostro y una broma para decir, convertido en un fantasma de su antiguo ser, un asesino despiadado…

Bueno, eso no lo dejó con una sensación cálida en su interior. Muy por el contrario, en realidad. Y podría haber continuado allí, mirando, dejándose vulnerable para que ZZ se fijara en él si Hammer no lo hubiera agarrado, jalándolo de nuevo hacia la multitud. Las personas animando pululaban a su alrededor, escondiéndolo de la vista cuando ZZ se enderezó y se volvió hacia sus fanáticos.

Les dio un vistazo rápido antes de alejarse abruptamente. Fuera de la jaula, ZZ tomó un fajo de dinero en efectivo de un idiota de aspecto grasiento, agarró una chaqueta de una silla cercana, y entonces se puso en marcha, empujando las pobres almas que se atrevieron a acercársele, antes de desaparecer detrás de una puerta que Hawk no notó previamente.

—¡Síguelo! —gritó Hammer—. ¡Voy a regresar al piso de arriba y a cubrir el frente!

Maldiciendo, se forzó a ponerse en acción y comenzó a moverse entre la multitud, en dirección a la salida que había tomado ZZ. Tan pronto como pasó la puerta abierta, deslizó una mano dentro del chaleco y sacó su pistola de la funda.

Estaba a un par de metros en el interior del oscuro pasillo cuando la puerta detrás de él se cerró de repente con una fuerte explosión. Se dio la vuelta, con el dedo listo en el gatillo, solo para encontrarse a Hammer y a dos de sus hombres de pie allí.

Confundido, bajó su arma. —¿Por qué no estás…?

Se calló cuando algo duro y frío, sin duda el cañón de una pistola, fue presionado en su nuca.

—Pensabas que me tenías atrapado, ¿no? —El tono de ZZ y la risa que siguió fueron tan fríos y carentes de emoción, que los escalofríos se deslizaron por la espalda de Hawk. Pero peor era la negativa de Hammer para mirarlo a los ojos.

Bueno… mierda. No podías confiar en malditamente nadie, ¿verdad? No existía lealtad entre los delincuentes. El único hombre que conocía que había sido la excepción a esa regla era Deuce.



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

El cañón de la pistola de ZZ cavó más profundamente en su cuello. —Suelta tu puta pistola.

Colocando el seguro, Hawk abrió la mano, permitiendo que el arma cayera. Resonó en el suelo con un ruido triste y sordo que hizo eco en todo el pasillo vacío.

Agarrando su brazo, ZZ lo volteó bruscamente, para luego empujarlo de bruces contra la pared. Sin que se le dijera, Hawk asumió la posición. Después de colocar las palmas de sus manos contra la pared, separó las piernas.

El cacheo era rápido, pero completo, y en cuestión de segundos, tanto las navajas de Hawk como su teléfono, se unieron al arma en el suelo.

Hawk dejó escapar un suspiro frustrado y silencioso. Era solo un teléfono, pero contenía las únicas fotos que tenía de su hijo. Vivir en la carretera no le permitía el lujo de conservar nada que no fuera necesario. No es que algo de eso fuera a importar si no salía de ese almacén con el cerebro intacto.

—Lo que vayas a hacer —dijo Hawk en voz baja—, es mejor que lo hagas ahora. Si no, tengo que estar en otros lugares.

—¿Sí? —resopló ZZ—. ¿Más mandados estúpidos para tu Prez?

—Alguna vez también fue tu Prez.

—Está buscando mi sangre, lo que significa que él no es una mierda para mí.

—Le disparaste a Cage —dijo Hawk—, lo que significa que nos disparaste a todos. Tus hermanos. No puedes ser tan tonto para pensar que Prez iba a dejarlo pasar.

—¡Él me provocó! —gritó ZZ.

—¡Suficiente!

Hawk se volvió hacia la voz mientras que Hammer y sus hombres se separaron, permitiendo que ingresaran cuatro hombres más al pasillo. Vestidos con trajes caros, y sus cabellos perfectamente peinados, estos hombres no eran de la pandilla de Hammer.

El hombre líder, unos veinte años más viejo que Hawk, a juzgar por su pelo blanco y piel arrugada, se detuvo a su lado y sonrió. No era una sonrisa amable, sino una cruel. Era una sonrisa que fastidiaba a sus recuerdos.

—Luca —dijo el anciano, con la voz fuertemente acentuada—. Es bueno verte de nuevo... vivo.



Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

Hawk parpadeó. Ese nombre, su nombre, su maldito nombre real y ese acento ruso marcado. Lo que significaba... que este hombre era de la mafia. Cortado por la misma condenada tijera que Hawk.

Detrás de él, ZZ se echó a reír a carcajadas. —Y pensar que todos estos jodidos años estuve viviendo entre la realeza de la mafia.

Hawk no dijo nada. No se movió, ni respiró, demasiado ocupado en el intento de calcular lo que sucedía. O mejor aún, por qué ocurría.

—No te acuerdas de mí, ¿cierto? —preguntó el anciano.

Hawk lo miró fijo a la cara, a sus rasgos, tratando desesperadamente de ubicarlo, pero no pudo. No hasta que miró directamente a los ojos del hombre, una sombra tan oscura de color café que la pupila era casi imperceptible del iris. No solo eran un reflejo de los ojos de su padre, sino también de los suyos.

—Yenny —dijo rotundamente.

Mientras la sonrisa del hombre se amplió, también lo hizo la ira de Hawk.

Yevgeniy Polachev era el tío de Hawk y el segundo al mando de su padre. Hawk estuvo bajo la impresión de que Yenny había muerto junto con todos los demás en la empresa de su padre.

Pero Yenny no murió, había vivido, y por el aspecto de su ropa cara y los hombres armados detrás de él, había prosperado.

—Tú —espetó Hawk—, traicionaste a mi padre, ¿no? ¡Arrebataste para ti mismo todo lo que construyó!

En respuesta, Yenny simplemente se encogió de hombros. —Tu padre era codicioso, Luca. Habría caído finalmente.

Hawk no dijo nada, y el silencio se extendió incómodamente entre ellos. En el fondo, los gritos de los espectadores aún se podían escuchar, junto con el zumbido de un avión volando por encima. Pero el sonido predominante era el del corazón de Hawk, de ritmo rápido y errático, su sangre tronando violentamente por sus venas mientras luchaba contra el impulso de no extender la mano y estrangular al hombre que una vez llamó tío. Algo que sin duda terminaría mal para él, ya que era el único hombre desarmado en una habitación llena de armas.

—¡Luca! —ZZ siguió riendo—. Todavía no puedo creer esta mierda.

Haciendo caso omiso de ZZ, Hawk se centró en Hammer. —¿Me pusiste una trampa? ¿Tramaste esto?

Considerando que cada sección de los Jinetes del Infierno tenía su propio presidente, sus propias relaciones de negocios y su propia manera de hacer las cosas, Miles City era la sección principal y Deuce se hallaba a cargo en última instancia. La participación de Hammer en esto no solo era



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

desleal, sino traicionera. Una vez que Deuce se enterara, la sección de Nevada sería destruida y reconstruida desde cero, si es que lo era.

Un cuerpo se estrelló inesperadamente contra Hawk desde atrás, lo que lo obligó a aplastarse contra la pared. Sintió una pistola presionada en la mejilla, haciendo que la piel suave en el interior de su boca se moliera dolorosamente contra sus dientes.

—Yo lo tramé —siseó ZZ, su aliento caliente en la cara de Hawk—. Deuce ha estado comprando cada vez menos metal ruso desde que se unió con Predicador y esos putos chinos.

Hawk lanzó su mirada a Yenny. —Deuce no ha estado comprando menos. De hecho, no se trata de Deuce, ¿cierto? Quieres a Predicador. Quieres la Costa Este.

—Siempre has sido un chico listo, Luca. Es una pena lo que te pasó...

La mirada de Yenny corrió de arriba abajo por la longitud de Hawk mientras miraba sus pantalones de cuero y su chaleco, con nada menos que asco. Hubo un tiempo, en el que Hawk habría hecho lo mismo, cuando su nombre era todavía Luca. Pero ya no era Luca. Era James jodido Hawk Young, un chico de Deuce y era infaliblemente leal.

—Nunca voy a ayudarte —pronunció entre dientes.

Hawk se encontró de repente siendo girando y cara a cara con un ZZ sonriente. No, ZZ no sonreía, se burlaba de él con una sonrisa tosca y fea.

—Hermano —dijo ZZ con una sonrisa burlona—, ya lo has hecho. Ahora vamos a esperar para ver si a tu Prez le importas una mierda.

—Basta —exigió Yenny—. El coche está esperando. Dispárale ya.

La declaración atrapó a Hawk por sorpresa, pero tuvo poco tiempo para pensarlo cuando sonó un disparo y su pierna izquierda se dobló de repente y luego cedió por completo. El dolor punzante se disparó hacia arriba y abajo de la extremidad al tiempo que se tambaleó hacia atrás y se estrelló contra la pared. Cayendo hacia adelante, su cuerpo se derrumbó en el suelo.

Parpadeando con ojos llorosos, trató de evaluar la herida, y casi pudo distinguir su espinilla. La bala le entró en el lado izquierdo de la pierna, desgarrando directamente a su paso y saliendo por el otro lado, llevándose consigo hueso, músculo y una jodida tonelada de sangre. El ver la herida abierta, los fragmentos de huesos rotos que sobresalían a través del desorden sangriento de músculo destrozado y la sangre, causó que su estómago se agitara.

Empezando a tiritar por el frío que rápidamente se apoderó de sus entrañas, Hawk levantó la mirada a ZZ y, a pesar de su dolor, intentó



Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

sonreír. De ninguna manera iba a permitir que estos imbéciles lo usaran contra Deuce. Primero moriría.

—Nunca vi a Danny mirándote de la forma en que mira a Ripper —susurró con voz ronca—. Te debe carcomer por dentro saber que ama más mirar a algo descuartizado por Frankie el Loco que a ti.

Las fosas nasales de ZZ se ampliaron y la mano que sostenía el arma comenzó a temblar.

—Y Tegen —continuó Hawk a través de los dientes castañeteando—. Mierda, hermano... empaca ligero... porque estás perdiendo a las mujeres que quedan y...

Hawk se sacudió cuando un arma fue descargada y envió a ZZ hacia atrás. Pero antes de que Hawk pudiera ver que tan mal fue impactado ZZ, Yenny se le paró al frente, bloqueando su línea de visión.

—Luca, Luca, Luca. —Suspiró y chasqueó la lengua—. Me hiciste dispararle a mi mejor luchador.

—Sí —carraspeó Hawk. Derrotado, apoyó la cabeza en la pared—. No lamento... ni una mierda... de eso.



Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

4

Traducido por LucindaMaddox & evanescita

Corregido por AmpaЯo

Día de Nochebuena…

—Simplemente firma los papeles, Jason.

Dentro de una habitación segura y protegida dentro de los confines de la prisión de mujeres en Montana, Jase estaba sentado al lado de su hija mayor, Maribelle, mirando al otro lado de la mesa de metal sin brillo hacia los ojos azules de su esposa. Ojos que una vez lo habían mirado con absoluto amor y devoción, pero ahora se encontraban llenos de la amarga punzada del resentimiento.

Chrysanthemum "Chrissy" Montgomery había sido una maravilla digna de ver. No había existido un hombre que no mirara en su dirección. Ese ya no era el caso. Ahora estaba en sus cuarenta, pero lucía mayor; se había endurecido hasta convertirse en una mujer que él apenas conocía.

Él le hizo esto, la había arruinado a ella, a su familia y…

Un par de ojos verdes preciosos y una cara llena de pecas invadieron sus pensamientos; esa cara enmarcada con rojas ondas gruesas. Cerró los ojos, bloqueando la vista de su esposa, recordando a su vez a Dorothy, la mujer que lo había hecho sentir tan condenadamente vivo. Esos ojos verdes también lo habían mirado con amor. Abriendo los ojos, Jase se dejó caer en su silla, deseando estar borracho. De hecho, la única razón por la que no lo estaba era porque sabía que nunca hubiera sido permitido en la prisión si apestaba a alcohol. Pero tan pronto como saliera pitando de aquí y volviera al club…

Ya podía imaginárselo, sirviéndose una copa de "ahogar sus penas" porque no tenía nada más que valiera la pena.

—¿En serio es lo que quieres? —preguntó en voz baja.

Su solicitud de divorcio no le sorprendió tanto como la petición de Chrissy de verlo en persona. Todos los intentos en el pasado de visitarla, fueron rechazados por ella. Y de la nada, Maribelle lo llamó a principios de la semana pasada —otra sorpresa ya que ninguna de sus tres hijas había querido saber nada de él desde que consiguieron su independencia—, y le informó de los deseos de su madre.



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

—Su esposa estará bajo libertad condicional en unos años, señor Brady. Sus vínculos con usted y su club no le harán nada más que daño.

Jase deslizó su mirada hacia el abogado de cara regordeta sentado junto a Chirssy. —¿Podrías cerrar la puta boca? Esto no es asunto tuyo.

No se había opuesto al divorcio, pero a la vez, a pesar de que era reacio a admitirlo en voz alta, la idea de cortar los lazos con su esposa e hijos, lo aterrorizaba. Aparte del club, esto era lo que le quedaba; no era mucho, y podría estar destrozado, pero era todo lo que tenía.

Y si era sincero consigo mismo, tendría que admitir que habían sido sus propios miedos e inseguridades los que lo habían llevado a él y a todo su entorno a este desastre. Y si continuaba ignorando las necesidades y deseos de aquellos que los rodeaban, prolongando lo inevitable, la tragedia iba a atacar nuevamente.

—Solo firma los papeles, Jason —repitió indiferente Chrissy—. Tú no me quieres. Nunca me quisiste.

Él la miró fijamente; se le revolvió el estómago mientras su ineludible culpabilidad brotaba el doble de fuerte en su interior. Eso no era cierto. Él la había querido. Una vez, cuando ambos eran adolescentes con infinitas posibilidades delante de ellos, la había querido muchísimo.

Adoraba ver saltar a ese cuerpo fuerte en su uniforme de animadora en la secundaria, y esa hermosa y perfecta cara sonriendo al tiempo que lo alentaba desde los costados. Pero eso no significaba que había querido ser padre a los diecisiete años y marido a los dieciocho, siendo obligado a pasar el resto de su vida oyéndola parlotear acerca de estúpidas e insulsas tonterías que no le importaban un bledo. Ella abordó la vida matrimonial y la maternidad como si hubiera nacido para ello y él…

Él se había alistado en las reservas de la marina para escapar del infierno que se convirtió su vida. También empezó a beber en exceso. Y fue durante una de las muchas noches que había pasado intoxicado en un bar local que se había topado con el presidente de los Jinetes.

No mucho después, se había encontrado a sí mismo siendo miembro de uno de los más notorios clubes de motocicletas en el país, y un soldado de primera en las reservas.

Jase sabía que era una anomalía —marino de día, motociclista de noche— pero la verdad del asunto era que nunca fue capaz encontrar un término medio. Constantemente insatisfecho y siempre con ganas de estar en movimiento, en busca de algo nuevo, necesitaba la dualidad en su vida. Las reservas de la marina lo mantenían conectado a la tierra, lo forzaban a permanecer en un lugar, lo obligaban a ser el hombre que sabía debía ser para su familia, pero el club le daba la emoción que siempre sintió que le faltaba. A pesar de su doble vida, se encontró a sí mismo buscando algo más.



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

Encontró ese algo más en uno de los lugares más improbables.

Su sección en los Jinetes se había jodido a lo grande. Entraron dos chicos, y se rumoreaba que ellos habían estado a punto de traicionarlos y confesar al fiscal del distrito. Todos en la sección tuvieron que dispersarse, sobre todo él. Al ser un marinero, no podía permitirse el lujo de tener problemas con la ley. Y tuvo suerte. Ser elegido por Deuce no era algo que pasaba todos los días. Al principio no le alegró el asunto hasta…

La pequeña Dorothy Kelley Matthews.

Debería haber dejado a Dorothy en paz, ni siquiera tenía intención de enamorarse de ella, pero fue difícil no hacerlo. Todo el mundo se había enamorado de ella a su manera, hasta el último chico en ese club; incluso el flujo constante de putas la había amado. Era una cuidadora natural, la madre de todos. Uno no podía evitar sentirse atraído hacia ella, esperando su turno para ser envuelto por ese brillo que siempre la rodeaba.

Y, como era el modus operandi habitual de él, puso sus propios deseos y necesidades antes que los de todos los demás, y destruyó a todos.

A su izquierda, Maribelle se inclinó hacia adelante, y sus ojos duros capturaron su mirada. —¿No has hecho suficiente daño? —preguntó, con tono ácido—. Lo mínimo que puedes hacer es firmar los papeles y darle una fracción de oportunidad de salir de este lugar.

A diferencia de sus niñas gemelas, Meghan y Marisa, Maribelle era la viva imagen de Chrissy en su juventud. Junto con sus ojos azules y el pelo castaño largo, así como su piel bronceada natural y sin defectos, poseía la misma altura, y el mismo delgado pero musculoso cuerpo de su madre, y ambas podrían haber sido confundidas como hermanas si no fuera por la aparente diferencia de edad. Pero ahí era donde acababan las similitudes entre madre e hija. Mientras que Chrissy había sido siempre amante de la diversión, muchas veces rozando la tontería, Maribelle era arrogante. Algo más de lo cual era responsable él.

Al mirar de su hija a su esposa, sintiendo el calor de sus severas y firmes miradas, Jase sabía que no tenía elección. Así que, por primera vez desde que la conoció, antepuso a Chrissy. Era lo mínimo que podía hacer después de todo… lo que no había hecho.

—¿Dónde firmo? —preguntó, con la voz quebrada en medio de la oración.

El abogado puso una carpeta sobre la mesa. —Lo he hecho fácil —dijo—. Donde vea una marca roja, firme con su nombre completo, iniciales y la fecha.

Murmurando sobre la inutilidad de poner tanto su nombre completo como sus iniciales, Jase abrió la carpeta y le echó una hojeada rápida a la primera página. Todo era bastante conciso. Ella no quería nada de él, ni la



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

casa ni un maldito centavo. En cuanto a sus hijas, las tres eran mayores de dieciocho años.

Jodido Cristo, necesitaba una maldita bebida.

El bolígrafo se sentía fresco dentro de su sudado apretón y su primer intento de firmar resultó un garabato casi ilegible. Pero para el momento en que había llegado a la última página del documento, su agarre era firme, su mano estable y seca. Cerrando la carpeta, la deslizó nuevamente hacia el otro lado de la mesa donde el abogado la cogió y rápidamente la puso en su maletín.

—Gracias, señor Brady. Estaré en contacto si se requiere alguna otra participación de su parte.

Jasón asintió; ¿qué más podía hacer? ¿Qué podía decir? Era oficial, Chrissy había acabado con él. Todos esos años que habían desperdiciado juntos, él quedándose solo por las niñas, ella amándolo, ciega a todos sus defectos, para que todo explotara en su cara de la peor manera posible… Y no quedara nada.

Qué maldito desperdicio. Todo.

—¿Pueden darnos un segundo a solas? —preguntó Chrissy, mirando a su abogado y luego a Maribelle.

Jase se sorprendió. No esperaba que ella quisiera hablar en privado, pero supuso que tenía sentido luego de pedir verlo en persona.

El abogado no se opuso; empacó las cosas que le quedaban y se fue. Pero su hija apenas se movió en el asiento. Continuó sentada, con la cara seria, mirando a su madre.

—Belle —dijo Chrissy, usando el apodo de infancia de Maribelle—, por favor.

Con los labios apretados y ojos amplios, Maribelle sacudió la cabeza enfáticamente. —No —dijo con firmeza—, no puedo pensar en nada que tengas que decirle al hombre que arruinó tu vida.

El hombre que arruinó tu vida…

No papá. No había sido papá en mucho tiempo. Solo era un hombre que arruinó la vida de su madre. Maldición, prácticamente podía degustar el licor que necesitaba con tanta desesperación.

—Belle —repitió Chrissy, más firme esta vez. Las mujeres se miraron entre sí mientras Jase esperaba a ver cuál voluntad ganaba.

Cuando Maribelle puso las manos sobre la mesa; un ruido suficiente como para llamar la atención de la guardia, Jase supo que Chrissy había ganado la batalla. La baja y fornida mujer de aspecto masculino parada al lado de la puerta se volvió hacia ellos y frunció el ceño, así que Jase le dio una débil sonrisa, pero solo sirvió para profundizar el ceño fruncido.



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

Malditas mujeres. Todas lo odiaban. Incluso las que tenían vello facial.

De forma dramática, Maribelle se levantó de la silla. —Como sea —espetó—. No importa una mierda, pero no te tomes todo el día. El servicio meteorológico pronostica otra épica tormenta de nieve en Montana, y lo último que necesito es quedar atrapada en la maldita Miles City.

Jase observó a su hija en tanto se iba hecha una furia de la pequeña habitación antes de girarse hacia Chrissy. Cuando sus ojos cansados lo encontraron; la culpa, la tristeza y el pesar fueron abrumadores, y lo ahogaron con su intensidad. Quería apartar la mirada, salir corriendo de la habitación, por lo que había hecho. Pero al igual que un auto patinando en un trozo de hielo, no podía hacer nada más que ver mientras la valla se acercaba rápidamente hasta darle un golpe en la jodida cara.

Chrissy respiró hondo antes de soltar el aire lentamente. —Dorothy —comenzó, sobresaltando a Jase—, quiero saber cómo está. ¿Y el niño? Las chicas nunca me pudieron decir mucho, solo fragmentos…

—Chris —dijo él, interrumpiéndola— ¿Por qué traes esto a colación?

La irritación arrugó su rostro. —Porque, Jason, le disparé a una mujer, a una mujer embarazada. Podría haberla matado junto con su bebé inocente y he vivido con ese hecho todos los días, cada año, desde que sucedió. No hay nada de lo que me arrepienta más que de lo que le hice.

Supuso que tenía sentido; aun así, no quería discutir de Dorothy con Chrissy. Pero no se trataba de él, y le debía por lo menos eso.

Encogiéndose de hombros, dijo—: Por lo que sé, está bien.

—¿No la has visto? —preguntó Chrissy— ¿En todo este tiempo?

Sintiéndose muy incómodo al hablar de su novia de muchos años con su esposa, o ex esposa, incluso después de todo este tiempo, Jase negó. —En realidad, no. Viene a la ciudad a veces, solo para ver a Tegen o a Eva. Nunca se queda mucho tiempo.

—A ti no —dijo Chrissy. No era una pregunta, sino una observación.

—No —repitió Jase. Incluso antes de que regresaran sus recuerdos, Dorothy se había negado reiteradamente a cualquier intento que hizo él de hablar con ella. Y luego, después de que Cage recibiera un disparo, cuando había amenazado con matarlo si se le acercaba otra vez, se rindió por completo.

—Has perdido todo —dijo Chrissy.

La miró fijamente. No parecía estar burlándose, no lucía enojada ni amargada. De hecho, para su sorpresa, parecía esperar su respuesta.

—Perdí todo —confirmó, y luego añadió en voz baja—: Así como tú, y fue por mi culpa.



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

Esta vez fue Chrissy quien negó. —Todavía tengo a mis hijas.

Jase no sabía cómo responder a esto más que asintiendo. Era la fría y dura verdad. Cuando todo se fue a la mierda, las chicas se pusieron de lado de su madre, apenas reconociendo la existencia de su padre incluso antes de que todas se fueran de la casa. Por mucho que le había dolido, no las culpaba. Él, más que nadie, odiaba lo que hizo.

—Durante mucho tiempo, te culpé por todo —continuó ella—, te odié por mentirme, por traicionar nuestro matrimonio. Pero, sobre todo, te odié por destruir nuestra familia. Pero he tenido mucho tiempo para pensar... en todo. Y he llegado a la conclusión de que no fue solo tu culpa. Las otras mujeres, Dorothy, permití que continuara. Sabía que no eras feliz, siempre lo supe, sin embargo, opté por ignorarlo en lugar de enfrentarlo. Fue solo después de enterarme de que estaba embarazada... —No siguió; sus ojos brillaban con lágrimas mientras se alejaba de él.

—Chris —dijo en voz baja—, no tienes que…

—No —insistió, sentándose erguida y secándose los ojos—. Sí tengo. Necesito que sepas cuánto lo siento. Le pedí a Maribelle que viniera por una razón, para darles un poco de tiempo juntos. Esperaba… —Tragó saliva antes de volver a hablar—. Casi es navidad, Jason, y esperaba que al ser época de fiestas, vernos ayudaría en algo.

—Las chicas no me necesitan —dijo él, casi ahogándose con sus palabras mientras luchaba contra una creciente ola de intensa emoción. Maldición, estaba tan sensible últimamente. Ojalá no fuera una cosa de la vejez, porque en ese caso, si llegaba a los sesenta, sería un maldito llorón. Peor que una jodida mujer.

Chrissy se inclinó sobre la mesa y sorprendiéndolo, cubrió su mano izquierda con la suya.

Por un momento, solo atinó a bajar la mirada a sus manos unidas, pero sin sus anillos de matrimonio, otra ola de pesar lo atravesó. —Te necesitan —susurró ella, apretándole los dedos—. Y es tu trabajo demostrárselo.

Jase se volvió para mirar fuera de la habitación, donde se hallaba su hija de pie con los brazos cruzados sobre su pecho y una máscara de piedra impenetrable en su expresión; fácilmente podría haber pasado por una de las guardias. Una de las guardias no tan varoniles.

—Voy a intentarlo —dijo, volviendo a Chrissy.

Ella le dio una sonrisa triste. —Eso es todo lo que podemos hacer ahora.

***



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

—No tienes que acompañarme a mi auto —murmuró Maribelle, caminando más rápido—. No soy una niña.

Jase aceleró su paso en el estacionamiento de la prisión. No quería pelear con ella, pero sabía que sin importar lo que dijera, se convertiría en una discusión. Siempre era así. Pasándose una callosa mano sobre su mentón, trató de pensar en algo que decirle que no la enojara.

—Se viene una gran tormenta —gritó—, y tienes un largo viaje por delante. ¿Tienes llantas para la nieve en este pedazo de mierda que conduces?

Maribelle dejó de caminar tan abruptamente, que estuvo a punto de chocar con ella. Retrocediendo unos metros, se preparó para lo que sabía que vendría.

—¡Basta! —siseó ella—. Deja de fingir que te importo.

Sintiéndose exasperado y exhausto, levantó las manos en un gesto de paz. —Belle —suplicó—. Estoy tratando de hablar contigo, eso es todo. Es Nochebuena, cariño. Dale una tregua a tu viejo, por el amor de Dios.

El rostro de Maribelle se retorció con desdén. —¡Tienes razón! —gritó—. ¡Es Nochebuena! ¡Y como siempre, tengo que pasarla sin mi madre! ¿Y quién tiene la culpa? —continuó—. ¿De quién mierda es la culpa?

Jase abrió la boca, sin saber qué demonios iba a decirle, pero sabiendo que tenía que decir algo, cualquier cosa para calmar su ira antes de que la seguridad de la presión viniera a buscarlos. Pero Maribelle se le adelantó.

—¡Es tuya! —gritó, apretando sus manos en puñitos—. Arruinaste nuestra familia, arruinaste todo, y ahora eres un triste y viejo borracho que cree que solo porque es navidad tiene algún derecho a hablar conmigo sobre llantas para la nieve. ¡Como si te importara una mierda! ¡Todo lo que siempre te importó fue ese jodido club y esa puta!

—Baja la maldita voz —susurró él, con severidad—, antes de que consigas que te esposen y yo tenga que sacar tu culo de la cárcel bajo fianza.

A pesar del enojo que mostraba, él aún podía ver la tristeza, la decepción que trataba de ocultarle. La recordó de niña, aprendiendo a montar su bicicleta sin las ruedas auxiliares. Se había caído una y otra vez, raspándose las espinillas y las rodillas, pero había sido una niña determinada. Incluso cuando estuvo a punto rendirse, queriendo llevarla a casa con su madre, cubierta de sangre, ella apretó los dientes, se secó los ojos, y volvió a esa maldita bicicleta. Los recuerdos solo sirvieron para



empeorar su estado de ánimo. No tenía los suficientes, porque nunca estuvo cerca.

—Belle —dijo, suspirando—, asumí la culpa hace mucho tiempo y nunca lo he negado, ni una jodida vez. Pero no hay nada que pueda hacer con respecto al pasado. Solo tengo el ahora, y estoy intentándolo. Nunca dejaré de intentarlo. Eres mi hija, mi niña, y esa mierda significa algo para mí. Siempre ha sido así.

Maribelle continuó mirándolo, aparentemente con su resentimiento inquebrantable, excepto por el ligero temblor de su labio inferior.

Al ver esa oportunidad, dio un paso adelante y puso las manos sobre sus hombros. —Sé que no tengo derecho a pedirte nada, no después de todo lo que les arrebaté a ti y a tus hermanas, pero lo pido igual.

Maribelle levantó mirada y lo miró directamente a los ojos. —¿Y qué estás pidiendo?

La observó fijamente, al reflejo de su esposa hace veinte años, y se dio cuenta de que si no trataba de corregir este error, en serio en esta ocasión, los ojos de su hija se volverían más fríos, perdiendo su luz al igual que los de su madre.

—Te pido una navidad —dijo—, te quiero en casa para navidad.

De hecho, quería a todas sus hijas en casa, pero la verdad era que las gemelas seguían el ejemplo de Maribelle. Ella, junto con los padres de Chrissy, eran sus tutores. Jase era persona no grata. Pero si podía lograr que Maribelle fuese a casa, las gemelas, sin duda, harían lo mismo.

Pasaron un buen rato en un incómodo silencio, durante el cual empezó a nevar. Jase alzó la mirada hacia el cielo oscuro, preocupándose por el largo viaje a casa de Maribelle, y en su distracción, ella se salió de debajo de sus manos.

—No puedo —dijo mientras retrocedía rápidamente—. Lo siento... —Negó—. No, no lo siento, pero... no puedo.

Luego se volteó y salió corriendo.

Jase se quedó allí, mirándola mientras buscaba las llaves del auto, esperando hasta que estuvo a salvo en el interior del vehículo y saliendo del estacionamiento antes de finalmente bajar la mirada.

—De vuelta al club —murmuró. Ya que no era posible que fuera a esa casa vacía en Nochebuena. Allí no había árbol de navidad, ni adornos, ni regalos para envolver, ni un pavo en el horno, ni risas procedentes de arriba, de las habitaciones de las niñas. No había más que cuatro paredes, muebles llenos de polvo y un piso sucio.



Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

Desde que sus dos hijas menores se fueron de casa, había estado en el club, más que nunca, incapaz de soportar el constante vacío que no solo se había arraigado dentro de su casa, sino también dentro de él.

Si tan solo se hubiese dado cuenta antes que eso no era una casa; cuatro paredes y un techo no eran un hogar. Era quienes habían vivido dentro de esas cuatro paredes, su esposa e hijas, las verdaderas columnas de la estructura. Sin ellas, el techo se derrumbó, las paredes colapsaron y la base se había desmoronado.

Y mientras se dirigía hacia su camioneta, se encontró deseando por enésima vez desde que Dorothy recibió un disparo, que Cox no hubiera luchado por quitarle la pistola de la mano.



Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

5

Traducido por Katherine Spring

Corregido por Victoria

Mi abuelo solía decir que cuando llovía, diluviaba. O en mi caso, cuando llovía, llovía como las navidades en San Francisco, hasta que al final se inundaba y te cubría entero, dejándote mover los brazos y piernas, jadeando por un aliento que ya sabías que no vendría.

Después de la llamada de Tegen, me pasé las siguientes treinta y seis horas, agitándome y jadeando bajo una cascada de problemas. Parecía que el universo, la Madre Naturaleza en sí misma, se hallaba decidida a mantenerme lejos de Miles City.

Primero, necesitaba encontrar un lugar dónde Christopher pudiera quedarse. Sin saber qué me esperaba en el club, no había nada que pudiera convencerme de adentrar a mi hijo en lo que se podría convertir en una situación peligrosa, o peor, en una devastadora.

Esto resultó ser un problema ya que tenía muy pocos amigos en San Francisco. Debido a algunos pequeños efectos secundarios residuales de mi lesión cerebral y mi falta de educación, no había sido capaz de hallar un trabajo que me proporcionara un ingreso más importante que mis cheques de discapacidad, lo que significaba que no tenía un compañero de trabajo cercano. Me llevaba bien con las madres del colegio de Christopher y, había tenido algunas citas durante esos años pero nunca hubo ninguna seria y definitivamente nadie a la cual confiara mi posesión más preciada.

Fue Tegen quien sugirió a Hayley, una de sus mejores amigas, y mentalmente, me golpeé por no haber pensado en ella antes. Hayley y su marido eran gente amable, llenos de felicidad, quienes tenían un niño pequeño.

Hayley aceptó rápido; a Christopher tuve que convencer. Dediqué demasiado tiempo en explicarle por qué su madre tuvo que dejarle, y el día de navidad nada menos. Terminé mintiéndole, algo que me prometí que nunca haría, y le dije que su abuelo estaba enfermo.

Como no había tenido contacto con mi familia desde que me divorcié del padre de Tegen, algo de lo que Christopher estaba al tanto, noté que él era escéptico, además de que se sentía como si yo le estuviera dejando aparte. ¿Pero qué otra opción tenía? No podía decirle que su padre estaba en peligro o algo peor. Al final se lo tomó con calma, demostrando aún más



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

lo parecido que era a Hawk y, solo sirvió para hacerme sentir aún peor por haberle mentido.

Una vez que Christopher se instaló en casa de Hayley, me encontré con toda una serie de problemas. Debido a una tormenta de invierno que se dirigía hacia Medio Oeste y parte de los estados vecinos, los vuelos a Montana estaban siendo cancelados o retrasados indefinidamente.

Esperé en el aeropuerto durante horas, mi ansiedad empeoraba cada vez que otro vuelo era cancelado, hasta que, renuncié a las compañías aéreas por completo y terminé alquilando un coche.

Las siguientes veinticuatro horas las pasé en la carretera, y solo en cuatro de ellas me eché una siesta rápida en una área de descanso de la autopista interestatal.

En el momento en que llegué al estado de Montana, me encontraba en el centro de la tormenta, incapaz de ver más que unos pocos metros delante de mí, por lo que no pude conducir a más de cincuenta kilómetros por hora. Fui despacio durante un buen tiempo; mi único alivio era que las carreteras se hallaban prácticamente vacías y yo estaba decidida a llegar a mi destino.

Ahora me encontraba aparcada un poco más allá de las puertas de un club. Liberé mi abrazó mortífero del volante, solté una gran bocanada de aire que tenía acumulada y alcé la vista hacia el edificio que tenía ante mí.

El almacén era enorme; el logotipo de Los Jinetes del Infierno estaba pintado en el frente, enorme e intimidante. Nada acerca de su apariencia era cálido o acogedor, algo de lo que estoy segura, Deuce hizo adrede.

Había estado aquí una y mil veces, incluso después de trasladarme a California, pero esta vez sentí algo diferente.

Sentía como si estuviera de pie sobre un precipicio formado por hilo que se deshilacha rápidamente y, una vez que atravesara esas puertas, mi vida tranquila, mi existencia pacífica y todo lo que había reconstruido desde cero, todo, iba a desintegrarse y a enviarme de nuevo en caída libre al abismo sin fin.

Esa idea, el miedo que me causó, era suficiente para hacerme volver al coche y regresar a California.

Pero esto no era por mí. Era por Hawk y el niñito que había dejado atrás.

Tomando una gran bocanada de aire, me tragué mis miedos y llevé el vehículo hacia adelante. Bajé la ventana, extendí la mano hacia el frío abrasador y presioné el botón de llamada en el interfono.

El interfono sonó, cobrando vida, y una grave voz se hizo oír a través del altavoz.



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

—Me preguntaba cuánto tiempo ibas a estar sentada ahí fuera.

Reconocí al instante la voz como la de Gusano, un hermano de toda la vida del club y, a pesar de mi nerviosismo, sentí como una sonrisa se deslizaba por mis labios levemente fruncidos.

—Solo me preparaba mentalmente para esas manos exploradoras tuyas —bromeé.

—Bienvenida a casa, pequeña D —dijo, riendo entre dientes.

Después de un día entero conduciendo preocupada, su risa, rasposa debido a los muchos años de fumador empedernido, era un sonido de bienvenida.

El pestillo chasqueó y, a medida que la puerta empezó a balancearse lentamente para abrirse, apenas pude distinguir la puerta principal del club debido al pesado velo de la nieve. Al igual que un faro en medio de la penumbra circundante, un cálido resplandor de luz fue derramado hacia la oscuridad.

Mientras conducía hacia adelante, una figura apareció en la puerta, y su gran tamaño ocupaba casi la totalidad de la entrada. A pesar de la ausencia del sol y la nieve que caía, impidiendo mi visión, reconocería esos hombros en cualquier lugar. Esos fueros los hombros que generalmente llevaban el peso del mundo encima, pero que de alguna manera nunca cayeron.

Después de estacionar y con mi equipaje a cuestas, caminé por el aparcamiento plagado de nieve, luchando contra el viento helado hasta que llegué a la puerta principal, temblando y castañeando los dientes.

Deuce tomó mi maleta. Como si no pesara casi nada, él la levantó con facilidad sobre su hombro y rápidamente me hizo entrar. Una vez que la puerta se cerró tras nosotros, él me abrazó torpemente con un solo brazo. Me quedé allí, momentáneamente congelada, en estado de shock, por el amable gesto tan poco común. Deuce no abrazaba a la gente, al menos no si podía evitarlo; los abrazos estaban reservados para su esposa e hijos.

—Bienvenida a casa, Dorothy —dijo bruscamente, dándome una palmada cordial en la espalda que, si no hubiera sido por el apoyo de su gran cuerpo, me habría enviado volando al otro lado de la habitación.

A través de los copos de nieve que aún se aferraban a mis pestañas, vi su cuerpo vestido de cuero, asimilándolo todo: los dragones tatuados en sus antebrazos desnudos, el parche de presidente en el corte de manga, el olor de los cigarrillos y el licor que siempre parecía aferrarse a él, antes de detenerme en sus fríos ojos azules.

Su sonrisa no era amable, nunca lo había sido. Deuce siempre había gruñido más de lo que sonreía. Pero sus ojos eran suaves y amables.



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

Acogedores, incluso. Había envejecido un poco más desde que le vi por última vez; tenía que estar cerca de los sesenta años y se le empezaba a notar. Su largo cabello rubio y su barba se habían puesto gris, las líneas de la frente estaban más pronunciadas.

Quitándome el gorro de esquí de punto, sacudí mi pelo húmedo y sonreí.

—Veo que mi hija te ha dado unas pocas canas más.

Su sonrisa se amplió, causando que aparecieran varios hoyuelos y justo así, los cambios en su apariencia parecieron desvanecerse. Delante de mí, estaba el mismo joven temeroso y guapo que yo recordaba de mi juventud. Elusivo, aterrador e intrigante, había asumido el control del club de moteros de su padre y, a su vez, cambió la vida de tantas personas.

—Tu hija y esa boca suya me va a dar otro puto ataque al corazón —murmuró, sacudiendo la cabeza—. Ella y mis jodidas hijas, mis nietos, mi nieta y… Jesucristo, Cox, ese hijo de puta… —Se calló, haciendo una mueca.

—Mmmm —murmuré, mirando alrededor del tranquilo club. A parte de Gusano, que se encontraba de pie detrás de la barra sirviéndose un refresco, no había nadie más a la vista. Cuando volví mi mirada a Deuce, él me observaba, habiendo borrado todo rastro de humor, y mi sonrisa se desvaneció.

—Esta mierda con Hawk, no es bueno, D —dijo—. Y por lo general no estaría diciendo esta clase de mierda a las mujeres de ninguno de mis chicos hasta que tuviera más información pero haré una excepción. Uno, porque es Hawk y hay algo que necesitas saber y, dos, porque eres tú y, ahora eres familia. Vamos a mi oficina —continuó, girándose para irse—. Y te diré lo que sé.

Por un momento me quedé ahí, mirando cómo se iba, aún llevando mi maleta con esos pilares de fuerza a los que él llamaba hombros.

Familia. Él me había dicho que era de la familia. Es verdad, nuestros hijos se habían casado, tal vez algún día tendrán sus propios hijos, pero aun así, nunca me consideré parte de la familia de Deuce.

No solo eso; él se había referido a mí como la mujer de uno de sus chicos.

La mujer de Hawk. Tenía sentido, ya que era la madre de su hijo, y que residía en el único otro lugar aparte de este club en el que él había echado raíces.

Pero aun así… Nunca me había dado cuenta…

Una cálida lágrima se cayó de mi ojo, para luego deslizarse por mi fría mejilla.



Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

Hogar.



Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

6

Traducido por Alessandra Wilde

Corregido por Amélie.

Jase se alegró de estar borracho. Si no estuviera borracho y tendría que escuchar a Deuce explicar que Hawk no era en realidad Hawk, sino Luca Jodidochev o alguna mierda, hijo del líder de uno de los carteles de drogas y de armas más peligrosos en la historia de los carteles, en realidad podría haber estado cabreado por el hecho que Deuce hubiera mantenido eso en secreto durante tanto maldito tiempo, como parecía estar todo el mundo.

En su lugar, encontró toda la situación jodidamente divertida. Sobre todo la parte en la que Hawk recibió un disparo. Pero de acuerdo a los rusos que todavía lo mantenían como rehén, estaba vivo y seguirían manteniéndolo así, siempre y cuando Deuce y Predicador estuvieran de acuerdo con sus términos.

Términos de los que Jase no era del todo consciente ya que no le prestaba mucha atención a Deuce. Algo sobre armas de fuego y la costa este, algo sobre Predicador y su club, los Demonios Plateados, algo sobre asesinar a Hawk si Deuce no lograba que Predicador estuviera de acuerdo, y algo más de ir a la guerra con el cartel, bla, bla, jodido bla.

No quería que Hawk muriera, en realidad no. Una vez, cuando todo se acababa de ir a la mierda y descubrió que el bebé que había pensado era suyo, en realidad era de Hawk, y que con Dorothy estuvieron teniendo un romance delante de su maldita nariz, sí, él quizá deseó la muerte del hombre una vez o dos veces.

Pero eso fue antes y esto era ahora. Ahora él acababa de divorciarse, no tenía a sus hijos, después de haber pasado otra navidad estando más borracho que la mierda en el club, viendo a Bucket y su novia follar como conejos en el sofá junto a él. Buenos tiempos.

Así que no, en realidad no le importaba un carajo si Hawk vivía o moría. En su opinión, si tuviera que elegir entre Hawk o el club, Hawk podría irse directamente al infierno. Dejando los sentimientos personales a un lado, el idiota no era ni siquiera uno de ellos; en cambio, había estado usando la casa club para esconderse de la ley.



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

—Predicador está de camino aquí —anunció Mick—. Está de acuerdo con el plan y trae a su vicepresidente y tres de sus muchachos consigo como una muestra de buena fe a los rusos.

Deuce asintió a modo de agradecimiento en dirección a Mick, y, a su vez, éste último desvió la mirada.

—¿Qué? —exigió Deuce—. ¿Cuál es tu maldito problema?

Mick se encogió de hombros. —Yo soy tu vicepresidente, lo he sido desde el jodido primer día, y a pesar de que hemos tenido nuestras disputas, siempre he estado de tu lado. Joder, Prez, cumplí una condena en la cárcel por ti y ¿no pudiste confiarme esto? —Sacudió la cabeza—. No sé qué pensar.

—¡Nunca te pedí que asumieras la culpa por mí! —gritó Deuce—. ¡Tranquilízate ya, maldita sea!

Mick saltó de su asiento y cerró los puños sobre la mesa. —¡Pero lo hice! Porque tu padre había estirado la pata y este maldito club necesitaba un poco de estabilidad por una jodida vez, ¡no otro Prez tras las rejas!

—Eso fue hace casi cuarenta putos años —dijo Deuce, a propósito enfatizando cada palabra. Agarrando el borde de la mesa de la reunión, se inclinó hacia delante, con lo que casi quedaron nariz con nariz—. ¿Por qué traes esta mierda ahora? ¿Quieres que te chupe la polla o algo así?

Normalmente, un comentario como ese habría causado un ataque de risa al resto de los chicos, seguido de comentarios más lascivos o gestos, pero hoy no. La tensión era alta, e incluso los más alegres de los hermanos estaban estoicos en sus asientos.

—Joder, él nunca me lo dijo —murmuró Ripper de repente—. ¿Qué mierda…?

De todos los presentes dentro de la oficina de Deuce, Ripper parecía el más indignado, incluso más que Mick. Probablemente porque él había sido el más cercano a Hawk, más que cualquier otra persona asociada con el club.

A excepción de Dorothy, pensó amargamente Jase. Obviamente ella había sido mucho más cercana a Hawk que Ripper.

Deuce apartó su mirada enojada de Mick y se la dirigió a Ripper. —¡Fueron mis jodidas órdenes que no le dijera a ninguno de ustedes! ¿Acaso haces mierda que te digo que no hagas…?

Deuce calló y cerró los ojos. —No importa —dijo, suspirando—. Por supuesto que lo haces.

Sentado junto a Ripper, Cox le dio un codazo en las costillas. —Está hablando de cuando follaste a su hija —susurró en voz alta—. Se suponía que no hiciéramos eso, amigo, y no escuchaste.



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

Ripper empujó a Cox y, éste le devolvió el empujón; entonces los dos procedieron a empujarse y abofetearse entre sí como las dos niñas que parecían a menudo, y el resto de la sala estalló en un ataque de risa. La tensión que había estado reinando en el espacio por más de una hora pareció evaporarse. Incluso Deuce y Mick, quienes —aparte de Jase— eran los únicos dos miembros del club que no reían, parecían más a gusto que hace solo unos momentos.

Y así como así, Jase ya no se divertía, en cambio, se sintió cabreado. Cerrando sus palmas sobre la mesa, empujó la silla hacia atrás y se puso de pie. Por supuesto, ya que estaba borracho, tuvo que seguir aferrándose a la mesa durante unos segundos más para asegurarse de no caerse atrás sobre su silla.

Varias cabezas se giraron por la habitación en tanto sus hermanos lo miraban con curiosidad y las cejas levantadas. Él no les prestó atención mientras iba tambaleante hasta la puerta de la oficina, más que dispuesto a terminar con esta reunión de mierda.

—¡Jase! —bramó Deuce; y se detuvo, con la mano en el picaporte—. No he dicho que podías irte. Esta es una reunión y una votación. Lo dejé jodidamente claro.

Jase miró por encima del hombro a su presidente y entrecerró los ojos. —Me importa una mierda lo que hagas con Hawk —escupió con veneno—. O Luca, o quién diablos sea. Mi voto va para el club.

Abrió una de las puertas dobles de la oficina y Jase se forzó a poner su cuerpo en acción, logrando mantenerse en pie el tiempo suficiente como para cerrar de golpe la puerta detrás de él con tanta fuerza que las paredes colindantes retumbaron en respuesta.

Con toda la intención de ir directamente hacia el bar y la cantidad copiosa de alcohol atrayéndole desde sus estantes, se apartó de la puerta, todavía traqueteando y empezó a avanzar.

—¿Jase?

Reconociendo la voz, se quedó paralizado en mitad de un paso torpe y casi se cayó a causa de ello. Sabía que Dorothy estaba aquí, o al menos había sabido que se encontraba en la ciudad, pero ya había asumido que no la vería, ya que por lo general ella se esforzaba para asegurarse de nunca estar en el mismo lugar y al mismo tiempo que él. Nunca en un millón de años habría pensado que ella vendría al club.

Poco a poco, él se volvió hacia ella, entrecerrando los ojos a través de la distancia considerable, y la encontró de pie justo fuera del pasillo que conducía a la cocina. La miró de arriba abajo, simplemente admirándola por primera vez en lo que parecía demasiado tiempo.



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

Detrás quedó la chica de rostro fresco e inocente de la que se había enamorado. Ya no llevaba consigo esa aura de inocencia e ingenuidad que había sostenido a lo largo de sus veinte y treinta. No, Dorothy finalmente parecía la mujer adulta que era. Sus rasgos habían madurado y afilado, ya no eran lindos, sino una especie de belleza refinada.

—Dorothy —dijo en voz baja, centrándose en su cara y esos grandes y hermosos ojos verdes. Sus ojos no habían cambiado, y por alguna razón, eso le dio consuelo—. No sabía…

—El voto —dijo lacónicamente, interrumpiéndolo—. ¿Ya votaste?

La boca de Jase se cerró cuando se dio cuenta por primera vez del ligero temblor de sus labios, su postura rígida, la forma en que ella estaba agarrando sus manos, retorciéndolas juntas.

Tenía miedo.

Por el idiota de Hawk.

Por supuesto. Después de todo, ella había venido desde California solo para averiguar lo que pasaba con él. Pero lo que Jase había pensado inicialmente era solo preocupación por el bien del padre de su hijo, parecía ser algo completamente distinto.

Jodido Cristo, ¿ella todavía tenía sentimientos por el hombre? ¿Los dos estaban teniendo una relación de la que nadie más sabía… otra vez?

Sintiéndose incómodo de repente, él extendió la mano para frotarse la nuca, usando la maniobra para desviar la mirada, esperando que ella no se diera cuenta de la decepción aplastante y repentina que se apoderó de su corazón.

—Yo… uh… —Se trabó con sus palabras, en su intento de formar una respuesta que no incluyera decirle que acababa anunciar lo mucho que no le importaba si Hawk vivía o moría, ya que a ella obviamente sí le importaba.

—Aún no hemos votado —dijo, aclarándose la garganta—. Solo estoy tomándome un descanso para ir al baño.

Asintiendo, Dorothy apretó los labios y sus ojos se ampliaron con percepción. Él conocía esa mirada, la había visto cientos de veces. Era la cara que ponía cuando trataba desesperadamente de no llorar. Al ver eso, algo se removió dolorosamente dentro del pecho de Jase, y sus entrañas se apretaron incómodamente. Odiaba esa cara… sobre todo porque él había sido siempre la causa de la misma.

—No te preocupes —dijo rápidamente—, lo vamos a traer a casa.

—Está bien —susurró ella, asintiendo más para sí misma—. Voy a estar… Voy a estar en la cocina.



Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

La vio desaparecer en una esquina, escuchó las puertas de vaivén de la cocina crujir de un lado a otro al pasar a través de ellas, y poco después llegó el estruendo de ollas y sartenes.

Algo cálido surgió en sus entrañas, calmando la incómoda tensión que había echado raíces. Ella estaba de vuelta, no solo en Miles City, sino en el interior de la casa club, y dentro de la cocina ni menos.

Era tan condenadamente familiar y, maldita sea, tan reconfortante. Luego de tantos años de no sentir nada, excepto indiferencia de ella y de su familia, sentir esta semblanza de su pasado, un lugar donde había estado feliz y contento, fue más que bienvenido.

Y él no quería perderlo.

Dándose vuelta, regresó a la oficina de Deuce. Ignorando las miradas de todos en la sala, se dirigió hacia adelante, empujó a Anger de la silla que había estado ocupando antes de salir de la habitación, y reclamó su asiento.

Cuando llegó el momento de emitir su voto, miró directamente a los ojos entrecerrados de Deuce, levantó dos dedos en el aire, y respondió—: Sí. Tráiganlo a casa.

Lo que lograría traer a Hawk a casa, aparte de poner a Deuce y a Predicador a merced del cártel ruso, Jase no lo sabía. Todo lo que sabía era que mantendría aquí a Dorothy, aunque solo fuera por un tiempo más… así como evitar que ella llorara.

Por lo menos, le debía eso.



Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

7

Traducido por Lauu LR

Corregido por ElyCasdel

Mientras más cambian las cosas, más permanecen iguales. —Jean-Baptiste Alphonse Karr

—Extraño, ¿no?

Alejando la mirada de mi hija y el grupo de mujeres jóvenes que la rodeaban, miré hacia donde Eva se encontraba sentada a mi lado en un sofá de cuero. Sentada junto a Eva, se hallaba Kami, y a mi izquierda Kajika, una nativa americana de una Reserva india cercana a quien Cox y Kami contrataron como niñera, pero ahora tenía mi anterior posición en la casa club, cocinando y limpiando para los chicos. Algo que acababa de descubrir luego de ser regañada por irrumpir en su sistema de armarios muy organizado. ¿Quién sabía que los platos tenían que ser apilados de acuerdo a su forma y tamaño?

—¿Qué es extraño? —pregunté.

Quitándose los auriculares de las orejas, Eva sonrió. —Ellas —dijo señalando a Tegen y las otras mujeres—. Y nosotras. Solíamos ser ellas, jóvenes y ardientes, el centro de atención dentro del club, y ahora no lo somos. Nos hemos convertido en las mujeres. Curiosamente —continuó, encogiéndose de hombros—, no me importa. Siento que es la progresión natural de las cosas, y estamos exactamente donde debemos.

Sabía lo que hacía: trataba de distraerme mientras esperábamos que Predicador llegara de Nueva York; me decidí a seguir el juego en lugar de concentrarme en la agonía de no saber qué pasaría después, o peor, si Hawk sobreviviría.

O… quien era realmente Hawk, algo en lo que aún no podía pensar. Me había sentado en el despacho de Deuce y escuchado en silencio, absorbiendo la salvaje historia que me dijo acerca del hijo de un jefe de la mafia que encontró viviendo en las calles. A cambio de salvar su vida y darle la protección que necesitaba, Deuce le pidió una cosa… su lealtad.

Ahora, Hawk fue secuestrado por un tipo que todos creían muerto o prófugo, y que amenazaba con matar a Hawk o entregarlo a los federales si Deuce y Predicador no concedían sus términos.



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

Era demasiado para digerir a la vez, más porque Hawk no estaba aquí para confirmarlo, o dejarme reprenderlo por mentirme todos estos años.

A pesar de que por fin tenía sentido porque Hawk nunca insistió en que Christopher tomara su apellido. Young no era su nombre real.

Y por alguna razón, saber que era por eso, porque se escondía y no había sido capaz de dar a su hijo su verdadero apellido, lastimó mi corazón de un modo que me dolía fisicamente.

—Tampoco me importa —dije. Era verdad que yo nunca estuve en el centro de atención, incluso en mi juventud. Mientras que la mayoría de las otras mujeres del club siempre trataban de superarse unas a otras cuando se trataba de atractivo sexual, yo nunca lo intenté siquiera. Ser deseada por muchos no era algo a lo que aspiraba, a pesar de la forma en que mi vida había resultado.

—Hablen por ustedes —replicó Kami. Recostada en el sofá, cruzó los brazos sobre su pecho, a propósito bajando el escote de su camisola de encaje—. Yo aún soy ardiente. Los cuarenta son los nuevos veinte, damas.

Mis cejas se alzaron y no pude detener la risa que escapó de mí. —¿Hablas en serio? —exclamé—. ¿Los cuarenta son los nuevos veinte?

Mis cuarenta no se parecían en nada a mis veinte. Casi todas las mañanas me paraba frente al espejo mirando mi reflejo, y preguntándome despectivamente adónde se fueron mis veinte y mis treinta. No quería decir que me sentía fea o acabada. Aparte de los leves signos de envejecimiento alrededor de mis ojos, había sido bendecida con una muy elástica y pecosa piel que mantuvo su elasticidad incluso a través de dos niños y cuatro décadas, a pesar de que no todo mi cuerpo era tan firme como lo fue. No es que importe. Ya que no tenía más sexo, no participaba en algo más que besos sin sentido después de un par de citas difíciles con hombres en los que no sentía ni una mota de interés, desde… desde la última vez que Jase y yo estuvimos juntos.

Echando un vistazo a la barra, donde vi por última vez a Jase, lo encontré mirándome. Bajando su vaso, me sonrió gentilmente. La sonrisa no me sentó bien y, llenándome de pronto de malestar, desvié rápidamente la vista.

—Ignórala —dijo Eva, riendo—. Está llena de mierda. Desde que se dio cuenta que es la madre de un adolescente, cada año hace algo nuevo y ridículamente caro para tratar de detener su envejecimiento. Este año está dejando el sexo.

Quedé boquiabierta y mi mirada sorprendida se trasladó de nuevo a Kami. —¿Dejaste el sexo? —espeté—. ¿Chantajeas a Cox de nuevo?



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

Aparte de los dos hermosos niños que crearon juntos, Cox y Kami eran conocidos por dos cosas: peleas, y sexo. Todo el tiempo. Si no hacían uno, hacían lo otro, o participaban en ambos al mismo tiempo.

Cruzando una pierna sobre la otra, y mostrando sus caras botas de tacón negras, Kami olfateó con desdeño. —A la mierda ese idiota. Cuarenta y tres años y todavía va a ello como un martillo automático en la grieta cada vez que puede. ¡Me desgastó! Es su culpa que tenga arrugas.

Eva rodó los ojos. —No tienes arrugas.

—¡Sí tengo! —protestó Kami—. Pero no puedes verlas cuando están ocultas detrás del bótox. Y esos extraños pelitos aparecieron en los peores lugares posibles. ¡Todo es culpa de Cox!

Yo aún la miraba, con la boca abierta. —Espera —dije—. Lo siento, pero sigo atascada en el hecho de que Cox y tú no tienen sexo.

Mirándome, con sus grandes ojos abiertos, Eva gesticuló—: *Kami* no tiene sexo. —Entonces arrugó la nariz y me dio un ligero movimiento de cabeza.

Y supe exactamente lo que intentaba transmitirme. A pesar de que veníamos de situaciones muy diferentes, donde Eva pasó toda su vida dentro de los confines de un club de moteros y sus normas sociales, yo también pasé una buena parte de la mía aquí. Y sabía exactamente como eran las cosas, mucho más que la mayoría.

Y lo que me decía era que Kami no tenía sexo, pero Cox sin duda aún sí.

—Se está adaptando —agregó Kami—. He tenido que enojarlo cada vez más temprano con el fin de tener una buena noche de sueño.

A mi lado, Kajika dejó escapar un largo y sufrido suspiro; la mirada en su rostro hablaba mucho acerca de la demente relación de Cox y Kami. —Uno pensaría que trabajar para un grupo de motociclistas sería peor que ser una niñera —dijo—, pero después de vivir contigo y tu familia… Sé que no hay nada en el mundo peor que eso.

—No te culpo en absoluto —rió Eva.

—Por favor, Evie —dijo Kami—. ¿Cómo puedes juzgarme? Por lo menos mi marido no es un abuelo.

—¿Y cuántos años tiene la hija de Cox? —preguntó Eva, volviéndose para guiñarme un ojo—. Podría ser abuelo más pronto de lo que crees.

Kami arrugó la nariz. —No estoy segura de cuántos años tiene. Su madre le dijo a Cox que soy una mala influencia, así que no está mucho por aquí.

Apretando sus labios, Eva presionó su cuerpo contra el mío y ocultó su cara en mi hombro. Mientras temblaba con una risa silenciosa, yo no



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

pude detener el resoplido que se me escapó. Dejando caer mi cara en la masa de cabello largo y castaño de Eva, me lancé en un ataque de risa.

—¿Qué? —gritó Kami—. ¡Perras! ¡No soy una mala influencia!

—Sí —dijo Kajika secamente—. Eres como uno de los pilares del empoderamiento femenino, un modelo de todo lo que las chicas jóvenes deberían aspirar a ser.

—Jódete —dijo Kami con un gruñido—. ¡El hecho de que no ande por ahí dejando salir proverbios indios a una bola de motociclistas idiotas y sus putas con la esperanza de mejorar su vida, no significa que soy completamente inútil!

—Oh, Dios —dijo Eva, sin aliento por su risa—. Detente… Por favor Kami, necesitas tanto echar un polvo… mierda, voy a hacerme pipí… Solo detente.

—Por favor, orínate —espetó Kami—, así tiraremos esos horribles vaqueros. Y esa horrenda camiseta. ¿Quién usa la ropa de su marido, Evie? ¿Quién, maldita sea, quien?

—¿Que es tan gracioso?

Al levantar la mirada, encontramos a Tegen y Danny de pie por encima de nosotras. El pelo rojo de Tegen colgaba en dos largas trenzas, y Danny vestía su típico rosa; su cabello rubio sorprendentemente corto en un adorable corte pixie. Mientras nos miraban, sus expresiones pasaron de curiosamente divertidas a francamente confundidas.

—Nada que les importe a sus rostros sin arrugas —dijo Kami con un gesto desdeñoso y dramático de su mano—. Son demasiado jóvenes para entender nuestro sufrimiento.

Aullando de risa, Eva cayó hacia delante, casi cayendo por completo del sofá, e hice lo mismo, cayendo sobre ella. La desconcertada expresión en el rostro de Tegen solo sirvió para provocarme más risa, hasta que no pude controlarme, y reí y reí hasta que mi estómago dolió.

***



Sentado en la barra al otro lado de la habitación, Jase observaba, sonriendo para sí mientras Dorothy caía encima de Eva en un ataque de risa. ¿Cuándo fue la última vez que la había visto reír? Ya no le importaba si Hawk era la razón de su presencia, porque lo único importante era que se encontraba ahí y no lo evitaba. En su mente, era un progreso.

—¿Quieres escuchar algo asqueroso?

Jase no se molestó en mirar hacia Cox. —No, no quiero.

ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

Nadie nunca quería escuchar lo que Cox consideraba asqueroso. Era por lo general en un nivel muy propio, muy repulsivo para ser considerado solo “asqueroso”.

—Sí, así que, ¿conoces a esta nueva perra que ha estado por aquí últimamente?

Jase llevó los ojos en dirección a Cox. —¿Joven? —preguntó—. ¿Un poco gorda?

Cox asintió —Sí, es ella. Pequeña perra. La follaba por el trasero el otro día, y escucha esto, se cagó encima de mí. Te estoy diciendo que no fue un pequeño lío. Era como las jodidas cataratas del Niágara saliendo de su trasero.

Jase se quedó mirándolo, encogiéndose ante la imagen y deseando la habilidad de des-escuchar la mitad de lo que normalmente le decía Cox. Aun así, verlo a él, un hombre que se encontraba cubierto del cuello hasta los dedos de los pies en tatuajes crudos y violentos, que se perforaba casi en todos los lugares donde era humanamente posible, con los ojos muy abiertos, asintiendo y negando con la cabeza a la mismo tiempo, luciendo tan malditamente angustiado por su ridícula historia, incluso enfrentando su propio disgusto, Jase no pudo evitar reír.

—Hermano, eso es jodidamente asqueroso.

Cox suspiró y se estremeció. —Sí, amigo, lo sé —dijo, luego añadió lastimosamente—, pero Kami no va a follarme y si no dreno a este hijo de puta regularmente, ¡voy a morirme, maldición!

—Maldita sea —murmuró Jase, negando con la cabeza—. ¿Por qué carajo estás todo el tiempo diciéndome esta mierda?

Cox volteó a verlo completamente esta vez; su expresión de repente fue seria. —Para que dejes de mirar fijamente a Dorothy, deseando algo que perdiste hace un mucho tiempo y nunca vas a recuperar.



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

8

Traducido por Josmary & CamShaaw

*Corregido por *Andreina F**

Era de noche cuando Predicador y sus hombres llegaron, y para entonces la mayor parte del club había sido despejado. Solo quedaban un puñado de Jinetes y aparte de Tegen y yo, todas las mujeres habían ido a casa para estar con sus hijos.

Para mi consternación, Predicador irrumpió en el interior del club, cubierto de nieve y luciendo muy cabreado. Al ver esto, y temiendo lo peor, pensando que algo le hizo cambiar de opinión y ya no iba a participar en cualquiera que fuera el plan que se le ocurrió a Deuce para que Hawk llegara a casa a salvo, mi estómago se anudó dolorosamente. Así que en vez de ir a saludarlo, esperé en el fondo con la respiración contenida al tiempo que Deuce y sus muchachos salieron a saludar a sus invitados.

—¿Quién diablos en sus malditos cabales pone un maldito club de motociclistas en el medio de la maldita Alaska? —bramó Predicador—. ¡Tienen que ser unos imbéciles que han perdido la cabeza! ¿Cuánto tiempo han conseguido montar por aquí? ¿Dos putos meses por año?

Cage se rió, Deuce lo fulminó con la mirada, y Mick se volteó. Se propiciaron varias rondas de insultos, apretones de manos y palmadas en la espalda, y un gran alivio inundó mis pulmones. De repente, me sentí lo suficientemente relajada y di un paso adelante para dar mi bienvenida.

—Predicador —dije, sonriendo mientras le tendía la mano.

Su sonrisa era la de un hombre viejo y sucio, y mientras tomaba mi mano, me dio un abrazo y terminó agarrando mi trasero y apretándolo.

—¿Estás libre esta noche, cariño? —susurró en mi oído—. Las pelirrojas siempre me excitan.

Riendo, me salí de sus brazos. —Soy solo dos años mayor que tu hija —lo regañé.

Su sonrisa se amplió, mirándome de arriba abajo, con su cabeza inclinada hacia un lado. —No he estado con una mujer de mi misma edad desde…

Uno de sus hombres, uno mayor llamado Tiny, le dio una palmada en la espalda. —Cabrón, nunca has estado con una mujer de tu edad.



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

Predicador abrió los brazos de par en par en un gesto de disculpa y se encogió de hombros. —Ahí lo tienes.

El padre de Eva se acercaba a los setenta años, y los años de fumar y de beber ya comenzaban a pasarle factura a sus rasgos, que alguna vez fueron bonitos. Su cabello largo, que había sido marrón, ahora era de un profundo tono gris, los surcos profundos que recubrían su rostro eran más pronunciados que nunca, pero lo más notable fue el cambio en su estatura; su postura ahora imperfecta y su significativa pérdida de masa muscular, le daban una apariencia de encogimiento.

Mientras lo estudiaba, no pude evitar recordar que mis padres eran de su edad, lo que me hizo pensar en la mentira que le dije a Christopher. Me pregunté cómo les iba, si estarían enfermos o si necesitaban de apoyo adicional. Casi de inmediato, aparté mis pensamientos. No era el momento para los viajes por el carril de la memoria, lo que solo contribuiría a aumentar mi ya excesiva carga de emociones, que apenas trataba de mantener bajo control.

Cage apareció a mi derecha, y su brazo pesado aterrizó sobre mis hombros. —Mantén tus sucias manos lejos de mi mamá —dijo en broma.

Tegen, que se materializó a mi izquierda, puso las manos en sus caderas y clavó su mirada en Predicador. —En serio —dijo entre dientes—. No la toques, joder.

Predicador movió las cejas hacia Cage. —Es el cabello rojo —dijo, dándole a Tegen una sonrisa—. Todas las pelirrojas son atrayentes, pequeño bastardo afortunado.

Antes de que Tegen tuviera la oportunidad de empezar a decir cosas y se metiera en problemas, enrollé mi brazo con el suyo, le di a los hombres una sonrisa brillante, y arrastré a mi hija por la habitación.

Mientras los hombres se retiraban a la oficina de Deuce, la llevé a uno de los sofás.

—Cerdos —murmuró y se cayó a mi lado. Se acomodó, estirándose tanto en el sofá como encima de mí, y soltó un suspiro de irritación.

La miré exhaustivamente, una vez más, a sus largas trenzas, las gafas de montura gruesa que enmarcaban sus ojos de gato, sus brazos tatuados, piernas largas y las tatuadas puntas de sus pies que se hallaban actualmente depositados en mi regazo.

Mientras la estudiaba, con sus muchos y en gran medida coloridos tatuajes, no pude evitar pensar que era tan colorida como la obra de arte que cubría su cuerpo. Tegen era un arco iris de mujer, con todo y defectos. Una oleada de orgullo brotó dentro de mí. Porque yo hice a esta hermosa, colorida y fuerte mujer, y no importaba la forma en que todo terminó entre



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

su padre y yo, no importaba que ella no fuera el fruto del amor, de todos modos, amaba su fiereza.

—Te ves bien —reflexioné en voz alta, dándole un ligero apretón a su tobillo—, feliz y saludable.

Abriendo un párpado, retorció los labios. —¿Esa es un buen modo de decirme que me veo gorda?

—No —le dije con una sonrisa. Aunque su estructura, que antes era demasiado delgada, se había redondeado bastante bien, se encontraba muy lejos de ser gorda—. Es un buen modo de decirte que tus pantalones talla cuatro, te quedan mejor que unos pantalones talla cero.

—Seis —murmuró—. Soy un seis. ¿Ves lo que hizo ese hijo de puta? Me puso gorda.

—Feliz —le dije, frotando su pantorrilla cariñosamente—. Cage te hace feliz. Hay una gran diferencia.

Resopló, divertida, pero su expresión cambió y de repente se puso en posición vertical y sacó las piernas de mi regazo.

—Quiere niños, ¿sabes? —susurró—. Pero yo... No creo que quiera. También es muy bueno con ellos, y si los quiere, debería tenerlos pero... ugh, mamá, no creo que pueda hacerlo.

En los ojos de mi hija había puro miedo; sabía que eso podía atribuirse a mí y mi mala crianza, por nunca estar allí para ella cuando más me necesitaba. Ella no sabía cómo ser una madre, porque nunca tuvo una mientras crecía.

—Tegen... —empecé, pero fui interrumpida rápidamente.

—No, mamá, sé lo que estás pensando y no es eso. No tengo miedo de ser madre, o de no ser capaz de ser una buena madre. Tengo miedo de convertirme en mamá y perder todo lo que me hace... ser así... yo. Pero sobre todo, tengo miedo de perder a Cage.

Su confesión la hizo toser con vergüenza, y su mirada cayó a su regazo, donde tenía las manos entrelazadas. —Eso es jodidamente egoísta —murmuró—. Lo sé. Pero no quiero ser como esas otras mujeres que tienen hijos y de repente sus hombres ya no están interesados en ellas. A veces siento que eso es todo lo que nos mantiene juntos a Cage y a mí... el hecho de nunca saber qué esperar de mí, porque, mierda, la mayoría de las veces ni yo misma sé qué esperar de mí. Pero si tenemos hijos, tengo que ser confiable, seria. Ya no podré ser yo misma, y que pasa si...

—Basta —le espeté—, Tegen, Cage West era un mujeriego, si alguna vez conocí a uno, y un hombre como él no se casa con una mujer solo porque la encuentra *interesante*. Se casa con una mujer porque por fin ha encontrado a la que le hizo reevaluar sus caminos y quiere tirar su toalla.



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

Y —añadí rápidamente—, estoy segura de que a Cage no le importaría si de repente te pusieras un poco menos… interesante.

Los ojos de Tegen se estrecharon en diminutas rendijas. —¿Esa es una buena manera de decirme que soy demasiado interesante?

Me encogí de hombros y sonreí. —Es una buena manera de decirle a la hija que amo y adoro que puede ser demasiado ruidosa y también muy bocazas a veces.

Tegen rió, un sonido que nunca me cansaría de escuchar. Recostada en el cuero suave, me reí con ella hasta que caímos en un agradable silencio. Una vez más, apoyó sus piernas encima de las mías y las abracé con fuerza. El tiempo pasó lentamente después, mientras esperábamos a los hombres, y con el tiempo, los ojos de Tegen se empezaron a cerrar.

Cuando estuvo profundamente dormida y roncando suavemente, moví sus piernas despacio y me deslicé fuera del sofá. Presionando la oreja contra la puerta de la oficina de Deuce, encontré a los hombres aún sumergidos en su conversación. Como no quería entrometerme, me alejé por los pasillos oscuros y silenciosos, arrastrando mis dedos a lo largo de la pared lisa hasta que me detuve frente a la puerta que, acababa de darme cuenta, buscaba.

Como la mayoría de las habitaciones de los chicos, cuando no se hallaban en la casa club, estaba cerrada. Pero no la buscaba para entrar. Aparte del sótano, la habitación en la que nunca se me permitió entrar, me encontraba muy familiarizada con todos los cuartos, ya que pasé años dentro de cada uno, limpiándolos luego de ser desocupados.

Pero esta habitación no era una cualquiera.

Esta era la de Hawk.

Presionando mis palmas contra la madera acanalada, me incliné hacia delante, apoyando mi frente en la puerta y pensé de nuevo en el día que entré en esta puerta, y todo cambió…

***



Anoche había sido un error. Un estúpido error borracho.

Mientras bebía en exceso, ahogándome en la autocompasión después de que Jase se fuera a casa, Hawk me tomó desprevenida con sus sorprendentes intenciones.

Y en mi estado de tristeza, hice lo impensable.

Ahora, al parecer Hawk pensaba que tenía algún derecho sobre mí, pensando que podría exigirme que me reuniera con él en su habitación.

ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

Oh, me reuniré con él en su habitación, de acuerdo. No para un sórdido encuentro, sino para decirle exactamente dónde podía meterse sus pensamientos.

Irrumpí en el pasillo de atrás del club y cuando llegué a la puerta del dormitorio de Hawk, no me molesté en llamar. En lo que respecta a todos en el club, me encontraba aquí solo para limpiar. Agarrando el pomo de la puerta, me metí dentro, cerrando rápidamente la puerta tras de mí.

Miré a las paredes desnudas, al mobiliario sencillo y minimalista, al libro solitario colocado encima de la cómoda, antes de detenerme en el hombre en sí. Apoyado en la repisa de la ventana, tenía un brazo sobre el pecho, con la mano metida en su axila, mientras que con la otra, llevaba un cigarrillo a su boca.

—¿Por qué? —exigí con voz temblorosa—. ¿Por qué haces esto? ¿Es divertido para ti? ¿Es una especie de juego enfermo?

Después de estrujar su cigarrillo en un cenicero, Hawk se apartó de la ventana. Cruzando los brazos sobre el pecho, me miró directamente a los ojos. Oscuro, intenso e inquebrantable; pura dominación irradiaba de sus ojos, haciéndome sentir más pequeña, no solo en tamaño, sino como si no tuviera valor en comparación.

—Mujer —dijo; su voz era un profundo estruendo—. Yo nunca juego.

—¿Entonces qué? —exigí—. Solo pensaste que sería fácil, por… ¿por qué? ¡Porque soy una puta!

Las comisuras de sus labios comenzaron a encresparse. Si fuera otra persona, habría pensado que sonreía, pero Hawk no sonreía y la expresión era todo menos alegre; era amenaza pura.

—No eres una puta —prácticamente gruñó las palabras—, no follo con putas de club.

Su confesión me hizo pensar, forzándome a rememorar los últimos años, tratando de colocar a Hawk con cualquiera de las chicas que eran o habían sido clientas habituales en el club.

De vez en cuando, hizo un comentario lascivo a uno de los chicos, participando en sus historias sórdidas, y definitivamente había coqueteado con las chicas de todo el club, eso lo sabía con certeza. Se habían sentado en su regazo, y él tuvo su dosis justa de manoseo, pero no podía recordar a una mujer salir de su habitación ni una sola vez. A diferencia de los otros hombres, con excepción de unos pocos, sus habitaciones se hallaban generalmente llenas de los restos de una larga noche de fiesta. Pero Hawk no. Nunca.

De hecho, Hawk generalmente no salía. Aparte de sus obligaciones del club, solo lo había visto compartiendo ocasionalmente un trago con Ripper, y conversaciones rápidas y tranquilas con Blue.



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

Con este nuevo conocimiento, me sentí desinflada, calmando mi ira mientras la confusión tomaba su lugar rápidamente.

—¿Por qué? —le susurré, sacudiendo la cabeza—. ¿Por qué yo?

En serio no entendía su interés. En comparación con las mujeres de todo el club, o incluso la mitad de las mujeres de la ciudad, yo era normal. Simple y aburrida.

Varios momentos de silencio le siguieron, y luego comenzó a caminar hacia mí. Me quedé mirando cómo se acercaba cada vez más, teniendo en cuenta de repente cómo lucía todo acerca de él… diferente, de algún modo. La forma en que me miraba, su postura. Todos los formidables músculos ya no parecían voluminosos, sino que se alineaban perfectamente con su cuerpo, con sus movimientos más suaves y elegantes.

Se detuvo justo delante de mí y, sin saber los motivos, contuve la respiración, en tanto mi corazón latía a un ritmo inestable. No sabía qué esperar, y ciertamente, no lo que sucedió después.

Agarrando mi bíceps, me llevó delante de él y comenzó a atraerme hacia adelante. Me sentía demasiado conmocionada como para luchar y simplemente le permití llevarme a través de la habitación, donde me puso contra la ventana. Sus brazos cayeron a ambos lados de mí y su cuerpo se apretó contra el mío, enjaulándome.

—Mira a tu hombre —gruñó.

La habitación de Hawk se encontraba al otro lado de la sala, pero desde su ventana podía ver la fiesta, todavía en pleno apogeo. Mientras que algunos invitados seguían en pequeños grupos, la mayoría se hallaba ahora en torno a las mesas de picnic, llenando sus platos con la comida que yo había preparado solo unas horas atrás.

Me pregunté si alguien había terminado de hacer mi ensalada de macarrones… hasta que lo vi. De pie junto a su esposa, el brazo de Jase se hallaba sobre sus hombros mientras gesticulaba frenéticamente con su mano libre, haciendo hincapié en lo que fuera que estuviera discutiendo. Junto a él, la cara sonriendo de Chrissy estaba volteada, completamente centrada en su marido.

Era una mujer perfectamente hermosa. Su cuerpo era alto, elegante y tonificado; con su piel perfectamente bronceada y el cabello castaño largo siempre enroscado a la perfección. No necesitaba maquillaje ni ropa apretada; no necesitaba nada para mejorar su belleza.

Pero su hermosura no fue lo que me hizo mirarla. Lo que me atrajo fue lo cómodos que se veían entre sí. Ambos, los especímenes humanos perfectos, hablando, sonriendo, todo ello sin una sola preocupación en el mundo.



Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

Calientes lágrimas de humillación comenzaron a caer de mis ojos y se deslizaron por mis mejillas.

¿Dónde entraba yo?

Cualquier otro día, habría supuesto que Jase interpretaba el papel del esposo tierno por el bien de sus hijos. Era algo que me dije a mí misma muchas, muchas veces. Pero después de hoy, después de anoche, parecía no poder convencerme a mí misma de algo.

¿Qué pasaba conmigo al pensar que podía tener a Jase para mí?

No había espacio para mí allí. Yo era la otra mujer. La puta. Y, por qué Jase hizo el esfuerzo conmigo cuando tenía todo eso, una bella esposa, una familia feliz, de repente no tenía ningún sentido.

¿Era una broma para él? ¿Se compadecía de mí?

¿Había querido solo un polvo rápido y fácil, pero más tarde cuando terminó conmigo se sentía de alguna manera obligado? Todo mientras seguía exponiéndome a través de este infierno, dejando que todo el mundo me tratara como a un ser inferior, a la espera en el banquillo por algo que quizá nunca sucedería.

Traté de apartarme, retroceder de Hawk, pero su peso y su fuerza no admitían movimiento.

—¿No está molestándote esa mierda, D? —El rostro de Hawk se inclinó contra el mío, su aliento caliente y con olor a cigarrillos como una brisa más allá de mi mejilla—. Sabiendo que es él quien la lleva a casa, a la cama.

—No —susurré con voz ronca—, no hagas esto otra vez.

—Mira la forma en que la toca —continuó—. No se ve exactamente igual que un hombre que planea marcharse, ¿verdad?

No pude contestar, no podía hablar, ni siquiera podía ver por más tiempo. Las lágrimas caían más rápido de lo que podía apartarlas, y si hablaba, sabía que solo sería un sollozo.

Dolía todo, mucho más que nunca. Luego de lo de anoche, y ahora esto, Dios… yo… me sentía tan… tan…

Me sentía tan malditamente enojada.

No, me encontraba mucho más que enojada. Me sentía humillada y herida, y todo bullía dentro de mí, todo lo que reprimí durante demasiado tiempo se elevaba a la superficie. Ya no podría contenerme. Mis temblores se convirtieron en furia, y mi dolor se convirtió en rabia. Todo estaba allí y Hawk me obligaba a verlo, y sin nada ni nadie para calmarme, había empezado a enojarme, temblando por dentro y por fuera, anhelando una salida.



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

—¡Basta! —grité, retorciéndome de su agarre—. Basta… no puedo… ¡No puedo!

Me soltó el suficiente espacio para girar y luego volvió, presionando su cuerpo contra el mío. Entré en pánico y luego, empujándolo, golpeando violentamente con mi mano su pecho. Fue una batalla inútil. Tres veces el tamaño de mí y mucho más fuerte, Hawk simplemente me agarró de las muñecas y las sujetó por encima de mi cabeza.

—¡Voy a gritar! —chillé.

—¿Por qué? —preguntó, sonando aburrido.

A través de mis lágrimas, parpadeé hacia él. —¿Qué? —susurré.

—¿Por qué? —repitió—. ¿Para qué entonces puedas llorar un poco más? ¿Vuelvas a sentir lástima por ti misma?

No tenía una respuesta.

—Te conozco —continuó—. Queriendo todo, pero sin conseguir nada. Lo entiendo. Diablos, yo también lo siento. No sabes una mierda acerca de mí, pero te conozco. Joder, te conozco mejor que tú misma.

Me soltó y de pronto comenzó a retroceder. Deteniéndose en el centro de su habitación, agarró el borde de su camiseta negra, sacó el material gastado por encima de su cabeza, y la arrojó a un lado. Luego se quitó las botas, enviándolas al otro lado de la habitación, donde golpearon contra la pared en un ruido sordo. Entonces, en un movimiento fluido, Hawk se quitó su pantalón y su bóxers.

—¿Qué estás haciendo? —susurré, de repente sin aliento.

—Dándote algo —dijo.

Dándome algo. Eso era todo lo que había dicho.

Me quedé mirándolo, tanto aterrorizada como fascinada.

—Anoche fue un error —susurré y dejé caer mi mirada, un último intento de tratar de convencerme de eso.

—No existen los errores, Dorothy —dijo—. Solo hay mierda que sucede y mierda que no.

Levantando la mirada, me encontré con la expresión de Hawk sin cambios. Permaneció allí, desnudo como el día que nació, estoico como siempre. Y, buen Dios, estaba exasperantemente críptico, y… ¡desnudo! ¡Todavía se encontraba desnudo! Pero tan sorprendida como me sentía por su descaro, me encontré mirándolo bien a fondo. Sus brazos gruesos, su pecho ancho, un par de muslos que podrían agrietar nueces, cubiertos de oscuros y sombreados tatuajes. Pero sobre todo, me encontré mirando su erección, que sobresalía alta y orgullosa entre sus piernas.



Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

No le importaba. Se hallaba de pie aquí, desnudo, ofreciéndose a sí mismo a lo que era esencialmente la propiedad de uno de sus hermanos y aun así… no le importaba. Ser tan descuidado, tan espontaneo, tan *libre*; no podía comprenderlo, pero sin duda envidiaba eso.

Los recuerdos de estar con Hawk anoche llenaron mi conciencia, cosas que olvidé, recordándome la forma en que fui capaz de dejarme llevar. No hubo ansiedad insoportable, ni auto-desconfianzas, pero lo más precioso de todo fue la falta de expectativas. Lloré y reí, sin pensar, solo sintiendo. Fui necesaria, y a cambio, Hawk me dio lo que necesitaba.

Mis uñas clavándose en su espalda, gruñendo de dolor mientras las arrastraba a través de su piel; su cuerpo encontrándose con el mío, una y otra vez, ruidosos, en tanto me daba lo que necesitaba.

Y luego, sosteniéndome con fuerza, me levantó del mostrador y me encontraba de espaldas en el suelo detrás de la barra. La barra rígida, mojada con alcohol derramado, se rozó incómodamente con mi piel. Pero tuve poco tiempo para pensar en ello cuando Hawk se puso de rodillas encima de mí y levantó mis piernas, colocándolas sobre sus hombros.

Entonces me había follado tan duro, tan rápido, que me olvidé de todo lo demás, dónde me encontraba, quién era yo, y lo más importante, a quién pertenecía.

Dándome lo que necesitaba.

Hizo desaparecer a todo el mundo.

Oh, Dios, ¿pensaba en esto? ¿Serle infiel a otro hombre?

¿Qué había pasado conmigo? La chica que antes nunca se habría entretenido con esto.

Pero la chica que había sido, nunca habría estado con un hombre casado para llenar el vacío dentro de sí misma. Ya no era esa chica, llena de sueños de amor. Era una mujer ahora, cuyos errores y circunstancias la obligaron a ir por un camino muy diferente. Quien tomaba una y otra vez elecciones en la dirección equivocada.

Una vez, estuve en una encrucijada. Si elegía correctamente, podría seguirle siendo fiel a Jase, siempre esperando y observando desde la barrera. Si elegía irme, podría forjar un nuevo destino y consecuencias desconocidas.

—Deja de pensar, D —dijo Hawk, y casi me reí. ¿Dejar de pensar? Era como que me dijera que deje de respirar—. Es muy fácil —continuó—. Te vas y Jase se entera. Te quedas, y Jase nunca tiene que saberlo.

Y así como así, lo hizo tan fácil. Quitándome la decisión, hizo que sea fácil.



Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

No recuerdo quién se movió primero, todo lo que sabía era que yo me movía y él también y cuando chocamos, fue una colisión de bocas y manos en movimientos, una ferocidad que no reconocía. Fue raro al principio, muy diferente de cualquier otra cosa que hubiera experimentado con Peter o con Jase, pero al mismo tiempo me llenaba. Besos delirantes y sucios, y toques que eran cualquier cosa menos suaves, me llenaban, reemplazando mi ansiedad con una abrumadora sensación de desesperación. Por qué, no lo sabía, pero no podía parar. Necesitaba más.

Cada vez más, hasta que sentí que me rendía, de mente y cuerpo, olvidando todo. Cuando me debilitaba más, me sostuvieron sus fuertes brazos. Cuando mis manos vacilaron, las suyas fueron seguras y firmes, y cuando me hice añicos, él volvió a poner cada pieza en su lugar.

Dejé la habitación de Hawk temblando, con mis piernas débiles, pero sintiéndome más fuerte de lo que había estado en mucho tiempo.

Después de ese día, aún era el secreto de Jase, pero entonces yo también tenía un secreto. Y por alguna razón, de repente, el secreto hizo toda la diferencia en mi mundo.

***

Tanto tiempo perdido esperando a Jase, tantas lágrimas derramadas a raíz de sus mentiras, y luego estuvo Hawk, siempre esperando en las sombras…

—*¿Necesitas algo de mí, cariño?*

Y, *Dios mío*, esas palabras. Mi pecho comenzaba a levantarse con respiraciones eufóricas, dejando a mi cerebro sin las habilidades básicas de razonamiento, dejándome emocionalmente desnuda y vulnerable. Quizá Hawk se interpuso a la fuerza entre Jase y yo, pero mantenerlo allí por el tiempo que lo tuve fue mi decisión.

—*Sí* —susurraría yo. Porque siempre lo necesité. Necesitaba algo, a alguien, con quien contar por una vez en mi vida. Porque siempre había estado carente de afecto.

—*¿Qué necesitas?* —susurraría siempre.

—*A ti* —le diría—. *Te necesito a ti.*

Con un profundo suspiro, alcé mi cabeza y me alejé de la puerta.

—Te necesito ahora —susurré frente a la puerta—. Y necesito que estés bien.



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

Regresando por el camino que vine, retomé mi lugar en el sofá junto a Tegen. Después de acomodar sus piernas, por lo que otra vez se posaron encima de las mías, me recosté en el sofá y cerré los ojos.

Una vez más lo sentí, la sensación extraña y desagradable de que todo se encontraba a punto de cambiar. Que mi mundo se hallaba una vez más a punto de salirse de control, y como de costumbre, sería incapaz de detenerlo.

Pero en lugar de temer, sorprendentemente… le di la bienvenida.



Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

9

Traducido por Vani & aa.tesares

Corregido por Val_17

—Mmm —murmuré, girando mi cara hacia la suave almohada bajo mi cabeza e inhalando profundamente. Me encantaba el olor de la loción de afeitar de Jase. Discreto, pero suavemente picante, a menudo podía ser encontrada olfateando su cara y cuello.

Espera… ¿qué?

¿La loción de afeitar de Jase?

Parpadeé contra la almohada, sintiéndome confusa y desorientada.

Por qué en el mundo…

De repente abrí los párpados al tiempo que me sentaba de golpe, y el ataque repentino de la luz del sol entrando a la habitación a través de las persianas a medio abrir le devolvió la conciencia a mi mente. Observando frenéticamente alrededor de la habitación, traté de darle sentido a lo que pasaba.

Un segundo… no solamente me rodeaba el aroma de Jase, ¡sino que también me encontraba en su habitación!

¿Cómo en el mundo…? Mi mirada se posó en Jase, sentado en el suelo, apoyado contra la pared y aún profundamente dormido.

—Oh, buen Dios —murmuré, destapándome, y noté con alivio que seguía totalmente vestida con los pantalones y camiseta de ayer. Volver a esta habitación, cerca de este hombre, ero lo último que necesitaba para complicar mi vida.

Para asegurarme de que la cama no chirriara, me bajé lo más silenciosamente posible y comencé a caminar de puntillas junto a Jase y hacia la puerta.

—Dorothy.

Me quedé inmóvil, cerrando los ojos con espanto. ¿Por qué? ¡Por qué! ¿Por qué no podía tomar un descanso? Mi madre tenía razón cuando me dijo hace tantos años que había sido una decepción, no solo para mi familia, sino que también para Dios. Él me odiaba.

Cruzando los brazos sobre el pecho, en un intento de protegerme de la curva emocional que seguramente me lanzaría Jase, me giré hacia él.



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

De pie a pocos metros de mí, se pasó una mano por la mandíbula con barba e intentó esbozar una sonrisa incómoda. Si fuera cualquier otra persona, luciendo tan desaliñado, su cabello corto un lío enmarañado y en necesidad de un buen afeitado, lo habría encontrado encantador. Pero no cualquier persona, era la única en esta tierra a la que no podía soportar tener cerca. Su rostro, su cuerpo, todo era un doloroso recordatorio de la serie de eventos trágicos que habíamos puesto en marcha por el simple hecho de estar juntos.

—Las encontramos a ti y Tegen durmiendo en el sofá —explicó, señalando a su cama—. Cage la llevó a su habitación y no podía dejarte dormir ahí. Hace mucho frío en medio de la noche.

Asentí enérgicamente. —Gracias.

Bajó la cabeza pero no dijo nada, solo siguió allí, mirándome de esa forma horrible y necesitada como siempre.

—Está bien —dije—. Bueno, eh, gracias…

—¿Lo amas?

Mis ojos se abrieron con sorpresa. —¿Disculpa?

—A Hawk —dijo—. Decías su nombre en tu sueño.

Sentí que el calor alcanzaba mi cara, ruborizándome por la ira y la vergüenza. —¡Eso no es asunto tuyo! —susurré con dureza.

—¿Cómo que no? —exigió—. Fuiste mía, ¡pensé que ese bebé era mío! ¡Fue MI ASUNTO, maldita sea! Y lo entiendo, lo jodí, y merecía todo lo que conseguí a causa de ello, pero maldito Dios, han pasado siete años. Recuperaste tu puta memoria, ¡y todavía no me puedes decir más de dos palabras!

Sobresaltada, di un pasito atrás. Sus cambios de humor siempre habían sido impredecibles, pero desde mi lesión y mi negativa a tener nada que ver con él, a veces era maníaco, sobre todo cuando se atiborraba de alcohol, lo que empeoraba su temperamento.

—¡Han pasado siete jodidos años, Dorothy! —repitió—. ¡Y me debes una maldita explicación!

Mi sorpresa se convirtió rápidamente en ira. —No te debo nada —dije, furiosa.

Sus fosas nasales se abrieron, y dio un paso deliberado hacia mí. A pesar de querer huir de la habitación, de él, me mantuve firme.

—¿Pero a *él* sí? —siseó—. ¿Por qué? ¿Por qué volviste por él? ¿Qué lo diferencia de mí?

—¿Qué te pasa? —grité—. ¡Eres tan egoísta, Jason! ¡Con todo lo que está pasando, todo lo que te importa eres tú, tú y TÚ!



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

Di la vuelta y alcancé la puerta. Mis dedos apenas rozaron la pomo cuando fui aplastada por detrás por el cuerpo de Jase, obligándome a pegarme incómodamente contra la puerta. Bajó la cabeza y enterró su rostro en mi pelo.

—¿Lo amas? —Sus palabras fueron pronunciadas en voz baja, y su aliento cálido era familiar contra mi nuca. Cuando inhaló, respirándome a propósito, me estremecí contra el ataque repentino de sentimientos que se hallaban peligrosamente cerca de hacer erupción.

—Vete al infierno —susurré.

—Ya estoy allí —replicó.

—No tienes idea de lo que es el infierno —dije, con voz temblorosa—. ¡No tienes idea de lo que se siente saber que tu propio egoísmo es la razón por la que tu hijo podría haber muerto! O cómo te sientes al ser incapaz de reconocer la cara de tu propia hija, sin saber cómo consolarla mientras, con desesperación, trata sin éxito de hacer que la recuerdes. ¡No tienes ni una puta idea de lo que es el infierno!

Me encontré siendo dada vuelta. Las manos de Jase bajaron con fuerza sobre mis hombros, cargándome mientras me sostenía contra la puerta.

—No me queda nada. —Apretó los dientes con rabia, y las lágrimas llenaron sus ojos—. Mis hijas no me hablan, tú no me hablas, y mis hermanos piensan que soy un pedazo de mierda.

—¡Estás proyectando! —grité, golpeando sus brazos, en un intento de liberarme—. ¡Tú crees que eres un pedazo de mierda, no ellos!

—¡SOY UN INÚTIL PEDAZO DE MIERDA! —gritó, usando su agarre sobre mis hombros para sacudirme. Mi diminuto tamaño en comparación al suyo no era rival para su fuerza, y mi cabeza se estrelló varias veces en la puerta, haciéndome gritar de dolor.

Luego se alejó de mí, alzando las manos con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

—Lo siento —susurró, parpadeando rápidamente y sacudiendo la cabeza—. Mierda, lo siento mucho.

Con mis manos en puños, los dientes apretados y mi pecho agitado, lo fulminé con la mirada. Estaba tan enojada con él, pero era más que eso, era mucho más. Todavía no lo había perdonado, lo que era dolorosamente evidente ahora. Cuanto más lo miraba, más me enojaba, y cuanto más me enojaba, solo era capaz de concentrarme en todo lo que había hecho mal… y casi todo lo que había hecho mal podía atribuirse a este hombre parado delante de mí. No éramos el uno para el otro, nunca lo fuimos, pero ambos habíamos sido cegados por diferentes cosas, y me tomó demasiado tiempo darme cuenta de ello.



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

Él aún no lo comprendía.

Pero yo sí.

Y una vez que lo hice, fue como si me rompiera y podía sentir cómo me dividía desde adentro hacia afuera. Todo lo que había mantenido oculto dentro de mí durante tanto tiempo, estalló en un torrente de emociones alteradas y no pude detenerlo. Tampoco pude detener lo que sucedió después.

Corrí hacia él, enviando mi puño derecho hacia su pecho y luego el izquierdo, entonces le di una bofetada en la cara, una y otra vez hasta que me ardían las manos y su cara era de color rojo brillante. Las lágrimas corrían por nuestras caras, pero aun así no podía parar. Jase no se movió; simplemente lo aceptó y cuanto más lo permitía, más daño quería hacerle: por haberme herido, por herir a su esposa, por herir a nuestros hijos, por lastimarse, por herirlos a todos y arruinarlo todo.

—¡Mira lo que hiciste! —sollocé—. ¡Mira lo que me hiciste!

—¡MAMÁ!

No la había oído entrar, ni siquiera escuché abrirse la puerta. Me encontraba tan consumida por la emoción, tan perdida en mi rabia y mi dolor, que no fue hasta que me alejaron de Jase, y Tegen se hallaba de pie entre nosotros, empujándolo hacia atrás, que noté que ya no estábamos solos.

—¿Qué hiciste? —gritó Tegen, golpeando con sus palmas el pecho de Jase, haciéndolo tambalearse—. ¿Qué demonios hiciste?

—¡No! —grité, tratando de liberarme del agarre de mi captor—. ¡No, Tegen! ¡Fui yo! ¡Para, ahora mismo!

Todo y todos parecieron congelarse, todos los ojos de repente sobre mí. Las manos agarrando mis brazos cayeron y me giré, descubriendo que había sido Cage quien me había arrastrado al otro lado de la habitación.

—¡Fuera! —grité, señalando la puerta—. ¡Los dos, fuera!

Pareciendo confusa y molesta, Tegen negó con la cabeza. —¿Mamá?

—¡Fueeeeeeera! —El grito explotó desde el fondo de mis pulmones y retumbó por toda la pequeña habitación.

—Nena —dijo Cage en voz baja, avanzando. Se estiró, envolviendo con su enorme mano la pequeña y temblorosa de Tegen—. Vámonos.

Reacia a dejarme, miró entre Jase y yo; la indecisión arrugaba su cara. Siempre me había cuidado cuando yo no tuve la fuerza para hacerlo. Cuando había sido demasiado débil para ponerme de pie por mí misma, Tegen había estado allí, luchando mis batallas, defendiendo mi honor.

Eso terminaría hoy.



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

Hoy, no pasaría ni un minuto odiándome por los pecados de mi pasado, sino que en vez de eso, sacaría la fuerza de ellos.

Hoy, terminarían un montón de cosas.

—Vete —repetí; mi tono más suave, más controlado—. Confía en mí cuando te digo que estoy bien.

No dijo nada, pero no luchó contra Cage cuando la llevó afuera. Esperé hasta que la puerta estuvo bien cerrada detrás de ellos antes de girarme hacia Jase.

Él permaneció delante de mí luciendo tan roto por fuera como por dentro. Los lados de su rostro eran de color rojo y moteados con moretones que se formaban rápidamente, se le partió el labio inferior, y dos senderos delgados de sangre goteaban por su barbilla.

Avancé, mirándolo a esos profundos ojos azules de los que una vez pensé que nunca tendría suficiente, que nunca iba a querer apartar la mirada.

—¿Recuerdas el día que nos conocimos? —susurré, mi voz ronca por tanto gritar.

Más lágrimas cayeron de sus ojos mientras asentía. —En la tienda local —dijo, con la voz quebraba—. En la frontera del condado.

—Tegen tenía gripe —dije, mirando más allá de él, hacia la pared—. Mi hermana la cuidaba y yo fui a buscar la medicina…

—Tenías vómito en tu camiseta —susurró Jase.

—Tú llevabas el uniforme —dije—. Eras el hombre más hermoso que jamás había visto.

Cerré los ojos, visualizándolo como un hombre joven, vestido con el uniforme militar, sosteniendo una gran bolsa de lona verde en tanto que entraba en la pequeña tienda.

—Dijiste: *Soy Brady* —susurré—. *Jase Brady.*

A pesar de mis ojos cerrados, pude escuchar que Jase se acercaba, pude sentir el calor de su cuerpo cuando se detuvo justo frente a mí. Y cuando sus brazos se envolvieron a mi alrededor, contra mi mejor juicio, me hundí en su abrazo.

Sonreí contra su pecho. —Te recuerdo preguntándome: *¿Tienes un apodo, Dorothy Kelly Matthews? Porque es mucho para sacar de la boca. No es que me importe un bocado de una chica linda.…*

Debajo de mi mejilla, el pecho de Jase se movió mientras soltaba un bufido. —Era un idiota.

Asentí. —La peor clase de idiota —susurré—. Del que cree que es un buen chico.



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

A través de mi camiseta, podía sentir los dedos de Jase hundiéndose suavemente en mi espalda, podía sentir la tensión en sus brazos mientras luchaba por contenerse de tocarme más íntimamente. ¡Dios mío! Conocía a este hombre como la palma de mi mano. Incluso después de todos estos años separados, conocía cada centímetro de su cuerpo, cada matiz, cada capricho. Lo conocía todo.

Ese conocimiento, cuán cercanos habíamos sido, me devastó.

—Lo siento, Dorothy —susurró entrecortadamente.

Más lágrimas cayeron de mis ojos. —Yo también lo siento.

La mano de Jase se arrastró lentamente por mi espalda, hasta mi cabello y agarró suavemente un puñado. Abrí los ojos cuando su otra mano acunó un lado de mi cara, inclinando mi barbilla. Mientras él bajaba la cabeza, sus labios descendieron sobre los míos.

No me aparté; no me estremecí. Esperé hasta que nuestros labios casi se tocaron, y me estiré de puntillas para envolver mis brazos alrededor de su cuello y lo besé.

Fue un beso suave, nada que ver con los besos llenos de pasión que habíamos compartido. Una gran diferencia entre las vidas caóticas que una vez vivimos.

Fue un beso de perdón, suave y dulce.

Fue un beso de despedida.

Me alejé, lamiendo mis labios y saboreando su sangre.

—Fuiste mi primer amor, Jason Brady —susurré, tragándome las ganas de llorar.

Con expresión abatida, sus manos cayeron a los costados. —No —dijo con voz ronca—. No me dejes de nuevo.

Dios, mi pecho iba a colapsar. ¿Quién hubiera pensado, después de tantos años separados, que decir adiós me lastimaría tanto? Sobre todo cuando sería tan fácil decir que sí, besarlo de nuevo y sellar mi destino. Ya no había nada que se interpusiera en nuestro camino, que nos retuviera.

Pero sí lo había. Había alguien entre nosotros. Y no podía ignorarlo más.

Tomé una respiración profunda, y ese aliento entró en mis pulmones como un millar de fragmentos de vidrio. —Te dejé hace mucho tiempo —susurré, colocando la mano en mi corazón roto—. Simplemente no me di cuenta.

Las facciones de Jase se retorcieron por el dolor. —Lo amas. —Esas dos palabras fueron apenas un susurro, como una ráfaga de aire, como si



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

no pudiera decirlo lo suficientemente rápido, como si exponerlo en voz alta lo lastimara fisicamente.

Abrí la boca y mis labios temblaron violentamente. Solo lo dije una vez, y fue a Tegen en un intento de explicarle algo. Nadie más lo sabía, ni siquiera el mismo hombre.

—Lo amo —sollocé, dándome cuenta de lo verdaderas que eran las palabras.

Era cierto que había amado a Hawk durante mucho tiempo, lo que no noté era la extensión de ese amor, o cuán profundamente arraigado se encontraba dentro de mí. No hasta este mismo momento.

No había venido a casa, desesperada para averiguar el destino de Hawk, por el bien de su hijo. Al darme cuenta que esta podía ser mi última oportunidad, corrí a casa, desesperada por hacer las cosas bien con el hombre que amaba, que había amado todo este tiempo.

Esa comprensión, esa *verdad*, era la experiencia más liberadora de toda mi vida. Y por mucho, una de las más dolorosas.

***

Jase se alegró por el dolor que irradiaba de sus mejillas y labios; se encontraba tan jodidamente contento por ello. Porque si su maldita cara no palpitara, se vería obligado a concentrarse en el dolor en su pecho, esa sensación de vacío y angustia que nunca parecía dejarlo, pero de repente se había amplificado a raíz de lo que acababa de ocurrir.

No debería doler tanto.

No debería. No después de todo este tiempo.

Pero aun así, mantuvo estúpidamente la esperanza ¿cierto? Se había aferrado a los recuerdos de su tiempo juntos como un jodido niño se aferra a su manta de bebé, incapaz de renunciar incluso después de que la manta estaba masticada, ensangrentada, andrajosa, y finalmente, hecha pedazos.

Incluso después de que la manta ya era solo un recuerdo.

Todo lo que Dorothy y él eran ahora. Solo un maldito recuerdo.

Cuando la puerta se cerró detrás de ella, Jase se tambaleó hacia un lado, cayendo de espaldas sobre su cama. Necesitaba un trago, pero más que eso, necesitaba montar una moto. Viendo que había varias huellas de nieve en el suelo, no montaría ninguna cosa excepto una tabla de nieve.



Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

Jesucristo, no podía quedarse aquí, en esta casa club con Dorothy, y no podía ir a esa casa vacía. ¿Y ahora qué? ¿Qué haría? ¿A dónde diablos iría?

Desde hace años que no había estado haciendo absolutamente nada, solo revolcándose por la vida… comía, bebía, dormía, apenas existía.

¿Y ahora qué?

¿Qué demonios pasaría ahora?

Se irguió, para luego salir de la cama. Su mirada se posó en su chaqueta de cuero colgada sobre su cómoda, y las llaves de su camioneta que yacían a su lado.

—A la mierda —murmuró. Podría no ser capaz de montar una moto, pero eso no significaba que tuviera que quedarse sentado en este maldito lugar, sintiendo lástima por sí mismo un segundo más.

Agarrando su chaqueta del club, guardó las llaves y luego cruzó la habitación, abrió la puerta y marchó por el pasillo.

—¿Jase?

Ignorando a Cage, aumentó el ritmo y siguió caminando.

—¡JASE!

—¡Joder! —gritó mientras se detenía y daba la vuelta—. ¿Qué?

Trotando por el pasillo, Cage cerró rápidamente la brecha entre ellos. —¿A dónde vas? —preguntó.

El rostro de Cage, una réplica más joven pero exacta de la de Deuce, lucía lleno de preocupación. Y eso solo lo hizo sentir como un pedazo de mierda aún más grande.

—Afuera.

—Estamos en medio de una gran mierda, hombre. ¿Estás seguro de que es una buena idea?

—Todavía no eres el presidente —replicó.

La expresión de Cage no cambió. —No, pero soy tu amigo. Tu hermano.

Jase bajó los hombros y cerró los ojos. —Tengo que salir de aquí, tomar un poco de aire, pasar un rato en la carretera.

Un tintineo le hizo abrir los ojos y se encontró con Cage ofreciéndole sus propias llaves.

—Llévate mi camioneta, amigo, funciona mejor que la tuya.

—Mi camioneta es un clásico —protestó Jase.



Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

—Sí, lo que sea. Un clásico, un pedazo de mierda sobre ruedas… la misma diferencia.

Agarrando las llaves, reanudó el paso hasta el final del pasillo.

—Llámame si necesitas algo —gritó Cage detrás de él—. ¡Y no bebas y luego conduzcas!

—¡Vete a la mierda! —gritó Jase, mientras esbozaba una sonrisa.

Nadie podría jamás reemplazar a Deuce, al menos no en la opinión de Jase, pero si el hombre finalmente iba a entregar el mando, Cage sería un buen líder…

Bueno, aunque estaba casado con una de las perras más salvajes en la historia de las perras, Cage era un buen tipo y dedicado al club. Lo cual era más de lo que Jase podía decir de sí mismo.



Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

10

Traducido por NnancyC & Ivy Walker

Corregido por Laurita PI

Era temprano cuando la caravana llegó a Willar Bay Reservoir. El sol apenas asomaba por el horizonte, y la mayoría de los chicos continuaban durmiendo en la parte posterior de las furgonetas.

Deuce salió de la carretera y paró en un estacionamiento cubierto de nieve. Dejando el motor encendido, salió del vehículo. Al cerrar la puerta del lado del conductor, sintió una ráfaga de aire frío y helado, causándole un escalofrío.

Debajo de su chaleco, cerró su chaqueta de cuero y comenzó a tantear la cremallera, hasta que se dio cuenta que si la subía y la mierda se iba a pique, eso solo le molestaría y necesitaba acceso fácil a las dos pistolas que mantenía en sus fundas bajo sus brazos. Sacando las armas, metió una en la parte trasera de sus pantalones de cuero, la otra en la pistolera dentro de su chaleco, y procedió a subir la cremallera de su chaqueta.

Con una larga exhalación de aire, su respiración apareció delante de él en un largo soplo blanco, y Deuce deslizó sus manos desnudas debajo de las axilas y se apoyó en la furgoneta. Condujeron toda la noche para lograr llegar a la reunión con los rusos, y eligieron Utah por dos razones. Una, porque era a medio camino a Las Vegas, y dos, porque era tierra neutral. Ningún grupo, bajo esas circunstancias, arriesgaría una reunión como esta en un territorio concedido. Aunque, mientras miraba al otro lado del agua tranquila, a la izquierda de él, y al terreno vacío de tierra alrededor, no pudo evitar preguntarse si se habían metido en una trampa.

A pesar del hecho de que tuvieron incontables tratos amistosos con los rusos en el pasado, ellos eran unos hijos de puta insensibles a quienes no les importaba a quien pisotearan, siempre y cuando el final del juego resultara a su favor. Descubrir que era de hecho Yenny quien manejaba las cosas, quien las estuvo manejando todo el tiempo desde la traición a su propia sangre, solo aumentaba el disgusto de Deuce por ellos.

Deuce podría vivir fuera de la ley, pero él y muchos otros como él seguían un conjunto de reglas. Porque si no se regían por alguna especie de sistema, una cadena de mando y honestidad entre ladrones, sería una anarquía absoluta.



Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

Incluso los criminales debían tener un código; si no, entonces era una lucha de todos contra todos. Si no podías confiar en tu propio maldito hermano, entonces, ¿cuál era el jodido sentido?

Y todo este tiempo había pensado que era ese ruso imbécil, Valentin, manejaba el espectáculo, cuando en realidad, ese maldito gordo era el testaferro. Yenny era el hombre detrás de la cortina, ocultándose al igual que Hawk durante todos esos años.

La ausencia de honor de los rusos era una de las razones por las que Deuce hizo todo lo posible para alejar al club de los tratos con ellos. Desde que trabajaba lado a lado con Predicador y los Demonios Plateados, se había acostumbrado a comprar y distribuir para los chinos. Fue una transición deliberadamente lenta, debido a que no quería cortar las ataduras con los rusos de una sola vez en caso de que necesitara sus recursos en algún momento, pero sus tratos decrecientes con ellos, al parecer, fueron notados y obviamente no estaban muy felices al respecto. Ahora, los rusos usaban a Hawk para chantajear a Deuce con el propósito de regresar a la exclusividad, y usaban a Deuce para chantajear a Predicador con el fin de expandir la distribución, todo para su beneficio. Putos codiciosos.

Predicador, con las manos metidas en los bolsillos y sus hombros encorvados hacia adelante, vino a pararse al lado de Deuce. —¿Qué sucede si tu chico ya ha estirado la pata? —Entonces sacó los cigarrillos de dentro de su abrigo, encendió uno y sopló un largo torrente de humo en el viento.

Deuce cerró los ojos, deseando que pudiera hacer lo mismo. Desde su infarto, Eva había sido una maldita vigilante, empeñada en negarle incluso los más simples placeres. Como un jodido cigarrillo. O sal. Sí, jodido Jesucristo, extrañaba la sal.

—No se arriesgarían —dijo Deuce—. Quieren tu negocio y no van a conseguirlo si matan a mi chico. Son lo suficiente inteligentes para saber eso. Pero si lo mataron, entonces van a desaparecer. —Volvió su mirada al agua—. Cada uno de ellos.

—Eso significa guerra. Con el jodido *cartel.*

Un estallido de ira causó que los músculos de los brazos de Deuce se tensaran sobre su pecho. —Sí.

—Eso significa que me estás poniendo en la posición de ir a la guerra.

Deuce movió su mirada hacia Predicador. —Joder, no fui yo quien te metió en esta mierda. Fueron ellos.

—No habrían sido capaces de meternos a ninguno de los dos en esta mierda si no hubieras estado protegiendo a un fugitivo, uno que sucede ser uno de los suyos.



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

No respondió. ¿Qué podía decir? Predicador tenía razón, como siempre. El imbécil hijo de puta. Pero no se arrepentía de hacerse cargo de Hawk. Ni por un segundo. Ese chico demostró ser uno de los mejores activos de su club.

—¿Le contaste a tus chicos el plan verdadero?

Deuce hizo una mueca. No, no les contó. Aparte de Predicador, únicamente Mick sabía el desenlace de los acontecimientos, y solo porque no necesitaba que su vicepresidente llorase y se quejase ante él de nuevo en un futuro cercano. En cuanto al resto, no podía decirles, todavía no. Necesitaba que todos parecieran de acuerdo con tomar más mercancías de los rusos. Un desliz, una maldita mirada incorrecta podría costarle a Hawk su vida o peor, las vidas de todos. Las secuelas de este maldito juego peligroso que todos representaban iban a ser bastante malas. No había necesidad de agregar leña al fuego.

—Los Aces van a estar de acuerdo con hacerse cargo del trabajo sucio, ¿cierto? —preguntó Deuce, a propósito cambiando el tema—. Si no arreglamos esta mierda con Slider antes de que los rusos se percaten de lo que estamos haciendo, todo va a ir mal para todos.

La cabeza de Predicador se movió de arriba abajo. —Los Demonios también. Roundman está muy entusiasmado por el maldito trato.

Deuce dejó salir un profundo suspiro. —No es en la Costa Este, pero es algo, y algo es mejor que nada. En el peor de los casos, si ellos no toman el cebo, al menos van a respaldarnos dos clubes.

Predicador asintió de nuevo. —Hombres buenos, ambos, con clubes fuertes. Será una guerra jodidamente sangrienta, pero no me preocupa perderla. Pero, Deuce, vas a tener que decirles a tus chicos.

—Todavía no —gruñó Deuce—. Ya están enojados conmigo por no decirles sobre Hawk. Sin embargo, no puedo descubrir por qué, viendo como ZZ era uno de ellos y le disparó a mi hijo. Crees que tienes un hombre leal cuando en realidad todo lo que tienes es un jodido imbécil que pierde sus bolas por un coño fuera de control.

Un coño que pertenecía a su hija, pensó Deuce, encogiéndose. Su hija *y* la hija de Dorothy.

Junto a él, Predicador estalló en carcajadas que rápidamente se volvieron un ataque de tos que sonaba doloroso, y Deuce apretó los dientes. Qué no daría para estar tosiendo hasta un pulmón ahora mismo.

—Tal vez deberías dejarlo —dijo amargamente, esperando que el hombre estuviera de acuerdo y le entregara el paquete.

—Ya me estoy muriendo. ¿Por qué dejarlo ahora?

Deuce parpadeó por la sorpresiva revelación. Girándose hacia el hombre, dijo—: ¿Qué mierda acabas de decir?



Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

La mirada de Predicador fue hacia el cielo. —Cáncer.

Deuce se le quedó mirando. —¿Dónde?

—En todas partes.

Jesús… mierda. ¿Qué carajo se suponía que dijera a eso?

—¿No hay alguna mierda que puedan hacer?

Resoplando, Predicador sacudió la cabeza. —¿Vas a pararte allí y decirme que dejarías que algún médico chiflado te exprima al máximo solo para que puedas morir uno o dos años después, todo destrozado y sin tu jodido cabello?

—Sí, idiota —gritó Deuce—. Joder, lo haría. ¡Tengo niños pequeños y una jodida mujer! ¿Tu hija? Ojos grandes, labios muy sexys y unas tetas jodidamente perfectas. ¿La recuerdas?

Predicador sacudió su cigarrillo y se volvió para enfrentarlo; una ceja arqueada y una sonrisa en su cara. —Pensaba más en las trenzas y mala cantante, pero es lindo saber que todavía estás apreciando a mi niña.

—Sí —murmuró Deuce, sintiéndose avergonzado y deseando retirar sus palabras—. Jódete.

—Hablando de mi niñita, no quiero que le cuentes sobre mí. Me haré cargo de eso cuando llegue el momento.

La imagen de Eva, desolada y llorando, causó que el pecho de Deuce se apretara. Respirando a través del sentimiento, se relajó. Si Predicador quería ser quien le contara a ella, eso era asunto suyo, y él felizmente se mantendría fuera de ello.

—Y estoy pensando —continuó Predicador alegremente—, que quiero fusionar los clubes. Entregarte mis chicos a ti. Y jódete también.

Deuce casi se ahogó y cuando terminó de ahogarse, vio todo rojo. Predicador no tenía un club o dos, el hombre tenía un maldito imperio completo, por todo el jodido mundo.

—¿Estás loco? ¡Yo también estoy muriendo! No puedes cargarme con todo eso, ¡tengo suficiente con mis propios malditos problemas!

—No estás muriendo.

—Lo estoy —protestó Deuce, y estampó una mano en su pecho—. Los médicos me lo dijeron, tengo otro infarto como el último y estoy jodidamente acabado.

Predicador rodó los ojos. —No estás muriendo, imbécil. Los hombres como tú no mueren. Siguen pataleando y gritando por la vida hasta que alguien los derriba cuando no están mirando e incluso entonces, siguen pataleando y gritando desde la maldita tumba.



Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

Entonces Predicador le sonrió. —La mejor clase de hombre —dijo—. Si ese chico tuyo, incluso tiene la mitad de esa mierda dentro de él, va a enorgullecernos a los dos.

Deuce continuó mirándolo fijamente, sintiéndose atónito y más que un poco inquieto.

—Primero me disparas —murmuró—, y ahora estás entregándome tu maldito club y soltando poemas de amor.

—Ella tenía dieciséis, hijo de puta, *tú* te habrías disparado.

—No, imbécil, yo me habría matado.

Ante eso, Predicador siguió sonriendo. Jesús, ¿entró en la dimensión desconocida?

El chirrido de una puerta abriéndose atrajo su atención hacia donde Ripper salía de la parte posterior de la furgoneta.

—Tenemos compañía, Prez —dijo Ripper, asintiendo.

Deuce siguió su mirada adonde, por la carretera, podía ver tres grandes todoterrenos haciendo su camino hacia ellos. —Justo a tiempo —murmuró.

Girándose hacia Predicador, Deuce lo miró. —No hay manera de que esté asumiendo tu puta mierda.

Porque… ¡Sería un desastre! Ni siquiera podía mantener bajo control a sus propios chicos en las fronteras estatales. Su división en Nevada se encontraba ahora bajo la protección de la mafia rusa, y aunque los había despojado verbalmente de sus parches, no podía tocar a ni uno solo.

Al menos… todavía no. Pero iba a encontrar una manera de matar a todos y cada uno de ellos por su traición.

¿Pero asumir a los Demonios Plateados? No era más que un hombre, más allá de su plenitud, que siendo honesto, se hallaba más que harto de la política de mierda que venía con el manejo de hombres que no les gusta ser manejados.

Más que nunca, quería ceder esa tarea pronto. Estaba cansado, y no se avergonzaba de admitir que quería pasar más tiempo con su familia que gritando órdenes. En cuanto a su sucesor, Cage todavía tenía mucho que aprender.

Sí. Como había dicho, un desastre.

Pero Predicador, *ese hijo de puta*, no parecía pensar así y solo siguió sonriendo.

Cristo. Quería un maldito cigarrillo.



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

***

Erik “Ripper” Jacobs se quedó en el fondo como se esperaba de él, viendo como los rusos salieron de sus vehículos. El sobrino de Predicador, Trey, un Demonio Plateado, se quedó atrás con él, y juntos escanearon el área alrededor en busca de cualquier cosa que pareciera fuera de lugar, de potenciales amenazas ocultas. No importaba que solo tuviera un puto ojo; todavía era tan bueno en su trabajo como siempre lo había sido, si no mejor. Es curioso cómo funcionan esas cosas. La vida le había arrojado algunas piedras en su camino, pequeñas montañas que nunca pensó que podría escalar, pero lo hizo y más. Destrozó esos malditos obstáculos y los trituró hasta polvo bajo su bota.

—¿Uno de esos hijos de puta con traje es de ustedes? —preguntó Trey, moviendo los ojos hacia los rusos.

Ripper escaneó la fila de hombres, contando cinco, y no encontró a Hawk entre ellos. Pero eso no quería decir una mierda. Hawk, les habían dicho, recibió un disparo, lo que significaba que estaba muerto y esto era una trampa, o aún se encontraba dentro de uno de los vehículos.

—No —dijo, tragándose tanto su creciente miedo como su ira. Se hallaba tan cerca de perder el control, lo había estado por días. Enterarse de quien en realidad era Hawk... bueno, no era esa una jodida tontería.

Todos esos años, esas malditas décadas, pensando que conocías a un hombre, solo para descubrir que no sabías ni una puta mierda sobre él. Hawk no era Hawk, todo fue una mentira inventada por Deuce. Ripper no sabía cómo lidiar con eso, excepto que quería golpear las malditas caras de ambos con su puño derecho. Y ya que no podía golpear a Deuce sin que le caiga la ira de Dios, se conformaba con descargar sus frustraciones con Hawk. Pero para hacerlo, lo necesitaba en casa, y lo más importante, con vida. Después de eso, el hijo de puta era un maldito juego limpio.

—Así que escucha —dijo Trey, quitando el cigarrillo de su boca y lanzándolo en la nieve—, Predicador ha estado hablando sobre volver uno a los clubes.

Las cejas de Ripper se elevaron. Esto era nuevo para él.

—Por supuesto, no todos están de acuerdo —continuó Trey—, pero nadie va a discutir con Prez una vez que ha tomado una decisión. Pensé que si es así cómo funcionará la mierda y vamos a estar trabajando juntos, entonces mejor asegurarnos que la mierda esté bien entre nosotros.

Cualquier cosa a la que se refiera Trey, a Ripper no le parecía que pudiera ser más importante que la escena que se desarrollaba ante él. Manteniendo los ojos en Deuce, gruñó su respuesta.



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

Aunque no podía escuchar lo que decían los hombres, Deuce parecía agitado, mientras se pasaba las manos por el pelo, algo que hacía a menudo cuando se encontraba a punto de estallar. Y los rusos no se veían demasiado felices. Mick, como de costumbre, era el amortiguador. Para el ojo inexperto, parecería que simplemente se encontraba de pie, hombro con hombro con su prez como muestra de solidaridad, pero Ripper sabía que no. Mick esperaba que la bomba detonara, la bomba siendo Deuce cuando se enterara sobra la suerte de Hawk.

—Ese desastre con Frankie, cuando arruinó tu cara, simplemente quería asegurarme que las cosas se encontraban bien entre tú y yo. Sin resentimientos, ¿verdad?

La visión de Ripper se puso borrosa, su atención fija en Deuce comenzó a disminuir, y por un momento sintió como si estuviera de vuelta dentro de ese almacén, de nuevo bajo esa hoja y el loco que la blandía. Parpadeando, se reenfocó en Deuce y respiró hondo.

—Predicador no tenía ni idea de lo que hacía ese hijo de puta —murmuró Ripper—. Dejé esa mierda atrás hace un largo tiempo.

—Es bueno saberlo —dijo Trey—. Pensé que quizá guardabas cierto resentimiento hacia los otros que estuvimos allí.

Ripper se congeló. Todo se detuvo y se volvió borroso al tiempo que intentaba y no podía procesar lo que había dicho Trey.

Los otros que estuvimos allí.

Los otros que estuvimos allí.

Los otros que estuvimos allí...

Su brazo salió disparado, agarrando el cuello de la chaqueta de Trey, y luego rápidamente arrastró al hombre detrás de la camioneta y lo arrojó contra la puerta trasera. Soltándole el cuello, envolvió su mano alrededor de la garganta de Trey y apretó.

—¿Qué demonios acabas de decir? —exigió.

Trey ni siquiera parpadeó. Se hallaba tan tranquilo como siempre, mirando a Ripper con sus grandes ojos grises, que se parecían tanto a los de Eva. De hecho, Trey era el equivalente masculino de su prima, menos las tetas y las zapatillas. La única diferencia era la frialdad espeluznante que atravesó a Ripper mientras miraba al hombre.

—Pensé que lo sabías —dijo Trey en voz baja.

—Si lo hubiera sabido, te habría matado —dijo Ripper con los dientes apretados.

La admisión hizo sonreír a Trey, también súper espeluznante. —Podrías haberlo intentado —dijo, con un tono tan muerto como sus ojos—.



Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

Un montón de hijos de puta lo han intentado. Y todos han jodidamente fallado.

—¿Sí? —Los ojos de Ripper se entrecerraron—. ¿Por qué? ¿Por que tenías a Frankie haciendo el trabajo sucio por ti? ¿Disfrutabas mirándolo joder a la gente, maldito enfermo?

Trey intentó sacudir la cabeza, pero el agarre implacable de Ripper en su garganta le permitió muy poco movimiento. —Nadie quería joder con ese imbécil y lo que hacía por diversión. Puede que no sea el hijo de puta más amable que hay, pero nunca corté a nadie como un pavo para acción de gracias. Si tengo un problema con alguien, le disparo a quemarropa. Frankie era un engendro como ningún otro.

Ripper se le quedó mirando. No el hijo de puta más amable por ahí era decir poco. Trey tenía una fila de cuerpos detrás de él. Pero, de nuevo, también la tenía Ripper.

Lo soltó y retrocedió mientras Trey se masajeaba su garganta.

—¿Estamos bien? —preguntó Trey.

A punto de decirle que se fuera a la mierda, Ripper se distrajo con un grito furioso. Se volvió a tiempo para ver un cuerpo siendo arrojado por la puerta de una de las camionetas. Cuando el cuerpo sin vida de Hawk cayó al suelo, la puerta se cerró de golpe y la fila de furgonetas se alejó a toda velocidad. Sin dar a Trey una segunda mirada, se echó a correr. Trey no importaba, maldita sea. Frankie tampoco.

Porque al final de cuentas, esta no era una vida bonita. Cuerpos caían, y gente se lesionaba. Pero hacías tu mejor esfuerzo para seguir adelante; encontrabas una pequeña área de felicidad, y te aferrabas a esa mierda como si fuera tu último maldito aliento.

Y había hecho precisamente eso. Encontró su paz en los brazos de una hermosa chica. Encontró paz y mucho más.

Frankie estaba muerto; ese psicópata pagó por sus pecados de la peor manera posible.

Y algún día, Trey conseguiría lo que se merecía.

Ninguno de los dos merecía otro puto pensamiento. No valían la pena.

Pero Hawk sí lo valía.

—¡Agarra sus piernas! —gritó Deuce, agarrando las axilas de Hawk y tratando de levantar el gran cuerpo del hombre—. ¡Y cuidado con esas heridas!

Empujando a Sucio y a Mick de su camino, Ripper se dejó caer de rodillas y se deslizó por el pavimento cubierto de nieve, alcanzando el cuerpo inmóvil de Hawk. Vistiendo solo un par de bóxers sucios, se



Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

encontraba cubierto de moretones, sangre seca y otras sustancias, a las cuales Ripper no quiso darle demasiada importancia. A cada lado de su pierna derecha, había dos heridas burdamente cosidas, ambas de un rojo intenso que goteaban pus, la piel sucia alrededor de ellas se puso en tonos insalubres de negro y azul.

Con tanto cuidado como pudo, pasó el brazo por debajo de los muslos de su hermano, y cuando Deuce alzó la mitad superior del cuerpo de Hawk, Ripper levantó sus piernas.

—¿Está respirando? —preguntó Ripper, jadeando.

—Débil —dijo Mick—, pero respira.



Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

11

Traducido por MaJo Villa

Corregido por Dannygonzal

Dicen que lo que no te mata, te hace más fuerte. Bueno, él no sabía nada de todo eso. Pero es seguro que lo cambia todo. —James "Hawk" Young

El dolor era algo relativo.

Había dolores buenos: La tensión abrasadora en tus músculos cuando amontonabas otro juego de pesas y levantabas a esos chicos malos en el aire; la sensación de una máquina de tatuajes, esas diminutas agujas sumergiéndose en tu piel una y otra vez, empapándola con la hermosa tinta; o ese dolor abrumador en tu pecho cuando creías que no volverías a tener una familia, pero entonces un bebito pelirrojo fue colocado en tus brazos y te miró con esos ojos grandes y sorprendidos, y él era todo tuyo, tu familia.

Ese era el tipo de dolor que podía soportar Hawk.

Luego estaba el otro. El dolor causado por un médico de trastienda recogiendo fragmentos de hueso de su pierna, y luego cosiéndolo de nuevo sin medicarlo primero. El dolor de un puño enojado golpeando su rostro, o un par de botas enviadas repetidamente hacia su caja torácica. O el peor de todos, ver el rostro sonriente de un hombre que alguna vez llamaste hermano, infligiéndote todo ese dolor.

Hawk no recordaba mucho después de que ZZ lo hubiera dejado inconsciente, sin duda una retribución por haberle disparado. Aunque el hombre había estado protegiendo su brazo izquierdo, pareció estar bien en comparación con cómo se sintió Hawk.

Lo que recordaba eran las agujas. Alguien llegaba cada pocas horas a inyectarle algo en su brazo que amortiguaba el dolor, pero también lo volvía un inútil para hacer algo más que recostarse y mirar el entorno oscuro y húmedo de cualquier sótano en donde estuviera metido. Entraba y salía de la inconsciencia, y cada vez que empezaba a recuperarse de las drogas, le inyectaban más.

A lo largo de todo, hubo momentos en los que podía distinguir voces, la mayoría hablando en ruso, sonando difusas y lejanas. Pero a pesar de



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

todo, oía con frecuencia el nombre de Deuce y se aferraba a eso. Mientras que se estremecía y temblaba, con hambre y sed, repetidamente se orinaba y cagaba, se aferraba a la idea de Deuce, de su club, y a la pequeña astilla de orgullo que todavía le quedaba: el hecho de que no fue solo él quien arrastró a los Jinetes a este lío, sino que ZZ también lo hizo.

Y entonces la autocompasión empezó a arraigarse y se encontró a sí mismo repasando una y otra vez todas las cosas que hizo mal. Hubo un tiempo atrás, en el que no creía en errores; algo era correcto o no lo era. Ahora sabía que eso no era cierto, que solo una decisión podía cambiarlo todo, y en los últimos años, él había tomado muchas decisiones malas. Demasiadas para contarlas. Fue solitario y codicioso y por lo tanto egoísta, fue desesperado y por lo tanto vengativo, y fue rechazado y por lo tanto indiferente. Y lo peor de todo, había estado fuera de sí con remordimiento y por lo tanto fue complaciente.

Todo. Jodidamente. Mal.

No se arreglaba un error con otro; ahora lo sabía.

Pero la única persona que necesitaba saber eso, saber lo arrepentido que se sentía por todos los errores que cometió, se hallaba a kilómetros de distancia, y empezaba a pensar que existían pocas posibilidades de que alguna vez pudiera decírselo.

Y justo cuando Hawk empezó a pensar que iba a morir, morir de hambre, o de una sobredosis de la droga que no estuvieran permitiendo que abandonara su sistema, escuchó a Deuce. No su nombre, si no al hombre.

Escuchó a Ripper.

Escuchó a Sucio.

Escuchó a Mick.

Al principio no podía entender lo que decían, pero reconoció cada una de sus voces distintivas. Y fue entonces cuando se dio cuenta de que ya no se hallaba en esa habitación, congelándose el trasero y cubierto en su propia mierda.

Más allá de las voces familiares que lo rodeaban, pudo oír y sentir el estruendo de un motor, el sonido lejano y granulado de la música, todos los sonidos benditamente hermosos diciéndole que se encontraba dentro de un vehículo rodeado de hombres que no iban a hacerle daño.

Y por primera vez en su vida, de nuevo entendió el significado de *hogar*. No era en donde creciste; no era quien fuiste una vez.

Eran las personas que te rodeaban.

—Fue golpeado y drogado —escuchó que dijo Deuce—. Tiene unas malditas marcas de aguja en su brazo.



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

—También tiene las piernas rotas —dijo Mick—. Un disparo a través de la tibia.

—Habla en nuestro idioma, hijo de puta, ¡no suajili!

Al escuchar a Ripper tan agitado, Hawk sonrió. O al menos, intentó reír. No podía hacer nada por el momento, aparte de quedarse ahí como un inútil pedazo de mierda.

—Estoy hablando en nuestro idioma, imbécil. No es mi culpa que nunca terminaras la secundaria.

—Par de idiotas, cállense. Ripper, llama al club, dile a Cage que vamos a necesitar un doctor.

—Estoy en eso, Prez —murmuró Ripper.

—Y —añadió Deuce—, no vamos a llevarlo al club. Dile a Cage que su cuarto de invitados está a punto de ser ocupado.

—A Tegen le encantará eso.

—Tegen sabe cuál es su maldito lugar.

—Esa perra sabe cuál es su lugar así de bien como Ripper sabe qué mierda es una tibia.

—¡Vete a la mierda!

—Cierren sus malditas bocas —gruñó Deuce—. Esa perra loca de la que están hablando sacó a mi chico de las drogas.

—Sigue siendo una loca. Una auténtica chiflada.

Hawk quería reírse pero aún seguía sin poder ver, probablemente porque sus ojos se encontraban hinchados. Ahora que entraba en calor, el dolor en su pierna empezó a quemarle con intensidad, causando confusión en sus pensamientos.

Entonces sintió algo caliente haciendo presión en su pecho. Tal vez una mano.

—Aguanta, maldita sea, ¿me sientes, hermano? —dijo Deuce, en voz baja—. Conseguiste que una infeliz pelirroja condujera a través de una ventisca del infierno solo para ver dónde diablos te encontrabas. Te está esperando, probablemente va a regañarte por haberle mentido todos estos años. Te voy a dar permiso para que me eches esa culpa como están haciendo el resto de estos hijos de puta.

Por un momento, Hawk estuvo confundido, pensando que Deuce se refería a Tegen, y el hecho de que ella estuviera enojada con él no era nada nuevo.



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

Pero entonces escuchó a Ripper murmurar—: Seguro está enojada por enterarse de que su pequeño duende es en realidad un ruso, y propiedad de la Mafia Roja.

De repente Hawk se dio cuenta que Deuce no hablaba sobre Tegen, sino que se refería a Dorothy.

Entonces, ¿ella regresó a Montana por *él*?

Y, ¿ahora lo sabía todo? ¿Y estaba enojada?

Si estaba enojada, quería decir que le importaba.

—¿Qué? —dijo Ripper, sonando ofendido—. ¿Nadie creyó que eso era gracioso? Amigo, eso fue divertido. Cox lo hubiera pensado. ¿Sucio? ¿No? Joder, estar libre de drogas te ha hecho patético como la mierda.

—Es un poco divertido —dijo Mick—, pero no demasiado.

—Jesucristo —murmuró Deuce—. Solo cállense de una puta vez. Todos.

Y si Hawk hubiera podido sonreír, seguro que lo habría hecho.

***

9
8

Pasaron las horas. ¿Días? ¿Semanas? No lo sabía.

Hawk perdía y recobraba la consciencia, a veces temblando por un frío insoportable, otras hirviendo con un calor sofocante y sudando mucho, y a veces las dos al mismo tiempo. Captaba fragmentos de conversaciones, expresamente susurros acompañados por el sonido de pasos. Veía caras borrosas, y cada cierto tiempo sentía algo, a veces era extremadamente doloroso, irradiaba de su pierna, expandiéndose cada vez más, afectando a su pecho como un tornillo hasta que se desmayaba del dolor. Otras veces era ligero, sentía algo suave y frío sobre su piel; dedos revoloteando arriba y abajo de sus brazos y manos apretando sus mejillas. Un beso presionado contra sus labios.

Durante sus pequeños momentos de claridad, trató de ordenar el lío de su mente para identificar a Dorothy, independientemente de si ella se encontraba o no aquí, que no solo había imaginado a Deuce mencionando su presencia. Se sobresaltaba con el sonido de una suave voz femenina, o cuando pensó que vio un destello de color rojo, solo para darse cuenta de que era incapaz de moverse, incapaz de parpadear a través de la bruma confusa, o hablar algo parecido a palabras coherentes.

Y a pesar de todo Hawk, soñó. Soñó con su infancia y con tener al mundo en sus manos, en pensar que su padre era un rey, en creer que un día sería uno como él. Y después soñó con la muerte de su padre, y sobre



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

el tiempo que pasó en las calles, temiendo por su vida. Soñó con Deuce, la noche en la que el hombre lo encontró, con el club y los chicos. Y después soñó cuando conoció a Dorothy, su largo cabello rojo y sus brillantes ojos verdes, y en cómo los dos se juntaron como un medio para escapar de la cruel realidad de sus vidas, y cómo les falló totalmente a ambos.

Soñó con el joven egoísta que fue una vez, pensando que el mundo le debía algo a cambio por todo lo que perdió.

Y soñó con Christopher, que en muchos sentidos era el motivo de su final. El final del hombre que fue una vez, y el principio del hombre en el que se convirtió. Alguien mejor. Un padre.

Soñó con la forma en que las cosas habían sido y la manera en que eran ahora, y soñó con cómo deseaba que las cosas pudieran haber sido, y como desearía que fueran ahora.

Hasta que la fiebre mermó por fin y despertó de una puta vez.

***

Parpadeando en la semioscuridad, Hawk trató de concentrarse en su entorno, incapaz de distinguir ni una maldita cosa, además de que se hallaba en una cama cálida y confortable, a pesar de que sentía todo menos la parte confortable.

Su garganta estaba dolorosamente seca, su cabeza palpitaba, y su pierna se encontraba dos veces peor. Trató de sentarse y la sintió gritar en protesta. Está bien. Descartado eso. En su lugar, alargó sus dos manos, tanteando a los costados. Su mano izquierda encontró una mesa y la derecha…

Demonios.

Apretó la piel suave una vez, dos veces, y sonrió. Sí, segurísimo, eso era definitivamente un seno. Llegó más lejos, apretando el otro; su sonrisa era cada vez más amplia. Conocía esos senos, una vez había estado muy familiarizado con ellos. Montículos de carne flexible de tamaño perfecto cubiertos de pecas, rematados con pezones un poco demasiado grandes. Pezones que se arrugarían y alcanzarían el nivel máximo bajo sus dedos y su boca.

A pesar de sus heridas, Hawk sintió que su cuerpo respondía a sus pensamientos. Consideró tratar de ponerse en una posición más accesible que le permitiera seguir tocándola cuando Dorothy soltó un pequeño suspiro. Retiró su mano justo ella cuando rodó hacia él y se enrolló contra su cuerpo. Con su pierna le golpeó la única lesión, enviándole un dolor punzante por todo su cuerpo. Respiró hondo, sin importarle el dolor, solo esperando que siguiera tocándolo. Había pasado tanto tiempo sin ella, sin



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

el toque de otro ser humano al que realmente le importara, que cualquier dolor que sentía no importaba. Siempre y cuando lo siguiera tocando.

Ella deslizó el brazo sobre su abdomen al tiempo que le acariciaba el pecho con su mejilla, y él la acerco más, pasándole la mano por la espalda, sobre la curva de su trasero, y después hacia arriba, hasta su cabello. Tocando la cicatriz que había debajo, le rozó con ternura la piel elevada y desigual una y otra vez, sintiendo que una oleada de tristeza lo invadía. Él debió haber estado ahí. Si hubiera permanecido allí, si se hubiera quedado y peleado por Dorothy, esto podría no haber ocurrido.

Era algo que jamás se perdonaría, algo que lo perseguiría hasta el día en que muriera. Que su ego no pudiera soportar otro rechazo, y que por eso ella hubiera recibido un disparo, y que casi los había perdido a los dos; a ella y a su hijo.

Pero junto a su culpa, se encontró con algo más, algo que no había sentido en un largo tiempo. Sosteniéndola, tocándola, incluso después de todo este tiempo, se maravilló con lo natural que era. Con lo bien que se sentía.

Sintiéndose contento, cerró los ojos. Cuando casi volvió a quedarse dormido, tanto su cuerpo como su mente todavía agotados por todo lo que soportó físicamente, sintió que ella se movía.

—Hawk —susurró adormilada, su aliento haciéndole cosquillas en la piel—, te amo.

No le respondió, solo cerró los ojos y dejó que esas dos estúpidas palabras se hundieran en él. Ella todavía se encontraba profundamente dormida, y pensó que tal vez había dicho eso porque estaba soñando, o a causa de su preocupación. Pero independientemente de eso, era la primera vez que escuchaba esas palabras desde que su padre fue asesinado.

Y el dolor que escucharlas causó dentro de su pecho, el dolor dentro de su corazón, era en gran medida el tipo de dolor que Hawk podía soportar.



Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

12

Traducido por vals <3 & Aimetz Volkov

Corregido por AriannysG

Fresca por la ducha, envolví una larga toalla blanca a mi alrededor y bajo el recuerdo de que Hawk seguía con fiebre y medio delirando, salí del baño y entré en el cuarto.

Ya no era así. Él estaba totalmente despierto, se las había arreglado para sentarse y tomaba mucha agua de la jarra que había dejado junto a la cama.

Por encima del borde de la jarra, sus ojos me encontraron, esos indescriptiblemente oscuros ojos se hacían incluso más opacos mientras bajaba su bebida para centrarse en mí.

—Hola —dijo, con voz ronca y rasposa, luego se limpió la boca con el dorso de su mano.

Su voz, esa sola palabra, hizo que helados y calientes escalofríos me recorrieran, dejando rastros de piel de gallina en su camino.

Sintiéndome de repente nerviosa y raramente avergonzada, apreté más mi toalla y traté de sonreír.

—Hola —dije suavemente.

Apartando su mirada de mí y pasándola por el cuarto, se aclaró la garganta.

—¿Dónde estamos?

Examiné la habitación casi vacía, conteniendo solo una cama, una mesita de noche y el tocador obligatorio. Cage y Tegen no eran muy decorativos ni tenían toques personales.

—En casa de Cage y Tegen —le contesté.

Asintió. —¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?

Levanté mi hombro. —Como cuatro días. Tenías una infección muy desagradable. El doctor que Deuce trajo aquí tuvo que abrir tu pierna de nuevo y limpiarla.

La mirada de Hawk cayó a su pierna vendada.

Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

Apoyada encima de varias almohadas, estaba envuelta ahora en una bota Aircast[1]. Recordando la piel descolorida, cuán severamente infectada se había puesto la mal cosida herida, me encogí internamente. Le había rogado a Deuce que lo llevara a un hospital, pero el hombre fue firme con que Hawk permanecería aquí. Por suerte para Hawk, el médico había sido legítimo.

—Deberías tener una escayola dura —continué—, pero dadas las circunstancias… —Me callé, sin saber cómo abordar la cuestión de la verdadera identidad de Hawk. Todavía me resultaba extraño todo lo que me había dicho Deuce y, aunque también sabía que era la verdad, no se sentía real para mí. Hawk era, y siempre sería… Hawk.

Esta vida que él había llevado una vez, el hijo de un jefe de la mafia rusa quien fue asesinado a balazos, se sentía como una historia imposible y ficticia, algo hecho en las películas, y no la anterior vida de un hombre con el que compartía un niño.

—Deuce consideró que no era buena idea llevarme a un hospital —terminó por mí.

—Las heridas de bala tenderían a llamar la atención de los policías. Y si la policía decide investigar…

Los ojos de Hawk seguían abatidos, vidriosos y viendo más allá de su pierna, a nada en particular. —Creo que debes tener algunas preguntas para mí —dijo tranquilamente.

Tenía preguntas para él, cientos, aun así parada aquí, mirándolo, nada parecía venir a mi mente. Todo lo que importaba por el momento era que se encontraba en casa a salvo y que se recuperaba de sus heridas.

—Pueden esperar —murmuré—, necesitas mejorarte.

Dejó salir un profundo suspiro, y las líneas que cruzaban su rostro se borraron un poco. Si no lo conociera mejor, creería que estaba aliviado, pero el Hawk que conocía no le importaba lo que las personas pensaran de él.

Excepto que esta vez, parecía importarle.

—Lamento haberme perdido la navidad —dijo, levantando los ojos y dejándolos en mi pecho, donde el pequeño pendiente de corazón colgaba de la cadena alrededor de mi cuello. Mi manos fueron allí de inmediato y enredé mis dedos a su alrededor, agarrándolo con fuerza hasta que pude sentir la punta afilada del corazón clavándose en mi palma.



[1] Sustituto de yeso en la fase post-operatoria.

ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

De repente el pendiente parecía significar mucho más. Como si no hubiese sido solo un gesto considerado, ni solo un padre comprando un regalo para la madre de su hijo.

Este corazoncito alrededor de mi cuello parecía encarnar al hombre en sí, lleno de secretos, significados ocultos y mucho más de lo que aparentaba.

—Creí que no iba a volver a verlos a ti o a Christopher —dijo en voz baja—. Pensé que nunca sería capaz de…

Se calló pero mantuvo sus ojos en mí. Fijos en los míos.

No dije nada; no sabía qué decir. Y me parecía que Hawk tampoco lo sabía. Solo continuó mirándome en la oscuridad y esa evaluadora forma suya, clavando sus oscurecidos ojos en mí y manteniéndome cautiva como un venado congelado en frente de los faros cegadores.

El mundo está lleno de potencial desaprovechado; todo el mundo lo ha experimentado. Vistazos desde los extremos de la habitación. Miradas encontradas. Sonrisas secretas. Conversaciones silenciosas. Cuando se trata de la lujuria, las palabras nunca son necesitadas. Sientes que algo revolotea dentro de ti, tu cuerpo empieza a calentarse, y lo sabes sin más. Puedes sentir que algo enterrado cobra vida, y solo así, nace esa conexión. Son extraños, que de repente son algo más… Almas gemelas, personas que comparten una atracción por el otro.

Tenía eso con ambos; Jase y Hawk.

Pero solo uno podía robar tu alma, ese intocable e inalcanzable lugar dentro de ti que existe solamente en tu mente, que calienta y enfría, que revolotea sin ton ni son, y la hace suya para siempre. Alguien que podría dejarte sin aliento con solo una mirada, que hace que todas estas pasadas sonrisas secretas y miradas a lo lejos palidezcan en comparación con la forma en que *él* te mira.

Con la forma en que Hawk solía mirarme. Robando miradas a través del cuarto mientras se quedaba en las sombras, observándome de arriba abajo, deliberadamente lento.

Con la forma en que me miraba ahora.

Había olvidado cuán expuesta y vulnerable me había hecho sentir esa mirada una vez, y al mismo tiempo, cuán deseada. Necesitada. Y excitada.

Cuán libre.

Sintiendo las emociones que brotaban en mi interior, tragué fuerte y murmuré—: Yo también pensé que no volvería a verte.



Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

Un largo silencio siguió mis palabras mientras la mirada de Hawk se quedaba fija en la mía, así que bajé la vista a mis pies, de repente incapaz de enfrentarlo.

No sabía qué había estado pensando. Después de mi explosión con Jase, había decidido que una vez que Hawk estuviese en casa de nuevo, le diría cómo me sentía, cómo siempre me había sentido. Y de alguna manera eso arreglaría las cosas, ese creciente periodo de años en el que habíamos mantenido nuestra distancia del otro estaría cerrado al instante.

No fue así. En todo caso, ahora que él estaba aquí y consiente, me sentía incluso más extraña que antes. Como si mis sentimientos fuesen nuevos, en lugar de los viejos y enterrados, y tenía miedo de lo que pasaría si los dejaba florecer. ¿Él los correspondería? ¿O había pasado demasiado tiempo?

—Lo lamento, Dorothy —dijo Hawk, rompiendo el silencio.

Sorprendida, alcé la mirada para encontrar que su expresión había decaído aún más, y sus rasgos fueron cambiando con el dolor.

—Lo que hice —dijo— contigo, tomar lo que no era mío, estuvo mal. Nunca dije que lo lamentaba porque pensé que significaría que lamentaba que hubiésemos tenido a nuestro hijo, pero ahora sé que no es verdad. Y lo siento. Más que todo, siento dejarte. Si no me hubiese ido, no te habrían disparado. Habría estado ahí y tú hubieses estado a salvo.

Lo miré, sin habla. Hawk siempre había sido un hombre de pocas palabras.

—Te aparté —dije eventualmente—, no te culpo por irte.

—Ambos cometimos errores —dijo.

Una pequeña y nerviosa risa se me escapó. ¿Qué trataba de decir? ¿Qué no se arrepentía de Christopher, pero sí de todo lo demás? ¿Qué se arrepentía de mí y de nosotros?

—Pensé que no creías en los errores —dije, odiando el temblor en mi voz, que traicionaba a mis sentimientos.

—Tengo cuarenta y cinco años. —Levantó una ceja—. También tengo mi propio hijo. Es tiempo de que tome responsabilidades por mis acciones, ¿no lo crees?

Apreté mis labios, deseando que mis lágrimas no me traicionaran. Mirando a Hawk, sacudí la cabeza. —No lo entiendo, ¿qué tratas de decir?

Sus ojos se estrecharon y sus cejas se juntaron, causando que su frente se arrugara incluso más. —Estoy diciendo que lo lamento, que es…

—Basta —lloré, incapaz de aguantarlo otro segundo.



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

Todo era demasiado. No saber qué había sido de él, luego descubrir quién era en realidad. La agonizante espera para saber su destino, y la comprensión de mis sentimientos por él. Luego verlo golpeado, sangrando y quebrado, y todo al mismo tiempo en que cuidaba de él, aguardando para el momento en el que le diría la verdad. Y ahora esto, una disculpa de su parte, diciéndome que lamentaba lo que habíamos hecho; todo era demasiado y lanzó una lluvia torrencial de emociones que yo era incapaz de detener.

Parecía que las compuertas de emociones que Jase había forzado a abrirse, todavía no habían sido completamente cerradas.

—¡Nunca apareciste! —grité, quitándome con fuerza las lágrimas de mis mejillas—. Nunca apareciste y yo no paraba de llamarte, luego llamé a Eva, y Deuce no me dijo nada, ninguno me decía nada y entonces tuve que encontrar un lugar para dejar a Christopher, después mi vuelos fueron cancelados y tuve que conducir hasta casa con una tormenta de nieve y Deuce me contó quién eras y yo solo… solo, no sabía que pensar, nada de eso parecía real, y entonces pensé que Predicador no iba a ayudar pero lo hizo. Luego golpeé a Jase y le dije que te amaba, entonces se fue y luego Deuce y los chicos te trajeron. Yo estaba aquí cuando vino el doctor y Hawk, oh por Dios, tu pierna estaba muy infectada, estabas tan enfermo y te veías tan mal, tan golpeado que pensé que ibas a morir, incluso a pesar de que todos me seguían diciendo que no sería así, no podía entender nada de lo que decías y estaba tan asustada porque iba a perderte de nuevo, no iba a tener la oportunidad de hacer las cosas bien y no podía… yo no…

***

Dorothy seguía y seguía y seguía, arrojándole palabra tras palabra como una máquina de bateo. Como una de esas muñecas con cuerdas que después de jalar demasiado, la cuerda se desprende y la muñeca seguía malditamente hablando y hablando y hablando…

Siempre había hablado demasiado, sobre todo cuando se hallaba molesta. Hawk podía recordar innumerables noches en las que había sido forzado a escuchar sus divagaciones sobre Jase, obligado a verla llorar, emocionalmente golpeada una y otra vez por razones que había dejado de tratar de comprender desde el principio. Él simplemente la follaba para callarla y eso funcionaba… por un tiempo.

Pero ella eligió a Jase sobre él, y luego le habían disparado, y el silencio que siguió después de eso fue jodidamente ensordecedor.

Y, joder, después de todos estos años de frialdad, de apenas dirigirse la palabra, sintiéndose como extraños en la misma habitación, no se había dado cuenta de lo mucho que la extrañaba. No solo el estar con ella, sino a



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

ella. Todo. Hasta sus divagaciones sin sentido, su incapacidad de expresar nada sin ser tan malditamente emocional. Y aun así, seguía siendo un desastre confuso. Echaba de menos cada condenado centímetro, su metro cincuenta y dos de altura, las lágrimas interminables y todo el equipaje del que siempre se aferraba, ese que insistía en arrastrar detrás de su espalda todo el tiempo.

Cristo, ambos eran un desastre. Ella con su corazón expuesto para que todo el mundo pudiera verlo, y él con el suyo encerrado tan fuerte, que hizo falta una follada en estado de embriaguez, un chantaje, un embarazo, una herida de bala en la cabeza, años de vacío, un secuestro, y unos cuantos disparos más para que él ordenara su puta mierda.

¡Qué maldito desastre!

¿El lado positivo? Ella le dijo que lo amaba. Anoche y de nuevo justo ahora, entre algo sobre golpear a Jase y Deuce trayéndolo, le había dicho que lo amaba, así como admitir su miedo de perderlo otra vez. Esto fue una revelación sorprendente y a la vez no tanto. A veces, él sospechó que los sentimientos de ella habían ido más profundos de lo que los dejaba ver, pero nunca lo admitió, así que él tampoco.

Pero ya nada de esa mierda importaba. Estaba harto de vivir en el pasado, de vivir en un futuro que no iba a ninguna parte. Y ya no quería mirar atrás nunca más.

—Dorothy.

Seguía hablando.

—¡Dorothy!

Aún, seguía hablando. Y, maldita sea, si no amara la mierda de esta mujer, sin duda la hubiera matado.

—¡DOROTHY! —Se llevó la mano a la garganta ya que al instante lamentó gritar. Aunque pareció funcionar; ella ya no balbuceaba, sino que lo miraba—. Por el amor de Dios —dijo con voz áspera, frotándose la garganta—. Cállate.

—Que me calle —susurró ella, arrugando el rostro—. ¿Que me calle? En serio vas a hablarme así…

—Sí —dijo entre dientes, interrumpiéndola—. En serio quiero que te calles y traigas tu culo aquí. —Intentó moverse, pero hizo una mueca cuando se intensificó el dolor en su pierna, y decidió levantar el brazo—. Solo ven aquí —dijo, haciendo un gesto con la mano—. Cállate y ven aquí.

Siguió una larga pausa, y luego ella dijo—: Debería vestirme.

—¡No! —gritó, sintiéndose cada vez más frustrado con ella y el hecho de que no podía salir de la maldita cama para ir a buscarla él mismo—. ¡Ven aquí, maldita sea!



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

Su caminar fue lento, pero al final ella puso un pie delante del otro. Él esperó con su brazo extendido mientras ella se le acercaba a paso de tortuga, tratando de mantener la paciencia a pesar de que sentía todo lo contrario.

Se detuvo en el borde de la cama, con el rostro todavía sonrojado de tanto llorar mientras agarraba la toalla contra su pecho. Le deslizó la vista de arriba abajo por su cuerpo, luego, a través de la cama e incluso más allá, hacia la ventana, mirando a cualquier lugar, menos directamente a él.

Dándose cuenta de lo que sucedía, que Dorothy estaba siendo su peor enemigo, él lanzó un profundo suspiro y dejó su brazo en el colchón.

—Mujer —dijo en voz baja—, deja de pensar tanto, maldita sea.

Ella levantó su mirada, encontrándose con la suya, y se miraron el uno al otro, sus ojos verdes llenos de lágrimas, su cuerpo sufriendo con la necesidad de traerla cerca para sentirla contra él.

Y también con la necesidad de orinar. Cristo, tenía que orinar. Gran sincronización. Había esperado veinte años para que ella reconociera que sentía algo por él, y casi ocho solo para tener la oportunidad de tocarla de nuevo, y no iba a permitir que una función corporal inoportuna jodiera todo eso.

—Pensé que iba a perderte —susurró ella entre lágrimas—. Creí que nunca volvería a tener otra oportunidad.

—Creí que a estas alturas ya te habrías dado cuenta de esta mierda —dijo—, que mientras me encuentre respirando, no voy a ninguna parte.

—Sé que estabas allí… por Christopher —dijo, con voz pequeña e insegura.

—Por los dos —la corrigió, bajando la mirada al collar—. Siempre he estado allí para ustedes dos.

Aún agarrando la toalla con una mano, levantó la otra y agarró el pequeño dije que colgaba de su cuello.

Al recordar los intentos de Christopher para tratar de convencerlo de que lo que ella quería para navidad era una nueva consola de videojuegos, Hawk casi sonrió. Casi. Pero conociendo a Dorothy, malinterpretaría su sonrisa por algo completamente diferente

—Metí la pata —dijo, sacudiendo la cabeza—. Me asusté y tomé la decisión equivocada. Nunca olvidaré la manera en que me mirabas esa noche… cómo si te hubiese traicionado.

—Yo metí la pata —espetó él, enojándose por su auto-desprecio, lo único sobre ella que no había extrañado—. Yo, Dorothy, métete eso en tu terca cabeza. Tomé algo que no era mío y esperaba… ¡Ay, mierda!



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

Apretó los puños y su respiración se volvió pesada. —No sé lo que esperaba —dijo entre dientes—. Pero ya no importa nada de esa mierda. Dijiste que me amabas, sabes que te amo, así que no estoy viendo cuál es el problema y por qué no vienes aquí para que pueda tocarte.

Más lágrimas —*maldita sean sus interminables lágrimas*—, llenaron sus ojos y se desbordaron.

—¿Todavía me amas? —susurró.

Jesucristo, esa mujer, esa tonta y jodida mujer…

—Dorothy —dijo—, sí, te amo, maldita sea. Creí que no hacía falta decirlo. Supuse que ya lo sabías.

Una vez más, ella apartó la mirada, y él supo que hacía lo que mejor sabía hacer. Pensaba demasiado en todo, y tenía una conversación interna sobre cualquier cosa que pudiera potencialmente servir para hacerla feliz.

—Ha pasado tanto tiempo —dijo con un suspiro tembloroso—, ya ni siquiera nos conocemos.

Quería reírse de ella, tal vez golpearla varias veces, o agarrarla por el pie, colgarla bocabajo y sacudirla hasta sacarle esa maldita desconfianza. En cambio, amoldó su expresión, manteniendo esa fachada de calma que Dorothy siempre necesitó de él cuando se alteraba emocionalmente.

—¿Qué hay que saber? —dijo con un despreocupado encogimiento de hombros que hizo que cada centímetro de piel arruinada, músculo de los brazos lesionado y el pecho estallara de dolor—. Mi nombre es James Alexander Young. Nací y crecí en Nueva York. Era…

Dejó de hablar al instante en que ella comenzó a sonreír.

—Pero ese no eres tú —dijo en voz baja—, no realmente.

—Ven aquí —dijo él, doblando el dedo y por una vez, le sorprendió que lo escuchara. Utilizando su mano para mantener el equilibrio, ella se inclinó a un lado de la cama. Aun así, quedó demasiado lejos, forzándolo a inclinarse a un costado, lo que le produjo impías cantidades de dolor. Y sin embargo, persistió, manteniendo su lucha silenciosa mientras se esforzaba por llevar su cuerpo hacia ella. Cuando sus cabezas casi se tocaron, él se acercó y deslizó la mano sobre la suave piel de su mejilla y en su cabello.

—Luca Polachev murió hace demasiado tiempo —dijo—. Soy James Young, miembro de los Jinetes del Infierno, uno de los chicos de Deuce, y el orgulloso padre de Christopher Kelley. Eso es lo que soy ahora, y esas son las únicas partes que importan.

Apoyando la mejilla en su mano, ella le dio una de sus sonrisas dulces, la misma que le había atraído al principio. Le había hecho querer tomar toda esa inocencia, esa bondad inherente que estaba en Dorothy, y hacerla suya.



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

—Necesitas un baño —susurró, arrugando la nariz.

—Sí —murmuró. Necesitaba un baño, un corte de cabello y afeitarte, así como cepillarse los dientes unas docenas de veces. Tal vez le vendría bien una nueva pierna mientras tanto, pero sobre todo lo que necesitaba más, era mear.

Pero antes de que nada de eso sucediera, antes de que ella pudiera decir otra maldita palabra, se inclinó tanto como fue posible sin gritar de dolor, y acortó el centímetro restante entre ellos.

—¿Sabes lo que siempre lamenté? —susurró—. Que nunca te puse en la parte trasera de mi moto. Solos tú y yo, en el sol. Sin escondernos más, maldita sea.

Dorothy solo tuvo el tiempo suficiente para tomar una pequeña y sorprendida bocanada de aire.

Entonces Hawk, a pesar de sentir como si cualquier cosa de lo que dijera o hiciera podría potencialmente romper la tenue conexión entre ellos, decidió, mandarlo a la mierda, y la besó. Porque cuando se trataba de Dorothy, supuso que no tenía nada que perder.

Por primera vez en casi ocho largos años, besó a su mujer.

Ella se estremeció y sus labios temblaban, pero no se apartó ni trató de detenerlo. Y él no perdió el tiempo, ya no iba a perder más tiempo, no en un mundo en el que no había garantías.

Ambos titubearon un poco al principio, sin estar acostumbrados al otro. Pero algo encajó entre ellos, y su entusiasmo por el otro comenzó a reemplazar cualquier incomodidad. El cuerpo de ella se suavizó al instante y se inclinó hacia delante, para fundirse contra el cuerpo de él. Una mano encontró su pecho, la otra alcanzó su cabello, acariciándolo para luego agarrar su nuca.

Y entonces, como si no hubiera pasado el tiempo, como si nada se hubiera interpuesto entre ellos, como si no hubiese habido tragedias que los alejaron, ella lo besó con fervor, tocándolo con manos seguras, y él la agarró con fuerza, su boca y cuerpo volvieron a sentirse tan natural, como una vez lo fueron.

***

Con cuidado, puse una manta sobre el torso de Hawk, arropándolo hasta debajo de su barbilla. Se agitó en su sueño, murmuró algo incoherente, y después roncaba de nuevo. Mirándolo por encima, hice una mueca. Aún le quedaba mucho por sanar. No podía pasar más de una o



Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

dos horas sin necesidad de más medicamentos para el dolor, y todavía no podía usar el baño por su cuenta.

Pero estaba en casa, a salvo, y era mío.

Mío.

Y esta vez estaba decidida a no joder las cosas.



Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

13

Traducido por Anita_mnl3012

Corregido por -Valeriia

Jase no tenía ni puta idea de cómo había terminado aquí.

En realidad, eso no era del todo cierto. Él sabía exactamente el cómo pero no tenía muy claro el porqué.

O cuánto tiempo pasó desde que abandonó la casa club, ni siquiera qué día era.

Pero estaba en Wyoming, su ciudad natal, estacionado frente a su casa de la infancia, tratando de recordar la última vez que estuvo aquí. Entonces recordó... No había estado en casa desde que Chrissy fue a juicio y, estuvo demasiado liado para cuidar de las niñas. Después de eso, ellas habían pasado entre las casas de los padres de Chrissy y los suyos por un tiempo, hasta que por fin pudo recomponer su mierda, al menos en su mayor parte.

Pero para entonces ya era demasiado tarde, y él les había fallado.

Avergonzado de sí mismo por los chismes que el tiroteo arrojó sobre sus padres en su propia ciudad, y ya que no quería empeorar la situación para ellos, no había estado en casa desde entonces.

Y ahora, por alguna razón, regresó, y no tenía ni idea de qué hacer al respecto.

¿Ir a la puerta? ¿Anunciarse a sí mismo? Sí, eso iría muy bien.

Hola, mamá y papá, ¿cómo estuvo su navidad? Seguro que te alegras de ver al hijo que los ha decepcionado tanto, y arruinado la vida de sus nietos. Espero que no les importe el hedor a vómito y bebida que llevo encima.

¿O alejarse en el coche? ¿Regresar a Montana y dejar las cosas como están?

¿Volver a qué exactamente? ¿El club que se compadeció de él? ¿La mujer que se había despedido oficialmente?

Y maldición, había dolido demasiado.

Como sea. Necesitaba un trago, algo para aclarar su cabeza, y luego decidiría qué diablos iba a hacer. Inclinándose, tomó la botella de licor que



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

había caído del asiento del pasajero, cuando un golpe en la ventana del lado del conductor lo hizo ponerse en posición vertical.

Mierda.

Walter Brady había envejecido tan bien como todos esperaban. Un vaquero de principio a fin, su estatura musculosa podría atribuírsele al prolífico jinete de rodeo que fue una vez, pero el vientre rechoncho que había desarrollado en los últimos años era el resultado del trabajo de la fábrica luego de retirarse del rodeo, y la excelente cocina de su esposa. El aumento de las canas en la cabeza, las muchas líneas en su rostro, y sus rasgos caídos daban la impresión de que no había tenido una vida fácil, pero cualquiera que lo conociera, sabría que, si bien a veces pudo haber sido complicado, fue una satisfactoria. A los veinte años, en la cima de su carrera, Walter se casó con Doreen Davies —una groupie de rodeo que estaba enamorada de él—, y no debido a un embarazo no planeado, sino porque él la había amado. Después de una lesión en la espalda que puso fin a su carrera, juntos trabajaron duro para hacer una nueva vida para sí mismos, y una casa de la que podían estar orgullosos.

Llenaron ese hogar con tres hijos, dos hijas, el olor de las comidas caseras y el sonido de la risa. Y en su mayor parte, sus hijos los hicieron orgullosos ya que todos se ganaban la vida honradamente, se casaron y llenaron las casas cercanas con sus propios hijos.

Todos menos uno. Él. Justo en el medio de los hermanos, Jase había acabado con todas las expectativas de sus padres, y luego también lo hizo con algunas propias solo para poder sumar un par de fracasos más en su lista épica.

Tomando una respiración profunda, bajó la ventanilla. —Papá —dijo, asintiendo al hombre.

El ceño fruncido de su padre permaneció en su lugar mientras él lo miraba desde arriba. —¿Tienes el hábito de estacionar en el césped de la gente?

Sorprendido, Jase miró a través del parabrisas, a continuación, por la ventana del lado del pasajero, notando por primera vez que en realidad le había errado al camino de entrada. Por fortuna, en su ciudad natal, su vecino más cercano se encontraba a un par de kilómetros por la carretera, y nadie, más que sus padres le habían visto hacer el ridículo. No es que nadie se sorprendiera por ello.

Sintiéndose como una adolescente descubierto con los pantalones abajo, volvió tímidamente la cara hacia su padre. —Sí —murmuró—. Yo, uh, lo siento. La nieve lo tapó un poco. Yo no… uh.

—Ven acá —dijo Walter, interrumpiéndolo—. No necesitas empeorar esto.



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

—Tal vez debería irme —murmuró.

—¿Irte a donde? —exigió Walter—. Estás completamente borracho. No irás a ninguna parte hasta que comas y duermas un poco.

—No quiero molestar a mamá —susurró, una vez más, sintiéndose como un niño errante.

—Muy tarde para eso. ¿Quién te parece que me despertó para venir a buscarte? —Estirándose a través de la ventana abierta, su padre abrió la cerradura, luego abrió la puerta y se metió, obligando a Jase a moverse—. Jesús, Jason, ¿algo murió aquí? —Su padre, con la cara arrugada por el asco, miró la cabina del camión, hasta detenerse en el regazo de Jase y el vómito que cubría sus pantalones.

Jase pensó momentáneamente en cubrir la mancha antes de que su padre pudiera verla, pero ¿cuál era el sentido? El daño ya estaba hecho. No solo había estacionado en el jardín delantero de sus padres, sino que su padre lo conocía muy bien. El viejo siempre lo había conocido. Walter Brady era infame por decirles las verdades desagradables a las personas y restregárselas en sus rostros.

Y como Jase sabía eso mejor que la mayoría, tenía que preguntarse otra vez… ¿por qué diablos se encontraba aquí?

Maldiciendo y negando con la cabeza, su padre puso el camión en marcha y comenzó a realizar maniobras para regresar a la calle. Una vez que el camión quedó estacionado en la calzada, bien oculto detrás del Sedán de cuatro puertas de su madre y al lado de la camioneta de su padre, Jase lo miró, sin saber qué hacer a continuación.

—Mejor entra a la maldita casa antes de que se enfríe la comida que está cocinando. —Su padre hizo un gesto con impaciencia hacia la casa, antes de guardarse las llaves y salir del camión. Cuando Jase tuvo que hacerlo, preguntándose de nuevo si venir aquí había sido un error, su padre comenzó a golpear inútilmente en la ventana del lado del pasajero—. ¡No hagas que te lo diga dos veces, hijo!

Con un profundo suspiro, Jase abrió la puerta. El vértigo lo golpeó con fuerza cuando trató de pararse, y se habría caído de culo si su padre no lo hubiese sujetado de la cintura y vuelto a poner en posición vertical. Avergonzado, maldijo y se salió del agarre, enviando su puño a la puerta de la camioneta. Se abolló el metal por el impacto, y demasiado tarde se dio cuenta de que no era su camioneta, sino de Cage.

—¡Mierda! —gritó, agarrándose el puño palpitante.

—¡Ya basta! —Agarrándolo por los brazos, su padre lo jaló hacia atrás, metiéndolo rápidamente a su lado antes de que pudiera tropezar de nuevo. Manteniendo un brazo alrededor de la cintura de Jase, les dirigió a



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

la puerta—. Podría ser peor, hijo —murmuró mientras lo guiaba hasta los escalones del pórtico—. Recuerda que siempre puede ser peor.

—No es posible —dijo Jase arrastrando las palabras, y sintiéndose de repente mucho más borracho que hace instantes—. Lo jodí todo, con todo el mundo. Hice un maldito desastre.

—No maldigas delante de tu mamá.

La puerta se abrió justo cuando la alcanzaron y de pie detrás de la mosquitera, estaba la madre de Jase. A diferencia de Walter, Doreen había envejecido con gracia. Su largo pelo gris y blanco seguía espeso con rizos, sus delicados rasgos permanecían intactos a pesar de las muchas arrugas que se habían establecido en los últimos años. Y sus ojos, su característica favorita en su cara amable, seguían siendo tan grandes y tan azules como siempre.

—El retorno del hijo pródigo —anunció Walter rotundamente.

La expresión de ella era una mezcla de alegría y tristeza, sus ojos se humedecieron aunque trataba de sonreír. —Jason —dijo entre lágrimas, al tiempo que abría la mosquitera de la puerta y sus brazos.

—Está cubierto con su propio desastre —se quejó Walter.

—No me importa —le espetó—, es mi hijo.

Su padre tuvo que ayudarlo a dar el paso que faltaba, y entonces él estuvo en el hogar; los olores de la casa lo envolvieron como los brazos de su madre. Jase no pudo evitarlo, y se vino abajo, porque al parecer eso era todo lo que hacía ahora: lloraba. Todo el maldito tiempo.

—Shhh —dijo ella, silenciándolo mientras le frotaba la espalda—. No hay nada tan malo que no podamos arreglarlo, ¿me oyes? No hay nada malo que no se puede arreglar.

Él no le creyó, pero no le importaba el consuelo.

Guiándolo a la banca en el pasillo, ella le ayudó a sentarse antes de ponerse de rodillas y comenzar a quitarle las botas.

—No, mamá —dijo, inclinándose solo para volver a como estaba.

—Dame ese chaleco —dijo Walter, ya sacándolo de sus hombros—. Abriga demasiado.

Apunto de colocarlo en el perchero, su padre se volvió hacia él, con las cejas levantadas. —¿Deuce sabe que estás aquí?

Jase negó con la cabeza. De hecho, nadie sabía porque no tenía idea de dónde quedó su celular. Tal vez en su habitación en el club dónde lo había visto la última vez. Por lo mucho que le sirvió allí. Solo se podía imaginar la cara de Deuce cuando tratara de llamarlo y encontrara su teléfono en la habitación.



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

—Muy bien, entonces. Lo llamaré mientras tu mamá hace lo que sea que esté haciendo.

—No se lo digas todo —le pidió Jase.

—No lo haré —le gritó en respuesta—. Pero Deuce es un hombre inteligente, estoy bastante seguro que será capaz de llenar los espacios en blanco.

Jase se hundió en el banco, sintiendo que otra ola de inutilidad se deslizaba a través de él.

—¿Jason?

—¿Hmm?

—Jason, mírame.

Con su energía menguando rápidamente, Jase había utilizado hasta el último gramo de ella para enderezar el cuello y mirar a su madre. —Eres un Brady, ¿no es así?

Oh, que lo follen por el culo con un maldito tenedor; era el discurso de la familia Brady.

—Sí, mamá —murmuró—, soy un Brady.

—¿Y qué hacen los Brady?

—¿Beben cerveza, hacen barbacoa, y rodeos?

—Jason… —El tono de su madre era de advertencia, y Jase luchó contra el impulso de rodar los ojos.

—Los Brady se aman —espetó ella—. Muestran respeto por el otro. Trabajan duro, son honestos, y hacen su mejor esfuerzo.

—Mamá —dijo—, he fallado a todo eso en un momento u otro, y con algunos, más de una vez.

—Lo último —continuó sin hacerle caso—. ¿Cuál es, Jason?

Tragando el nudo que se le formó rápidamente en la garganta, miró por el pasillo hasta donde podía ver a su padre hablando con el viejo teléfono de disco. No podía oír lo que decía, pero podía imaginarse lo que le explicaba Deuce. La idea de ellos intercambiando historias le provocaba escalofríos. Se volvió hacia su madre. —Los Brady nos perdonamos unos a otros.

Sonriendo, ella le dio una palmadita en la rodilla, terminó de tirar de su bota, y luego se puso a trabajar en la otra.

—Las chicas no me van a perdonar —susurró.

Su madre ni siquiera se molestó en levantar la mirada. —Sí lo harán —dijo ella—, son Brady. Y ¿Jason?



Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

—¿Sí?

—No te atrevas a volver a maldecir en mi casa.



Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

14

Traducido por Alex Phai & Prim

Corregido por GypsyPochi

—Detalles —susurró Eva, inclinándose sobre el mostrador de la cocina—. Los quiero.

Habían pasado casi dos semanas desde mi llegada a Miles City, y la primera vez que regresaba a la casa club desde que Hawk había sido traído a casa. Esta mañana me había despertado con Tegen y Cage y sus peleas habituales. Incapaz de soportar un segundo más de lo mismo, me duché y me vestí con rapidez, luego me aseguré de que Hawk estuviera cómodo, y fui rápidamente a la casa club.

Al principio me alegré de encontrar a Eva dando vueltas y, siempre feliz de pasar tiempo con ella, me ofrecí a hacernos el almuerzo. Hasta que ella había empezado a acosarme para obtener información.

Ahora, solo estaba molesta. A diferencia de Kami, no divulgaba con facilidad los detalles de mi vida romántica, ni siquiera a la mujer a la que consideraba mi mejor amiga.

Tratando desesperadamente de no ruborizarme, fingí interés en la ensalada que preparaba para seguir ignorándola.

—Joder, Dorothy, tienes que darme algo. Tienes a ese grande y sexy hombre en la cama, y yo sé que se han besado. Cage lo dijo.

—¿Qué? —grité, golpeando el mostrador con la cuchara de madera en mi mano—. ¿Él me ha estado espiando?

Eva se puso de pie de un salto e hizo un extraño baile de celebración que consistía en sacudir el trasero y agitar los brazos en el aire. Parecía incómodo y francamente horrible, y yo hice una nota mental para decirle que nunca jamás volviera a hacerlo.

—¡Lo sabía! —gritó, sin dejar de bailar—. ¡Lo sabía!

—¡Me has engañado!

Sonriendo, se encogió de hombros, y yo suspiré derrotada.

—Bien —le dije en breve—. Nosotros… nos besamos. Eso es todo.

—Oh Dios mío —susurró dramáticamente—. Dorothy, ¿qué voy a hacer contigo? ¿A través de quien voy a vivir? Kami no está teniendo sexo y tú tampoco, y mi vida se compone de un niño irritable, una niña de doce



Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

años que cree tener veintiséis, y un marido que toma medicamentos para el corazón.

—Únete al club —le dije y suspiré de nuevo—. Mi vida por lo general consiste en un niño de siete años que quiere ser ciclista o un guerrero profesional con pistola de pintura. Pero últimamente ha estado llena de mi hija y su marido que pelean más de lo que no lo hacen, y honestamente, no sé por qué Tegen no solo consigue un trabajo en el periódico local en vez de luchar con la industria editorial. No sé cuánto tiempo más podré soportar estar en la misma casa con ellos. Se supone que Hawk debe estar curándose, pero no sé cuánto puede hacerlo en una casa tan inestable.

Mi hija era una luchadora; no había duda. Guerrera y efusiva sería decir poco. Tegen llevaba la obstinación a un nivel completamente nuevo, y pelearía hasta el fin sin importar si llevaba razón o no. Hubo momentos en que me quedaba perpleja por la interacción entre Cage y ella. Siempre peleando, ya sea gritando o negándose a hablar entre sí, sin embargo, al mismo tiempo parecían ser un equilibrio mutuo. Era una dinámica rara, pero al parecer funcionaba.

Sin embargo tenía que darle crédito a Cage. Cualquiera que pudiera aguantar los arrebatos regulares de Tegen y su habitual comportamiento grosero, o la amaba con fiereza o era un masoquista. Conociendo a Cage tan bien como lo conozco, yo no tenía dudas de que era lo primero. Pero a pesar de saber esto no significaba que quería dar testimonio de su manera única de mostrar su amor por el otro.

En cuanto a Hawk y yo, no había mucha privacidad... así que, no hacíamos nada.

Cerré los ojos y tomé una respiración profunda que no hizo nada para calmar mis nervios tensos. No estaba acostumbrada a esto... a esta... alteración constante. Había tenido una vida tranquila y predecible en San Francisco y ahora que regresé a Miles City, era todo menos tranquila.

—Y Hawk —añadió Eva—. Ahora tu vida también consiste en Hawk.

—¿Cuando no fue así? —bromeé.

—Doooooorthy... —Eva arrastró mi nombre deliberadamente en un gemido infantil.

—Evvvvvvaaaaaa... —dije, imitándola.

—Doooooorthy... —repitió.

—Bien —espeté, soltando la cuchara. Chocó contra el mostrador al tiempo que yo la fulminé con la mirada—. La verdad es que no he tenido sexo desde que estaba con Jase, a mediados del embarazo. Y para ser sincera, ¡estoy aterrada!

Para mi sorpresa, Eva no parecía ni un poco sorprendida por mi revelación, en vez de eso lucía un poco engreída, como si hubiera esperado



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

esta respuesta de mi parte. Yo no sabía si sentirme herida porque ella me había engañado una vez más, o eufórica porque me conocía lo bastante bien y se preocupaba por mí en la medida en que se había tomado el tiempo para conocerme de verdad. Para ver más allá de las paredes que había construido a mi alrededor.

—¿Sabes lo que necesitas? —preguntó. Colocando los codos sobre el mostrador, Eva apoyó la barbilla en las palmas de las manos y me miró con una expresión seria.

Negué con la cabeza. *¿Alguna vez había sabido lo que necesitaba?* Me burlé internamente. No, ciertamente no.

—¿Qué? —pregunté vacilante, insegura de si realmente quería saber lo que Eva tenía reservado para mí.

—Un coño salvaje —dijo Eva solemnemente.

Arqueé una ceja. —¿Discúlpame?

—Un coño salvaje —repitió Eva—. Debes tomar el control. Olvídate de todo lo demás, el pasado, tus temores, olvídate de todo, excepto Hawk y tú y lo que quieren. Pero sobre todo, lo que quieres hacer con él —terminó con una sonrisa maliciosa.

—No tengo un coño… salvaje —dije, trastabillando con la última palabra y sintiendo el calor en mi cara. Desesperadamente, intenté buscar una palabra que describiera de forma adecuada exactamente lo que yo era, y quedé con las manos vacías—. Yo tengo… un coño polvoriento —terminé con un suspiro, sintiéndome ridícula.

La expresión de Eva se relajó mientras ella me daba una mirada de consternación exagerada. —Tienes cuarenta años, Dorothy, ¡no estás muerta! Así que ve a casa, echa a tu hija, ve arriba, desnúdate, ¡y jode a tu hombre!

—¡Apenas puede caminar! —le susurré.

—¡Él no necesita su pierna para esto! —dijo entre dientes.

—Va a necesitar su tercera pierna —intervino una nueva voz.

Eva y yo levantamos la mirada para encontrar a Christina, la novia cubierta de tatuajes de Bucket, atravesando las puertas de vaivén de la cocina. Usando solo un sujetador negro, una tanga a juego, y un par de tacones de aguja de color rojo sangre, anduvo pesadamente sobre el linóleo antes desplomarse en la silla más cercana.

Christina parecía más demacrada de lo que jamás la había visto; su largo cabello negro enredado y su maquillaje oscuro manchado alrededor de sus ojos le daban una apariencia de mapache, y su lápiz labial rojo se veía como si hubiera sido frotado con fuerza desde su boca a la mejilla.



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

Levanté una ceja en dirección de Eva que, rodando los ojos, sacudió la cabeza.

—¿De quién es esta tercera pierna de la que hablamos? —preguntó Christina.

—De Hawk —contestó Eva, y me dedicó una sonrisa que regresé con un gruñido silencioso.

—Oh —dijo Christina, sonando aburrida—. Solo engancha esa silla y móntalo, chica.

—Ves —dijo Eva con elegancia—, te lo dije.

—No es tan fácil —protesté.

—¿Por qué diablos no? —exclamó Christina—. Digo, no es como si no lo hubieras hecho antes. En serio, D, ¿cuánto tiempo has estado haciéndolo a espaldas de Jase? ¿Cinco, diez años? ¿Todo el maldito tiempo?

Abrí la boca. Había olvidado lo vulgar que podía ser Christina. Ella no tenía filtro ni reservas, y siempre se había parecido más a los chicos que a cualquier otra mujer relacionada con el club. De hecho, se parecía mucho a mi propia hija, aparte del hecho de que Tegen no sería atrapada ni muerta desfilando por la casa club en ropa interior de encaje y tacones altos.

En realidad, cuanto más lo pensaba, más me daba cuenta de que la mayoría de las mujeres relacionadas con el club eran muy parecidas a Christina. Con la excepción de unas pocas, todas eran mujeres duras con personalidades de guerreras, lo bastante fuertes como para aguantar la clase de hombres que se formaban parte de la tripulación de Deuce.

¿Cómo diablos había terminado yo aquí?

Aunque pude haber estado engañando a mi marido con un hombre casado, y más tarde, involucrarme en una relación sexual a espaldas de mi amante, de acuerdo a los estándares del club, yo era excepcionalmente dócil. Una gacela arrojada a un pozo de leones que se las había ingeniado para sobrevivir.

No necesariamente ilesa, pero no obstante, sobreviví. A veces la vida lanzaba algunos problemas interesantes.

—¿Qué estás pensando en ese cerebro loco, Dorothy?

Alejando mis pensamientos, miré a Eva, y me encogí de hombros. —Solo... ya sabes, cómo demonios terminé aquí.

Sonrió, una de sus grandes y cálidas sonrisas que te hacían sentir como si supiera cosas que otros no. odiaban y amaba eso de ella, la forma en que podría iluminar una habitación con solo una simple palabra o una sonrisa.



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

—Terminaste aquí —dijo—, porque es el lugar al que perteneces. Tal vez no siempre es bonita, de hecho, a veces la vida puede ser francamente fea, pero todo pasa por una razón, Dorothy. Todo.

Sus palabras fueron casi idénticas a las de Hawk, y algo que le dije una vez a Tegen para calmar sus nervios. A pesar de que nunca había sido una gran creyente de la suerte o el destino, no podía dejar de pensar que tal vez había algo de verdad al respecto. Incluso Hawk había admitido que cometió errores.

Sin embargo... tal vez nuestros errores fueron lo que nos llevaron a donde teníamos que estar todo este tiempo. ¿Era posible que sin nuestros errores, nos hubiéramos convertido en las personas que debíamos ser? Y si no hubiéramos elegido tales cosas, ¿qué habría sido de nosotros?

¿Habríamos terminado en el mismo lugar?

Oh Dios, me empezaba a doler la cabeza. Esta línea de pensamiento me recordó una gran parte de mi infancia, cuando mis padres habían tratado de inculcarme la religión y yo luchaba con uñas y dientes contra ello. Quizá era una gran romántica, pero cuando se trataba de la fe ciega, siempre había necesitado prueba, algo que nunca me pudieron dar.

Pero tal vez el amor se parece mucho a la fe ciega en lo desconocido. Y tal vez por eso me había resultado tan difícil soltar lo que yo conocía, en lugar de avanzar hacia lo que quería realmente.

—¿Son dos tontas enamoradas que están tratando de meterse en la mente de sus hombres? —espetó Christina de repente—. Las dos me están causando nauseas.

—Me parece que el consumo excesivo de alcohol es lo que te está causando nauseas —dijo Eva secamente.

—Hablando de lo que me causa nauseas —continuó, dándole a Eva una mirada mordaz—. Una de ustedes tiene que echar a esa perrita de Cox antes de que aparezca Kami y vea la mierda que ha estado haciendo su hombre.

Arrugué la frente. —¿Qué tiene que ver la relación de Cox y Kami con que sientas nauseas?

—Sí —añadió Eva—. ¿Y desde cuándo te importa lo que hacen los chicos?

—Desde que ocurrió esto —dijo, levantándonos el dedo medio. Nos inclinamos hacia adelante para ver mejor. En su dedo había un diamante extravagante.

—¡Felicidades! —exclamó Eva con un salto y un aplauso—. ¿Cuándo sucedió?



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

—Anoche —dijo ella con suavidad—. La maldita cosa no encaja en el dedo correcto.

Bueno, eso explicaba la caminata de la vergüenza. Debieron haber tenido una noche muy festiva. Y conociendo a Bucket tan bien como lo conocía, en general las celebraciones consistían en un harén de mujeres con Christina gritando órdenes.

—Es fácil ajustarle el tamaño —sugerí.

Ella rodó los ojos. —Es un dolor en el culo. Pero volviendo a lo que decía. No me gusta que estas pequeñas perras olfateen el club en busca de nuestros hombres. Le dije a Bucket que no quiero más chicas ahora que estamos comprometidos.

Parecía tan feliz, bueno, tanto como podía parecer Christina; que yo no tenía el corazón para decirle que nadie buscaba a Bucket. Su aspecto demacrado y su falta de limpieza significaban que todas sus chicas eran usualmente compradas. Sucio, otro miembro del club, era de la misma manera antes de que su novia, Ellie, le hubiera inspirado un cambio de imagen, y junto a él, Bucket y Freebird eran de los tres hombres más desagradables que he conocido. Desalineados, despeinados, generalmente sucios, y siempre hacían o decían algo absolutamente repugnante.

—Esa chica no para de decirle a Cox que la lleve a cenar, y vaya a su casa a conocer a sus padres. En serio, D, ve a ver esta mierda. Ella está encima de él como una maldita perra en celo, y estoy a punto de ir a abofetearla. Ahora soy una mujer legítima, y si alguna vez la sorprendo olfateando a mi hombre... —Parando, Christina frunció los labios cubiertos de lápiz labial y movió una uña roja en el aire—. No. Simplemente no. Ella tiene que saber cuál es su lugar, y rápido.

—Ugh —murmuró Eva—. No estoy de humor para darles lecciones a las ratas de club con los ojos puestos en el premio.

—¿Pero no es ese tu trabajo? —bromeé—. Dios sabe que no tienes cosas mejores que hacer como ser madre o esposa o...

—¿Cierto? —dijo—. Porque en mi tiempo libre, me encanta enseñarle a las mujeres flojas cómo es el mundo de los clubs, lo que hay que hacer y lo que no cuando se trata de nuestros hombres. Regla número uno: No ligues en frente de la mujer. Regla número dos: No trates de hacerle una mamada en frente de la esposa. Regla número tres: Ni se te ocurra llorar delante de la esposa cuando él te diga que no le hagas una mamada delante de su esposa.

Hubo un tiempo en mi vida cuando la amarga verdad de las palabras de Eva me habría ofendido, tal vez hasta el punto de llorar. Pero yo estaba cualquier cosa menos ofendida; después de todo, dejando la tosquedad de lado, esa era la verdad y yo había vivido esa verdad.



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

—Voy a hablar con ella —dije con un suspiro—. ¿Cómo se llama?

—Lucy —dijo Christina—. Al igual que su vagina. Es por eso que Cox siempre la está follando por el culo. Y hablando de culo, tengo que cagar. —Usando la mesa como apoyo, se levantó de su silla y se tambaleó por un momento antes de recuperar el equilibrio.

—Demasiada información, Christina —murmuré, saliendo rápido de la cocina—. Demasiada, demasiada información.

Encontré a Cox entre los otros chicos: Chip, Gusano y Danny D. Y Lucy estaba justo donde dijo Christina: colgada de Cox.

Al acercarme, noté las similitudes entre Lucy y yo cuando comencé a ir al bar. Era joven, al principio de los veinte, era menor que el promedio y así lucía. Si no tuviera tanto maquillaje encima, si su cabello no estuviera tan dramáticamente cortado, sería una chica sencilla, más bonita. Y ahora se hallaba colgada a un hombre casado con el que no tendría ninguna clase de relación sin el sexo de por medio, mirándolo como si fuera todo lo que siempre quiso, todo lo que deseaba en un hombre, y probablemente así era.

Cox. Todo lo que deseaba en un hombre. Santo Dios, ¿Qué le pasaba a esa chica?

Era tan dolorosamente familiar. Cuanto más me acercaba, sentí algo extraño, un sentimiento de déjà vu, y luego, de golpe, fui deslumbrada por un recuerdo...

***

—¿Qué pasa, pequeña D? —Ripper me recibió con una sonrisa y los brazos abiertos.

A pesar de seguir sintiendo el rechazo de antes, la misma sensación que tenía con Jase cuando se volvió a casa con su esposa, me deslicé en los brazos de Ripper y mi ansiedad comenzó a disminuir. El club y los chicos tenían ese efecto en mí; me hacían sentir cómoda y segura cuando el resto de mi mundo era confusión.

—No pasa nada. —Había dicho, devolviéndole el abrazo. ¿Cómo no lo haría? Era tan increíblemente hermoso. Era joven, con su largo cabello rubio ondeado, su perfecta piel dorada que se amoldaba tensa sobre su cuerpo tan flaco como impresionante.

—¿A mí no me abrazas? —gritó Cox. El compañero en humor y crimen de Ripper, me hizo señas. El hermoso latino, sin camisa, dejando expuesto su cuerpo tatuado y con piercings, movió sus cejas hacia mí.



Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

—De ninguna manera —contesté—. La última vez que te abracé me tocaste el trasero.

La sonrisa de Cox se agrandó. —No me parece justo que solo Jase pueda hacerlo. Fue una simple probada, ¿sí?

Puse los ojos en blanco. —No.

Notando que yo no estaba de humor para ser tocada, Cox bajó los brazos y un ceño fruncido reemplazó su sonrisa.

—Hombre —se quejó golpeando la barra con su puño—, es la segunda vez que me rechazan. Pásame el maldito Jack.

—¿Volvemos a esta mierda? —preguntó Blue. Sentado en su esquina habitual, tomó la botella de licor y la metió en su chaqueta de cuero.

Debajo de su barba blanca, sus arrugados labios se curvaron en una sonrisa y sus ojos medio ciegos brillaron con humor joven.

Nadie sabía la edad de Blue, pero ni siquiera el más grande de los hermanos mayores ha conocido al viejo sin el largo cabello blanco y la barba del mismo color. Pero aparte de su edad, él bebía mucho más de lo que cualquier persona, viejo o joven, tomaba en su vida.

—Maldito viejo codicioso —murmuró Cox—. ¿No ves que estoy deprimido, maldita sea?

Blue levantó una de sus pobladas cejas. —Cállate, idiota. No estás deprimido, solo pones mala cara como un maldito bebé.

Confundida, miré a los tres hombres. —¿Qué pasa? —pregunté.

—¡Nada! —dijo riendo Ripper—. El idiota de aquí sigue molesto porque Kami nos abandonó en el medio de la noche.

Cox se enderezó. —¡Que se joda! —gritó—. ¡QUE SE JODA!

Volví a poner los ojos en blanco. Habían pasado varias semanas desde que Eva Fox, la hija de veintidós años del presidente de Demonios Plateados, apareció de la nada, escoltada por su amiga Kami. Eva, quien tenía historia con Deuce, había ido derecho hacia él, y Kami terminó en la cama durante tres días con Cox y Ripper. Luego las chicas simplemente se fueron en la mitad de la noche. Cox, a quien nunca han abandonado y siempre era él quien que se iba, no lo llevaba muy bien. Y a juzgar por la fiesta salvaje que sucedía actualmente dentro del despacho de Deuce con ruidos fuertes y cosas rompiéndose, acompañados con fuertes gemidos femeninos, Deuce no lo estaba llevando en lo más mínimo.

En realidad, a nadie le había gustado lo que pasó. En el corto tiempo en el que estuvo aquí, disfruté inmensamente de la compañía de Eva. En ningún momento me trató como nada menos que su igual. La mayoría de las familias de los chicos, sus esposas e hijos, me prestaban muy poca atención, sino nada. Para mantener mi relación con Jase en secreto, solo



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

conocida por los chicos y las groupies del club, yo también era etiquetada como groupie, por lo tanto me consideraban una persona no grata. No era la mujer de nadie, así que yo no era nada. Solo una puta.

Estuvo tan bien ser capaz de hablar con otra mujer en el club, una que no estuviera aquí con el único propósito de abrir sus piernas. Eva era respetada por ser la hija de Predicador, e incluso desde esa posición, ella seguía tratándome con dignidad. Solo podía imaginar las diferencias entre los Demonios y los Jinetes. Las putas en el club tal vez le importaban más a Eva que las esposas.

Pero la mayor diferencia que provocó esa chica estuvo en Deuce. En esos tres días, él fue un hombre diferente. Su ceño siempre fruncido se había aflojó, portaba bromas y sonrisas; era feliz. Y cuando Deuce estaba feliz, el club también.

Ahora que Eva se había ido, Deuce lucía infeliz, igual que el resto.

Excepto Ripper. Como de costumbre, a él no le afectaba nada, no le importaba nada en el mundo y se reía maniáticamente ante la expresión amarga de Cox.

—Es una puta engreída y consentida —continuó Cox—. Es porque soy puertorriqueño. Ella es una maldita racista. No siente atracción hacia la piel negra.

—Cálmate de una jodida vez —dijo Ripper—, pareces una pequeña zorra.

—Espera —exclamó Blue—. ¿Me estás diciendo que no eres de México? —El viejo negó con la cabeza—. Todo este tiempo he estado aquí preguntándome de dónde eres.

Los ojos de Cox se ampliaron mientras se preparaba para decir algo, pero una de las dobles puertas de Deuce se abrió, golpeando fuerte contra la pared y cortando cualquier cosa que iba a decir Cox.

Nos volteamos los cuatro, viendo como Deuce entraba furioso a la habitación, con su remera en una mano y los pantalones desabrochados. Miranda, la aventura del momento de Deuce, salió caminando detrás de él. Sentándose en un taburete, ella sacó un paquete de cigarrillos y un encendedor de su amplio escote, luego lo colocó entre sus grandes labios rosados y lo encendió.

Miranda debe ser considerada hermosa para algunos, esas piernas largas y lujosa melena rubia, pero yo la encontraba más inútil que otra cosa. Sin embargo, me guardaba mis sentimientos. No estaba en posición de criticar el gusto de Deuce en las actividades extracurriculares. No cuando la mayoría de las personas me miraban como una actividad extracurricular.



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

—¿Piensan hacer algo hoy, par de imbéciles? —gritó él mientras pasaba por nuestro lado—. ¿O seguirán sentados bebiendo mi jodido alcohol?

Todos nos quedamos en silencio, mirándolo en silencio mientras se paseaba por el lugar. Iba a doblar la esquina cuando se paró de repente y dio media vuelta.

—Hay barbacoa mañana —gritó—, ¿cocinas tu, D?

Al principio, solo pude asentir en respuesta. Con eso, él desapareció.

—Está herido. —Blue apuntó hacia la dirección en la que Deuce se había ido—. La niñita aparece de la nada, y los dos ya tienen una jodida historia. Le dice que lo ama, y le ofrece una probada de lo que él siempre quiso, y luego ¡puf!, ella desaparece.

—¿De qué demoños hablas? —preguntó Cox—. ¿Intentas decirme que Prez está desesperado por una vagina de los Demonios?

—Bromeas, ¿cierto? —resopló Miranda, negando con la cabeza. Al inclinarse sobre la encimera, impulsó sus pechos hacia arriba—. A él no le importa una mierda esa chica.

Ignorándola, Blue miró a Cox. —¿Eres un maldito idiota? Predicador le dijo que si volvía a tocar a Eva, lo mataría. ¿Y qué hace? Él la volvió a tocar. Y otra vez. Yo a eso lo llamo desesperación.

—Entonces, se la folló.

—¿Hola? —exclamó Miranda, sonando molesta—. ¿Hay alguien en casa? Eva solo ha sido una distracción para su polla, solo eso. Nada más.

Blue, luciendo exasperado, miró a Miranda con una de sus sonrisas sin dientes condescendientes. —¿Dices que si Eva Fox trajera su dulce trasero de vuelta al club, Deuce no te botaría como una papa quemada y la llevaría a ella directo a la cama?

Miranda se tensó con una expresión hostil, pero no dijo nada.

Blue se encogió de hombros sin pedir disculpas. —Seré un viejo, no sabré en qué maldito año estamos viviendo, pero sé bien que cuando veo a Deuce y a Eva, veo algo real. Tú eres la distracción, nena. Será mejor que te lo metas en tu maldita cabeza antes de que pierdas el poco cerebro que queda allí.

Me tapé la boca con mi mano en un intento de retener mi risa, pero fue demasiado tarde. Ya todos me habían escuchado.

—¿De qué te ríes? —demandó Miranda; sus fosas nasales dilatadas de ira—. ¡No eres mejor que yo! ¿Quieres hablar de algo real, Dorothy? ¡El matrimonio de Jase y Chrissy lo es!



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

Mi estómago dio un vuelco, haciendo que todas mis inseguridades suban la superficie, y mi sonrisa abandonó mi rostro, yéndose junto mi mano.

Sabía que yo no era como Miranda, no me parecía en nada a ella. Ella no amaba a Deuce; solo lo que podía conseguir por él. Yo amaba a Jase con todo mi corazón. Y me había prometido que pronto abandonaría a su mujer.

Pero… si todo eso era real, ¿por qué un insulto sin sentido de parte de una mujer como Miranda tenía la capacidad de herirme?

Con una sonrisa satisfecha, ella se bajó de su taburete. —Es hora de que conozcas tu lugar aquí —escupió. Girando en sus tacones, se marchó rápidamente de la habitación, saliendo por el mismo pasillo que Deuce.

—No la escuches —gritó Blue—. A ella no le importa nada más que subir rangos en el club. Tú no eres ella, ¿me escuchas, niña? No eres como ella. Reconozco a una persona cuando la veo, y nunca te he visto de otra manera.

—Sí, que se joda, D. —Ripper me lanzó otra mirada amistosa—. No sabe de lo que habla.

—Sí, que se jodan todos —se quejó Cox—. Sobre todo Kami. Perra estúpida.

—Maldición, hombre, ¿de verdad te gusta esa estirada, buena para nada, pero con un increíble trasero neoyorquino?

Cox lo miró. —¿Me dirás que a ti no?

Ripper se encogió de hombros. —Kami es una maldita fiesta. Las perras como ellas no sirven para mucho más. Además, era demasiado flaca. Hay que agarrar algo, ¿no? Absolutamente nada. Esa perra no valía nada.

—¿Entonces por qué diablos la compartí contigo, tonto?

Ripper lucía insultado. —Hermano, nunca dejaría pasar a una chica que ofrece fiestas gratis.

—Jódete y muere.

—Tú primero, estúpido.

Mientras esos dos seguían con sus insultos e innecesarias riñas, se me formó una nueva sonrisa y comencé a relajarme. Si alguien me hacía olvidar mis problemas, eran los chicos. Sobre todo estos dos payasos.

—¿Por qué no se joden y mueren ambos, y me dejan terminar de beber en paz? —gritó Blue.

—¿Es eso posible? —preguntó Cox—. Quiero decir, hombre, ¿alguna vez terminarás de beber?



Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

Después de todo, luego de un día de tomar mucho y sentir pena de mí misma, terminé ebria y sola en el bar. Cuando comenzaba a pensar en irme con Jase, una figura apareció de las sombras.

—No hay diversión en tomar solo.

—¡Hawk! —exclamé, posando una mano en mi pecho—. ¡Me has asustado!

Con el rostro inexpresivo, siguió su recorrido en el bar. Deslizándose en el taburete vacío a mi lado, él hizo una seña hacia las botellas en la encimera.

—Quiero dos de lo que sea que estés tomando.

Y luego sonrió.

Fue la primera vez que lo vi sonreír.

***

—¿Qué pasa, pequeña D? —gritó Cox, devolviéndome al presente—. ¿Necesitas un trago, cariño?

Sonreí y negué con la cabeza. —Solo necesito robarte a Lucy por un segundo.

La cabeza de ella se despegó del cuello de Cox; sus labios hinchados del apasionante beso. Me miró con confusión.

—¿A mí? ¿Por qué?

Me encogí de hombros. —Solo necesito hablar.

—Ve a hablar —la encorajó Cox, luego, detrás de ella, gesticuló: *gracias, gracias, gracias.*

Mientras Lucy me seguía, enganché su brazo con el mío y la guié afuera. —Quiero contarte una historia —dije con la voz vacía—. Es sobre una joven mujer que se enamoró de un hombre casado, y luego vivió un montón de años de desdicha.

Lucy dejó de caminar, forzándome a parar también a mí. Mirándome con ojos de cachorro, sonrió tristemente. —¿Soy tan obvia? —susurró.

—No —mentí—, lamentablemente tengo experiencia con esas cosas.



Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

15

Traducido por Fany Stgo.

Corregido por LucindaMaddox

Hawk se encontraba reclinando en la cama, leyendo uno de tantos manuscritos de Tegen rechazado por varios editores, que le había obligado a leer, cuando Cage asomó su cabeza por la puerta del cuarto entreabierta.

—Tienes una visita, viejo —dijo, dándole una sonrisa sombría.

Agradecido, Hawk hizo a un lado la gruesa carpeta de páginas impresas. Por lo que sabía era algo de una historia de amor, o al menos, era el intento de Tegen de una historia de amor. En realidad, se trataba de un interminable y lleno de odio lío incoherente de palabras que ella hacía pasar como una historia de amor. Dos horas después, el cerebro de Hawk empezó a sentir como si un juego de pin-pong se estuviera reproduciendo por dentro.

Supuso que de alguna forma reflejaba la mujer que lo escribió, lo que tenía sentido considerando que a menudo pensaba en lo que Tegen podría hacer con una fuerte dosis de medicamentes para calmarse de una vez. Como Cage podía lidiar con eso… sí, Hawk no tenía idea. Si fuera él, se habría largado de la ciudad lo más rápido posible para estar lo más lejos posible de ella.

Pero supuso que no puedes elegir de quien te enamoras. Se había enamorado de una mujer casada, que además tenía un novio. Aunque no pudo evitar sentir que había conseguido un mejor trato que Cage, viendo que la madre era mucho menos volátil que la hija. No es que Dorothy no tuviera sus momentos, y a veces sus arrebatos emocionales lo hacían querer apuñalarse en el ojo, pero Tegen…

Mierda.

Las paredes de esta casa eran delgadas, muy delgadas, obligando a Hawk a escuchar pelea tras pelea. O bien terminaban rompiendo algo o con lo que sonaba como sexo —¿Los animales rabiosos tienen sexo?— y lo dejaba contemplando asfixiarse hasta la muerte con la almohada.

—¿Todavía divirtiéndote?

La puerta de la habitación se abrió, mostrando a Deuce. Echó un vistazo rápido a la habitación antes de entrar. Seguido de Ripper, quien de inmediato cerró la puerta detrás de él. Mientras Deuce cruzó la habitación,



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

el piso crujió pesadamente bajo el sonido de sus pasos con botas; Ripper se mantuvo en la puerta, mirando a cualquier lugar menos a Hawk.

Era la primera vez que veía a uno de sus hermanos que no fuera Cage, desde que trajeron su lamentable culo de los rusos, y Hawk había sentido el aguijón de ese rechazo. Aunque no los culpaba, ¿cómo podría? De cierto modo, mintiendo estos años, los había traicionado a todos. Aun así, tenía la esperanza de que una vez que Deuce les explicara todo, lo perdonarían. Pero a juzgar por la expresión en el rostro de Ripper, ese no era el caso.

Empujando a un lado sus sentimientos sobre el asunto, Hawk volvió la cara a Deuce. Había cosas mucho más importantes que discutir que sus sentimientos heridos.

Había esperado que Deuce apareciera, esperando y temiéndole a la vez. Una parte de él quería que esto diera resultado, pero la otra, quería desesperadamente que las cosas fueran diferentes. Más por Christopher y Dorothy que para él. Porque no le importaba una mierda lo que pasara con él, pero ahora no estaba solo.

Es curioso como el tener un hijo puede cambiar toda tu perspectiva de la vida.

—He estado escuchando a Cage y Tegen joderse entre ellos —dijo Hawk, echando un vistazo nuevamente a Ripper, quién no lo había mirado mucho—. Estoy pensando que tuve más diversión con los rusos.

—Seh —murmuró Deuce, agitando un poco la cabeza—. No entiendo a esos dos, pero de alguna manera ella lo mantiene a raya, enfocado en el juego, y eso es todo lo que malditamente importa. Y hablando del juego —continuó—, vi a D en el club. Dijo que te estabas sintiendo mejor, imaginé que era tiempo de hablar.

—Dos semanas, Prez —dijo Hawk, asegurándose que cada palabra sonara sin emoción, como quiso sentirse—. Sé lo que tengo que hacer. Solo denme dos semanas con ella, es todo lo que estoy pidiendo.

Deuce bajó los brazos y puso la cabeza entre sus manos. Alisando su cabello con los dedos, suspiró pesadamente. —Hermano —comenzó, pero Hawk no lo dejó terminar.

—Prez, por favor —dijo, luchando para sentarse más derecho—. Necesito ver a mi hijo. Necesito pasar tiempo con ellos… antes…

Dándose cuenta que había dejado salir las emociones que trataba de contener en sus palabras y lenguaje corporal, su voz se apagó.

Cuando Deuce no contestó, solo siguió ahí parado, con su vista en el suelo, Hawk dejó escapar un suspiro.

—Haré lo que tenga que hacer —dijo suavemente—. Solo prométeme que los cuidarás. He estado tratando de darle dinero a Dorothy estos años,



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

pero nunca lo usa, solo lo sigue poniendo en una cuenta para Christopher. No quiero que viva de esa manera nunca más, la quiero aquí, cerca de su hija, de ti. La quiero en una maldita casa, su propio lugar, por una vez.

Deuce levantó la cabeza; esos ojos fríos azules mirando hacia Hawk. —No tienes que preocuparte por esa mierda, sabes que siempre cuidamos de los nuestros. Quieres dos semanas, las tienes. Demonios, quieres tres, las tienes. Sé lo que tienes que hacer, y sé que lo harás. No estoy aquí por eso.

Dejó de hablar y tomó una respiración profunda, una que causó que su pecho se elevara y cayera notablemente. Era una extraña muestra de emoción por parte de Prez, una que sorprendió a Hawk. Aparte de la ira, Deuce no dejaba sus sentimientos a la vista para cualquiera. Ninguno de los chicos lo hacía, aparte de Cox, e incluso él los mantenía bajo su disfraz de humor la mayoría de las veces.

—Nunca debí enviarte a Las Vegas —dijo—. Debí ser lo bastante inteligente para darme de lo que te harían. De hecho, me sorprende que no haya pasado antes, y eso es mi culpa. Debí tener más cuidado.

Hawk negó con la cabeza. —No fueron los rusos los que me hicieron esto. Quise decirlo antes, pero sabía que ya tenías que ocuparte de mucha mierda.

Ahora tenía la atención completa de Deuce.

—¿Quién? —gruñó; la expresión en su rostro le dijo a Hawk que ya sabía quién era, pero quería escuchárselo decir.

—ZZ —dijo Hawk—. Fue ZZ quien planeó está mierda. Me disparó, me golpeó hasta el maldito cansancio. Trabaja para Yenny. Pelea para él.

La tensión que tomó el cuarto ante el sonido del nombre de ZZ se hizo más pesada a la vez que pasaron algunos segundos incómodos de silencio. Incluso Ripper, quién estuvo indiferente a Hawk todo este tiempo, levantó la cabeza, con una expresión era una mezcla entre sorpresa y enojo.

—Prez… —continuó Hawk—, antes no estaba tan seguro de que echarlo fuera la mejor manera de solucionarlo, pero… el ya no es ZZ. Ese hombre es frío, hasta la médula, es una puta bomba andante.

Ripper dio un paso adelante mientras Deuce se mantuvo congelado. Pero inclusive en su silencio, el hombre vibraba literalmente lleno de rabia, sus fosas nasales se dilataron mientras se estremecía la piel expuesta de sus hombros y sus músculos se retorcían con furia apenas contenida.

—¿Dijo algo? —preguntó Ripper, y Hawk escuchó sus palabras no dichas. Después de todo, ZZ asumía que Ripper le había robado a Danny. Y ahora estaba casado con ella.



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

—No creo que debas preocuparte por Danny —dijo Hawk—. Él está obsesionado con esa mierda, por lo que pude percibir, pero no es tan estúpido como para venir cerca de Miles City. No con el club y la ley detrás de él.

—Voy a matarlo —dijo Ripper.

Deuce giró la cabeza; las palabras de Ripper rompieron su trance. —Yo voy a matarlo —dijo entre dientes—, ¿me oyes? Yo. Yo lo mataré.

Cada palabra de Deuce fue ferozmente señalada con un veneno que Hawk solo había escuchado dos veces. La primera, cuando Eva fue llevada por su difunto primer esposo, Frankie, y cuando Danny fue secuestrada por Mama V, una conocida asesina a suelda de una de las gangas de Cali con la que Jinetes del Infierno tuvo problemas tiempo atrás.

Pero incluso más sorprendente que la ira que irradiaba Deuce, era Ripper. Sin nunca haber desafiado abiertamente sus órdenes, él miraba a Prez, negándose silenciosamente a renunciar a esta matanza.

—¿Quieres ir corriendo detrás de los malditos rusos? —dijo entre dientes Deuce—. ¿Quieres terminar como carne de tiburón y dejar a mi bebé y mi nieta sin ti? Porque eso es lo que va a pasar si vas, armado, tratando de sacar a un estúpido protegido por uno de los carteles más grandes en el mundo.

—Voy a proteger a mi familia y al club —dijo Ripper—. Me importa un carajo si me tengo que morir haciéndolo.

De una vez todo el coraje de Deuce pareció evaporarse. —Sí, sí, sí —dijo, suspirando mientras se alejaba de Ripper—. Pero no te dejaré, así que cálmate tú solo antes de que yo lo haga por ti.

La cara de Ripper le dio la impresión de que todo se iría a la mierda rápidamente. Para evitar verlo ser golpeado por Deuce, Hawk se aclaró la garganta, ganando la atención de los dos, y se dirigió a Deuce.

—¿Tienes todo en orden con los rusos?

Deuce asintió con energía. —Tengo dos clubes en fila, ávidos para el negocio. Todo lo que puedo hacer ahora es esperar que no estén enojados cuando Yenny se venga abajo, y tomen lo que les ofrecemos.

Hawk no creía que fuera a haber problema. La Bravta podía ser codiciosa, pero al igual que cualquier otra organización criminal, nos les gustaba ir a la guerra. Eso significaba perder cuerpos, lo que llevaba a perder dinero y recursos. Todos los involucrados saldrían perdiendo con la guerra.

—Creo que por primera vez la ley está de nuestro lado —dijo Hawk, sintiendo que el peso de sus palabras caía pesadamente sobre él. Se le apretó el pechó, su respiración se aceleró, y agarró la manta de abajo con tanta fuerza que la suave tela comenzó a rasgarse.



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

Compórtate, se ordenó. *Calma tu mierda.*

Pero no veía como podría. Si funcionaran las acciones de Deuce, una vez que el resto de los chicos se enterara de sus planes y una vez Dorothy supiera lo que él tenía que hacer, las próximas semanas serán un infierno para sus emociones.

Maldita sea, no quería herir a esa mujer, no nuevamente. Había sido herida toda su vida por casi todo el mundo que ha conocido.

—Lo siento —dijo en voz baja Deuce.

Todavía sujetando la manta, Hawk tragó salivo y negó con la cabeza. —No —dijo apretando los dientes—. No hay nada que lamentar. Si no fuera por ti, nunca hubiera llegado hasta aquí. —Miró directamente a los ojos de Deuce—. No hubiera conocido a Dorothy y nunca hubiera tenido a mi hijo. Nunca habría tenido nada valioso.

Deuce estrechó los ojos, y su rostro se contrajo en líneas de enojo. —No lo hice por ti —escupió, sonando de repente tan enojado como lucía—. No lo hice por Cox ni por Ripper. —Se volvió, manteniendo a Ripper con su mirada desafiante antes de volverse a Hawk—. Tampoco lo hice por Sucio, no lo hice por ninguno de ustedes. Recogerlos de las calles, darles un lugar para quedarse, poner comida en sus estómagos y ropas en sus espaldas… hice toda esa puta mierda por mí.

»Hice esa mierda por mí —repitió con fuerza, golpeando con la mano su pecho—. Mi viejo tenía un club lleno de idiotas y bastardos como él; con eso me dejó el hijo de puta. Tenía que limpiar la jodida casa, traer a chicos que sabía serían leales a mí y solo a mí, y quién mejor para serme leal que un pedazo de mierda como tú, que comía del maldito bote de basura y era buscado por la maldita ley. Sabía que si te salvaba…

Deuce lo fulminó con sus ojos enrojecidos. Detrás de él, Ripper miró a su prez, luciendo sorprendido. Eso lo hacía dos. Nunca antes alguien había visto este tipo de espectáculo de emociones de Deuce. Pero al mismo tiempo, Hawk agradecía el estallido inesperado, ya que provocó que sus propias emociones contenidas se aflojaran un poco, permitiéndole soltar el fuerte agarre en la pobre y mutilada sábana, y aflojara sus dientes. Por alguna razón, siempre fue más apto para mantenerse calmado cuando los otros enloquecían, y esto no era diferente.

—Supe que si te salvaba —continuó Deuce—, *pedazo de mierda*, ¡tú estarías dispuesto a morir por el maldito club! Esta mierda es mi culpa, maldita sea ¿me entiendes? ¡Mi culpa!

—Prez —le dijo en voz baja—, esta no es tu carga. Es mía, siempre lo ha sido. El hecho es que, sin importar tus razones, me diste la vida que nunca habría tenido, y lo quieras aceptar o no, estoy agradeciéndote por eso. Ahora, el club viene antes que cualquier cosa, como siempre ha sido y



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

siempre será, y haré mi parte porque soy un Jinete del Infierno. Y hacemos lo que tenemos que hacer para mantener el club. No importa lo que sea.

Sus palabras no tuvieron el efecto calmante en Deuce que esperaba, en todo caso, parecieron agitarlo más. Ya no congelado, pasaba su peso de un pie al otro, con el ceño fruncido y sus rasgos demacrados.

Hawk no sabía qué hacer ni qué decir, así que no hizo ni dijo nada, planeando esperar a la tormenta tumultuosa que era Deuce West. Pero no llegó ninguna tormenta, y aunque sorprendiera, parecía poder mantenerse bajo control antes de que sucediera la inminente explosión. Metiendo las manos en los bolsillos de cuero, Deuce cambió de expresión. A pesar de que su cuerpo continuaba rígido, ni un rastro de enojo fue encontrado en su cara.

Extraño, pensó Hawk, *lo mucho que había cambiado en un corto tiempo*. Al parecer no era el único que maduró recientemente.

—Haré que traigan a Christopher —dijo Deuce—. Enviaré a Tegen y Cage mañana. De todos modos, no es como si tuvieran otra cosa que hacer más que abofetearse entre sí.

Y con eso, se fue. Simplemente se giró y marchó a través del cuarto, empujando a Ripper al pasar, y luego se había ido, dejando a Hawk.

Cuando Hawk y Ripper se voltearon hacia el otro, Hawk lo encontró mirándolo con una expresión bastante triste.

—¿Prez te dijo?

Ripper asintió. —Lo acorralé; le hice decirme que diablos pasaba contigo.

—¿Sigues enojado? —preguntó Hawk.

Se encogió de hombros. —No. —Un par de segundos después, dijo—: ¿Quieres jugar videojuegos?

—Hermano —dijo Hawk—, si puedes subir el televisor aquí, cuenta conmigo. He estado atrapado leyendo uno de los malditos libros de Tegen.

—No digas más —dijo, haciendo una mueca.

Cuando Ripper desapareció por el pasillo, Hawk se hundió en sus almohadas y cerró los ojos. Tomando una respiración, se obligó a no ser un cobarde. Después de todo, pasó la segunda mitad de su vida esperando que llegara este día, algún día.

Pero no había esperado que llegara luego de que por fin tuviera todo lo que había querido. Eso, más que cualquier otra cosa, era jodidamente horrible.



Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

16

Traducido por Sandry

Corregido por Miry GPE

—¿Olvidaste cómo cortar leña, hijo?

Jase miró a su padre.

No, joder, no olvidó cómo cortar leña; lo que sí olvidó era cómo funcionar sin algún tipo de licor en sus venas.

Después de dormir para quitarse la resaca, despertó con necesidad de beber, solo para encontrar que el licor restante en la camioneta de Cage desapareció misteriosamente, igual que sus llaves. Al principio se enfadó y asaltó la casa de sus padres, buscando en las vitrinas y saqueando los armarios. Y luego se desesperó, yendo incluso tan lejos como para mirar debajo de las camas y en los cajones de la cómoda de sus padres, en busca de una botella de algo. Cualquier jodida cosa. Solo para volver con las manos vacías. Y no solo eso, terminó con el puño carnoso de su padre golpeándole en la cara.

Acostado en el suelo, mientras su visión iba y venía, creyó escuchar a su padre decir que él era un maldito borracho y a su madre alegando que no lo era, sino que solo necesitaba una buena limpieza.

Después de eso, todo se volvió un poco borroso. Lo siguiente que supo, es que se hallaba en su antigua cama, vomitando lo que quedaba en el estómago vacío en un pequeño bote de basura que su pobre madre sostenía bajo su cabeza.

Pasó los próximos días, ya sea en la cama durmiendo para evitar la desdicha física que pasaba su cuerpo, o paseando por su habitación, en un intento de alejarse de las constantes náuseas y la necesidad de hacer una carrera a la tienda de licores. ¿Qué pasaría si su padre no vigilaba la puerta de su dormitorio con un rifle 22 acunado en sus brazos? Incluso el hermano mayor de Jase, Daniel, se unió a la fiesta, y tomaba turnos con su padre para cuidarlo.

Era a la vez humillante y desintoxicante, nunca mejor dicho.

Y ahora que podía caminar sin temblar y hablar sin arcadas, su padre le preparó una lista de tareas. Pero en lugar de llamarlas tareas, su querido padre se refería cariñosamente a ellas como: castigos necesarios por ser un imbécil.



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

Barrer la calzada y la acera fueron lo primero en su lista de castigos idiotas, seguido por limpiar las ventanas desde el interior, raspar la mugre de la antigua bañera del piso de arriba, encarrilar el desastre que era el ático, arreglar un tronco roto en la cerca del patio trasero, y ahora, Dios le ayude, cortaba leña en la nieve. Estuvo con eso todo el día, ya que, por razones desconocidas para él, sus padres tenían un profundo amor por las cocinas de leña.

Entonces, para empeorar más las circunstancias de mierda, su otro hermano se presentó esta mañana con su esposa y dos niños pequeños a cuestas. Una niña y un niño, vestidos con el obligatorio rosa y azul, ambos con cara de querubín y bien educados pequeños cabrones que adoraban a sus padres, y solo servían para perturbar a Jase cuando todo el mundo los adulaba. De hecho, casi prefería estar al aire libre congelándose el trasero y con ampollas en las manos, antes que estar encerrado dentro de la casa con la puta familia feliz.

Una y otra vez, continuaba preguntándose a sí mismo, porqué vino aquí, y todavía se lo preguntaría en ese mismo momento, si no se hubiera dado cuenta ya de la respuesta.

Como de costumbre, su padre tuvo razón con respecto a él. Era un borracho. Comenzó a beber demasiado en el momento que se enteró que el bebé que dio a luz Dorothy, no era suyo, que Hawk traicionó los lazos de hermandad, y para colmo, ella ni siquiera lo recordaba y, por consiguiente, no quería tener nada que ver con él.

Así que siguió bebiendo durante todo el juicio de Chrissy, y a lo largo de los años que siguieron. Se esforzó por ser padre, pero en lugar de eso, terminó siendo una molestia para sus chicas, una maldita vergüenza, demasiado atrapado en su propia mierda como para poder prestarles atención.

Y entonces, incluso más tarde, una vez que regresaron los recuerdos de Dorothy y él continuó tratando de hablar con ella, siempre siendo rechazado, acababa volviendo una y otra vez a la botella para evitar el dolor que ella le causaba con cada palabra que no le dirigía, con cada mirada que no le daba, con cada caricia que le negaba.

Al pasar los años, siguió bebiendo hasta que la bebida se convirtió en una parte de su rutina diaria. Podría funcionar mejor con el alcohol en su sistema de lo que podía hacerlo sin él.

Pero a decir verdad, después de la batalla, todos somos generales. Después de la terrible y sorprendente pelea por la abstinencia que acababa de soportar, llegó a la conclusión de que su viejo, como de jodida costumbre, tenía la razón.

Él, Jason Brady, era un maldito borracho.



Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

Y a pesar de sus células cerebrales empapadas de licor, volver a casa fue, obviamente, un inconsciente grito de ayuda muy necesaria.

Por lo que cortaba leña, o más bien trataba de hacerlo. No era una tarea fácil cuando sus músculos se sentían como gelatina, y el fuerte olor a cedro no ayudaba a sus náuseas constantes.

A pesar de que era más alto y se encontraba en condiciones mucho mejores que su padre, Jase apenas podía levantar el hacha, y mucho menos conseguir el impulso suficiente para cortar los troncos de una estacada, haciéndolo sentir como una maldita niña. Salvo que una niña, tal vez sería mucho más útil para su padre de lo que él era actualmente.

—¿Has pensado en lo que vas a hacer después de esto? —preguntó Walter. Sin esperar la respuesta de Jase, su padre balanceó el hacha y el grueso tronco se dividió verticalmente de una buena manera por el centro.

Haciendo una pausa, su padre usó la manga de lana, de su gruesa chaqueta de franela, para limpiar el sudor de su frente antes de balancear el hacha nuevamente.

Cuando la madera se quebró, separándose en dos piezas y cayendo desde el tronco cortado, su padre arrojó el hacha a un lado y se volvió a mirar a Jase.

—¿Y? —preguntó—. ¿Qué vas a hacer?

Jase lo miró fijamente, confundido por la pregunta. ¿Qué quería decir con qué iba a hacer?

—Ir a casa —comenzó lentamente—, volver a…

—El club —terminó por él Walter—. Y tener sexo con cualquiera y beber, sin duda.

Jase se detuvo un momento, permitiéndose asimilar las palabras de su padre. Y cuando lo hizo, no podía dejar de darse cuenta que sí, era más que probable que eso fuera exactamente lo que sucedería. Pero, ¿qué otra opción tenía? No podía vivir con sus padres. Los hombres en sus cuarenta no vivían con sus padres, no si podían evitarlo, y jodidamente seguro que no podía permanecer en esta ciudad. No con la amenaza de encontrarse con la familia de Chrissy. Si su llegada aquí se hacía pública, Jase no dudaba que una turba de linchamiento, con horcas y escopetas estaría esperándolo, con su ex suegro en la delantera.

Entonces, ¿qué quedaba? No podía incorporarse a la reserva militar, no a su edad y con su historial. Todo lo que tenía era el club. Era todo lo que conocía en ese momento.

—El club. —Jase asintió lentamente—. No tengo nada más.



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

Su padre frunció el ceño, no es que el hombre no tuviera ya el ceño fruncido, para empezar. De hecho, todo lo que él hizo desde su llegada, fue fruncir el ceño y menear la cabeza mientras refunfuñaba por lo bajo.

—¿Sabes lo que dicen de cometer el mismo error una y otra vez, y pensar que va a ser diferente esta vez?

—No, papá —suspiró—. ¿Qué dicen?

—¡Dicen que es una maldita locura!

Jase frotó su mandíbula con su mano enguantada. —¿Entonces qué, papá? ¿Qué coño crees que debo hacer?

—¡No! —replicó Walter—. ¿Qué coño crees TÚ que deberías hacer? Eres un adulto, hijo, no un niño. Y es hora de que empieces a actuar como tal.

Jase sabía que su padre tenía razón, toda la razón, pero aun así, al oír al hombre decirlo, gritándole su mierda a quemarropa... no se sentía tan bien.

—¿Conseguir un trabajo? —sugirió Jase con un encogimiento de hombros. No sabía lo que su padre esperaba de él. ¿Cómo iba a dejar el club? ¿Dejar a Deuce y a los chicos? No se procesaba en su cabeza.

—¿Te estás volviendo más blando? —dijo Walter con un suspiro—. ¿Conseguir trabajo dónde?

Jase se quedó mirando al hombre mayor, completamente perplejo. —¿En cualquier lugar?

Su padre, a pesar de que al hombre le encantaba gritarle a la gente sus malas acciones, siempre fue un tipo bastante ecuánime. Cuando de repente se apresuró hacia delante y agarró el cuello de la chaqueta de su hijo, usándolo para jalarlo hacia adelante, Jase se quedó sin habla, sorprendido.

—¿Qué es lo que más quieres en el jodido mundo? —dijo Walter entre dientes, su aliento con olor a los dulces de caramelo que siempre le gustaron—. Más que cualquier otra cosa —continuó, apretando su agarre del cuello—. ¿Qué es lo que quieres de esta vida que eres tan rápido en rendirte? Porque no vas a conseguir otra. No hay segundas oportunidades una vez que cierras los ojos por última vez. Así que vuelvo a preguntártelo, Jason, ¿qué coño es lo que quieres?

Los pensamientos de Jase se volvieron locos, dando vueltas antes de marchar en una loca carrera. ¿Qué quería? *¿Qué diablos quería?* ¿Qué es lo que quería más que nada?

No tuvo que pensar en ello durante mucho tiempo.

—Quiero a mis chicas —dijo en voz baja—. Quiero recuperar a mis hijas.



Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

—¿Y cómo vas a hacer eso? —preguntó Walter.

Jase no sabía cómo iba a hacer que sucediera, pero sabía una cosa con certeza. Mientras él fuera un Jinete del Infierno, sus hijas no tendrían nada que ver con él.

—Tengo que dejar el club —susurró, bajando la mirada hacia el césped cubierto de nieve—. Conseguir un trabajo, tal vez en algún lugar cerca de las chicas.

Cuando su padre no respondió de inmediato, alzó la mirada para encontrar que el viejo le sonreía. Era una sonrisa de satisfacción, una que Jase nunca vio antes. Corrección, era una mirada que Jase nunca antes vio dirigida hacia *él*.

—Siempre has sido un buen mecánico —dijo Walter, soltándolo. Con un gruñido, su padre se agachó para agarrar el mango del hacha y la hizo girar por encima del hombro.

Luego, en la manera típica de Walter Brady, sin decir una palabra, se dio la vuelta y se alejó, dejando a Jase a solas con sus pensamientos, mirando fijamente los terrenos de sus padres, sintiéndose tan vacío y tan frío como su entorno.

La sola idea de abandonar el club lo dejó con un miedo que nunca sintió. Cuando todo el mundo se fue, el club siempre estuvo allí. Fue su sustento. Su lugar seguro. Todo su mundo.

Y tal vez ese era su mayor problema. El club era la muleta, el único lugar donde podía esconderse del lío que hizo de su vida.

Tragó una oleada de malestar que no tenía nada que ver con la desintoxicación de su cuerpo y sí con el miedo a vivir fuera del club. Sería un hombre común. No habría ninguna banda de hermanos, ya sea militar o de club de motos, que le dijeran qué hacer, o que lo atraparan cuando cayera de bruces. Y siempre se caía sobre su maldita cara.

Pero sus chicas…. Sin ellas, ¿qué era?

Por lo que pudo ver, sin ellas, no valía un comino.

—¡Tío Jason! ¡Tío Jason!

Jase se volvió, apenas teniendo tiempo para saltar del camino en tanto sus sobrinos venían disparados por la nieve, la cual les llegaba casi hasta la cintura. Llevaban trajes a juego para la nieve de color rosa y azul, que les hacían parecer pequeños malvaviscos de colores.

—¡Construye un muñeco de nieve con nosotros! —gritó la niña al tiempo que corrían por delante de él. Jase intentó sonreírles, pero fracasó. Ninguno de los niños lo había visto nunca, y sin embargo, al instante lo aceptaron como su tío. Eso solo profundizó su anhelo de reunirse con sus propias hijas, quienes casi ni lo aceptaban, en todo caso.



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

Su hermano menor, Michael, quien siguió rápidamente a sus hijos, se detuvo junto a Jase con una sonrisa en su rostro. Por supuesto que le sonreía. Michael era un Brady, y los Brady amaban a su familia a pesar de sus faltas.

—¿Cómo te va, hermano mayor? —preguntó, golpeando suavemente a Jase en el hombro con el puño.

Hermano.

Se le ocurrió entonces que podría ya no tener reservas, y si dejaba el club, ya no tendría a los chicos, pero siempre tendría a su familia, con dos hermanos que siempre cuidarían su espalda.

—Escucha —dijo Jase—, te debo una disculp…

Michael negó con la cabeza. —No —dijo—. Todos sabíamos que volverías a casa.

Jase estudió al hombre más joven, casi una imagen en el espejo de sí mismo hace algún tiempo atrás, cuando seguía en la treintena. Sin embargo, en lugar de las líneas duras y la mandíbula firme que Jase heredó de su padre, Michael tenía una cara más redondeada, con los ojos azules como su madre, que le daba una perpetua apariencia juvenil.

Al recordar cuando eran niños, y el cómo Michael siempre lo miraba, hizo que Jase sintiera una oleada de culpa. Michael podría perdonar con facilidad, pero Jase no podía perdonarse a sí mismo por no estar allí para la boda de su hermano pequeño, o para el nacimiento de sus hijos. Esas fueron cosas que los Brady hacían simplemente porque amaban a su familia.

Jase no merecía ser un Brady.

—¿Me hechas una mano? —sugirió Michael—. Esos dos monstruos pueden estar así todo el día, y después que mamá les dejara comer un plato de sus galletas de azúcar… —Negó con la cabeza—. Me voy a quedar sin energía mucho antes que ellos.

Jase miró hacia donde se encontraban los niños, tratando, sin éxito, de rodar una bola de nieve, pero en vez de ver a los niños de su hermano, vio a sus propias niñas en su infancia, atravesando el patio cubierto de nieve, abrigadas de pies a cabeza y con sonrisas adornando sus inocentes rostros.

Intentó tanto mantenerlas inocentes, separadas de su otra vida, de lo que hacía para ganarse la vida y sus numerosas indiscreciones.

Nunca quiso hacerles daño, pero lo había hecho.

Y ahora era el momento de hacer un cambio.

—Construir un muñeco de nieve —dijo, dando a su hermano una sonrisa triste—. Diablos, ¿por qué no?



Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

Jase no era tan estúpido como para pensar que la redención se le entregaría en bandeja de plata. Pero mientras caminaba al lado de su hermano, inclinándose para agarrar puñados de nieve a su paso, supuso que tenía que empezar en alguna parte.

Bien podría comenzar con un muñeco de nieve.



Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

17

Traducido por Mary, Mire & Ann Ferris

Corregido por Vane hearts

—¿Qué quieres decir con que Tegen y Cage traerán a Christopher aquí?

Con las manos en mis caderas miré a Hawk, quien seguía en cama, luciendo casi igual que cuando lo había dejado esta mañana. Pero ahora se encontraba sentado, la cama hecha un lío con papeles que habían sido esparcidos a través de ella, junto con restos de comida y un cenicero que parecía peligrosamente cerca de derramarse y cubrir las sábanas blancas con negro ceniza. Y alguien había arrastrado por las escaleras la pantalla plana hasta aquí, junto con las dos consolas de videojuegos de Cage.

Parecía que los chicos habían venido de visita, y nadie se molestó en limpiar.

Este repugnante desastre, junto con el hecho de que Hawk no me había consultado el traer a Christopher a Miles City, me había llevado de sentir una especie de excitación nerviosa por lo que la noche podría haber traído, a estar francamente irritada con él.

—No quería que él te vea así —continué—. ¿Qué va a pensar, al encontrar a su padre lleno de moretones, apenas capaz de caminar por su cuenta? ¿Cómo vas a explicarle eso?

Muy lentamente, Hawk bajó el vaso y se giró para mirarme de esa forma exasperante que me miraba siempre que pensaba que actuaba como una lunática. Y tal vez reaccioné mal, pero si hay algo a lo que debería estar acostumbrado a estas alturas, era a mí y mis reacciones. Pero lo que me molestó realmente, lo que no podía entender para nada, era por qué no había comprendido aún que esa maldita mirada solo me enfurecía más.

—Me perdí la navidad —dijo con cuidado, como si sus palabras fueran pasos y mi temperamento era la delgada capa hielo sobre la que patinaba—. Y quiero ver a mi hijo.

—¡Pero ni siquiera me consultaste! —lloré—. ¡Y soy su madre!

—Soy su padre —replicó Hawk firmemente—. Y planeaba decirle que choqué. Rompí mi moto y a mí mismo.



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

No pude argumentar eso y, por la razón que sea, debido a que no tenía nada que decir en respuesta y comenzaba a sentirme un poco tonta con mi arrebato muy al estilo Tegen, me molesté aún más.

—Bien —murmuré—. Bien, lo que sea, yo…

Dejé de hablar para mirar rápidamente alrededor de la habitación, en busca de algo que me diera una excusa para hacer una salida rápida. Mis ojos aterrizaron en la más cercana y plausible excusa.

—Voy a tomar un baño —dije, apartando la vista de los ojos siempre indiscretos de Hawk, y me escabullí de la habitación.

Cuando la puerta estuvo cerrada y me hallaba escondida de forma segura dentro del pequeño cuarto, me recosté contra la pared de azulejos y tomé una profunda y calmante respiración. Había estado tan nerviosa, tan agitada después de hablar con Eva, llena de expectativas y entusiasmo por la noche venidera con Hawk, que una vez que había descubierto que venía Christopher, se había sentido como si alguien hubiese jalado del enchufe de mi nueva felicidad. No era que no quería que Christopher viniera a Miles City. Lo extrañaba, pero además quería que viera a su padre. Era solo que…

Tal vez quería a Hawk para mí sola por un rato más, antes de tener que compartirlo con un niño que no lo veía suficiente, y que monopolizaba al hombre cuando fuera que estuvieran juntos. Antes, eso no me hubiese molestado, pero ahora las cosas eran diferentes, las cosas han cambiado, y tal vez han estado cambiando muy rápido. Yo no podía seguir aguantando, mis emociones no podían seguir aguantando, y solo quería un par de días donde el tiempo pudiera detenerse, y pudiéramos volver a conocernos con Hawk. Pudiéramos hablar, hacer el amor, solo estar juntos por primera vez al aire libre, antes de que nuestras familias, nuestras vidas, y el club nos alcanzara y el tiempo empezara a moverse nuevamente.

Suspirando, me aparté de la pared y me senté en el borde de la bañera. No tenía sentido regresar allí fuera y hacerme ver más tonta, así que abrí el grifo y esperé a que la bañera se llenara.

Siempre había amado las duchas, antes que nada, por lo general en la mañana; era una clase de calma antes de la tormenta, una manera de relajarme antes de que el día se tornara agitado y ocupado. No es que mis días hubieran sido ocupados, sino que habían sido tranquilos por un largo tiempo, pero ese ya no era el caso.

Estaba de vuelta en casa, en Miles City, y “agitado” era una palabra bastante suave para lo que tendía a ser el status actual de los buenos y no tan buenos ciudadanos de mi pueblito.

Cuando la bañera estuvo lista, me desvestí rápidamente, dejando mi ropa en una pila en el suelo, y di un paso tentativo al agua humeante. Suspiré con satisfacción al hundirme, en tanto mis músculos se aflojaron



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

y el agua acariciaba mi cuerpo, borrando la frustración. Dejando caer mi cabeza contra la fría porcelana, cerré mis ojos.

Sola ahora y cómodamente relajada, mis pensamientos regresaron a mi conversación con Eva, y lo que había planeado para esta noche. Y luego volvieron al hombre mismo, a nuestra historia, como habíamos empezado, y todos los momentos robados que compartimos a través de los años. Con cada recuerdo latente que permití levantar de las telarañas, me encontraba cada vez más excitada y, la emoción se construía en mi interior hasta que estaba ardiendo, deseando ser tocada de la forma en que una vez me había tocado, esperando que aún me quisiera tanto como antes.

Gimiendo, arqueé la espalda, sumergiéndome aún más en la bañera. Acunando mis pechos, los acaricié suavemente antes de llegar abajo. Mis dedos rozaron la suave piel de mi estómago, a través de mis caderas, antes de hundirse entre mis muslos.

Jadeando, el aire estremeciéndose desde mis pulmones, apreté mis piernas, cerrándolas fuertemente alrededor de mi mano, aplicando presión donde más lo necesitaba.

Y luego, como frecuentemente hacía cuando estaba sola y excitada, imaginé a Hawk. Vestido de cuero de pies a cabeza, cubierto de polvo por la carretera, su mohawk enmarañado y sucio por su casco. Pero no era su apariencia lo que me atraía, sino que su mirada después de una carrera, fresca y rejuvenecida. Sus ojos oscuros se suavizaban, su paso atronador se desaceleraba y relajaba; en esos tiempos siempre se veía tan feliz como podía verse un hombre que nunca sonreía.

Y luego sus ojos encontrarían los míos y en su mirada sabía por instinto lo que quería de mí. Luego, cuando podíamos estar solos y volviera a estar en sus brazos, me envolvía a su alrededor, respirándolo, el sudor y jabón en su piel, los aromas de cuero y humo que siempre se aferraban a él.

Esos eran mis olores favoritos, los que podía evocar incluso ahora, a pesar de los olores fuertes de las esencias de mi champú y gel de baño. Todo lo que tenía que hacer era cerrar los ojos e inhalar…

De repente, mis ojos se abrieron de golpe y mis manos cayeron.

¿Qué hacía?

¿Qué, en el nombre de Dios, hacía?

Me senté rápido en la bañera, y mis movimientos bruscos causaron que el agua chapoteara por los lados y sobre mi ropa.

—Maldita sea —susurré, dando una palmada en el agua. Olvídense de mi ropa, estaba molesta conmigo misma. Por hacer lo que hacía mejor y, una vez más, esconderme. ¡Aquí estaba yo, a punto de darme placer yo misma mientras pensaba en un hombre que se encontraba justo afuera de



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

la maldita puerta! Un hombre tendido en una cama con apenas algo de ropa, ¡nada menos!

No tenía que esconderme más, ni a mis sentimientos, ni a mí misma, nada. Todo se encontraba, por fin, felizmente y totalmente expuesto. Le había dicho adiós a Jase, y admití mis verdaderos sentimientos tanto a Hawk como a mí.

Finalmente tenía todo lo que quería.

¿Y qué hacía? Me escondía.

Me levanté de la bañera y arrebaté la toalla del estante. Luego de envolverla alrededor de mi cuerpo, empecé a castigarme internamente. Ya no era esa mujer débil, asustada de todo el mundo, pero más que nada, asustada de sí misma.

Era más fuerte, tal vez no tan segura como deseaba, pero sin dudas más fuerte. Me había alejado de mis demonios, había aprendido a vivir por mi cuenta, viviendo adecuadamente, y todo sin ayuda de nadie más.

Un puñado de días de vuelta en Miles City, y una vez más actuaba como una mujer asustada.

Agarrando un lazo para el cabello del lavabo del baño, coloqué mi parcialmente húmedo cabello en un moño desordenado en la cima de mi cabeza y continué secándome. Mis pensamientos daban vueltas, mis terminaciones nerviosas enardecían mientras mi estómago hormigueaba con excitación nerviosa.

Iba a dejar este baño como una mujer fuerte y segura de sí misma, una que sabía exactamente lo que quería. Por primera vez en mi vida, iba a tomar lo que quería sin tener que preocuparme por las repercusiones, sin tener que preocuparme por herir a nadie más en el proceso.

Hasta que alcancé a verme en el espejo.

Por un momento simplemente me paré allí, la mirada perdida en el cristal reflectante, sintiendo un fuerte sentido de desinterés. A diferencia de cuando había perdido mis recuerdos, no le daba la bienvenida con una sensación de desconocimiento, pero aún me preguntaba a donde se había ido el tiempo. A donde había ido yo.

La imagen en el espejo no encajaba con la de mis sueños y fantasías: una mujer más joven, sus días y noches llenos con calurosa y sudorosa lujuria y amor. Y hombres, sus grandes y altos cuerpos duros, sus pieles con tinta, sus manos fuertes y callosas de años de duro trabajo, cubiertas de tierra que las había manchado por tanto tiempo, que nunca se lavaría.

Esta mujer se ponía más vieja, había perdido su ternura juvenil, y aunque nunca me había clasificado como fea, aún me sentía inadecuada.



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

Dejando caer mi toalla en el piso, acuné mis pechos, alzándolos tanto como era posible. Poniéndome de perfil, examiné mi levantamiento autoimpuesto. Sí, mi cara no era lo único que había cambiado.

—Tetas caídas —dije suavemente con un suspiro.

Este no era el cuerpo de una mujer que debería estar parada junto a un hombre como Hawk. Este era el cuerpo de una mujer que…

Pensé en Richard, un carnicero local de San Francisco con el que salí en un par de extrañas citas. Era un hombre agradable pero en cuanto a su apariencia, empezaba a quedarse calvo y bastante gordo. Cuanto más me miraba, más pensaba que mi físico era igual al de Richard, una mujer que esperarías ver con un hombre como él.

No con un hombre como el alto y sorprendentemente musculoso, tendido justo fuera de esta habitación. Cubierto de tatuajes, que rezumaba fuerza, Hawk nunca había parecido de su edad. Visualmente, era una presencia fuerte, dando la apariencia de una fortaleza tanto en el exterior como en el interior, y ambas cualidades lo hacían parecer de algún modo siempre joven.

Y estaba… yo.

—Al diablo —dije en voz baja, girándome del espejo. Si continuaba mirándome, machacándome por cada pequeña imperfección, terminaría cambiando de opinión.

Podía ser como Eva o Christina, podía ser un coño… *salvaje*. ¿Podía?

Podría, o al menos, maldita sea, podría intentarlo.

Aunque arrugaba la nariz al pensar en referirme a mi anatomía como “coño salvaje”, agarré el picaporte y abrí la puerta. Como si hubiese estado observando la puerta todo el tiempo que yo había estado dentro del baño, los ojos de Hawk se posaron en los míos. O más bien, se posaron en mis pechos.

Sé valiente, me dije.

Luchando contra el impulso de cubrirme, avancé rápidamente como una mujer con una misión, hasta que llegué al final de la cama. Le tomó un momento, pero finalmente Hawk alejó sus ojos de mi cuerpo y levantó su mirada hasta la mía.

—Siempre te he amado —dije, sonando tan sin aliento como me sentía—. Y lamento haber esperado tanto tiempo para decírtelo. Siento mi arrebato. Fui tonta y egoísta, queriendo pasar unos días a solas antes de que tuviera que compartirte de nuevo.

Hawk siguió mirando, luciendo confundido. —¿Estás… desnuda? —dijo, sonando tan perplejo como parecía.



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

—Sí, estoy desnuda —espeté. Molesta por su reacción a mi desnudez, o mejor dicho, su falta de reacción, puse las manos en mis caderas y entrecerré los ojos—. Estoy desnuda porque quiero estar contigo, hombre estúpido.

La lenta sonrisa que iluminó su rostro, sombreando las arrugas alrededor de sus ojos y resaltando sus rasgos severos con una atractiva suavidad, fue impresionante. Hawk sonreí muy poco; su expresión era en general tan estoica como lo era él. Pero en esas preciosas ocasiones en las que había sonreído en el pasado, siempre me dejaban sin aliento. Cuan increíble era que un pequeño y simple gesto pudiera transformar a un hombre que lucía bastante aterrador con rasgos duros, en uno más suave, más hermoso.

Pero su sonrisa, como siempre, fue breve, y cuando ésta decayó de su rostro, reemplazada por su habitual indiferencia, se hundió mi corazón y sentí la ansiedad. No era una mujer sexualmente segura, sin importar lo mucho que pretendiera serlo. No podía ser como Eva o Christina. Y ahora me hallaba parada aquí, totalmente desnuda, preguntándome qué había estado pensando, al caminar así hasta aquí, y ponerme en exhibición, lista para el rechazo.

—Estoy un poco roto —dijo, señalando con la cabeza a su pierna.

Y justo así, mi ansiedad desapareció. Era raro para Hawk mostrar cualquier tipo de vulnerabilidad, y su admisión me dejó claro que no era la única que se sentía un poco insegura. El hecho de saber que este hombre formidable también tenía temores, fue lo que me animó a seguir adelante con mi plan original.

—Todos estamos un poco rotos —susurré, llegando hasta mi cabello y pasando los dedos sobre mi cicatriz—. Y no tienes que hacer nada, solo acuéstate ahí y yo haré todo.

Casi me tapé la boca con mi mano, sin creer las palabras que acababan de salir de mí. Esas no eran mis palabras, eran las de una mujer segura, una mujer de mundo que podía tomar sus propias decisiones, una que vio lo que quería y fue a por ello, sin la persuasión necesaria.

Yo no era esa mujer.

Pero solo tal vez... podía pretender serlo.

—Mujer —dijo Hawk; su voz se volvió más profunda, más lírica, algo que aprendí hace mucho tiempo era atribuido a su excitación—, no puedes decir algo así y luego quedarte parada allí. Trae a tu maldito culo aquí.

Ardiendo con un repentino florecimiento de vergüenza, lentamente empecé a rodear la cama. Era demasiado consciente de la mirada de Hawk en mí, viajando de arriba abajo por mi cuerpo, y traté de no sonrojarme a



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

causa de ella. Una vez más, sentía mariposas en mi estómago, y peor aún, empezaba a sudar.

Llegando a su lado de la cama, me detuve, buscando una manera de subírmele encima sin lastimarlo, pero Hawk alzó la mano. Extendiéndola, su palma rozó mi costado y recorrió mi cuerpo antes de colocarla en mi cadera.

Mi respiración se aceleró y mis ojos se cerraron. Su toque en mi piel desnuda, tan familiar y tan extraño, era reconfortante y desconcertante a la vez. Tuve que recordarme a mí misma que este era Hawk, y que mi amor por él reemplazaba los años que pasamos en el limbo.

—Te extrañé —dijo con voz ronca—. Jodidamente te extrañé, D.

Mis ojos se abrieron de golpe para descubrirlo mirándome, a mi cuerpo, con una mirada casi reverente en su rostro. Esta se movía de una manera que me dejaba incapaz de hallar las palabras adecuadas para describirlo, y abrumada por borrar cualquier última reserva que he estado sintiendo.

Las lágrimas ardían detrás de mis ojos. Al diablo con ser una mujer fuerte y segura. Este era el hombre que amaba. No necesitaba ser fuerte ni segura; solo necesitaba estar con él.

—Yo también te extrañé —susurré. Era algo aparentemente tonto de decirle a un hombre que veía regularmente, pero era la verdad. Lo había echado de menos terriblemente, de la forma en que una persona que ha amado y perdido a alguien que seguía siendo una parte de su vida; cerca, pero nunca lo suficientemente cerca.

La muerte habría sido una pérdida mucho más fácil que vivir todos los días con la culpa de un error, un error que no comprendes cómo volver a hacerlo bien.

Pero nada de eso importaba más.

Y tal vez había algo de lo que Eva dijo sobre el destino.

Tal vez había…

Hawk apretó mi cadera levemente, terminando abruptamente el hilo de mis pensamientos. Lento, como si estuviera hecha de cristal, comenzó a deslizar su mano por mi estómago. Su toque era tan increíblemente ligero, una sensación palpitante que hizo que mis párpados se pusieran pesados. La sensación solo crecía mientras él iba más arriba, y sus dedos trazaban líneas invisibles en su camino hasta entre mis pechos. Bailando sobre la cima, se detuvo, cerniéndose sobre un pecho, su palma callosa causó que el pezón se endureciera debajo de ella, y un escalofrío se deslizara por mi columna.



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

—Hawk... —exhalé su nombre; nada más que un soplo de aire escapó de mis labios. A mis lados, mis dedos empezaron a temblar por los nervios y mi cuerpo anhelaba más.

Y él me dio más.

Su mano se cerró alrededor de mi pecho, apretando y amasando la carne suave, dejándome respirando con fuerza.

Era un juego bellamente tortuoso el que jugaba conmigo, y uno que no sería de otra manera. Podría haber entrado a esta sala con la tonta idea de que iba a tomar el control de la situación, cuando necesitaba que vaya tan lento como él iba, siendo tan cuidadoso como lo era, llevándome hasta el punto donde sabía que estaría cómoda y lista para más.

Apartó su mano de mi pecho, viajando lentamente por el mismo sendero, hasta el estómago y luego más abajo, pasando sus dedos entre mis piernas, pero apenas tocando la piel sensible. Me tragué un gemido amenazante. Había pasado tanto tiempo desde que fui tocada así, que mi cuerpo era un verdadero volcán, amenazando con entrar en erupción con el más simple de los toques.

Vio esto, mi reacción hacia él, y sus pupilas comenzaron a dilatarse; su respiración se hizo más fuerte y más pronunciada. Sus reacciones me decían que no era la única afectada, y ese conocimiento, saber que sentía cada tramo como yo, era increíblemente embriagante.

Mis gemidos salieron en respiraciones entrecortadas al tiempo que sus dedos empezaron a jugar; su toque seguía tan increíblemente suave que comenzaba a tener problemas para concentrarme en otra cosa que no sea sentirlo a él y a las sensaciones profundamente enterradas que revivió dentro de mi cuerpo.

Mi nombre era un sonido bajo saliendo de sus labios y luego deslizó un dedo dentro de mí. Grité, mordiendo mi labio inferior mientras que el calor rugía a través de mi cuerpo tembloroso, llenándolo con el tipo de adrenalina trepidante que hacía que mis rodillas se pusieran débiles y dejaba a mi cuerpo como una masa temblorosa de músculos y piel. No sabía dónde estaba, quién era, y ni siquiera me importaba saberlo. Todo lo que quería, todo lo que necesitaba, era esto.

Él.

—Ven aquí —dijo; su voz un gruñido gutural mientras quitaba su mano de mi cuerpo.

Hizo falta un momento para que recuperara mi compostura, pero solo un momento y ya me hallaba más que desesperada por tocarlo ahora, desesperada por tenerlo dentro de mí otra vez.



Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

Ignorando el temblor de rodillas, me las arreglé para subírmele encima sin hacerle daño. Ayudó que fuera mucho más pequeña que él, de manera que me posicioné sobre sus caderas y no se estremeció tanto.

—¿Esto está bien? —susurré.

—Está más que bien —dijo, y a través de sus bóxers, lo sentí crecer debajo de mí, duro y listo. El movimiento hizo que mi cuerpo se tensara, llenándolo con una oleada de necesidad ansiosa.

Inclinándome hacia delante, puse mis manos en su pecho, presioné mi boca en sus labios, y celebré el acto de tocarlo nuevamente.

Su cuerpo, como su boca, estaba caliente, y mientras acariciaba su pecho, su piel tatuada tembló bajo mis palmas. Me tomé mi tiempo con él, besándolo lentamente mientras trazaba cada línea de su cuerpo: sus pectorales densamente definidos, los músculos marcados en su abdomen, las ranuras de sus caderas... Hasta que al final, no pude esperar ni un segundo más y me levanté solo lo suficiente para deslizar mi mano dentro de sus calzoncillos.

Mis manos temblorosas hurgaron un poco al tiempo que trataba de alinear nuestros cuerpos.

Desacostumbrada al acto sexual, a tener a un hombre dentro de mí, solo pude moverme lentamente hacia arriba y hacia abajo, facilitándole con cuidado a entrar en mí con maniobras inestables e inseguras, hasta que por fin, sentí que mi cuerpo cedía y le permitía la entrada completa.

—Dorothy... —soltó Hawk más como un gemido.

Respirando con dificultad, levanté la cabeza para mirarlo.

—Estás tan apretada —susurró, con los ojos inusualmente amplios, y sorpresa tiñendo su tono.

Me sonrojé, en parte porque Hawk se hallaba dentro de mí y en vez de hacer el amor, teníamos una conversación, pero sobre todo porque yo estaba tan increíblemente apretada. Podía sentir todo: cada curva, cada impulso, la forma en que mi cuerpo palpitaba en torno al suyo, todo. Y aunque era un poco incómodo, se sentía maravillosamente pleno.

—Ha... pasado un tiempo —susurré.

—¿Cuánto tiempo? —susurró él.

Bajé la vista a su pecho, sintiéndome tonta, y aún más avergonzada de que todo nuestro juego previo haya llegado a esto. A conversar de mi estrechez. Buen Dios.

Entonces sentí los dedos de Hawk tocarme debajo de mi barbilla, para levantarme la cabeza.



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

—¿Cuánto tiempo? —repitió. Pero él ya sabía la respuesta. La expresión de su cara era una que solo había visto una vez, la primera y única vez que fuimos capaces de pasar toda una noche juntos. Fue hace años; el club se encontraba vacío, todos se marcharon a una competencia de motos en las fronteras estatales. Me había despertado acurrucada junto a él para encontrarlo ya despierto y mirándome dormir.

***

—Buenos días —dije somnolienta esa mañana, estirándome al tiempo que bostezaba.

Nunca me contestó, solo me miró, con una mirada que hablaba más de lo que las palabras nunca podrían. Una mirada que me decía que yo era su mundo.

***

—¿Fue conmigo? —preguntó, y me di cuenta, no por su tono de voz, sino por sus ojos, por la forma en que se oscurecieron cuando preguntó, que querría haberlo sido.

Y, oh Dios, ojalá lo hubiera sido, más que nada me gustaría eso. Pero no era cierto y me negaba a mentirle de nuevo.

Abrí la boca, y una disculpa ya se formaba en mis labios, pero me interrumpió, jalándome hacia adelante y besándome.

—No importa —murmuró contra mis labios—. Esa mierda ya no importa.

Y entonces, cuando no podía aguantar mucho más, tuve que romper el beso con el fin de empezar a mover mis caderas, necesitando aliviar la presión que se construía dentro de mí; me enderecé en posición vertical y, agarrando sus pectorales, comencé a balancear mi cuerpo sobre el suyo.

—Hawk... —Su nombre salió de mis labios, una y otra vez, cada vez más sin aliento, mientras me volvía más y más inconsciente.

Sus ojos fijos en mí, eran un fuego líquido y negro, abrasando cada centímetro, su cuerpo un volcán caliente y palpitante debajo de mí, dentro de mí. Me hallaba simplemente excitada, excitada con toda su atención. Y juntos… juntos ardimos.

Jadeando, gimiendo, gritando su nombre, arañando su piel… ardí.



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

Ardimos en la forma en la que nos recordaba, jóvenes y llenos de lujuria, y luego fue más que eso, más de lo que había sido nunca. No era solo sexo o lujuria, no era solo amor, era algo completamente distinto, un sentimiento que no podía explicar, una palabra sin un sonido.

Pero era todo lo que había estado buscando.

Él era todo lo que estuve buscando.

Lo que llenaba el hueco imposible de llenar dentro de mí.

Y cuando todo terminó, cuando me encontraba tendida sobre mi espalda medio encima de él, medio en la cama, y Hawk pasaba sus manos sobre mi cuerpo, se detuvo sobre la cicatriz en mi abdomen, trazando con suavidad el resultado de mi cesárea.

No podía dejar de pensar en Christopher en ese momento. Y los ojos de Hawk, cuando nos giramos uno frente al otro, se suavizaron de manera exponencial. Su hijo le hizo eso. A nosotros. Lo hizo un hombre diferente. Un hombre mejor. Y a mí una mujer mejor.

Por breve que haya sido el momento, la sensación de calor que sentí mientras las manos de Hawk reanudaban su viaje, fue incomparable y me dejó dando vueltas. Amar a alguien era una cosa, pero compartir un hijo con alguien que amas, compartir el amor que ambos tenían por ese niño... juntos...

Fue una revelación desgarradoramente hermosa que me dio la visión que había estado extrañando.

Y de repente lo supe. En ese mismo momento, simplemente lo supe. Todo tuvo sentido.

Siempre estuvo destinado a ser.

Mi matrimonio sin vida me llevó a Jase, y Jase me llevó a Hawk. Y Hawk y yo creamos un niño que ambos adorábamos.

Nada de eso había sido un error. Simplemente fue mi camino, mi camino agrietado y roto a casa.

Y si ya no lo hubiera amado, sin duda, lo amaría ahora.

Me tomó media vida, años llenos de angustia y una mala decisión tras otra. Pero finalmente lo encontré, mi príncipe, escondido dentro de un hombre que había estado allí por mucho tiempo.

***

Dorothy se encontraba desnuda.



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

Era un hecho que seguía desnuda, había estado desnuda desde hace un rato y ya habían follado, pero aun así, Hawk no podía lograr que la imagen de ella saliendo del cuarto de baño desnuda saliera de su cabeza. Nunca había hecho cosas así, no en todos los años que estuvieron juntos. Siempre era él el que hacía el primer movimiento, el que la desnudaba, el que iniciaba el sexo.

Esto. Ella. Desnuda. Ellos. Era como la jodida mañana de navidad.

Ahora se encontraba tendida encima de él, con la espalda de ella en su pecho. Porque no podía acostarse de cualquier otra manera, excepto de espaldas, sin que lo acompañara el dolor, le resultó difícil acariciarla mientras follaban. Ser incapaz de tocarla de la manera que quería lo cabreó tanto que durante la última hora, la obligó a tenderse sobre él, para poder acariciar fácilmente todas las partes de ella que extrañó. Debido a lo pequeña que era, esto funcionó a la perfección para él, y también permitió que sus cabezas descansaran una al lado de la otra.

En el momento en que tuvo una mano entre sus piernas, un dedo dentro de ella, acarició suavemente, una y otra vez, mientras que la otra mano alternaba entre acariciar sus pechos cuando podía concentrarse el tiempo suficiente para cambiar.

Cuando mordió suavemente su hombro, ella dejó escapar un pequeño jadeo, y Hawk sonrió contra su piel, mordiendo más fuerte y metiendo sus dedos más rápido.

Sabía que debía decirle lo que iban a traer las próximas semanas, pero por alguna razón no podía obligarse a hacerlo ahora. Necesitaba esto, ella y él, su satisfacción y felicidad provocada por él. No quería arruinar el momento, o ser la causa de más lágrimas que inevitablemente fluirían de esos hermosos ojos verdes una vez que le contara todo.

Eso y que realmente quería que se viniera de nuevo. Quería sentir su pequeño cuerpo tensarse, ver sus manos apretarse en puños, los dedos de sus pies curvarse, a la vez que hacía esos ruidos increíblemente sexys que hacía siempre. Aumentando su velocidad, le agarró su pecho, mordiendo primero su hombro, luego su cuello. Y, cuando ella arqueó la espalda, y sus gemidos se le quedaban atrapados en la garganta, él tomó su boca, enviándola al borde. Llegando al clímax, gritó en voz alta y su cuerpo se apretó alrededor de los dedos de él.



Mientras besaba la lágrima que deslizó por su mejilla, él tuvo un pensamiento breve de que debería agradecerle a su tío traidor. Después de todo, era obra de Yenny el haber hecho esto, los juntó a Dorothy y a él de nuevo. Esta vez, y por primera vez sin secretos.

—Te amo —susurró ella, girando su rostro, acariciando su nariz contra su mejilla. Se volvió para encontrarse con ella y sus bocas se reunieron. Hubo besos lentos, húmedos y suaves, provocándole ganas de

ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

más, haciendo a su cuerpo sacudirse con la necesidad de intensificar esta atracción insaciable entre ellos.

Y maldita sea, solo quería ser capaz de quitarla de encima, subir sobre ella, y follarla hasta dejarla sin sentido.

—Eres hermosa, D —dijo en voz baja.

—Me estoy haciendo vieja —susurró ella; su sonrisa de repente menguando.

Casi resopló, pero recordó lo insegura que siempre había sido y mantuvo su expresión solemne. Había tratado con sus inseguridades en ese entonces, y sabía exactamente qué hacer con ellas ahora.

—Mujer —dijo, deslizando otro dedo dentro de ella—, deja tus malditas tonterías.

Entonces la besó antes de que pudiera decir una palabra más.

Folló un montón de mujeres desde que se volvió nómada, todas más jóvenes que ella, y sin embargo ninguna pudo estar a la maldita altura de la forma en que se sentía por ella, la forma en que la veía.

Su piel no era tan suave como había sido, sus pechos no se hallaban tan elevados y su estómago no era tan plano. Nada de eso le importaba.

Dorothy seguía siendo ella, todavía hermosa, y la única mujer en esta tierra que fue capaz de darle una sensación de comodidad. Era la única mujer que lo conectaba a tierra cuando más lo necesitaba, que le dio lo único que creyó que nunca volvería a tener: una familia de sangre y carne.

No importaba cuánto envejeciera, cuando llegara el momento en que su cabello se volviera blanco y su piel fuera una cascada de arrugas, la encontraría hermosa, sobre todas los demás, y aún la amaría.

—Siento que deberíamos hablar más —murmuró contra su boca—. Pero apenas hemos hablado, parece.

La besó de nuevo, la boca, las mejillas, y luego su pequeña nariz respingona. —¿Cuándo mierda hemos necesitado palabras?

Porque no las habían necesitado, no en ese entonces y no ahora. Tal vez unas pocas habrían venido muy bien, y tal vez llegar a este punto no habría sido un camino tan largo y duro, pero ya no importaba porque se encontraban aquí. Ambos llegaron a la línea de meta.

Y las palabras no eran jodidamente necesarias.

Excepto cuando se necesitaban.

—D —susurró, quitando las manos de su cuerpo—, tenemos que hablar.



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

Poco a poco, viéndose un poco aturdida, con los labios hinchados por los besos y su piel enrojecida de sus caricias, rodó fuera de él y se colocó a su lado.

—¿Hmm? —murmuró, acariciando su brazo. A medida que su mano se deslizaba sobre su estómago, y sus uñas rozaron ligeramente su piel, él cerró los ojos, reprimiendo un gemido. Quería hacer esto, con ella, toda la noche, toda la semana. Infiernos, quería recuperar el tiempo perdido y hacer esto por un año consecutivo.

Pero no tenía un año. No tenía ni siquiera un mes.

Y si no se lo decía ahora, lo odiaría por ello después. Eso no era algo con lo que pudiera vivir.

Pasando un brazo alrededor de su espalda, dijo—: Hay algo tienes que saber, nena.

—Deuce ya me dijo todo —susurró, besando su brazo.

—No —dijo—, no lo hizo.

De pronto su lenguaje corporal cambió de lánguido y suave a rígido y alerta. Alejándose de él, se sentó y tiró una almohada en frente de ella, cubriéndose y abrazándola contra su pecho.

—¿Qué? —preguntó en tono cauteloso.

Dolía. Le dolía físicamente tratar de hacer salir las palabras, porque una vez que las liberara, no podrían ser retractadas. El daño estaría hecho y pasaría sus últimas semanas a su lado tratando de reparar el daño en lugar de simplemente estar juntos. Eso sería el elefante en la maldita habitación, demasiado trascendental para ignorarlo.

Pero a pesar de que odiaba la idea de lastimarla, en el pasado había habido suficientes secretos entre ellos. No quería que tuvieran más.

—Esta mierda con los rusos —dijo; su voz revelando la tensión emocional que sentía—. Esto… no ha terminado.

Estrechó los ojos. —¿Qué quieres decir, con que no ha terminado?

Tomó una respiración profunda, una demostración obvia y diferente de emoción que los sorprendió tanto a él como a Dorothy.

—Hawk —dijo, su voz pequeña e inusualmente alta, un testimonio de su creciente temor—. ¿Qué está pasando? Me estás asustando.

—Hay algo que tengo que hacer —dijo, alcanzándola. Acunando su mejilla, pasó el pulgar por su labio inferior, en un intento de detener su temblor—. Algo que no te va a gustar.



Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

18

Traducido por CrisCras

Corregido por Daniela Agrafojo

La vida constaba de momentos, grandes y pequeños, buenos y malos, oscuros y claros. Nunca recordábamos los grises, los momentos de en medio, solo los momentos que tenían la habilidad de transformarnos de alguna manera, afectarnos tan completamente que el recuerdo quedaría grabado para siempre en quiénes éramos, somos y llegaremos a ser.

Mis momentos eran muchos. Quedar embarazada a los quince, casarme con un hombre al que no amaba a los dieciocho, enamorarme por primera vez mientras continuaba casada, de un hombre que también era casado.

Perder el respeto y el apoyo de mi familia.

Y enamorarme de nuevo, esta vez por última vez de un hombre que era prácticamente un desconocido para mí, y quedar embarazada otra vez.

El día que Chrissy me disparó, la primera vez que vi la cara de Christopher y supe de forma innata que era mío, fue el día que mis recuerdos empezaron a volver.

Toda una mezcla de devastación y felicidad que nunca olvidaría.

Mi hija derrumbándose en mis brazos después de que le hubieran disparado a Cage, y luego la mirada en su rostro cuando se casó con él y por fin tuvo lo que más había querido en este mundo.

Cada una de las sonrisas de Christopher.

Que Hawk no apareciera en navidad y los eventos que siguieron, guiándome a finalmente tener el coraje de enfrentar a Jase, de dejarlo ir, y al dejarlo ir, permitirme aceptar mis verdaderos sentimientos por Hawk.

Y Hawk. Tenerlo, por primera vez, real y auténticamente, tener al hombre que amaba de forma innegable, un hombre que me correspondía amándome incondicionalmente, tenerlo en mi corazón y en mis brazos, y sin vergüenza, sin pedir disculpas, por fin ser capaz de decirle al mundo que era mío y yo era suya.

Esos eran los momentos que recordaría por siempre, los momentos de mi vida, mi historia.

Y todo terminaba con la marcha de Hawk.



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

Iba a dejarme.

No por elección, sino por su sentido del deber, con Deuce, con todos los Jinetes, incluso con Predicador.

Ni Deuce ni Predicador permitirían alguna vez que otra organización dictara cómo llevar sus negocios, a quién comprar, a quién vender. Y debido a eso, a cambio de salvar la vida de Hawk, él tenía que sacrificar su libertad por el bien de ambos clubs.

En unos pocos días habría una reunión con el abogado del club para discutir su estrategia, y en un periodo de tres semanas, Deuce acompañaría a Hawk a la sede del FBI, en donde rebelaría quién era, y en última instancia, se entregaría.

Y yo lo perdería de nuevo.

Momentos.

Buenos… y malos.

Mi vida.

Al principio había llorado.

Luego le había preguntado a Hawk, mi voz un susurro ronco—: ¿Por cuánto tiempo te irás? —No pudo darme una respuesta, solo una mirada que me dijo, en términos muy claros, que no tenía una respuesta para mí pero que esperaba lo peor, e igual debería hacer yo.

—¿Por qué se te busca exactamente? —pregunté tímidamente, temiendo la respuesta.

No quería decírmelo, lo podía discernir por el profundo ceño que se formó en sus rasgos normalmente inamovibles.

—Armas, drogas, tráfico humano. —Suspiró—. Lo que sea, mi padre tenía su mano en ello.

Entonces yo había gritado mientras lloraba, golpeé mis puños contra la ropa de cama y las almohadas en lugar del hombre. Porque incluso aunque quería culparlo, no podía. No podría culparlo por los pecados de su padre, o porque su padre hubiera sido lo suficientemente descuidado como para dejar que su hijo adolescente formara parte de un juego tan peligroso.

Luego lloré de nuevo. Lloré porque podía haber pasado los últimos ocho años en sus brazos. Podía haber mirado más allá de mi dolor y haberle permitido entrar, abrir esa puerta en la que estuvo esperando todo el tiempo y simplemente dejarlo jodidamente entrar.

Pero no lo había hecho, porque aunque pensaba que era más fuerte, no lo había sido. Todavía había estado escondiéndome, aún asustada de mí misma y de mis sentimientos, de lo que me deparaba el futuro.



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

Y ahora era demasiado tarde.

Luego lo besé. Ahuequé los lados de su rostro, enterré mis dedos en su desaliñada barba hasta su piel, luego ascendí hasta su pelo y mientras pasaba mis uñas por su cuero cabelludo, lo besé con fuerza. Un feroz beso bañado en lágrimas, lleno de mi ira y dolor, vertiéndolo todo en su boca, en él. Porque tenía que hacer algo o gritaría y gritaría, y temía que si empezaba a gritar no pararía nunca.

Hicimos el amor otra vez, esta vez sin mis inseguridades y sin las restricciones de Hawk. A pesar de su limitado rango de movimiento, fue agresivo, demandante y tan apasionado como yo necesitaba. No fui suave; no podía serlo. No tenía tiempo para amabilidad, ni para tomarme las cosas con lentitud, para llegar a conocernos el uno al otro una vez más, descubrir lo que más amaba él y lo que más disfrutaba yo.

Todo lo que tenía era este momento y no quería desperdiciarlo. A él. A nosotros. Nuestros momentos.

Esos momentos que recordaría durante el resto de mi vida.

Él, tan profundamente dentro de mí que podía sentirlo, grande y pesado por la necesidad, la sangre bombeando a través de su cuerpo, latiendo al ritmo de mi propio corazón.

Y yo, tan llena, completamente saciada, rodeada e infundida por él, demasiado e insuficiente a la vez, y en última instancia, dolorosamente satisfecha a niveles de gratificación solo conocidos por una mujer que ha experimentado lo que es el amor verdadero.

Momentos.

Lloré otra vez cuando me vine. Sin respiración y aún temblando por mi liberación, con Hawk todavía dentro de mí, me dejé caer sobre su pecho. Sus brazos se envolvieron a mi alrededor, apretándome con fuerza, enterrando su rostro en mi pelo al tiempo que mis ojos se inundaban, humedeciéndonos a ambos, y ninguno de nosotros habló.

Cuando mis lágrimas se habían secado, cuando finalmente fui capaz de liberarlo, se negó a dejarme ir.

—Eres mi mujer, Dorothy Kelley —dijo, su voz profunda y suave—. Siempre lo has sido, siempre lo serás. He esperado demasiado tiempo por esto, por ti, así que tener que esperar un poco más no va a matarme.

Elevé la cabeza para encontrar sus ojos. Ojos sorprendentemente húmedos. Hawk de verdad había cambiado. Ser libre por fin de su pasado, sus secretos, sin esconderse más, había sacado al hombre que debería haber sido siempre, un hombre al que amaba más debido a ello.

—Esperaré por siempre —susurré, forzándome a permanecer fuerte, al menos en este momento—. Esperaré jodidamente por siempre —repetí, esta vez con más fuerza, cada fibra de mi ser incendiada con la verdad de



Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

esas palabras. Podía sentirlo, respirarlo, que indudablemente esperaría por siempre a que este hombre volviera a mí.

Los labios de Hawk se separaron en una sonrisa tan grande, tan brillante, que ni siquiera su barba pudo esconder su intensidad.

No pude evitar sonreír en respuesta.

Hawk no sonreía. Había esas raras ocasiones en las que uno de los chicos del club diría algo infantil, haciéndole reír, pero una sonrisa, ¿una sonrisa del tipo el gato que se comió al canario? Nunca.

Una mano descendió con fuerza sobre mi trasero, una palmada aguda que hizo eco a través de la habitación, haciéndome saltar.

—Mujer —dijo, soltando una carcajada—. Jodidamente me encanta cuando maldices.



Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

19

Traducido por Miry GPE & florbarbero

Corregido por Anakaren

Meredith Jamison era una potencia en tacones si es que Hawk alguna vez vio una.

Con esa blusa blanca abotonada escondida dentro de un traje de pantalón negro, con apariencia de seda, que se ajustaba a sus escasas curvas, su brillante pelo negro recogido hacia atrás en una apretada cola de caballo, sus duros ojos marrones del tipo que todo lo ven, y una expresión tan inflexible como su tono, daba la impresión de ser una mujer que pudiera tomar el mundo, hacer que se arrodillara ante ella y hacerlo su perra.

Lo cual era genial.

Jodidamente perfecto.

Ella era la clase de abogada que Hawk necesitaba si quería evitar pasar sus años dorados tras las rejas.

De todas las afiliaciones del club con los abogados en los últimos años, ella era por mucho la mejor. Trabajaba tanto como parecía y los sacó de apuros muchas veces antes, logrando que las sentencias de algunos chicos fueran drásticamente reducidas, así como también, que algunos de ellos no cumplieran ninguna condena de cárcel.

Ese no sería el caso aquí. Hawk sabía que tendría que pasar algún tiempo en la cárcel, pero, cuánto tiempo, es lo que quedaba por ver.

—Señor Polachev —dijo ella, alejándose de la pared para apoyarse contra el borde del escritorio de Deuce—. Quizá solo es buscado por la conexión con los crímenes de su padre, pero como sabe, la mayoría de los miembros del cártel Polachev son buscados internacionalmente por una extensa lista de actividades ilegales, donde las drogas o contrabando de armas, son las de menor magnitud. El FBI los ha rastreado, así como a los proveedores de varios explosivos utilizados en incidentes de bombardeos en todo el país. No nos olvidemos de la trata de personas. Si entramos en la sede del FBI anunciando que es el hijo perdido de Avgust Polachev, y que su único conocimiento del cártel fue cuando tenía casi veinte años, no ofrecerán ninguna oferta. Estará encerrado en una prisión de máxima seguridad y lo dejarán ahí para que se pudra.



Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

Hawk ya sabía eso, y si fracasaba el plan que planearon Deuce y Predicador, eso era exactamente lo que terminaría sucediendo. Se pudriría.

—¿Y si puedo darles a Yevgeniy Polachev? —preguntó en voz baja.

La mirada de Meredith pasó de él hacia Deuce, quien le dio un solo asentimiento de cabeza en respuesta.

—¿Solo así? —preguntó, sorprendida—. ¿Te conviertes en una rata?

Deuce se encogió de hombros. —Él lo empezó —murmuró—. El ruso hijo de puta me chantajeó con uno de mis propios chicos.

—Qué maduros —respondió Meredith, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Maduro o no —dijo Hawk—, podría funcionar. Podemos llenar al FBI con detalles de la próxima recepción de los Jinetes, y los federales pueden irrumpir el lugar, arrestando a todo el mundo. Incluidos los Jinetes.

—Sí —intervino Deuce—. Pero no olvidemos que lo quiero por escrito, que todo es un maldito espectáculo, y que ninguno de mis chicos será acusado de nada. Los federales capturan a Yenny y sus hombres, el cártel puede continuar su negocio con los clubes que represento, y todo el mundo vive felices para jodidamente siempre. ¿Me comprendes?

Meredith sonrió; el primer atisbo de una sonrisa desde que llegó al club. —Lo comprendo, señor West. Si entrega a Yevgeniy Polachev en bandeja de plata, estoy segura que puedo llegar a un acuerdo en el cual ninguno de sus muchachos sea acusado realmente... excepto el señor Polachev, por supuesto. —Miró hacia Hawk.

—Por supuesto —murmuró, molesto por el uso continuo de un apellido que ya no le importaba recordar.

—En cuanto a la sentencia —continuó—, con su ayuda en la detención de su tío, me encuentro el ochenta y cinco por ciento segura que podría atenuar sus cargos a complicidad y encubrimiento, lo que resultaría en una sentencia reducida de cinco a diez años tras las rejas. Pero eso es si el fiscal federal está de acuerdo, y por lo que he escuchado, él es el hombre menos agradable del planeta.

Fue el turno de Hawk para sonreír. —¿En serio? —preguntó—. ¿Has conocido a mi Prez?

—Touché —dijo, enderezándose. Sus tacones repiquetearon sobre el piso de cemento mientras cruzaba la habitación. Tomando tanto su bolso como su maletín, se dirigió hacia las puertas.

—Estaré en contacto pronto —dijo sin mirar atrás.

Cuando ella abrió las puertas, los sonidos de la fiesta en desarrollo afuera de la oficina de Deuce, llenaron el aire; era una fiesta de despedida



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

para Hawk que los chicos decidieron organizar en su honor. Cuando las puertas se cerraron detrás de ella, cortando los sonidos de la música y la risa, Hawk se imaginó un portazo de una celda de prisión, borrándolo enteramente del mundo.

Y pensar que alguna vez creyó que no tenía ni una mierda en este mundo. En realidad, había tenido tanto. Más que la mayoría.

—Nunca cumplí alguna de verdad, solo unos pocos períodos cortos aquí y allá, nada mayor a unos pocos meses —dijo Deuce, mientras se levantaba de su silla y rodeaba su escritorio. Yendo a sentarse junto a Hawk en el sofá, suspiró pesadamente—. Gracias a Mick —terminó, rodando los ojos.

—Pero lo harás bien. Solo agacha la cabeza y mantén tu boca cerrada, y si tienes que hacerlo, en caso de que alguien tenga un problema contigo, has equipo con un grupo que cuidará tu espalda. Y si llegas a tener algún problema real, házmelo saber. Predicador tiene ojos en todo el maldito lugar. En cualquier prisión en la que termines, estoy seguro que Predicador conoce a alguien que conoce a alguien que conoce a alguien, y me encargaré de esa mierda muy rápido.

Hawk no podía decir si era a él a quien Deuce trataba de convencer que todo saldría bien, o a sí mismo. Pero no dudaba del hombre ni por un minuto. Después de todo, fue Deuce quien hizo que se encargaran de su propio padre mientras se hallaba en prisión. Lo apuñalaron en las duchas.

No hacía a Hawk feliz que él hiciera eso. Sin la afortunada muerte de La Parca West, ¿quién sabía qué diablos hubiera pasado con Cox, Ripper, Sucio o él? La Parca ciertamente no les habría hecho ningún favor a un par de adolescentes sin hogar.

Mientras que matar a su propio padre podría parecerle a los demás la acción de un hombre cruel y sin corazón, en realidad el cruel fue La Parca y no Deuce. Él era solo un hombre que hizo lo que tenía que hacer para seguir sobreviviendo. Creó sus propias reglas, vivió a su manera, y cualquier persona que jodiera con él o con lo que era suyo...

De alguna manera, algún día, Deuce les haría llegar su castigo.

—Hablando de ocuparse de la mierda —dijo Hawk—. ¿Qué harás con los chicos de las Vegas, o... —Vaciló, no quería sacar a relucir al mayor traidor de todos ellos, pero no importaba. Deuce sabía exactamente de quién hablaba.

—Todos ellos fueron despojados —dijo Deuce—. No se puede hacer mucho más mientras estén en la cama con el cártel, pero sabes que a los rusos no les gusta mantener foráneos en su interior durante demasiado tiempo. Estorbos. De una forma u otra, todos serán castigados.



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

—En cuanto a ZZ —continuó Deuce, con la mandíbula tan tensa que Hawk podía ver sus músculos faciales crisparse—, me importa una mierda quien él cree que lo protege. No pararé de buscarlo y cuando lo encuentre, le rasgaré su jodido corazón.

Las fosas nasales de Deuce se dilataron, sus fríos ojos azules ardieron con vehemencia. —Le disparó a mi hijo, me traicionó y luego esta mierda contigo…

Los puños de Deuce, apoyados en sus rodillas, se cerraron.

—Él todavía la ama —dijo Hawk.

La cabeza de Deuce se sacudió, su mirada se dirigió a Hawk. —¿A Danny? —preguntó.

Hawk asintió. —Nos reunimos mucho después que él me disparó, antes de que comenzara a golpearme hasta cansarse. Realmente no quise decir todo eso frente a Ripper.

La expresión de Deuce pareció aflojarse un poco, pero se mantuvo la ira subyacente. —No importa —gruñó—, has estado tras D todos estos años, y no empezaste a dispararle a tus hermanos.

Hawk contuvo una carcajada. Hubo momentos en los que no quiso otra cosa más que poner una bala en el malcriado, egoísta, sin cerebro de Jase. Pero lastimar a Dorothy era algo de lo que nunca fue capaz, y matar a Jase… Bueno, no importa los sentimientos de ella hacia el hombre, eso la habría lastimado.

—Al diablo con toda esta plática sobre mujeres —espetó Deuce de repente, levantándose del sofá. Agarrando las muletas de Hawk, le ofreció el brazo para que lo tomara—. Tienes una fiesta a la cual ir ahí afuera, y gente que quiere verte.

Hawk se sostuvo del brazo que le ofreció Deuce y con un poco de buena lucha, se las arregló para ponerse de pie. Mientras se equilibraba sobre su pierna buena, Deuce le colocó las muletas bajo los brazos. A Hawk le tomó un momento adaptarse a ellas, ya que nunca las usó antes, solo recientemente, pero era bueno utilizar las muletas o se hubiera quedado atascado en una silla de ruedas; las muletas parecían muchísimo más atractivas que tratar de andar por ahí sobre malditas ruedas.

Deuce se hallaba a punto de abrir las puertas cuando un fuerte golpe sonó desde el lado opuesto, haciendo vibrar la madera.

Hawk dio un paso hacia atrás cojeando, mientras Deuce abrió las puertas, revelando a… Jase.

—Volviste —dijo Deuce.

—Yo… uh… —La mirada de Jase se desvió hacia Hawk, quien sostuvo su mirada con ojos entrecerrados. Dorothy le explicó lo que



Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

sucedió entre ellos dos. Sabía que Dorothy durmió en la cama de Jase, y terminó dándole un beso de despedida a la mañana siguiente. Pero incluso sabiendo que fue su último beso, Hawk no se sentía contento sobre eso. No es que hubiera hecho alguna reclamación sobre Dorothy en aquel momento, pero lo hizo ahora y no pudo evitar sentirse un poco territorial. O tal vez bastante territorial.

Mirando de uno al otro, Deuce hizo pasar a Jase antes de darle a Hawk una sonrisa sombría y una palmada en la espalda.

—Ve —dijo Deuce, apuntando afuera de su oficina.

Mientras Hawk cojeaba a través de la puerta, sabía que no había nada en esta tierra aparte de una bala en el cerebro o una sobredosis fatal de drogas que hiciera que olvidara lo que se avecinaba, pero mientras era recibido con sonrisas, gritos, aplausos, botellas siendo sostenidas en el aire y la triste sonrisa de una linda pelirroja, casi podía olvidar.

Casi.

***

Incluso antes de que Jase viera a Hawk cojear por la habitación, dirigiéndose directamente a Dorothy, agarrándola en un abrazo con un solo brazo y jalándola contra su cuerpo para darle un beso que haría ruborizar incluso a estrellas porno, ya sabía que algo sucedió entre ellos dos.

Considerando que Hawk y él podían tener una historia de aversión el uno con el otro, por lo general pasaron el muy escaso tiempo que se vieron obligados a compartir juntos en la misma habitación, ignorándose entre sí. Pero desde el día que Hawk se presentó en el hospital, informándoles a todos que el bebé de Dorothy era suyo y luego noqueando a Jase, Hawk no le daba ni la hora.

Hasta hoy. Tan pronto como vio a Jase, su dura expresión se endureció aún más. Incluso herido, el hombre se cuadró de hombros, estirándose en toda su estatura. Era el humano equivalente a un animal que detectaba una amenaza, y los figurativos pelos de punta de Hawk se elevaron.

Mientras se miraron el uno al otro, Jase sintió una tensión tácita comenzar a construirse entre ellos, peor de lo que nunca antes fue. Sí, algo muy diferente esta vez, y una vez que vio ese beso...

Deuce cerró las puertas con un golpe y Jase cerró los ojos. Sintió ese beso, sintió esa mierda recorrerlo hasta los dedos de los pies. Ningún golpe bajo que Hawk le hubiera dado alguna vez, verbal o físicamente, le hubiera



Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

hecho sentir peor que ver a la mujer que una vez lo colocó en un maldito pedestal y que esperó fielmente durante años a que él la eligiera…

Espera. Tacha esa mierda. Ella no fue fiel. Ni siquiera cerca. Pero tampoco podía permitirse estar molesto al respecto. El comal hablando de la olla.

Aun así, al verla siendo reclamada públicamente por otro hombre lo hacía sentir como una mierda.

—Cálmate —murmuró Deuce—, y siéntate, joder. Tengo demasiada mierda como para agregar tu lamentable trasero.

Mientras Deuce se dirigía a su escritorio, Jase cayó en el sillón y suspiró. —Para esa mierda, Prez, no creo que debas decirme nada.

Deuce tomó asiento, pero en lugar de inclinarse hacia adelante sobre su escritorio como lo hacía usualmente, se inclinó hacia atrás, cruzó los brazos sobre su pecho y miró fijamente a Jase.

—¿Sí? —preguntó Deuce—. ¿Y por qué es eso? ¿Estás desertando?

—Tengo hijas que no me hablan —dijo Jase, comenzando a preocuparse por si Deuce le permitiría retirarse en buenos términos, o le patearía el trasero fuera de aquí por ser un desertor y le obligaría a cubrir sus tatuajes del club—. He permanecido con ustedes desde hace mucho tiempo, Prez —dijo nerviosamente—. Casi la mitad de mi condenada vida. Tengo que irme. No tengo opción. Tengo que hacer esta mierda bien con mis chicas.

—Así que, ¿ahí es a donde te diriges, entonces? ¿Al interior? ¿Cerca de la universidad?

Jase simplemente asintió.

Desplegando sus brazos, Deuce se sentó y abrió un cajón, pero Jase no podía ver que tenía dentro. Tomó un paquete de cigarrillos, sacó uno de la caja, y lo encendió.

Jase miró hacia la puerta, esperando a que Eva llegara y comenzara a golpear las bolas del hombre, pero cuando no pasó nada, se encogió de hombros y miró de nuevo a Deuce.

—Me importa una mierda —refunfuñó Deuce—. Dos de mis chicos están dejándome, creo que merezco un maldito cigarrillo.

Jase quería preguntarle quién más se iba, pero decidió no hacerlo. Si Deuce le permitía alejarse en buenos términos, él técnicamente todavía era un miembro, solo que uno retirado. Y retirarse de un club de motociclistas era infernalmente similar a hacerlo como militar, ya que en caso de necesidad, podría ser llamado de nuevo al servicio en cualquier momento.

—Ahhh —suspiró Deuce mientras una larga bocanada de humo gris brotaba de entre sus labios—. Jodida hermosa mierda.



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

Jase se quedó en silencio, dejando que el hombre disfrutara de su cigarrillo, mirando alrededor de la oficina por la que quizá era la última vez. La idea de irse, decir adiós a todo lo que conocía, era aterradora, pero al mismo tiempo una pequeña parte de él se sentía... excitada ante un nuevo comienzo.

Deuce repentinamente se puso de pie, moviendo la atención de Jase de nuevo hacia él. —Entrega tus parches —dijo, y el estómago de Jase se hundió.

Lentamente se levantó de la silla, y aún más lentamente, se quitó el chaleco de cuero negro de sus hombros. Lo giró, capturándolo antes de que pudiera caer al suelo. Entonces, apretándolo en sus manos, se quedó mirándolo por un momento, a los parches, pensando en los millones de recuerdos que el pequeño trozo de material contenía.

—Los cuadros se mantienen en la pared —dijo Deuce, recuperando la atención de Jase—. Pero los colores se quedan en tu piel. Y si alguna vez necesito tu culo, estarás de vuelta aquí más rápido de lo que la mierda mancha una maldita alfombra blanca, ¿lo entiendes?

Después de apagar el cigarrillo, Deuce pasó alrededor de la mesa hacia él. Extendiéndole la mano, dijo—: Dame.

Mirando a Deuce, Jase recordó a su padre. A pesar de que el hombre envejecía mejor que su viejo, Deuce era como un padre para Jase. Decirle adiós se sentía como perder a un miembro de su familia.

Aun así, le entregó el chaleco, y una vez que estuvo en las manos de Deuce, el hombre se giró y señaló hacia donde se encontraba colgado el chaleco de Blue, en la pared por encima de su escritorio, enmarcado en vidrio.

—Se quedará allí, hermano —dijo—. Estarás con una maldita buena compañía.

Era sorprendente y conmovedor. ¿Tener su chaleco colgado en el muro de Deuce, y cerca del de Blue? Ese era un honor de proporciones épicas, uno que se les daba a muy pocos hermanos. Jase no estaba siendo despedido ni echado, para nada. Simplemente cambiaba de rumbo, de esa forma que recordaba a mudarse de la casa de tus padres cuando eras lo suficientemente mayor, una vez que llegaba el momento.

Era hora de que Jase siguiera adelante.

—Gracias, Prez —dijo tranquilamente.

—Deuce —dijo, volviéndose hacia él y tendiéndole la mano—. Mi nombre es Deuce, hermano.

Jase estrechó la mano del hombre, dándole un apretón firme que terminó con Deuce tirando de él hacia adelante para un rápido abrazo. Apenas tuvo tiempo suficiente para sentirse sorprendido cuando de



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

repente fue empujado lejos en tanto Deuce le señalaba con la barbilla la puerta.

—Hay una jodida fiesta ahí fuera. Ve a despedirte de los muchachos.

Jase sabía cuándo estaba siendo echado, pero también sabía que Deuce, a juzgar por su expresión, solo lo hacía porque necesitaba un momento a solas. Lo que sucedía lo estaba dañando, y Jase solo añadió más dolor a la situación.

—¿Y Jase?

Mirando hacia atrás a Deuce, arqueó una ceja de manera inquisitiva.

Deuce sonrió sombríamente. —A algunos de los chicos que no les guste lo que estás haciendo, dejar el club y todo, no les prestes atención. Nada es más importante que la familia. Me llevó un maldito largo tiempo entender esa mierda.

Cerrando los ojos, Jase respiró hondo. Cuando los abrió, le dio una mirada larga y dura, obligándose a ser fuerte. Fuerte como Deuce lo era siempre.

—Gracias, hermano.

—Ahora vete —le ordenó Deuce, alejándose de él—. Consigue vivir de nuevo.

Los músculos de Jase se tensaron y su mandíbula se apretó. No sería un idiota ahora; saldría por esas puertas, con la cabeza bien en alto, orgulloso de finalmente estar avanzando. Sus jodidas emociones, maldita sea, no iban a sacar lo mejor de él esta vez.

Envolviendo su mano sobre el pomo de la puerta, Jase la abrió.

—¡Idiota! —gritó Cage, señalándolo mientras se lanzaba hacia él—. ¿Qué mierda le hiciste a mi camioneta? ¡No jodas con la camioneta de otro hombre!

—¡Deja de lloriquear! —gritó Ripper desde el otro lado de la casa—. ¡Tu camioneta es una mierda!

—¡Jase! —Cox golpeó la barra—. Trae tu culo aquí. ¡Tengo historias que contar y nadie me está escuchando!

Sonriendo, Jase cerró la puerta del despacho del Deuce detrás de él y lentamente se dirigió hacia el club.

Por última vez.



Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

20

Traducido por Jasiel Odair & Cris_Eire

Corregido por Marie.Ang

Fue promocionada como una fiesta, pero sabía lo que en realidad era esta improvisada tertulia en la casa club. Una fiesta de despedida. Todo el mundo vino, los chicos, sus esposas o novias, y todos sus hijos. Incluso los nómadas, los hombres que no vivían en Miles City, aparecieron.

Sintiendo orgullo por el sacrificio de Hawk, su verdadero pasado casi olvidado, todos vinieron a presentar sus respetos, así como a decir adiós a uno de los suyos.

Por mucho que apreciaba sus esfuerzos, no tenía ganas de fiesta, así que me quedé a un lado, evitando a todo el mundo. No quería nada más que estar acurrucada en la cama junto a Hawk, pasando mis manos sobre él, por cada centímetro de él, memorizando los plano y huecos de su cuerpo, sintiendo los músculos y huesos bajo su piel, las líneas de su rostro, los callos en sus manos, cada pelo, grueso y suave, sobre su cuerpo.

Quería mirar su cara, sus ojos, hasta que fuera todo lo que pudiera ver, tanto que cada vez que cerrara los ojos a partir de ahora hasta siempre, serían esos rasgos ferozmente apuestos y peligrosamente oscuros los que se formarían en la negrura de mi subconsciente.

Quería mantenerlo conmigo incluso cuando él no podía estar aquí.

Pero no era la única que amaba a Hawk y quería pasar tiempo muy necesario con él antes de que nos dejara. Puede que nunca haya sido muy hablador, siempre más de acción que los otros, pero eso no significaba que no hubiera formado lazos con ellos a través de los años.

Examiné la habitación, mis ojos bailaban sobre muchas caras hasta que encontré la que buscaba. Hawk se hallaba sentado en un taburete, inclinado hacia la derecha con una muleta bajo el brazo, sosteniendo la mayor parte de su peso. Su cabeza se encontraba recién afeitada, sacando su Mohawk, y todo lo que quedaba de su barba era un par de vellos.

Pero no fueron sus rasgos atractivos lo que retuvieron mi mirada. Era la fuerza detrás de ellos. El hombre interior.



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

Lo amaba por esa fuerza. Por ser el padre devoto que era, por nunca darse por vencido a pesar de mi reticencia. Pero sobre todo, lo amaba por amarme por encima de mis muchas, muchas debilidades.

Jase y yo nunca estuvimos predestinados. Jase y yo éramos uno y el mismo, de mente débil y poca fuerza de voluntad. Los dos nos sentimos atrapados, atascados en la vida que nunca quisimos, y por eso, pasamos un tiempo oscuro y aparentemente sin esperanza en mi vida.

Por un corto tiempo, él había sido lo que realmente quería.

Pero nunca lo había necesitado.

Hawk era el hombre fuerte, recio y emocionalmente sólido que necesitaba, y solo podía esperar que un día Jase se daría cuenta de esta verdad, así encontraría una mujer que le daría el mismo tipo de apoyo y amor incondicional.

Mi único consuelo al perder a Hawk era saber que nunca perdería ese amor. Él podría no ser capaz de estar físicamente conmigo durante el tiempo que se fuera, pero nunca me dejaría. Y ni siquiera las gruesas paredes de concreto y barras de acero de una prisión podrían quitarme eso.

—Estaría gustoso de apostar que va a estar diez años, como máximo.

El sofá crujió cuando Deuce se sentó junto a mí, arrancándome de mis pensamientos.

—De cinco a siete con un buen comportamiento —continuó Deuce—. Se va a pasar antes de que te des cuenta, y estará en casa otra vez.

Suspirando, aparté la mirada de Hawk para darle a Deuce toda mi atención. Dios sabía que al hombre no le gustaría ser ignorado.

Sosteniendo una copa en la mano, me la ofreció. —Superarás esto, D.

Deuce dijo que diez años no eran nada, como si fueran solo un parpadeo en el lapso de una vida que por lo general constaba de sesenta o setenta años, y si tenías suerte.

Diez años significaban diez largos años sin el hombre que amaba, y Christopher creciendo sin su padre. Diez años era diez malditos años, y sin duda no eran un parpadeo.

Yo tendría cincuenta años, Christopher se estaría graduando de la escuela secundaria, y Hawk se habría perdido todo. Tragando de nuevo una ola de tristeza, ahuyenté mis sentimientos con un gran trago de lo que me trajo Deuce y terminó casi asfixiándome hasta la muerte. ¿Qué era esto? ¿Alcohol adulterado?

—Él te quiere aquí, ¿sabes? —dijo Deuce en voz baja, inclinándose hacia mí—. Los quiere a ti y al chico aquí para que sepa que están siendo



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

bien cuidados. Tengo que decirte, D, que estoy de acuerdo con él. Puedo ayudarte a encontrar una casa, un trabajo, lo que necesites.

Por mucho que odiaba apartar a Christopher de su escuela, sus amigos y su ciudad, sería una mentirosa si no admitiera que no quería regresar a San Francisco. Sobre todo con la pérdida de las visitas de Hawk, no tendría a nadie más que a Christopher. Las amigas de Tegen eran agradables, pero nunca fui capaz de conectar emocionalmente con ellas. Quería estar con mi hija, estar cerca de mujeres de mi edad… y por supuesto, el club.

Pero no necesitaba que Deuce hallara una casa para mí, no cuando estaba relacionada con el único agente de bienes raíces en la ciudad.

Y ya era hora de que enfrentara a mi familia.

—Voy a llamar a mi hermana —le dije—, para ver lo que hay en el mercado.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde que hablaron?

Me encogí de hombros otra vez. —Un tiempo muy largo.

—¿También con tus padres?

Suspirando, asentí. —Sé que se han acercado a Tegen un par de veces, y también lo han hecho sus abuelos paternos, pero me ha dicho que les dejó claro que no quiere tener nada que ver con ellos. —Sacudí la cabeza—. Luego, por supuesto tenía que dar el siguiente paso y decirles que su nombre era Tegen West, asegurando que sabían exactamente quién era su suegro. —Le di una mirada mordaz a Deuce—. Solo puedo imaginar la expresión de sus rostros temerosos.

Deuce soltó una carcajada profunda que llamó la atención de casi todo el mundo rodeándonos.

—Será mejor que agregues esa mierda a mi cuenta —dijo, sin dejar de reír—. Y, ¿D? No aceptaré un no por respuesta.

Eso era lo que pensé. Nunca aceptaba un no, y había aprendido eso cuando insistió en pagar los gastos de Tegen en San Francisco. No era tan tonta como para rechazar su oferta, no cuando todo lo que tenía eran mis cheques de discapacidad, y lo poco que contenían mis ahorros. No era suficiente para comprar una casa decente para que mi hijo creciera.

—Estoy en ello, Prez —bromeé—. Pero solo si me puedes prometer que es seguro.

Me dirigió una mirada de soslayo. —¿Seguro? —preguntó, perplejo.

Me encogí de hombros, sintiéndome fuera de lugar al hablar con él sobre sus negocios. —¿Los rusos? De todo lo que Hawk me ha contado, y lo que planea hacer… ¿No habrá algún tipo de represalia? ¿Qué pasa si se enteran que Christopher es hijo de Hawk?



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

Hizo una mueca. —Tengo algo preparado en cuanto a la maldita custodia. No puedo prometer que no nos van a contraatacar, pero sí puedo prometer que no va a ser en mi puto pueblo, y que nadie va a pensar que el duendecito es hijo de Hawk.

Su mirada se dirigió hacia Christopher. Sentado en el suelo, con las piernas cruzadas como un pretzel, mi hijo y algunos de los otros niños se encontraban sentados en un círculo.

—Parece que lo hiciste todo tú sola, querida.

Me reí mientras obtenía de reojo una mejor visión de lo que hacían los niños. —¿Qué están haciendo? —dije—. ¿Ivy está enseñándoles…? —Mi voz se apagó, y mis ojos se ampliaron—. Dios mío, Deuce, ¡solo tiene doce y está enseñándoles a jugar al póker!

Se encogió de hombros. —Devin, esa pequeña mierda, le enseñó. —Encogió los hombros otra vez—. Por lo menos no es póker de striptease.

Cuando lo miré boquiabierta, le dio a mi pierna una palmadita conciliadora. —De todas formas, deja que yo me preocupe por los rusos y los problemas con el juego de mi hija. Solo cría a ese chico y vive tu vida, ¿comprendes?

Miré de nuevo a Christopher, luego a Hawk, que prestaba atención a la conversación, antes de mirar de nuevo a Deuce. Sus ojos eran los más suaves que jamás había visto en mi vida, también los más amables.

—Entiendo —susurré, agradecida por su apoyo, pero a la vez, empezaba a sentirme muy abrumada.

—Y a dondequiera que lleven a Hawk —añadió—, te llevaré a verlo una vez al mes. Yo mismo.

Una visita al mes no era mucho, pero era algo. Y tendría que servir para superar los siguientes… diez años.

***

—Esto es bueno —dijo Dorothy, acurrucándose más cerca de Hawk.

Descansando en una de las muchas sillas reclinables del club, Hawk fue capaz de mantener su pierna apoyada, así como tener a Dorothy, tan pequeña como era, sentada en su regazo y su cuerpo envuelto alrededor del suyo.

Esto era bueno. Extraño y jodidamente bueno. Bueno porque los medicamentos para el dolor que tomó hace poco tiempo empezaron a hacerle efecto, y extraño porque Dorothy nunca hizo esto… solo pasar el rato, siendo perezosos y estúpidos.



Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

Y aún más extraño ya que no solo pasaron el día en el club juntos, pasándolo como una pareja en frente de todo el mundo, sino que delante de Jase, por primera vez.

En lo que se refería a Jase, aunque Hawk no sentía un gran afecto por el hombre, tenía que admitir que perder a un hermano era bastante horrible, incluso si ese hermano era un completo y jodido idiota. Pero Jase siempre había buscado algo más; cualquier imbécil que lo conociera lo sabía. El único problema era que el mayor imbécil de todos ellos, Jase, nunca tuvo idea. Ahora que él se iba, para tomar por fin el control de su vida, esperaba que el hombre pudiese encontrar lo que estuvo buscando durante todos estos años.

Y si eso lo mantenía alejado de Dorothy, entonces genial. Súper. Hawk era un maldito hombre feliz.

—Fue lindo de parte de Tegen traer a Christopher a casa —dijo ella. Pasando la mano lentamente por su pecho, alzó el material de la camiseta por encima de su abdomen y comenzó a darle a su estómago desnudo el mismo tratamiento.

—Sería lindo si todo el mundo se fuera jodidamente de aquí —dijo, cerrando los ojos. Sí, esto era bueno.

Dorothy resopló suavemente, haciendo que su cuerpo se sacudiera un poco contra él. —Cox regresó —susurró—. ¿Adivina lo que está haciendo?

A Hawk no le importaba una mierda lo que hacía Cox. En realidad, no le importaba una mierda lo que hacía nadie que no fuera Dorothy y la forma en que sus dedos se deslizaban por su estómago y se sumergían por debajo de la cinturilla de sus pantalones de chándal.

—Me siento ridículo en estos pantalones gigantes —murmuró. Aún más ridículo que los pantalones, era el hecho que una de las perneras fue cortada para proporcionar espacio para su pierna y el yeso.

—De ninguna manera —arrulló Dorothy, besando su cuello y yendo incluso más abajo en sus pantalones. Debajo de su pequeña mano, su pene, por suerte no se vio afectado por las pastillas para el dolor, ya que estuvo alerta al instante—. Son muy accesibles.

Sí. Esto era bueno. Tal vez incluso superaba lo bueno, pero Hawk ya notaba los efectos de esos analgésicos y su cerebro no funcionaba de forma correcta. Bueno era lo mejor que se le podía ocurrir.

—Estuve hablando con Deuce antes —dijo ella.

El labio superior de Hawk se alzó con disgusto. ¿Por qué diablos hablaba de Deuce? ¿Acariciando su polla y hablando de Deuce? Esas dos cosas no coincidían felizmente.

—Y voy a aceptar su oferta de una casa —continuó.



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

—¿Sí? —preguntó, mirándola—. ¿Vas a mudarte de nuevo aquí?

Ella le sonrió, y se dio cuenta por primera vez cuan relajada se veía. Demasiado relajada para ser Dorothy.

—Mujer, ¿has estado bebiendo? —Tuvo su afirmación cuando soltó una risita en respuesta.

Sonriendo, dejó caer la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Agradeció que Deuce hubiera cumplido con su palabra. Nada lo hacía más feliz que saber que Christopher iba a crecer aquí, entre su familia y el club. Nunca le gustó el hecho de que Dorothy hubiese huido a California, y supuso que una vez que Tegen se mudara de vuelta a casa, su madre la seguiría, pero no fue así. Y puesto que la mierda entre ellos era tan extraña, nunca se lo sugirió.

Aunque ahora no importaba, ¿no?

Podía estar tranquilo dentro de cuál fuera la jodida cárcel en la que los federales terminaran metiendo su culo, al saber que Dorothy y su hijo iban a estar viviendo en el territorio de los Jinetes, bajo la protección segura de Deuce.

—Quiero todas las libretas de calificaciones —dijo—. Cada aviso disciplinario, cada imagen escolar. Lo quiero todo, D.

—Lo prometo —susurró.

—Y nada de lucha libre —continuó Hawk, pasando la mano por su espalda y sobre su culo. Sus manos eran lo suficientemente grandes, y el culo de ella lo suficientemente pequeño, para que toda una nalga encajara perfectamente en la palma de su mano. Sí, una mierda realmente buena. Jesús, ¿estaba tan drogado que su vocabulario de repente solo consistía en “bueno”?

—¿Lucha libre? —preguntó.

—Sí, no dejes que Christopher haga lucha libre en la escuela. No quiero que mi chico lleve una de esas mallas de gays. Me parece bien el fútbol, el béisbol, el baloncesto. Simplemente nada de maldita lucha libre.

Dorothy volvió a soltar una risita. —Nada de lucha libre —dijo—. Lo entiendo.

—Lo digo en serio, mujer —gruñó, apretándole juguetonamente el culo.

—¿Hiciste lucha libre cuando niño? —preguntó ella, riendo—. ¿Estás teniendo flashbacks dolorosos de mallas?

Hawk se quedó en silencio. No tuvo el lujo de tener una infancia normal. Había ido a una escuela privada, y en vez de participar en los típicos deportes o actividades extracurriculares, asistió y lanzó grandes fiestas. Incluso siendo pequeño, su vida nunca fue normal. Retrocediendo



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

tanto como le permitía su memoria, podía recordar las lecciones de piano, medidas para trajes, y un ejército de niñeras, todas más para el disfrute personal de su padre que para cumplir con sus deberes del cuidado de niños todo el tiempo.

—Lo siento —susurró Dorothy. Lo miró fijamente, con una expresión llena de preocupación, y le preguntó—: ¿Dije algo malo?

—No —respondió—, solo recordaba.

—Deberías contarme —dijo, sonando esperanzada—. Acerca de tu otra vida. Siento que hay tanto de ti que no sé y…

—No —dijo con más fuerza de la que hubiera querido, y Dorothy se estremeció—. Mierda, lo siento, D —dijo en voz baja, acercándola más—. Como te dije, esa ya no es mi vida. Tú y Christopher, el club, eso es lo que soy ahora. No hay necesidad de estar mirando a esa mierda.

Ella estaba a punto de sonreír, podía notarlo por la forma en que sus ojos se iluminaron, y se encontraba a punto de sonreír en respuesta hasta que con la misma rapidez su labio inferior empezó a temblar y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—No, no, no —murmuró, frotándole la espalda con la mano—. Nada de llantos, D. Más caricias a mi polla.

Una especie de sollozo estridente surgió de ella y su cuerpo empezó a temblar. Hawk inclinó la cabeza hacia un lado para conseguir un mejor vistazo de su rostro, y encontró que se estaba riendo. Bueno, sin dejar de llorar, pero también riendo.

Y justo cuando iba a insistir en que no bromeaba y que sin duda quería más caricias, el monitor de la puerta de detrás de la barra comenzó a vibrar.

—La puerta se está abriendo —murmuró Dorothy, estirando su cuerpo para mirar por encima del respaldo de la silla.

—Lo que significa que sea quien sea tiene el código y la clave —dijo, y luego añadió—: Y ese mismo, va a morir por interrumpirnos.

—¡Oh, mierda! —exclamó, sobresaltando a Hawk.

De repente, Dorothy maldijo fuertemente, quitándose de un salto de su regazo y casi cayendo de bruces en el suelo junto a la silla. —¡Mierda!

—¿Qué? —gritó Hawk, mirando a su alrededor en busca de alguna amenaza—. ¿Qué diablos, mujer?

—¡Kami! —gritó Dorothy, señalando a la ventana mientras hacía una loca carrera hasta la puerta principal—. ¡Kami está aquí!

—¿Y qué mierda? —murmuró él, desplomándose en la silla.



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

—¿Y qué? —gritó Dorothy, lanzándose contra la puerta—. ¡Cox está atrás! ¡Con esa chica!

Molesto, Hawk cerró los ojos y levantó los hombros. —Su funeral.

—¡ABRAN LA PUERTA! —Llegó un conocido y molesto grito agudo desde fuera de la casa club.

—¿Estás bromeando? —exclamó Dorothy, agarrando el pomo de la puerta, ya que comenzó a sacudirse—. ¿Qué pasa con la hermandad? ¿Vas a dejar que Kami lo mate?

Abrió un párpado. —Nunca me gustó mucho todo eso del engaño que hay por aquí.

Ella se detuvo y cuando giró para mirarlo, con la boca un poco abierta, aflojó su agarre en la puerta. Cuando ésta se balanceó hasta abrirse, Dorothy fue derribada contra la pared, donde cayó al suelo.

—¿Dónde está? —gritó Kami, su pelo rubio volando salvajemente por su cara mientras su cabeza iba atrás y adelante bruscamente—. ¿Dónde está ese hijo de puta infiel?

—¡Jesucristo, Kami! —gritó Hawk, luchando por incorporarse, a la vez que quería poder alcanzar sus muletas y salir de esa silla—. ¡D! ¿Estás bien?

—Estoy bien —respondió ella en voz alta, y cuando levantó la cabeza para que él pudiera verle el rostro, se relajó de nuevo en la silla, aliviado de que no estuviese herida.

—Jódanse —espetó Kami, avanzando.

—¡Kami! —Levantándose del suelo, Dorothy luchaba por mantenerse en pie—. Kami, ¿llevas un arma?

—¡No, no tengo una jodida arma! —gritó Kami por encima del hombro—. ¿De verdad crees que me arriesgaría a ir a la cárcel por ese puto mexicano?

—Puertorriqueño —murmuró Hawk, rodando los ojos.

—¡Cállate, Gorbachev[2]!

—¡Muy original! —gritó tras ella, deseando más que nunca poder por lo menos llegar a una de sus muletas, aunque sea solo para tirarla a la cabeza de esa maldita perra—. ¡Muy jodidamente original!

Frotándose la nuca, Dorothy volvió a él, con los ojos muy abiertos mientras miraba a la espalda de Kami en el pasillo.

---

[2] Mijaíl Serguéyevich Gorbachov es un abogado y político ruso que fue Secretario General del Partido Comunista de la Unión Soviética de 1985 hasta 1989 y presidente de la Unión Soviética de 1989 a 1991.



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

—Deberíamos irnos —susurró ella—, antes de que esto se ponga feo.

—¿Por qué? —preguntó—. Su estúpido culo interrumpió las caricias a mi polla. Es justo que me quede para ver cómo lo interrumpen a él.

Justo cuando la última palabra salió de su boca, algo rompiéndose y un grito hicieron eco desde la sala de atrás, y Hawk sonrió.

—Uno —murmuró en voz baja—. Dos...

Entonces, una chica totalmente desnuda, más bien regordeta, entró corriendo en la habitación, sosteniendo su ropa en la parte delantera de su cuerpo. —¡Ayúdenlo! —gritó, corriendo a la puerta principal—. ¡Esa perra loca va a matarlo!

—Tres —terminó Hawk.

—Eres tan malo —dijo Dorothy, luchando por no sonreír.

Mantuvo su brazo extendido, haciendo un gesto para que se subiese de nuevo encima de él, en cambio, ella siguió mirando el pasillo. —Van a matarse...

—¿Y qué mierda? ¿Cómo es de distinto a cualquier otro día?

Sin dejar de mirar al pasillo, Dorothy meneó la cabeza. —¿Pero viste su cara? Esto es diferente. Ella está herida, Hawk, realmente herida.

—Sí, y Cox no está haciéndolo tan bien últimamente, pero esas son sus cosas, su maldito matrimonio, no el nuestro.

Se escuchó otro grito, esta vez sonando más como un sollozo.

—PERRA —bramó Cox—. No me tocas, maldita sea, ¡NI ME DEJAS TOCARTE!

—¡Eso no importa! —gritó Kami—. ¡Eres mío! ¡Eres mío y no puedes estar con otra jodida mujer!

—¡ENTONCES TÓCAME, KAMI! ¡POR LO MENOS MÍRAME DE VEZ EN CUANDO!

Y después de escuchar eso, incluso Hawk tuvo que admitir que tal vez no se trataba de la típica pelea de Cox y Kami. Pero aún no existía razón en el infierno por la que fuera a interferir.

—D —gruñó—, siéntate de una puta vez.

Con un suspiro, sacudió la cabeza otra vez y, por fin, jodidamente al final, se sentó de nuevo en su regazo. Poniendo la mano en su culo, usó la otra para empujar la mano de ella de nuevo abajo, hacia la parte delantera de sus pantalones.

Y a medida que continuaban los gritos y el llanto, Dorothy lo miró de nuevo, arrugando su nariz pecosa. —Esto ya no es tan bueno —susurró.



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

—Solo sigue jugando con mi polla —susurró él, dándole a su culo una palmadita.

—¡Nunca vas a cambiar! —gritó Kami.

—¡Dame una maldita razón para ello! —replicó Cox.

Manteniendo un firme agarre sobre Dorothy, Hawk cerró los ojos y suspiró. Un par de locos idiotas. Pero iba a echar de menos este lugar. Locos idiotas y todo.



Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

21

Traducido por Beatrix

Corregido por SammyD

Era la noche antes de que se fuera Hawk, y pasé la mayor parte, haciendo una extravagante cena para mi familia. Tegen y Cage pasaban todo el día fuera de casa con el fin de darnos tiempo juntos a los tres, y Hawk pasó la mayor parte del día con Christopher, haciendo todo lo que podía con su hijo a pesar de sus limitaciones físicas.

En cuanto a mí, no podía quedarme quieta. Me hallaba en un estado constante de ansiedad nerviosa, llena de mucho temor de lo que vendría, así que tenía que mantenerme ocupada con el fin de no llorar o gritar, o ambos.

Después de preparar un jamón de tres kilos, empecé la preparación de los espárragos, puré de patatas casero y salsa. Luego terminé con una tradicional tarta de manzana irlandesa y la tarta de mora con crema de whisky, hecha desde cero y con mis recuerdos de hornear junto a mi abuela.

Cuando no quedaba nada para preparar, solo esperar a que el pastel terminara de enfriarse, me quité el delantal y me dirigí hacia las escaleras para ducharme antes de la cena.

Una vez limpia, mi cabello seco y tan recto como se podía, revisé la limitada ropa que traje conmigo, sin encontrar nada que quisiera usar. No tenía ganas de ponerme un par de pantalones vaqueros desgastados y una camiseta desteñida, en cambio deseaba que esta noche fuera especial, un recuerdo que Hawk pudiera rememorar y sonreír.

Renunciando a mis pertenencias, me dirigí a la habitación de Tegen para buscar en su armario con la esperanza de encontrar algo simple pero atractivo. Ya nada delgada, su ropa podría quedarme larga, pero al menos podría encajarme de ancho.

Después de ver su vasta variedad de camisetas de bandas, camisetas sin mangas de colores variados, un montón de faldas largas, numerosos pantalones vaqueros agujereados, iba a darme por vencida y regresar a mi propia habitación cuando lo encontré.

Era un vestido con la espalda descubierta negro y sedoso, con un profundo escote en V y una cintura ceñida. A Tegen le alcanzaba hasta la mitad del muslo, pero a mí me llegaría a las rodillas. Parecía caro, y luego



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

de encontrarle todavía las etiquetas, vi que costaba una pequeña fortuna y supuse que probablemente era un regalo de Kami. Conociendo a mi hija, sabía que nunca se lo pondría.

Pero para mí, era perfecto.

Después de aplicarme más maquillaje del que nunca había usado, incluyendo la base, el polvo, una sombra brillante de ojos oscuros, una buena cantidad de máscara de pestañas y, cepillarme el pelo una vez más, me puse un par de pendientes de plumas negras de Tegen, y a después, por un instante, simplemente me quedé mirándome en el espejo de cuerpo entero.

Al igual que cuando perdí mi memoria, no reconocí a la mujer que reflejaba. Incluso con mi falta de sostén, que dejaba mis senos caídos naturalmente, y mi cuerpo más viejo y más fofo, a pesar de las líneas que comenzaban a enmarcar mis ojos y mis características más maduras, lucía más vibrante, más hermosa de lo que nunca me vi ni sentí.

Sintiendo nervios pero sorprendentemente confiada, descendí las escaleras, felizmente inhalando los olores de mi apetitosa comida mientras llegaba a la cocina y giraba a la izquierda para entrar en la sala de estar.

Tanto Hawk como Christopher estaban sumergidos por completo en un videojuego, sus ojos pegados a la pantalla de la televisión, mientras que sus dedos manejaban los mandos con movimientos rápidos y seguros.

Los observé por un momento, asimilando la vista de padre e hijo y sabiendo que era la última vez por un largo tiempo que iban a ser capaces de simplemente estar juntos de esta manera. Me puso muy triste pensar que otro de mis hijos crecería sin su padre.

Hawk y yo intentamos todo lo posible para que Christopher supiera lo que venía, sin dar a conocer el aspecto más crudo de las cosas. Aunque no tardaría en llegar el momento en que tuviera que visitar a su padre en la cárcel, ninguno de nosotros quería contaminar a Christopher con los detalles brutales del pasado de su padre. Y mientras que se sentía molesto al escuchar que su padre ya no vendría para visitarnos, en realidad no lo entendió, y ambos Hawk y yo decidimos dejar las cosas así.

—¡Mamá! —exclamó Christopher, dejando el mando en su regazo. Sus ojos se abrieron en grandes platillos verdes mientras capturaba mi apariencia—. ¡Te ves tan bonita!

Sonreí a mi hijo, pero mi atención pronto fue desviada a Hawk, que también lanzó su mando y me miraba.

Pareció sorprendido, pero aún más parecía… excitado.

A pesar del calor de la sala, sus pensamientos tácitos causaron que escalofríos helados y calientes me recorrieran, dejando rastros de piel de gallina en su estela. Él era más que consciente de mi reacción, consciente



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

de su efecto en mí, y yo observé con sumo deleite como esos ojos oscuros se hacían incomprensiblemente aún más a opacos, como sus músculos se ponían tensos, mientras su cuerpo se tensaba con necesidad, como retenía mis ojos y mi cuerpo como rehenes, congelada como un ciervo en el centro de atención de su mirada hambrienta.

Era una mirada que no veía desde que nos conocimos en nuestros veinte años, una mirada intensa, cargada de significado oculto y emoción secreta; ambos desesperados por diferentes cosas y usándonos en secreto para calmar el ardor desesperado en nuestro interior.

Pero esta vez fue diferente.

Esto no era una mirada secreta.

Esto era todo para mí, para que todo el mundo viera.

Todo para él.

Todo para mí. *Todo para mí.*

Lo miré, mis pensamientos y cuerpo ardiendo mientras pronunciaba las palabras: *Estás hermosa.* Y podría haber jurado que sentí su aliento, fresco contra mi cuerpo caliente, provocando piel de gallina una vez más.

—La cena está lista —susurré con voz ronca, luego levanté la mano a la garganta, al collar que nunca me quitaba, ocultando secretamente el gran trago de emoción.

Christopher saltó del sofá, a mi lado mientras Hawk permanecía inmóvil, con los ojos todavía en mí.

—No quiero irme —dijo en voz baja, sorprendiéndome.

Esas palabras, tan llenas de emoción, me provocaron una oleada de dolor, recorriéndome a un ritmo alarmante.

Su impacto en mi corazón fue devastador.

Se veía tan vulnerable, tan diferente de lo que nunca se vio antes, que no pude detenerme. Corrí hacia adelante, dejándome caer en el sofá a su lado y envolviendo los brazos alrededor de su cuello.

—Marchémonos —susurré desesperadamente en el algodón suave de su camiseta—. Vamos a irnos, huyamos. Podríamos mudarnos a cualquier lugar remoto, donde nadie nos encontraría. Podríamos ser una familia.

Su cuerpo se puso más pesado cuando una respiración cargada huyó de su pecho, y en ese instante, oí su respuesta. No nos iríamos, ni huiríamos. No estaríamos juntos.

—D —dijo suavemente—, he estado escondiéndome la mayor parte de mi vida. No quiero ocultarme más.

—No puedo perderte —gemí—, no después de recuperarte.



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

—Algún día —susurró, deslizando su brazo detrás de mi espalda y tirando de mí en un abrazo con un solo brazo—. Voy a finalmente llevarte a dar ese paseo en moto. Solo tú y yo, D. Yo, llevando mi chaqueta, tú con todo ese pelo rojo volando en el viento. Los dos por fin al descubierto. No más disimulo.

Y después de escuchar eso, no existía forma en la tierra de pasar por esta comida sin llorar.

Me derrumbé por lo que parecía la millonésima vez, arruinando todo mi maquillaje aplicado cuidadosamente, manchando toda la camiseta de Hawk mientras me aferraba con tanta fuerza que mis nudillos comenzaron a palpitar.

—Quiero que esta noche dure para siempre —le susurré con tono angustiado.

Porque tenía que durar para siempre, o por lo menos, para los próximos diez años.

***

Las últimas tres semanas estuvieron llenas de sorpresas, y Hawk creía que la mayor era que por fin estaban juntos con Dorothy.

Había estado tan jodidamente equivocado.

La mayor sorpresa fue simplemente… Dorothy.

Con tanto pensamiento racional como pudo reunir mientras era montado lentamente por la hermosa mujer encima de él, la miró con asombro.

La parte superior del vestido se hallaba agrupado alrededor de su cintura, dejando sus pechos expuestos. Su cuerpo arqueado, las manos agarrando las rodillas de él, y la cabeza echada hacia atrás, haciendo que las puntas de su largo cabello rojo rozaran sus muslos. Con los ojos cerrados y los labios entreabiertos, se movía de un lado para otro encima de él con un ritmo enloquecedor, pero magníficamente lento.

No era la misma mujer de la que se enamoró. Pero estaba bastante seguro de que amaba, aún más, la que era ahora.

Y se sentía terriblemente aterrorizado de que fuera a perderla de nuevo.

Ella le prometió una y otra vez que le esperaría. Pero no esperaba que le esperase, que estuviera sola durante años. Ya había estado sola durante demasiado tiempo, y él quería que fuera feliz.

Incluso si eso significaba que fuera feliz sin él.



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

Por supuesto, nunca en un millón de malditos años expresaría sus sentimientos hacia ella o cualquier otra persona en la tierra. Debido a que tanto como quería que fuera feliz, deseaba que lo esperara en esas puertas cuando por fin fuera capaz de volver al mundo.

Era egoísta. Hawk lo sabía.

Pero siempre fue egoísta cuando se trataba de esta mujer. Podría haberla dejado en paz, pero nunca la abandonó ni nunca dejó su lado.

Siempre estuvo allí, lo quisiera ella o no.

Y ahora que lo quería allí, esta vez para siempre, para hacer algo sólido de su alborotada historia…

Iba a ser un puto egoísta.

Incluso encerrado, iba a ser egoísta.

Con una mano debajo de la falda del vestido, agarrando su cadera, lanzó la otra y acunó su pecho, levantando y apretando la piel suave. En respuesta, ella gemía en voz alta, su respiración se hizo más irregular, sus movimientos se aceleraron, cada vez menos rítmicos y más erráticos que antes.

—Más rápido —dijo él con voz áspera.

Ella trató de hacer lo que se le pidió, pero empezaba a flaquear, su cuerpo temblaba mientras llegaba a los inicios de un orgasmo. Soltando su pecho para agarrar la otra cadera, la agarró con fuerza y a pesar del dolor que los movimientos le causaban a su pierna, impulsó sus caderas hacia arriba, una y otra vez, tan rápido como fue posible hasta que terminaron juntos.

Al liberarse dentro de ella, mirando su hermoso cuerpo, fue golpeado con la más profunda sensación de regresar a casa. Tal vez no lo supo en aquel entonces, la primera vez que puso la mirada en ella, cuánto llegaría a significar esta mujer para él, pero ahora lo sabía.

Respirando con dificultad, parpadeando rápidamente, Dorothy estiró las piernas y se enderezó por encima de él. Su cabello, la forma en que cayó hacia adelante cubriendo sus pechos; sus ojos, la forma en que brillaban incluso en la penumbra; sus labios, hinchados de su propia mordida, brillantes por lamerlos; su cuerpo, la forma en que se curvaba como debería el de una mujer, suave en todos los lugares correctos; lo miró todo, tomándose su tiempo con el fin de grabarlo todo, de memorizar cada centímetro de ella.

Tal como ahora.

Esta era la forma en que quería recordarla.

—Joder, mujer —dijo con voz ronca, incapaz de detener las palabras, incapaz de evitar que salieran—. *Te amo, maldita sea.*



Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

Los ojos de ella se cruzaron con los suyos, sus labios se curvaron lentamente en una sonrisa que era sexy como el infierno.

Sí. Esta era la forma en que quería recordarla.

Esto era lo que le ayudaría a salir adelante.



Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

22

Traducido por Dannygonzal

Corregido por Jasiel Odair

A Jase le resultó difícil encontrar una casa para rentar. Tampoco la ocupó con los muebles pequeños que trajo con él.

Y después que Deuce cobró un favor en el taller de reparaciones del pueblo, obtuvo un empleo que era muy fácil de hacer.

Lo que no fue fácil, fue tener que despedirse de todos. Incluso Hank, a pesar de su ceño fruncido, sacudió la mano de Jase. Durante la fiesta, se enteró que era él quien se iba, quien se entregaría a la Ley para acabar con el chantaje de los rusos hacia Deuce y Predicador. A pesar de cómo se sentía sobre Hawk y Dorothy juntos, no podías odiar a un hombre que sacrificaría su propia vida por el bien del club.

De algún modo, Jase sentía que Hawk tenía todo lo que él nunca tuvo. La mujer que ambos amaban le pertenecía a Hawk, el respeto de todo el club le pertenecía a Hawk, y mientras que Jase había dejado atrás el club, Hawk nunca lo haría. Incluso enfrentando su encarcelamiento.

Él era mucho mejor hombre de lo que Jase sería alguna vez, pero las palabras de su padre se repetían una y otra vez en su cabeza. Él solo tenía una vida, solo tenía esta vida para hacer las cosas bien, y, Jesucristo, iba a realizar todo lo posible para hacer justamente eso.

Su primera semana en el pueblo fue tranquila, y aparte de mirar a sus chicas desde lejos, las había dejado en paz. Las gemelas vivían juntas en un gran apartamento no lejos de la universidad a la que asistían, pero Maribelle vivía sola en un departamento de un ambiente encima de una tienda de antigüedades. A diferencia de las gemelas, ella se hallaba sola por lo general, y su única interacción social era con los clientes en un café cercano en donde trabajaba.

Varios días seguidos después del trabajo, Jase se quedó al otro lado de la calle, escondido dentro de su pesada ropa de invierno, solo mirándola a través de la ventana empañada del café. Mientras ella podía sonreírle a las personas que atendía, Jase sabía que era falsa y forzada. Cuando ella se encontraba realmente feliz, mostraba sus dientes al sonreír. Estas sonrisas parecían casi dolorosas, con sus labios apretados fuertemente, su frente fruncida y contraída. Y el hoyuelo que sabía se hallaba en el lado izquierdo de su mejilla no se reveló ni una vez.



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

A diferencia de las gemelas, quienes felizmente se comportaban casi como los universitarios y parecían estar teniendo una próspera vida social, Maribelle estaba desanimada. Ya no era la chica ambiciosa que fue, vivaz y valiente, que se graduó de la universidad con honores. Ignorando su título, se convirtió en una mesera, y decidió esconderse del mundo en vez de participar en el mismo. Él solo podía atribuirle ese espiral descendente a las muchas responsabilidades de las que estuvo a cargo después de que su madre fuera a prisión. Cuidando a las gemelas, siendo la madre que ellas ya no tenían, además de mantenerse al día con los problemas legales de Chrissy, Maribelle se había olvidado de preocuparse por ella misma.

Él pudo haber ido directamente con las gemelas. Sin que Maribelle las influenciara, no tenía duda de que al menos lograría que escucharan lo que tenía que decirles, pero era Maribelle quien más sufría, e ir hacia sus hermanas por detrás no le haría ganar ningún favor con ella.

Primero necesitaba recuperar el amor y respeto de Maribelle, y luego seguirían las gemelas.

Así que, en su séptimo día en el pueblo, finalmente decidió mostrar su cara. Una vez que estacionó su camión al otro lado de la calle donde trabajaba ella, trató desesperadamente de limpiar la grasa de sus manos. Después de lograr quitar la mayoría en su overol, se miró en el espejo retrovisor. Atrás quedó el atractivo y arrogante hijo de puta que había sido. Últimamente parecía de su edad, más viejo e infinitamente más cansado. La mayoría de los días iba sin rasurarse, y no se había cortado el pelo en un tiempo.

Tristemente, comenzaba a parecer la parte del hombre que lo perdió todo.

Las campanas de la puerta sonaron cuando la empujó para abrirla, y todos en el pequeño café se voltearon a mirarlo, incluso Maribelle. De pie detrás de una mesa redonda con dos clientes sentados, usaba un pequeño delantal negro, su cabello en una cola de caballo, y en su mano tenía un bolígrafo y una libreta. En el proceso de garabatear algo cuando escuchó las campanas, levantó la mirada y luego la bajó de nuevo, desestimándolo de inmediato.

Cuando iba a volver a escribir en la libreta, el corazón de Jase comenzó a palpitar en su pecho. Estaba imaginándose dando la vuelta, con la cola metida entre las piernas, cuando su cabeza volvió a levantarse abruptamente. Sus ojos lo miraron, desde la cabeza hasta el dedo del pie y de regreso, antes de abrirlos con sorpresa.

Agarrando la visera de su gorra de béisbol, Jase la sacó de su cabeza, pasó su mano por su pelo desordenado, y le dio a su hija una pequeña sonrisa.



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

Luciendo desconcertada, Maribelle miró de nuevo a sus clientes, dijo algunas palabras que Jase no pudo percibir, y comenzó a caminar hacia él. La miró mientras andaba, sus pasos pequeños e inseguros, y en su lugar, recordó a la niña que solía bajar disparada por la entrada cuando llegaba a casa de un fin de semana reservado o de una larga carrera con el club.

Deteniéndose frente a él, metió su bolígrafo en la base de su cola de caballo y guardó su libreta en el frente de su delantal.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó tranquilamente—. ¿Y por qué estás usando eso? —Le hizo un gesto a su mono de trabajo.

—Estaba trabajando en donde Pop a unas cuadras por ahí —dijo, moviendo su pulgar sobre el hombro—. Haciendo del trabajo un hábito y esa mierda.

Los ojos color caramelo de Maribelle se ampliaron incluso más. —¿Por qué? —susurró—. Es decir, ¿qué? ¿Ahora vives aquí?

Agarrando su gorra frente a él, Jase retorció la tela, comenzando a sentirse incómodo. Casi podía imaginar la escena ruidosa y pública que haría ella al saber que se trasladó a su pueblo para molestarla. Y no quería que la despidieran por él. Si eso pasaba, sería una cosa más que tendría que tratar de arreglar, y la lista ya era demasiado larga.

Así que cambió de táctica.

—Dejé el club —dijo, manteniendo su voz baja y esperando que ella captara la indirecta e hiciera lo mismo—. Me trasladé aquí para tratar de arreglar la mierda.

—Dejaste el club —repitió, mirándolo sin comprender—. ¿Dejaste al club del que has sido parte toda tu vida, al que siempre escogiste por encima de lo demás, inclusive de tu propia familia?

Los nudillos de Jase chasquearon cuando el agarre en su gorra se apretó. Sí, era una mierda de papá. Y merecía cada pedazo de mierda que ella iba a lanzarle.

—Sí —dijo con voz ronca—, pero no he estado ahí toda mi vida, hubo algo que hice antes del club, algo que era mucho más importante que el club. Me tomó un tiempo descubrirlo, Belle, pero primero fui un padre y me gustaría serlo de nuevo.

Un silencio incómodo llenó el pequeño espacio entre ellos, durante el cual prácticamente Jase pudo sentir el rechazo que sabía se avecinaba, cuando de repente la mirada de Maribelle cayó al suelo y sus labios se retorcieron y aplanaron. Él conocía esa mirada. Era la que su pequeña hacía cuando trataba de no llorar.



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

—Belle —dijo suavemente—, no vine aquí para molestarte. Quería que supieras lo mucho que las amo a ti y a tus hermanas. Solo quería una oportunidad para ser una familia de nuevo.

—¿Esperas que te perdone? —susurró, aún parpadeando. Una gota cayó de sus pestañas y sobre el piso cerca de sus tenis—. Solo porque dejaste el club y te mudaste al pueblo, ¿tengo que perdonarte? ¿Solo así?

—No —dijo, deseando poder abrazarla, que las cosas fueran simples otra vez, que sus chicas todavía estuvieran pequeñas y todas sus heridas se repararan fácilmente con un poco de amor.

—No espero nada —dijo—. Tal vez solamente la oportunidad para tratar de…

Cuando ella no respondió, Jase tomó el silencio como su señal para irse, colocándose su gorra de nuevo, bajó la visera y se aclaró la garganta.

—Ahora te dejaré sola —susurró—. Si alguna vez quieres hablar, estoy viviendo en la calle Forest. Conseguí la casita blanca de la esquina.

Se volteó para irse, sintiéndose enfermo y sofocado por la desilusión que lo llenó rápidamente, cuando sintió un ligero toque en su bícep.

—Espera —dijo Maribelle. Girándose otra vez, encontró sus ojos sobre él, llenos de lágrimas no derramadas—. Voy a tener un descanso —dijo, tragando.

Jase no podía creerlo, que ella de verdad lo estuviera dejando entrar, y a pesar de sí mismo, le sonrió. Una verdadera, genuina, maldita y jodida sonrisa.

—Genial —dijo, con la voz quebrada—, porque a tu viejo le encantaría comprarte una taza de café.

A pesar de sus lágrimas, Maribelle resopló. —Suenas como un abuelo.

Cuando su hija se alejó, Jase terminó de quitar la nieve de sus botas antes de dirigirse a la parte de atrás del café para encontrar un lugar tranquilo donde sentarse. Mientras esperaba que Maribelle se le uniera, no pudo evitar pensar que sonaba como un hombre viejo, e incluso siendo como uno, algo que nunca antes pensó como un halago, era justo la mejor cosa que alguna vez había escuchado.

Una taza de café apareció frente a él cuando Maribelle se sentó al otro lado. Colocando las manos en su regazo, ella lo miró.

—Entonces —dijo suavemente—, ¿de qué deberíamos hablar?

Agarrando su café, envolviéndose en el calor de la taza caliente y sintiendo la misma clase de calidez comenzando a expandirse dentro de él, Jase se encogió de hombros.



Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

—Todo —dijo—, quiero saber todo.

El camino a la redención podía ser malditamente duro, pero al final, y si llegas al final, su padre tenía razón. Valía la pena.

Maribelle lo valía.

Era curioso como su nacimiento fue la razón de que él comenzara a huir, además de terminar siendo la razón de que parara.

La vida era malditamente curiosa.



Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

23

Traducido por Ann Ferris

Corregido por florbarbero

—¡Por Hawk! —gritó Cox, levantando una botella de whisky en el aire—. ¡Un hermano de pies a cabeza!

Al unísono, todos los chicos de pie alrededor de la barra de la casa club tomaron sus chupitos y echaron atrás sus bebidas.

—¡Por Hawk! —gritaron de nuevo.

—¡Por mi papá! —intervino Christopher desde su asiento junto a Hawk. Alzó su vaso de refresco en el aire y los hombres que lo rodeaban brindaron de nuevo. Al verlo, tan joven, elogiando a su padre junto a los chicos…

Bueno, si no fuera por Tegen de pie a mi lado, tomando mi mano en la suya y dándome un fuerte apretón, habría enloquecido en ese instante.

Tenía solo una hora. Una hora con él, y me vi obligada a pasarla en la casa club, compartiendo mi última hora con todos los demás. Entendí que todos querían despedirse, pero luego de una noche de hacer el amor, muy pocas horas de sueño, y una mañana llena de lágrimas, el club era el último lugar donde quería estar.

No me encontraba dispuesta a dejarlo ir.

Nunca estaría dispuesta a dejarlo ir.

—¡Que no se te caiga el jabón! —gritó Tap; su implicación lujuriosa provocó una ronda de carcajadas.

—Y por Prez —continuó Cox, cuando la risa se calmó. Se volvió hacia Deuce—. ¡Por darnos a todos los idiotas una puta casa!

Afuera de las puertas de su oficina, Deuce se encontraba apoyado contra la pared, con los brazos cruzados sobre el pecho, mirando a todos con una expresión solemne en su rostro.

—¡Y por Foxy! —La mirada de Cox se deslizó hasta donde Eva se encontraba de pie junto a su marido, y su sonrisa se convirtió en su típica sonrisa arrogante—. ¡Por darnos a los idiotas una familia!

—¡Y por Cox! —gritó Kami—. ¡Porque nos da a todos algo por lo que reír!



Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

—¡Y por Kami! —replicó Cox—. ¡Por gastar todo mi maldito dinero!

—Buen Dios —murmuré, soltando la mano de Tegen y alejándome de todo el mundo. Tan feliz como me sentía porque Cox y Kami parecían haber vuelto a su estado normal, no podía soportarlo, ni un segundo más. Todo el mundo actuaba como si este fuera solo otro día, haciendo bromas estúpidas, completamente inconscientes de que Hawk iba a ir a la cárcel por delitos que no cometió. Todo porque Deuce no se dejaría persuadir por el mismo cártel que puso a Hawk en esta posición.

—¡Mamá! —gritó Tegen mientras me alejaba velozmente. Acelerando el paso, la ignoré, corriendo hacia el pasillo que llevaba a la parte trasera del club y lejos de la indiferente e insensible ridiculez que me rodeaba.

Por suerte, encontré la puerta del dormitorio de Hawk desbloqueada, y al cerrarla de un golpe detrás de mí, estallé en lágrimas.

El último mes fue un torbellino de emociones, abrumador por decir menos, y ahora todo llegaba a un punto: todas las comprensiones, el pesar, las lágrimas, la avalancha imparable de sentimientos, simplemente era demasiado. No podía soportarlo, no podía procesar todo lo que sucedió en tan poco tiempo. Aún más, no podía entender cómo todo pasó tan rápido y se terminó antes de que realmente hubiera tenido la oportunidad de siquiera comenzar.

Con lágrimas corriendo por mis mejillas, me senté en el borde de la cama de Hawk, hecha con esmero, y a través de los ojos borrosos, miré alrededor de la pequeña habitación. Esa en la que todo esto comenzó hace tantos años. Cuando dos personas se reunieron por razones desconocidas para ellos en el momento, pero al final…

Suspiré. ¿Cómo podía estar enojada? Sería egoísta perderme en la ira en un momento como este, y no serviría para nada.

Sintiéndome más tranquila y más controlada, me limpié las mejillas cuando la puerta se abrió con un chirrido. Hawk entró a la habitación, cojeando lentamente con sus muletas, y utilizó con torpeza el codo para cerrar la puerta detrás de él.

—Ellos no querían lastimar a nadie —dijo—, solo están tratando de aligerar esta mierda por mí.

Quitándome el pelo de la cara, suspiré en voz alta. —Lo sé. Yo solo… Es que… No puedo…

Dejando escapar otro suspiro, uno frustrado porque no podía poner mis sentimientos en palabras que ya utilicé cientos de veces antes, me levanté de la cama y crucé la habitación. Deslizando los brazos alrededor de su cintura, apoyé mi cabeza en su abdomen.

—Duele —me las arreglé para terminar en un hilo de voz—. ¿Por qué todo tiene que doler siempre tanto?



Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

—Porque la vida duele. —Dejó caer el rostro en la cima de mi cabeza, hundiendo la nariz en mi cabello e inhalando profundamente—. Esconderse es jodidamente fácil. Lo difícil es vivir, que a veces duele como nada más—. Pero, D —continuó, lentamente frotando su nariz de un lado a otro por la cima de mi cabeza—, seguimos montando esa mierda porque vale la pena, nena. Cuando todo esté dicho y malditamente hecho, cuando no nos quede más tiempo, vamos a estar agradecidos por esos paseos. Yo estoy agradecido —terminó en voz baja—. Por ti, por Christopher, y por el club.

No dije nada; no había nada más que decir. Esos momentos, terminaban aquí y ahora, y mañana un nuevo capítulo comenzaría en mi vida. Así que me aferré a él, a este momento, respirándolo, grabando su esencia en mi memoria, y deleitándome en la sensación de su cuerpo grande y caliente rodeando el mío.

Siempre admiraría y envidiaría la fortaleza de Hawk. Era un hombre de pies a cabeza.

Pero ahora era mi turno de ser fuerte.

Por él. Por nosotros. Por nuestra familia.

Y contra viento y marea, me hallaba decidida a hacer precisamente eso.

***

A lo largo de su vida, Hawk había vivido algunos días muy malos. Cosas muy feas, que la mayoría de las veces, era más fácil el olvidar que pasar por el dolor de intentar superarlo.

Esta no era una de esas veces.

Esta era mucho, mucho peor.

Sentado en el sofá junto a su hijo, deslizó el brazo por los pequeños hombros del muchacho. Sosteniéndolo cerca, le dio un último apretón a Christopher.

—Tengo que irme —dijo bruscamente—. Pero te veré pronto.

Mientras su hijo lo miraba, con ese cabello rojo y desordenado que enmarcaba un rostro lleno de confusión y dolor, Hawk tuvo dificultades para mantener sus emociones bajo control. Era la primera vez en mucho tiempo que sentía tantas ganas de llorar, la última, fue la noche después de que vio como una bala le atravesaba el cráneo a su padre. Desde ese momento, él había sentido un montón de mierda de emociones, algunas buenas, la mayoría malas, pero ninguna tenía la capacidad de destriparlo como podría una mirada de su niño.



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

—Dame un abrazo —susurró, abrazando a Christopher. Cuando el niño giró su cuerpo hacia él y envolvió los brazos delgados alrededor de su cuello, él cerró los ojos con fuerza y puso cada gramo de sí mismo en ese abrazo—. Cuida de tu mamá —susurró, enterrando su rostro en el cabello de su hijo—. Prométeme que cuidarás de tu madre.

Contra su hombro, sintió el asentimiento de Christopher, y eso era suficiente para él.

Al abrir los ojos, halló a Tegen esperando para llevar a Christopher. Con su pecho adolorido, asintió hacia ella y liberó a su hijo.

—Ven aquí, hermanito —dijo Tegen suavemente.

Christopher se aferró a él, negándose a ceder, y cuando Hawk trató de apartarlo de su cuerpo, el muchacho dejó escapar un pequeño sollozo. En ese instante, al escuchar el llanto de su hijo, ya no pudo mantenerse calmado. Acunando la parte posterior de la cabeza de su hijo y sosteniendo su cuerpito fuertemente contra él, dejó que cayeran sus propias lágrimas, sin importarle quien los viera, y sostuvo a su niño lo más cerca que pudo. Porque, maldito Dios, la próxima vez que tuviera esta oportunidad, de ser libre para abrazarlo, su hijo sería un hombre.

Él se perdería todo.

Y como si eso no fuera suficientemente malo, lo que venía después era igual de horrible.

Una vez que Christopher se encontraba en brazos de Tegen, y Cage ayudó a Hawk a ponerse de pie, el resto de los chicos comenzó a levantarse de sus asientos. Uno a uno se alinearon junto a la puerta; sus expresiones iban desde solemne a simplemente tristes.

Abrazando a Christopher, Tegen agarró la mano de Hawk, entrelazó sus dedos con los de él, y le dio a su mano un apretón duro. Fue un gesto sorprendente, viniendo de Tegen, pero le agradó.

—Regresa con ellos —susurró—. Regresa con ellos o iré a matarte.

Usando la muleta bajo el brazo derecho para sostener su peso, estiró el brazo hacia Tegen. Envolvió su mano alrededor de la parte posterior de su cabeza y la jaló para besarla profundamente en la mejilla. Entonces, después de hacer lo mismo con Christopher, comenzó por los chicos.

Iba lento con esas malditas muletas, empeorando el viaje a través de la habitación, obligándolo a mirar más tiempo a todas esas caras tristes que lo esperaban.

Mick fue el primero, y ese maldito anciano blandengue le dio un abrazo fuerte. —Podría estar muerto para cuando salgas, así que voy a darle a tu trasero un maldito abrazo.



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

Junto a él, Freebird resopló. —Él no va a estar muerto —dijo el viejo hippie—. Pero yo sí, así que ven aquí y dame un poco de dulzura, cariño.

Mientras Freebird lo abrazaba, dándole un beso deliberadamente descuidado en la mejilla, una risita nerviosa fluyó en la línea de los hombres.

Al lado, se hallaba Sucio, y sabiendo que el hombre odiaba cualquier tipo de contacto físico con cualquiera, simplemente extendió su puño, a la espera de un choque. Pero Sucio los sorprendió a todos tomando el puño de Hawk entre sus dos manos y apretándolo.

—Te veré pronto, hermano —dijo el hombre. Conmovido, solo pudo asentir en respuesta.

Continuó en la fila, despidiéndose de Bucket, Gusano, Danny D. y Danny L., Tap, Anger, y Chips y luego, a los nómadas Marsh, Dimebag y Tramps. Intercambió apretones de manos, palmadas en la espalda, y más abrazos de los que nunca antes dio en su vida.

Cuando llegó a Cox, a pesar de su ojo negro y el labio hinchado, cortesía de Kami, el idiota sonreía.

—Recuerda —dijo Cox—, no dejes caer el maldito jabón, hermano.

Resoplando, Hawk dobló un dedo. —Ven aquí, idiota —dijo y cuando Cox se inclinó, agarró la parte posterior de su cabeza y le dio un abrazo.

—Kami y tú —susurró—, no dejes que la mierda que ella siempre está chachareando se interponga entre ustedes dos. Mantenla feliz, sé feliz, y yo puedo jodidamente prometerte, que no dejaré caer ningún jabón.

Apartando a un sorprendido Cox, le dio una leve bofetada en la cara, le dedicó una sonrisa muy al estilo Cox, y luego se dio la vuelta para hacer frente a Ripper, el último hombre en la fila.

Hawk amaba a todos sus hermanos, pero al igual que en todos los grupos de amigos o clubes, algunas personas eran más unidas que otras. Y como él se cercioró de nunca acercarse realmente a cualquier persona para poder mantener su pasado donde pertenecía —en el pasado— había sido un solitario.

Así que en cuanto a amigos reales, solo tenía a Ripper. Habían encajado de alguna manera, permitiéndole siempre sentirse cómodo en su presencia. A su modo, cuidó de Ripper y viceversa. Se guardaban secretos uno al otro, y siempre se cuidaban sus espaldas. Ese era el respeto mutuo, hermanos hasta el final, y para Hawk, era mucho mejor que tener un "amigo".

—Mi chico… —comenzó y Ripper negó con la cabeza de inmediato.

—No tienes que pedirlo —dijo—. Amigo, tú sabes que lo haré.



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

Entonces le entregó sus muletas a Ripper, y después torpemente se quitó el chaleco, tomó de nuevo las muletas y se lo entregó.

—Vas a estar usando esto otra vez —dijo Ripper—. Hermano, lo harás, maldita sea.

—Claro que sí. —Fue la respuesta de Hawk. Y cuando Ripper lo acercó para un abrazo, podría haber abrazado al hombre un poco más fuerte de lo que abrazó a los demás.

Y, por último, fueron Deuce y Eva. De pie uno al lado del otro cerca de la puerta, Eva hizo un gesto para que él se acercara a ella. Cuando envolvió los brazos alrededor de su cintura, él apoyó la barbilla en la cima de su cabeza, con los ojos fijos en Deuce.

—Mantén un ojo en ese viejo tuyo —dijo en voz baja—. Lo quiero mandando mi culo en el segundo que salga de ahí.

—Lo prometo —susurró ella, aspirando mientras se alejaba.

Con Deuce a su lado, Hawk se dio la vuelta para mirar el club y los chicos por última vez. Él observó todo el edificio que llamaba hogar, los rostros de los hombres que llamaba hermanos, antes de que su mirada se detuviera en Christopher, y las lágrimas que corrían por las mejillas del chico. Cuando no pudo observar otro puto segundo, al ver todo el amor y la tristeza —sobre todo de su hijo— y todo por él, se dio la vuelta y salió apresurado.

—Estaré en el camión —murmuró Deuce, pasándolo rápidamente—. Tómate todo el tiempo que necesites.

Hawk se tomó un momento para mirar la playa de estacionamiento, en busca de Dorothy. Las últimas semanas trajeron una oleada de clima cálido fuera de época que derritió la mayor parte de la nieve en el aparcamiento, pero seguía malditamente frío. Así que cuando la encontró apoyada en su vehículo sin una chaqueta caliente puesta, mirando a la nada por quién sabía cuánto tiempo, se cabreó al instante.

—Mujer —gruñó, caminando a saltos tan rápido como pudo en su dirección.

Sorprendida, ella se volvió hacia él, e incluso desde esta distancia podía ver las lágrimas rodando por sus mejillas. A juzgar por las manchas rojas cubriendo su piel por lo general color marfil, y sus ojos inyectados en sangre e hinchados, obviamente, había estado llorando desde hace un tiempo.

—Lo siento —dijo, hipando—. Lo siento, pero no puedo hacer esto. Creí que podía, que podía ser fuerte, pero ¿a quién quise engañar? ¡Nunca he sido fuerte! ¡Y no puedo serlo ahora!

Él la alcanzó justo cuando estaba a punto de continuar, dejó caer las muletas, y utilizó su cuerpo para empujarla de espalda contra la puerta



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

del auto. De pie sobre una pierna, y balanceándose con una mano en el techo del vehículo, se abalanzó sobre ella con el ceño fruncido.

—Eres fuerte —dijo enérgicamente—, eres una de las mujeres más fuertes que he conocido, maldición. Y antes de que empieces a chacharear más de tu mierda como de costumbre, voy a repetirlo. Dorothy Kelley, *eres* fuerte. Mira por toda la mierda que has pasado. Todo ese dolor, D, que habría matado a la mayoría de gente. No eres la mayoría de la gente, eres malditamente especial, sabía esa mierda desde el momento en que te vi. Joven y estúpida, sin tener idea acerca de la vida, pero una vez que la vida comenzó a golpearte, ¿qué carajo hiciste? ¿Te acostaste y te dejaste morir?

Mirándolo, sin dejar de llorar, ella negó con la cabeza. —No —susurró entre lágrimas.

—Y no vas acostarte y dejarte morir ahora, ¿verdad?

Su cuerpo pareció desinflarse, sus facciones contraídas se relajaron, y con una gran exhalación de aire, negó con la cabeza nuevamente. —No —susurró—. No, no lo haré.

—Bueno —dijo en voz baja. Deslizando su brazo libre alrededor de su espalda, la atrajo hacia él.

—Bueno —dijo con dulzura—. Ahora dile adiós a tu hombre.

Sus labios temblorosos soltaron una respiración llena de mocos y lágrimas, y sollozaba incontrolablemente de nuevo.

Sacudiendo la cabeza, trató de situar su cuerpo en una posición más cómoda en el auto de una manera que le permitiera tanto abrazarla y besarla al mismo tiempo. Una vez que lo logró, los mocos y las lágrimas fueron contenidas, él inclinó la cabeza y el cuerpo y le cubrió la boca con la suya.

Había planeado besarla lentamente, pensando que era lo que quería ella, un adiós que fuera suave y dulce, pero Dorothy tenía otros planes. Con un sollozo ahogado, le agarró el cuello de la chaqueta y prácticamente escaló su cuerpo. Mientras él luchaba por mantener su posición, ella ya se aferraba a su cuerpo, besándolo con fuerza y rápido, húmedo, lleno de lengua y de desesperación.

Aferrándose a lo que pudo y solo parándose en un pie, usó toda su fuerza para girarla, golpeándola en la ventanilla del coche. Con la pierna de ella envuelta alrededor de la cadera de él y, la mano de él agarrando el cabello de ella, se besaron con mucho frenesí.

Y no quería parar; no quería dejarla ir, maldita sea.

No quería volver a dejarla ir.

Hasta que tuvo que dejarla ir.



Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

—Guarda ese viaje para mí, D —dijo suavemente, dejándola caer al suelo.

—No —gritó, agarrándolo—. ¡No, Hawk, no me dejes!

Apretando la mandíbula, buscó sus muletas en tanto ella seguía agarrándole la ropa.

—¡Cage! —gritó él, tratando de mantenerla inmóvil, y esperando que alguien dentro de la casa club lo escuchara—. ¡Cage!

Y entonces Cage se encontraba allí, arrancándola de él, y Dorothy sollozaba en sus brazos, luchando por liberarse mientras gritaba una y otra vez su nombre. Sintiéndose como el mayor pedazo de mierda que pisó la tierra, Hawk le dio una última larga mirada antes de apretar los dientes y girarse.

No fue sino hasta que habían atravesado la frontera del condado que Hawk perdió la compostura. Envió su puño derecho al tablero de mandos del camión de Deuce, luego el izquierdo. Y entonces descargó todo y golpeó el plástico grueso hasta que sus manos sangraban y el salpicadero quedó roto y destrozado.

A pesar de todo, Deuce nunca dijo una palabra.

Y luego silenciosamente, dejó que sus propias lágrimas cayeran.



Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

24

Traducido por Val_17 & florbarbero

Corregido por Ann Ferris

Siete años después…

Bajo el nublado cielo gris de Colorado, las formidables paredes de la prisión federal se alzaban delante de mí, luciendo tan intimidante como los hombres que se encontraban en su interior. Incluso después de casi ocho años de visitas, a veces dos veces al mes, viendo esas paredes más veces de las que me importaba contar, todavía enviaban un escalofrío por mi columna, llenándome con una sensación de soledad y desesperación.

Aun así, nunca había considerado la idea de no visitarla, e incluso me casé dentro de esas paredes.

Dos años después de la sentencia y de una ridícula cantidad de papeleo y honorarios, al fin se nos permitió casarnos legalmente con Hawk en una pequeña e incómoda ceremonia con Christopher, el capellán de la prisión, y varias docenas de guardias presentes, además de nosotros.

Un matrimonio en la prisión nunca fue algo que deseara, pero ya no era la chica fantasiosa que había sido una vez. Que Hawk pusiera un anillo en mi dedo, con la presencia de Christopher, se convirtió en uno de los momentos más felices de mi vida.

Aunque las visitas conyugales no se permitían en la prisión federal —o en cualquier prisión en todo el estado de Colorado— no importaba. Fue el simple acto del matrimonio lo que significó el mundo para mí.

Pero esta vez no atravesaría esas puertas. No habría ningún papeleo que llenar, ni búsquedas invasivas a través de mis pertenencias y ropa.

Esta vez no vería a Hawk desde el otro lado de una mesa, incapaz de hacer poco más que tocar su mano.

Esta vez, Hawk sería el que pasara por esas puertas, caminando de regreso a su vida, y de vuelta a mí como un hombre libre.

Le había tomado siete años y medio llegar a este punto, pero el momento por fin estaba aquí y no podía suceder lo bastante rápido. Siete años es mucho tiempo, y Hawk se perdió de mucho.

Hubo varias muertes, de las cuales la más devastadora había sido la pérdida del padre de Eva, Predicador. Debido a que su hija desconocía su



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

mal estado de salud, cuando finalmente lo descubrió, Predicador ya se hallaba en el hospital con muy poco tiempo de vida. A ella le tomó mucho tiempo recuperarse de su pérdida, y luego en medio de su dolor, perdimos a otro compañero de los Jinetes del Infierno, Freebird. Pero mientras que el inesperado cáncer de Predicador se lo llevó rápidamente y dejó a su familia devastada, la muerte de Freebird había sido una larga e interminable batalla que convirtió al hombre, una vez amante de la diversión, en casi nada antes de su fallecimiento. Su esposa, "Apple Dumplin", devastada por el dolor, lo siguió a la otra vida solo unos pocos meses después.

Pero en medio de la devastación también hubo alegría. Se realizaron varios matrimonios, dándonos razones para celebrar incluso en medio de nuestro dolor. Bucket y Christina se casaron, al igual que Sucio y Ellie. Y hace apenas un año, para mi absoluta alegría, mi hija dio a luz a una pequeña diablilla rubia de ojos verdes y hoyuelos que ella y Cage llamaron Samantha.

También en esa época, el club convocó una votación. El deseo de Deuce por dimitir, con Cage como su preparado reemplazo, fue votado por unanimidad en el acto.

Y todo el club se volvió más grande, uniéndose con los Demonios Plateados para formar una organización tan grande y tan fuerte, que ni siquiera la mafia rusa había hecho un esfuerzo por vengarse de Deuce por el peligroso juego que había armado.

No mucho tiempo después de que Hawk se entregara, su tío y varios de los hombres de su tío habían sido detenidos en una operación federal encubierta, en la que los Jinetes y los Demonios Plateados participaron y orquestaron. Deuce me dijo que unos meses luego de la encarcelación de Yenny, había sido asesinado en la cárcel por sus propios asociados.

Una parte de mí se alegró de que ya no existiera un hombre tan retorcido, pero también me sentí triste porque la última pieza del pasado de Hawk se hubiera borrado de esta tierra.

Pero había decidido nunca volver a mirar atrás, así que en vez de insistir en lo que no podía ser cambiado, miré el asiento del pasajero, hacia el jovencito sentado a mi lado.

El futuro de Hawk.

A los quince años, Christopher se convertía rápidamente en un hombre, cada día pareciéndose más a su padre. Ya era treinta centímetros más alto que yo, sorprendentemente musculoso para un chico de su edad, grueso y fuerte y siempre caminando de esa manera estoica y segura que tenía Hawk.

Pero de muchas maneras, aún era un niño.



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

Y a juzgar por la mirada expectante en su rostro, era un niño que aún necesitaba mucho a su padre.

—Está retrasado —murmuró Christopher, refiriéndose a Ripper y no a Hawk.

Estirándome a través del espacio entre nosotros, cubrí su mano con la mía y apreté. —Estará aquí —dije—. Se lo prometió a tu padre, y Ripper nunca rompe sus promesas, ¿verdad?

Cuando Hawk no pudo estar ahí para hacer las cosas que un padre y un hijo hacían juntos, lo estuvieron Ripper y Cage. Al principio solo habían sido cosas pequeñas, luchar con él, jugar videojuegos juntos, e ir a funciones escolares junto con Tegen y yo.

Y luego a medida que crecía, lo llevaron a la cancha de baloncesto de la escuela para tirar canastas, a las jaulas de bateo, carreras de autos, y muy a mi pesar, le enseñaron a montar una moto todo terreno.

Cuando Christopher tenía trece años y su interés por el sexo opuesto se mantuvo siempre en su mente, por fin me convencí de darle "la charla". Para mi sorpresa, me informó que casi todos los hombres del club ya se la habían dado. Al principio estaba horrorizada, preguntándome qué tipo de historias degeneradas le contaron, hasta que Christopher, con su rostro de color rojo brillante por la vergüenza, me dio una descripción rápida de las cosas que le dijeron, informándome también de su creciente alijo de condones que los hombres siempre metían en sus bolsillos.

A ese punto, dejé las cosas como estaban.

Más recientemente Cage le había estado enseñando a Christopher a conducir, preparándolo para obtener su licencia. Hubo conversaciones de aprender a montar una motocicleta, pero fui inflexible en mi negativa. Sus intenciones eran buenas y más que apreciadas, pero era y siempre sería Hawk quién tendría el honor de enseñarle a su hijo a montar.

Mirándome, Christopher negó con la cabeza. —No, Ripper no rompe sus promesas —dijo, pero su tono tranquilo y expresión solemne me dijeron que seguía preocupado.

—Va a estar bien —dije en voz baja, usando un tono de voz que no había usado con él desde que dejó de acudir a mí para cada pequeña cosa—. Ripper estará aquí.

Como si fuera una señal, el rugido de una motocicleta se pudo oír a la distancia. Cuando el ruido se hizo más y más fuerte, fue evidente que no era solo una motocicleta, sino todo un ejército. Christopher y yo vimos cómo, uno por uno, los Jinetes del Infierno se detuvieron detrás en la calle, dirigidos por Deuce.

Christopher se giró hacia mí, sus ojos muy amplios por la sorpresa. —¿Tú hiciste esto?



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

No pude evitar sonreír. —Me gustaría poder tomar el crédito de esto, pero todo lo hizo Deuce.

Christopher me lanzó una última mirada antes de saltar del auto para saludar a los recién llegados.

Mientras Deuce se quitaba el casco, Eva ya se deslizaba de la parte trasera de su moto y corría hacia mí. Nos abrazamos brevemente antes de separarnos y ella deslizó su mano en la mía, con una sonrisa.

—Vino todo el mundo —dijo, asintiendo sobre su hombro hacia las Harleys alineadas en la calle. Tenía razón, estaban todos: Deuce, Mick y Adriana, Cox y Kami, Ripper y Danny, Cage y Tegen, Sucio y Ellie, Bucket y Christina, Danny D. y Danny L., Gusano, Anger, Tap…

Incluso el hijo de Cox, Devin, había venido, la viva imagen de Cox en su juventud y en la parte trasera de su moto venía su novia, la hija de Deuce y Eva, Ivy. Ella también era una jovencita ahora, y una hermosa combinación de su madre y hermana.

Todos se encontraban aquí y verlos en una muestra de apoyo a su hermano y amigo calentó mi corazón de un modo que nunca sería capaz de expresar con simples palabras.

—¿Me veo bien? —susurré, apretando la mano de Eva con más fuerza—. Me teñí el cabello anoche, pero juro que las canas llegan más y más rápido.

Hice mi mejor esfuerzo para verme tan bien como era posible sin excederme. Mi cabello recién teñido de su color natural, mi maquillaje era mínimo, y mis ropas eran nuevas pero aun así informales.

—Detente —dijo Eva con una sonrisa—. Te ves hermosa. Y no me hables a mí de cabello gris.

A pesar de que empezaba a sentirme más ansiosa que emocionada, me di cuenta de mi error y también me reí. Eva, sin importarle tanto como para teñirlo, tenía el pelo mucho más gris que yo, y debido a que su color natural era tan oscuro, se le notaba mucho más que al mío. Pero incluso a su edad, todavía podía ser vista con una andrajosa camiseta de alguna banda antigua, pantalones que pasaron de moda en los años setenta, y Chuck Taylors en sus pies. Pese a estar cerca de los cincuenta, seguía siendo tan única y hermosa como cuando la conocí hace tantos años cuando tenía solo veintidós.

Y no podría haber pedido una amiga más comprensiva y cariñosa.

Aunque Deuce insistió en comprar una casa para Christopher y para mí, fue Eva quien me ayudó más que nadie. Por su insistencia, por fin tuve tiempo para conseguir mi diploma de secundaria y después, un trabajo en la florería local. Ahora trabajaba en obtener mi título de asociada, aunque en línea y con una gran cantidad de ayuda de mi hija.



Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

Podría tener casi cincuenta años, pero en mi opinión no había límite de tiempo cuando se trataba de mejorar para ti mismo. A menudo cuando me sentía desanimada me decía que era mejor tarde que nunca.

Lamentablemente, esa misma línea de pensamiento no era una que mi familia compartiera conmigo. Aunque mi hermana y yo nos reunimos en términos bastante buenos, mis padres y yo seguíamos distanciados. A pesar de que una parte de mí siempre sentiría la punzada por perderlos, tenía una nueva familia, una que me aceptaba a pesar de mis defectos.

—¡Ahí está él!

No estaba segura de quien lo vio primero o quien anunció su llegada, y no me importaba. Lo único que me importaba era la visión del hombre. Todavía muy lejos, una figura se veía venir a pie. Aunque aún no podía distinguir sus rasgos, sabía que era Hawk por la distintiva cojera en su paso. A pesar de la continua atención médica que recibió en prisión, su pierna nunca sanó correctamente.

A medida que se acercaba lentamente hacia las puertas principales, la multitud en la calle se quedó en silencio. Busqué a Christopher entre ellos, y le hice señas para que se acercara. Liberando la mano de Eva, enrollé mi brazo en el de mi hijo y esperé.

Cuando se encontraba lo suficientemente cerca como para ver el gris en su barba y patillas, lo suficiente para ver que llevaba la ropa que dejé para él, lo suficiente como para saber que me miraba directamente, y solo a mí, mi estómago se llenó de calidez, extendiéndose rápidamente por todo el resto de mi cuerpo.

Sin embargo, no tenía la tonta idea de que readaptarse a la vida común sería una transición fácil para Hawk. Vivió tras las rejas por casi ocho años, y ya fuera que lo admitiera o no, vivir allí era muy parecido a experimentar un trauma continuo, y en cada visita vi los estragos que generaba en él. Sus únicos atisbos del mundo exterior eran a través de las personas que se tomaban el tiempo para venir a visitarlo, para demostrarle que seguía siendo una parte importante de sus vidas en el exterior, e hice todo lo posible para ver que eso sucediera.

Pero, al mismo tiempo, sabía que no habría conflicto. Se elevarían las voces, y se derramarían algunas lágrimas, más probable entre su hijo y él, que conmigo. Pero me encontraba decidida a hacer que funcionara, y lista para soportar cualquier obstáculo adicional que la vida decidiera lanzarnos. Hawk me esperó cuando me alejé durante años, y merecía que yo hiciera lo mismo.

Después de todo, ¿qué clase de vida era una donde no tenías nadie con quién disfrutarla, con quién envejecer, a quién amar?

No era una vida que quisiera tener de nuevo.



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

De repente se iluminaron las luces encima de las puertas, sonaron una campana y un zumbador, y mi aliento se atascó en tanto Hawk atravesaba la puerta, que se abría muy lentamente. Cuando fue libre y las puertas comenzaron a cerrarse detrás, examinó al grupo esperándolo en la calle con una sonrisa en su rostro.

—¡Soy LIBRE! —gritó, elevando los brazos en el aire.

Con un grito rugiente, los chicos cruzaron rápidamente la calle, rodeando y envolviendo a Hawk. Hizo falta varios minutos para que se calmaran, pero cuando los hombres comenzaron a dispersarse y Hawk emergió del grupo vestido con su chaleco, di un paso hacia adelante en la calle sin soltar el brazo de Christopher.

—¡Irlandés! —gritó Ripper—. ¡Ven a darle a tu viejo un jodido abrazo!

La mirada de Hawk saltó a Ripper. —¿Le diste un apodo a mi hijo?

—¡Sí! —grité, sonriendo—. ¡Todos ellos lo hicieron!

Ripper se encogió de hombros. —Pensé que irlandés era mejor que ruso, ¿no?

Soltando su brazo, le di un pequeño empujón a Christopher. —Ve a saludarlo —dije en voz baja.

Me miró, luego de vuelta a Hawk que se encontraba allí, esperando a que Christopher diera el primer paso.

A pesar de que se habían visto a lo largo del encierro en prisión de Hawk, sabía que el momento les generaba ansiedad. Se acostumbraron tanto a sus respectivos lugares —Hawk siendo el mejor padre que pudo desde la cárcel, a dos estados de distancia y, Christopher creciendo y aceptando el alcance de la relación con su padre, mientras era el hombre de la casa—, que ninguno de ellos sabía exactamente cómo actuar cuando llegó el momento de entrar de nuevo en la vida del otro.

Justo cuando empezaba a preocuparme de que ninguno de los dos diera el primer paso, Hawk se adelantó. Y una vez que Christopher lo vio caminando hacia él, también se adelantó. Y a pesar de que se acercaban a un ritmo muy lento, Hawk con su cojera y Christopher lleno de aprensión, cuando por fin se juntaron, se abrazaron mutuamente.

Con lágrimas en los ojos, vi como se abrazaban los dos hombres de mi vida. Me sentía tan increíblemente plena, tan rebosante, que no sabía si podría aguantar un segundo más sin correr hacia ellos. Pero resultó que no necesitaba esperar mucho más tiempo.

Solo pude ver, temblando un poco, como Hawk cerraba la distancia entre nosotros. Y entonces me alcanzó, tomándome en sus brazos y contra su cuerpo. Llorando en voz baja, me apoyé flácida contra él y dejé de lado todas mis preocupaciones, mi ansiedad. En lugar de pensar en lo que vendría, simplemente me deleité en el regalo que recibí.



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

En Hawk.

Se encontraba aquí, no detrás de esas paredes, no rodeado por los guardias de la prisión, se hallaba real y verdaderamente aquí. Lo estaba tocando y él a mí, y había pasado tanto tiempo, tan angustiosamente largo desde la última vez lo tuve para mí, que las personas que nos rodeaban, la prisión detrás de nosotros, el mundo entero parecía desaparecer.

—Hueles bien —dijo en voz baja, dejando caer su cara en mi cabello e inhalando profundamente.

Agarrando su espalda, cerré los ojos.

Era solo yo. Solo él.

Nosotros.

El momento.

Nunca lo dejaría ir de nuevo.

Hasta que Ripper me hizo hacerlo.

—Te trajimos tu moto, hermano —dijo Ripper, sonriendo mientras se interponía entre nosotros—. Irlandés y yo estuvimos organizando esta mierda desde hace un tiempo. Incluso Kid ayudó a construirla.

Hawk y yo nos volvimos al grupo y cuando se separaron, revelaron la hermosa motocicleta sobre la que viajó Ripper. Aunque sabía muy poco acerca de motocicletas y su mecánica, era consciente de las muchas horas que los chicos pusieron en este proyecto, y el resultado final era hermoso.

Pero Hawk ya no miraba la motocicleta, me miraba a mí. —¿Me guardaste ese paseo, D?

Más lágrimas brotaron de mis ojos. —Té guardé todo —susurré—. Todo.

Llegando hacia mí, su pulgar rozó varias lágrimas errantes de mi mejilla. —Lo hiciste bien, cariño —dijo—. Lo hiciste jodidamente bien sin mí.

Negué con la cabeza. —Nunca estuve sin ti.

Y mientras elevaba la mirada, hacia esos ojos oscuros, el gris en su barba desapareció, las arrugas alrededor de sus ojos desaparecieron, y en sus ojos vi mi propio reflejo, me vi joven y bonita, sonriéndole. Lista para dar ese paseo.

De la forma en que debió ser siempre.

De la forma en que siempre fue y siempre sería, dentro de mi corazón.

—¿Quieren quedarse junto a la prisión durante todo el maldito día, hijos de puta? —gritó Cox—. Pueden hacerlo si quieren, pero voy a salir de



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

aquí. ¡Me jode la cabeza, pensar que ellos vendrán y encadenarán mi culo o algo!

Sacudiendo la cabeza hacia Cox, me volví a Hawk y sonreí. —¿Recuerdas cómo montar?

Su risa como respuesta fue lo cosa hermoso que escuché.

—Mujer —dijo, levantando una ceja y mirándome—, es como follar. Nunca olvidas cómo se hace.



Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

Epílogo

Traducido por CrisCras

Corregido por Lizzy Avett'

Zachary "ZZ" Jeffries deslizó el candado en la puerta del último contenedor de envío y la cerró de golpe con un fuerte clic. Después de añadir un sello de envío de metal, se giró para marcharse, enfrentando a los hombres que quedaban en los muelles. Les dedicó un asentimiento que significaba que todo estaba listo y podían empezar a cargar, entonces se fue.

Mientras se dirigía hacia la dirección opuesta, podía oír los gemidos y los gritos ahogados del interior del contenedor volverse sustancialmente más fuertes. Era una embriagadora sensación de adrenalina que crecía a través de él, haciendo que su corazón se acelerara. Incapaz de contenerse, sus dedos se curvaron, cerrándose en puños fuertemente apretados.

Él sabía lo que experimentaban esas mujeres, encerradas en ese sucio y oscuro contenedor, sus futuros desconocidos para ellas. Conocía muy bien esa emoción cruda mientras tu corazón late con fuerza y apenas puedes respirar porque tu propio miedo te sofoca. Había estado corriendo de… bueno, de todo el mundo durante mucho tiempo ya, así que sí, miedo era su jodido segundo nombre.

También era lo que le había mantenido vivo durante tanto tiempo.

Había convertido el miedo en ira. Había luchado para abrirse camino hasta la cima desde lo más bajo de lo bajo, y tomado su lugar en un trono hecho de basura y podredumbre.

No le importaba una mierda que su imperio estuviera construido sobre la sangre y huesos de hombres y mujeres inocentes, no le importaba que más gente tuviera que morir para que él pudiera continuar su reinado, continuara sobreviviendo. Esta era su vida ahora, esto era en lo que ellos le habían convertido, el monstruo que le habían obligado a ser.

—Jefe.

ZZ continuó su paseo a través de los muelles, moviendo sus ojos hacia la derecha cuando Tommy, uno de sus hombres, le alcanzó.

—¿Qué? —gruñó, deteniéndose de forma abrupta.

Tommy tragó con fuerza y ZZ luchó contra el impulso de reírse. Todos le tenían miedo, incluso un viejo y mezquino soldado hijo de perra



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

como Tommy tenía miedo de que en cualquier segundo, se encendiera su temperamento, porque una vez que lo hacía, nadie se encontraba a salvo. Ni una jodida persona.

—El gran tipo quiere números —dijo Tommy en voz baja.

ZZ resopló. —Las tendrá cuando yo esté jodidamente listo para dárselas.

La mafia rusa podía pensar que poseía su trasero, pero la realidad era que ZZ se había asegurado la lealtad de los hombres que trabajaban a sus órdenes. Si los rusos decidían deshacerse de él, traicionarle, ZZ tenía planes preparados para empezar una guerra que destrozaría el suelo de oro sobre el que esos cabrones pensaban que caminaban.

Mientras Tommy asentía de mala gana, ZZ empezó a caminar otra vez, maldiciendo en voz baja por el calor del verano, aún sofocado incluso en la oscuridad de la noche. Pero llevar mangas cortas no era una opción para él. Sus antiguas lealtades, sus colores del club, todavía se hallaban tatuados por todo su cuerpo, algo que él mantenía a propósito como un recordatorio de por qué había terminado en este puto foso.

Aún maldiciendo, alcanzó su bolsillo, sacando una banda elástica de sus vaqueros, y después de recogerse su largo pelo marrón hacia atrás en un nudo, se limpió el sudor de la frente, hizo crujir su cuello unas cuantas veces, y siguió adelante.

Girando bruscamente a la derecha hacia el aparcamiento, se dirigió directamente a su camión. Tenía ansias por llegar a casa —emborracharse, drogarse, masturbarse— incluso si su casa era un pedazo de mierda. Se encontraba fuera de la red, fuera del camino, y eso era todo lo que le importaba.

Acababa de entrar en el estacionamiento cuando el rugido de un motor le hizo detenerse. El instinto de conservación, siempre presente en cada uno de sus movimientos, se puso en marcha y se apartó del camino, deslizándose detrás del vehículo más cercano. Agachándose, sacó su arma de la parte trasera de sus vaqueros y esperó.

¿Quién demonios estaba aquí tan tarde? Él planeaba sus envíos en el último segundo, garantizando que todo el mundo aquí estuviera en su equipo, y que su silencio fuera comprado. Por lo que él sabía, no había otra exportación o importación planificada para esta noche, y esta llegada inesperada estaba poniendo un freno a su buen estado de ánimo.

Mientras esperaba, no solo una, sino dos, tres y finalmente cinco motocicletas se detuvieron lentamente en el centro del aparcamiento. Alzándose lo suficiente para ver mejor, ZZ miró por encima del maletero del auto tras el que estaba agachado, y su respiración quedó atascada en su garganta.



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

Cinco chalecos de cuero fueron iluminados por la luz de la luna, destacando a La Parca en la parte de atrás, Los Jinetes del Infierno destacando por encima, y el parche de Miles City por debajo.

De ninguna jodida manera. No podían saber que estaba aquí, y después de todo este tiempo, ¿por qué se preocuparían por buscarle? Había estado seguro de que una vez que Deuce hubiera llegado a una inoportuna tregua con los rusos, su ex presidente dejaría de enviar mensajeros tras él. Y lo había hecho. Durante años ya, ZZ no había oído ni un susurro sobre los Jinetes husmeando en sus negocios.

Pero mientras las motos se alineaban una junto a la otra, con ZZ observando cómo, uno por uno, los hombres detuvieron sus motores, bajaron sus soportes y desmontaron, no pudo evitar preguntarse si ese había sido el plan todo el tiempo. Dejar que pasara el tiempo suficiente, dejarle creer que estaba seguro, y luego abalanzarse cuando menos se lo esperara.

Demasiado malo para ellos, él siempre se esperaba lo inesperado.

—Eres un jodido idiota, Dev —gritó uno de los hombres, una voz profunda que ZZ no reconoció—. Si Prez descubre que trajiste a tu puta, va a ponerte bajo tierra.

—Cállate, imbécil —gritó una voz femenina, y los ojos de ZZ se centraron en la oscura figura que se movió para pararse al lado del círculo de hombres que se estaba formando rápidamente. Vestida de pies a cabeza en cuero, mostrando un cuerpo construido para el pecado, ella se estiró con pequeñas y femeninas manos para quitarse su casco completo.

Y el corazón de ZZ se detuvo. No podía ser… pero lo era. El cabello rubio, el cuerpo asesino, la sonrisa puntuada con hoyuelos brillando bajo las luces del aparcamiento. Danny se veía tal como él la recordaba, como si no hubiera envejecido ni un día desde la última vez que la vio.

—Ella se queda en el aparcamiento —dijo otra voz, a esta ZZ la reconoció como su ex hermano, Bucket. Cuando se volvió para mirar al hombre, se dio cuenta de que los años no habían sido amables con él. Se veía peor que nunca, sucio como la mierda y más viejo de lo que ZZ sabía que era.

—¿Cuál es el jodido gran problema? —dijo otro hombre, mucho más joven que Bucket. Acercándose a Danny, colocó su brazo alrededor de sus hombros, y la atrajo hacia él con fuerza.

ZZ parpadeó, sintiendo una fuerte sensación de déjà vu. Había pasado un tiempo desde que había visto a cualquiera de su antiguo equipo, pero si no lo hubiera sabido mejor, habría dicho que ese hombre era Cox. Solo que no lo era. Cox había estado cubierto de tatuajes, y este tipo no tenía ninguna tinta a la vista.



ibros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Ciel

—Es una maldita entrega de dinero —continuó el hombre joven—. Pam, bam, estamos de regreso en la carretera.

Bucket sacudió la cabeza. —Ella se queda en el aparcamiento. —Esta vez su voz no admitía discusión, y el brazo del hombre más joven cayó de Danny.

—Sí, hombre —murmuró—. Ella se queda en el aparcamiento. Está bien.

—Imbéciles —escupió Danny—. Son todos unos puñados de jodidos aguafiestas.

La cabeza de ZZ daba vueltas. ¿No estaba Danny casada con Ripper, no había tenido un niño con él? ¿Y aquí estaba con otro hermano?

Y luego todo a la vez, su confusión, su sorpresa, pasó rápidamente a la ira.

Los jodidos Jinetes del Infierno se encontraban aquí, en su maldito territorio, y haciendo algún tipo de negocio, nada menos.

Pero incluso peor era… Danielle West se hallaba aquí. La razón de que su vida hubiera ido de malditamente cerca a la perfección a un desagüe manchado de mierda ESTABA AQUÍ. Y ella era simplemente tan hermosa como siempre, viviendo una jodida vida sin preocupaciones, haciendo lo que se le venía en gana.

Su ira se despuntó, sintió un temblor frío deslizarse por su columna y sus manos empezaron a temblar. Y de repente, quería más de lo que había querido nada, envolver sus manos alrededor de su jodido cuello perfecto y apretar hasta sacarle la vida.

Mientras el grupo se giraba, alejándose en dirección a los muelles, ZZ no podía preocuparse más por sus razones para estar aquí. Solo estaba centrado en Danny, que se dirigía de nuevo a la fila de motos.

Resoplando ruidosamente, estrelló su casco contra el asiento de la Harley en la que había montado en la parte trasera. Entonces, dándole la espalda, metió la mano en su bolsillo trasero, revelando un teléfono iluminado.

ZZ retrocedió, arrastrando los pies para no ser visto cuando los hombres pasaran junto a él. Respirando superficialmente, con su corazón acelerado, contó en voz baja mientras esperaba, algo que hacía a menudo cuando se preparaba a sí mismo para lo desconocido.

Una vez que no pudo oír más los pasos de las botas haciendo eco en la noche, se levantó de su escondite, y con cuidadosos pasos silenciosos, se abrió paso a través de los vehículos del aparcamiento. Mientras se aproximaba a Danny, que seguía de espaldas a él, totalmente inconsciente de su presencia, él levantó el brazo, alzando su arma.



Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

Pero no iba a dispararle. No, iba a hacerle pagar por lo que le había hecho.

—Danny —gruñó, sintiendo los músculos de su rostro empezar a temblar con violencia. La ira largamente suprimida había sido liberada, corriendo furiosamente a través de sus venas a una gran velocidad sobre la que no tenía absolutamente ningún control.

Sobresaltada, su teléfono traqueteando en el suelo, Danny se dio la vuelta. Todo ese largo cabello rubio volando, azotando alrededor de ella mientras se giraba para enfrentarlo. Mientras se posaba lejos de su rostro, ZZ la miró de arriba abajo. Ajustada chaqueta de cuero negro y pantalones, sus labios pintados de rojo brillante, su ojos perfilados de negro. Esta *no* era Danny. Olvidando que era demasiado joven, incluso más joven de lo que había pensado antes. Ahora que se encontraba de pie directamente enfrente de ella, podía ver las sutiles diferencias entre esta mujer y Danny. Su cuerpo no era tan delgado, era más curvilíneo que atlético; sus brillantes ojos azules eran más grandes, casi demasiado grandes para su rostro; y sus labios eran más gruesos, el inferior se curvaba de esa manera sexy que era un recuerdo de…

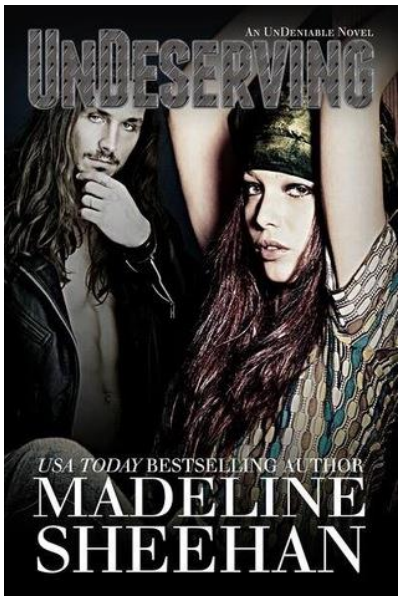
Eva.

La sorprendida mirada de la joven cayó al arma en su mano y luego de regreso a su cara. Justo cuando abrió la boca, un grito formándose en su garganta, él se lanzó hacia delante…



Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo Libros del Cielo

Undeserving



Advertencia: Esta no es una historia de amor; es una tragedia, un cuento con moraleja sobre las consecuencias de un amor prohibido entre dos personas que trataron de desafiar las reglas definidas para ellos y fallaron.

Damon "Predicador" Fox, vicepresidente del club de motociclistas los Demonios Plateados, ha estado en prisión por delitos relacionados con el club. A medida que su liberación se acerca, él comienza a reevaluar sus opciones en la vida, dándose cuenta de que si se queda con el club, esta no sería la última temporada tras las rejas.

De repente, Predicador duda de todo lo que siempre había sabido, con el deseo de cosas más allá del club. Así que cuando se termina su sentencia, en lugar de volver al club, se embarca en un viaje a lo desconocido. Solo él y su motocicleta.

Deborah Reynolds es una fugitiva de dieciséis años de edad. Desde que salió de las garras de su padrastro abusivo y una madre indiferente, ella ha estado viviendo en la calle, esquivando a los hombres con intenciones honorables, luchando por su próxima comida, mientras le busca un sentido a una vida que encuentra dolorosa y sin sentido.

Cuando los caminos de Predicador y Deborah se cruzan, las chispas vuelan. La pasión se enciende al instante, y en los brazos del otro, ellos encuentran esa sensación de paz que les faltaba.

Pero la vida está a punto de alcanzar a Predicador; él no puede esconderse del club al que había jurado lealtad eterna. Y Deborah, desesperada por mantener a la única persona que le mostró algo de bondad, se encuentra atrapada entre fuerzas mucho más poderosas y letales de lo que podía haber imaginado.

La pareja tiene que tomar una decisión difícil. Una que podría cambiar para siempre el curso de sus vidas.

